
LIZETH PEREZ
Tentación
AZUL
SAGA TENTACIÓN

Tentación Azul

LIBRO 1

Peligro, amor y pasión.

Azul_Stars
Lizeth Cortez Pérez

Capítulo 1

Nathalie Parson

La taza de café en mi mano desprende el típico humo como si estuviera en una película y esté siendo grabada, en una de esas escenas donde el director grita corte, pero tu estas tan sumida en tus pensamientos que te olvidas del mundo por segundos que se convierten en minutos.

Si, justo así me he sentido esta última semana.

Al volver de la casa de mi hermana después de las vacaciones lo primero que hice fue confirmarle al colegio que si aceptaba el trabajo como maestra de primaria, amo a los niños y desde que tengo memoria me incline por esta profesión.

Al confirmar, me dijeron que tenía una semana para ir a conocer el colegio, aprender las reglas y familiarizarme con los pasillos. Digamos que el colegio es medio privado, se aceptan niños sin importar su situación económica, pero no todos los padres pueden cumplir con las reglas que impone el plantel según me informe.

En fin, hoy es mi primer día, Lunes.

Termino mi café dejando la taza en el pequeño fregadero. Vivo en un departamento compartido en el centro de Nueva York, mi hermana en New Jersey y visitarla a veces no es un problema ya que viajo en tren sin tardar tanto. Ella es siempre la que viene, pero

ahora se le complica más porque tiene una hermosa bebe de dos meses.

Salgo de la pequeña cocina caminando directo al pasillo hasta las habitaciones y antes de llegar a mi puerta, la de mi compañera se abre dejando ver a una rubia enseñando los pechos y con solo una tanga de color rosa puesta.

—Buenos días. —Saludo apartando la vista de sus atributos —. Con permiso.

Ella me saluda con la mano y entra en el baño. Danielle deja caer su hombro en el mural de la puerta y me ofrece una sonrisa inocente.

—La hubiera escuchado anoche. —comienza —Toda una belleza de pies a cabeza, la mejor hasta ahora, no me dejo dormir.

—Con tus ruidos no me dejaste llegar hasta el último nombre de mis alumnos —le reclamo —Eres una mala compañera.

Se echa para atrás ofendida.

—¿Mala compañera? ¿Yo? —se lleva una mano al pecho. —Pero si soy yo quien te trae un desfile de chicos y chicas para que te des un buen taco de ojo.

Sonrío sacudiendo la cabeza mientras camino de hacia mi puerta.

—¿Vas a sentar la cabeza algún día?

Finge pensarlo.

—Tal vez cuando muera y la tenga que dejar caer en el cajón —me saca la lengua entrando en su alcoba

La quiero demasiado, no sé qué haría sin ella.

Danielle Prince es mi compañera desde hace exactamente cuatro años, nos conocimos desde la secundaria y desde ahí fuimos inseparables, ella, mi hermana, yo y sus dos hermanos mayores. Ella es demasiado…ella. La verdad es que no sabría muy bien como describirla, tiene una vida muy activa, sale de fiesta casi todos los días, trae todas las noches una persona diferente al departamento, bueno, algunas veces repite y termino cenando con la misma persona que desayune la semana pasada.

Yo no la juzgo, ni lo voy a hacer nunca, ya que tengo claro que cada quien vive su vida como quiere y como puede.

Tiene el cabello rubio, corto de un lado y largo de otro, figura esbelta, es alta, sus ojos son azules como los de su padre, odia los vestidos y solo los usa cuando sea estrictamente necesario. Su padre es el Alcalde de la ciudad.

Si, su padre es el Alcalde de Nueva York y ella vive en una departamento compartido con una maestra de primaria.

Repito que la amo.

Reparo mi aspecto una vez más frente al espejo de cuerpo completo que tengo en la alcoba, me habían hecho llegar una playera blanca con el logotipo del colegio, así que la acompaño con unos vaqueros negros de mezclilla tiro alto y mis zapatillas blancas que he limpiado anoche.

Mi cabello castaño lo llevo en una coleta alta dejando fuera mi flequillo, el cual cae sobre mi frente. Me prometí cortarlo hasta los hombros, pero aún no me atrevo hacerlo, debo admitir que amo como se me ve suelto hasta mi espalda, no me importa que me tome más tiempo cepillarlo.

Salgo del cuarto con mi mochila a mi espalda y un par de carpetas en mi mano. Al pasar por la sala observo a Danielle y a su *amiga* metiéndose mano en el sofá.

—Me voy —me despido.

La rubia asoma la cabeza y levanta su pulgar.

—Suerte en tu primer día, recuerda que si un niño te harta, metele un zape.

—No haré eso.

—Pues deberías

La ignoro y salgo del departamento antes de que se me haga tarde. No quiero llegar tarde en mi primer día, eso no sería dar una buena impresión en el plantel.

No tengo auto, sé conducir, pero aún no ahorro lo suficiente como para comprarme uno, además de que lo que tenía ahorrado lo tuve que ocupar en otras cosas que en su momento eran muy importantes para mí. Igual me acoplo muy bien en taxi, no estoy muy retirada del colegio y eso es una ventaja muy grande cuando quiera volver a casa caminando.

Le hago la parada a uno y entro indicando exactamente hacia dónde voy. Busco mi teléfono dentro de mi mochila sacándolo para comprobar que no tenga mensajes pendientes de la directora o de mi hermana.

Directora, no.

Hermana, sí.

Zaydaly

Espero que te vaya muy bien en tu primer día. Te queremos mucho, besos.

Sonrío mirando la fotografía que me envió, ella junto con mi sobrina, ambas recostadas en la cama y mi hermana tiene la lengua de fuera.

Le respondo con un montón de corazones y termino guardando el teléfono cuando nos detenemos frente a las puertas del colegio. Le pago al chofer bajando justo donde se encuentra el guardia de seguridad.

—Buenos días, soy Nathalie Parson, la nueva maestra de primer grado, de los alumnos 2B. —le digo esperando a que me busque en la tableta que carga.

—Buenos días, señorita, puede pasar.

—Gracias.

Abre la reja dejándome entrar y camino directo a los escalones. El colegio es bastante grande, de una sola planta, pero grande en sí, tiene una capacidad para 400 alumnos, incluyendo salas de actividades extracurriculares.

Hay dos entradas, una que da directo al estacionamiento, donde los padres dejan a sus hijos y donde se les permite observarlos hasta que entren en el plantel. Me apresuro a llegar hasta mi salón, no me es difícil encontrarlo, ya que he venido aquí desde una semana antes.

La puerta está abierta, el olor a aromatizante me recibe y dejo mis cosas sobre el escritorio. Alguien toca la puerta provocando que de un sobresalto.

—Perdona, no te quería espantar, no debí tocar así. —Un chico de cabello rojo y con una chaqueta de mezclilla, da un paso al frente. —Soy Matt, maestro de quinto grado 4B.

Le sonrío moviéndome de lugar.

—Nathalie, primer grado 2B. —me presento —Un gusto conocerte, Matt.

—Igualmente, Nathalie. —estira su mano y yo la estrecho —La Directora me comentó que eras nueva y quise venir a presentarme, creeme que los nervios se van rápido cuando tienes un amigo.

—Gracias. —asiento —Estoy nerviosa y feliz, pero amo a los niños, así que eso está bien.

—Quiero creer que todos los que escogemos esta carrera, amamos a los niños.

—Si

El timbre suena y ambos nos miramos.

—Me voy o mis alumnos correrán de un lado a otro, la verdad no puedo culparlos, son niños.

Suelto una risa y él se me queda viendo con una sonrisa en el rostro.

—Está bien. —asiento siguiéndolo fuera del salón.

—No vemos, Nathalie.

Lo despido moviendo mi mano y lo observo trotar hasta cruzar el pasillo. Desvío la atención hacia los alumnos, observando cómo comienzan a entrar al salón siendo guiados por otras dos maestras, ellas son las que se encargan de llevarlos a sus respectivas aulas.

Son un total de 25 alumnos en mi clase.

Todos están ya en sus asientos correspondientes y es que no me sorprende porque mientras yo venía por la mañana, ellos venían por la tarde durante una semana, todo con el fin de que se familiarizaran con los salones, la cafetería y sus asientos, también con todo lo que está permitido hacer y lo que no.

Un colegio bastante estricto.

Los uniformes son azul oscuro, niñas con falda y calcetas blancas y los niños con corbata y pantalón de vestir. Se ven muy lindos con sus uniformes.

—Buenos días, bienvenidos a este nuevo año escolar. —hablo parándome frente a ellos.

—Buenos días, maestra. — saludan de vuelta, bueno, algunos.

Anoto en mi pizarrón mi nombre con letras grandes y formo círculos en cada una. Poco a poco se irán familiarizando con las palabras.

—Mi nombre es Nathalie Parson, soy su maestra durante todo este año escolar ¿De acuerdo?

Todos asienten, excepto un niño al final de la segunda fila, tiene la cabeza gacha y parece muy entretenido con el cuaderno en sus manos.

Nervios del primer dia

—Muy bien, ahora vamos a conocernos mejor ¿Okey? —vuelven a asentir. —Vayamos por filas. —me acerco con la pequeña que tiene dos coletas y el cabello rizado, sus ojos color miel me miran atentos. —¿Cómo te llamas, pequeña?

—Melissa —susurra —Tengo seis. —forma la cantidad con sus deditos.

—Hola, Melissa. —acaricio una de sus coletas. —El siguiente, ¿Cómo te llamas, cariño?

Es un niño con lentes y de cabello castaño.

—Esteban, también tengo seis. —responde.

Le sonrío.

Paso por cada fila jurando aprenderme los nombres de cada uno, hasta que llego con el ultimo pequeño, que ahora está dibujando con una pluma negra letras que al principio no logro reconocer, pero luego de unos segundos lo hago

Es latín

Aunque me parece algo extraño que un niño sepa escribir latín.

—Hola, guapo —me pongo de cuclillas frente a él —¿Cuál es tu nombre?

Cambia la hoja del cuaderno por una limpia y comienza a escribir. Su letra no es la de un niño de primero de primaria. Al terminar me muestra el papel y leo lo que dice.

Ian Meyer, 7

—¿Tienes siete años? —le pregunto. Asiente. —¿Eres de pocas palabras?

—Me gustan las palabras, pero me gusta más escribirlas que decirlas. —responde dejándome con la boca abierta.

Habla perfectamente como un niño de diez años.

—De acuerdo, vamos a continuar con la clase ahora que ya nos conocemos ¿Bueno?

—Si, maestra. —Melissa es la que responde.

Tomo una buena bocanada de aire y me giro para borrar mi nombre de la pizarra dando paso a otra cosa que anotare.

…

Cuando el timbre de salida suena, la mayoría de mis alumnos ya tienen sus cosas guardadas y están listos para salir. Decidí darles cinco minutos antes de que suene el timbre para que guarden sus cosas sin apuro y así evitar accidentes.

En fila van saliendo, siendo esperados por otras dos maestras, quienes son las que los acompañan hasta la salida donde están los padres. El último que se levanta es Ian, recién me doy cuenta que la corbata la tiene floja y encima de la camisa del uniforme trae una chaqueta negra de cuero. Se echa la mochila del mismo color a su hombro y antes de caminar hacia la puerta, se gira viniendo hacia mí.

Sus ojos son azules, un poco más azules que los míos, su piel blanca parece de porcelana y el cabello largo color carbón resalta sus facciones. Me mira un momento antes de dejar un papel encima del escritorio.

Lo observo salir y tomo el papel con el ceño fruncido leyendo lo que dice.

Gratias

Si no me equivoco, significa *Gracias* en latín.

Aun no comprendo cómo es que un niño de siete años sabe escribir latín.

Sacudo la cabeza confundida y guardo el papel en el bolsillo de mi pantalón. Termino de recoger mis cosas, guardo los marcadores en su lugar y de paso recojo un empaque de chicle que llevo hasta el bote de basura.

En el pasillo ya no hay niños y antes de llegar a la puerta escucho como exclaman mi nombre.

—Nathalie…—Matt llega a mi lado, es amable al abrir la puerta principal dejándome salir primero. —¿Qué tal tu primer día?

—Muy bueno, la verdad es que me han tocado unos niños muy educados. —le respondo bajando los escalones. —¿Qué tal el tuyo?

—Risas, llantos, discusiones, pero todo bien.

Me río por las expresiones que hace.

—Espero que mañana haya menos llantos y discusiones.

Forma una mueca.

—No, bueno, la niña que lloró fue porque no le salió una multiplicación y la discusión fue por qué le dije que no importaba, que podía volver a intentarlo.

—Oh, entiendo.

—Si, en fin. Supongo que nos veremos mañana. — se despide. — Adiós

—Adiós.

Agito mi mano cuando lo observo subir a un coche blanco y yo salgo a la calle para buscar un taxi. Puedo caminar, pero quiero llegar rápido porque Danielle me llamó diciendo que tenía la cena lista y no quiero hacerla esperar.

Una comida de celebración para mí.

Encuentro uno sin molestia y me adentro dejando las cosas sobre el asiento. La salida es a la una y media de la tarde, los niños tienen derecho a dos comidas a lo largo de las clases, la primera a las diez y la segunda a las doce.

Estamos a primero de Agosto y digamos que el calor es moderado, lo cual agradezco porque odio el calor. ¿Quién no ama la nieve, el fresco y el estar arropada todo el día? El invierno es mi época favorita del año, a excepción de cuando me toca limpiar la nieve de la entrada porque no me deja salir.

Más de una vez Danielle hizo uso de su papel como hija del Alcalde y para que vinieran a limpiar nuestra calle. No sé si eso estuvo bien, pero de vez en cuando no hace daño.

Yo regaño a mi mejor amiga, pero tales cosas que le digo le entran por un oído y le salen por el otro, para mí no es ninguna

sorpresa saber que no se lleva bien con su madrastra, desde que su padre se volvió a casar, ella tomó distancia de su casa, en especial porque comenzó a sentir cosas por su hermanastro. Damon Sorien y según ella se enteró que no es su tipo de chica.

No sé cómo no es su tipo de chica, Danielle es increíble.

Me alegra que mantenga una buena relación con sus hermanos y que hable con su padre, al final de cuentas son su familia. Aunque el mundo de la política no es lo suyo, se esfuerza por asistir a donde es estrictamente necesaria su presencia.

Yo siempre la he apoyado en todo

Me bajo del taxi cuando se estaciona frente a mi edificio, le pago y entro subiendo las escaleras hasta el tercer piso. En cuanto abro la puerta del departamento un olor a pizza de pepperoni llega hasta mis fosas nasales.

—Feliz primer día de clases, Maestra Parson. —la rubia levanta la tapa de la caja, dejando ver la pizza dentro.

—Gracias. —dejo las cosas sobre la barra dejándome caer en la silla. ¿Qué hiciste hoy?

—¿Adivina qué? —me sirve un pedazo de pizza.

—¿Qué?

—Me informaron que el bar está en su mejor punto, las ganancias van muy bien y eso también hay que celebrarlo.

—Me alegro mucho por ti. —Entonces la pizza también es celebración por eso.

Ella asiente, moviendo sus manos.

—Si, pero yo estaba pensando en salir, hay que salir.

—No voy a salir hoy, es Lunes.

Se encoge de hombros.

—Y mañana es Martes.

—Mañana tengo clases y el resto de la semana igual. —niego — Si quieres ve tú, diviértete, no quiero que te pierdas la celebración.

Rueda los ojos.

—No quiero ir sola, además no iremos a mi bar.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué?

—Por qué lo más seguro es que mis hermanos puedan estar ahí, cosa que no me molesta, pero si están ellos, también estará Damon y no tengo ganas de tener gastritis el resto de la semana.

—Danielle…

—¿Recuerdas la chica de esta mañana? —asiento —La voy a invitar, me dejó su número.

—De acuerdo.

Asiente repetidas veces.

—¿Y bien? Cuéntame, ¿Algún niño loco te hizo pipí? — me hace reír con su pregunta.

—No, todos ellos fueron muy amables y educados. — le cuento. —Uno de ellos es muy callado, creo que es muy tímido pero seguro son los nervios del primer dia.

—Cuidado, a lo mejor es un mini chucky.

—No, no es así.

Sus ojos azules vienen a mi mente, ninguno de los niños en el salón tiene los ojos azules y mucho menos escribe en latín.

Ese pequeño me causa mucha curiosidad y algo me dice que voy a lograr llevarme bien con él.

Capítulo 2

Nathalie Parson

Danielle había insistido en que empacara un sándwich para comer en el almuerzo. Siempre compro algo de comida en las máquinas o desayuno en el departamento antes de salir, pero hoy gracias a mi rubia y a su insistencia, estaba almorzando un rico sándwich mientras observaba a mis alumnos en algunos juegos del jardín.

—Hola. —Matt llega a mi lado con una soda y una lonchera del hombre araña. —Buen día.

—Bonita lonchera —digo señalándola.

Él asiente sacando una manzana.

—No te burles, me la regaló uno de mis alumnos y la verdad me gustó mucho.

—No me estoy burlando, en serio esta linda. —le sonrío. —Gracias por hacerme compañía esta semana.

Hace un gesto restándole importancia.

—De nada, Nathalie. —saluda a un grupo de niños que pasan. —Espero que tu semana haya sido muy agradable.

—La verdad es que sí lo fue. —asiento observando a los niños —Me gusta lo que hago.

—Ya somos dos.

Mi mirada cae en el pequeño de cabello negro que sigue con su cuaderno entre sus manos, sentado bajo la sombra del árbol. Parece muy sumido en lo que sea que esté escribiendo o dibujando.

—¿Hablas o escribes latín? —pregunto sin apartar la mirada de Ian.

—No, no lo entiendo. —niega —¿Por qué? ¿Te interesa? Tengo un amigo que lo estudio, le puedo decir que te enseñe si lo necesitas.

—No, no es solo que…olvídalo, es simple curiosidad.

Dicen que todos los niños tienen algo especial y yo soy fiel creyente de eso, pero Ian me sorprende mucho, su forma de hablar es demasiado madura para su edad, también el hecho de que escriba latín, se la pasa escribiendo en ese idioma y sé que lo es porque me compré un libro que la verdad no entiendo mucho.

Lo observo como todos los alumnos durante la clase, pero él… me causa mucha curiosidad.

Quiero creer que sus padres le tienen una educación especial en casa, después de que llega del colegio, aunque eso también está raro ¿Para qué enseñarle a un niño de siete años latín? Creo que se puede esperar a que esté más grande.

En fin.

Decido dejar de pensar en eso y retomo el camino al salón. Cuando llego tomo el borrador para quitar la última actividad del

pizarrón poniendo de nuevo la fecha del día de hoy con la siguiente actividad. Los niños van entrando y le agradezco a la maestra que los trae antes de cerrar la puerta del salón.

—Muy bien, es momento de resolver sumas ¿De acuerdo? —todos asienten. —Voy a repartir un ábaco a cada uno para que se ayuden, yo les iré diciendo como se utiliza.

Paso por los lugares dejándoles el ábaco a cada uno y cuando llego con Ian, le dejo el de color negro, es el único de ese color. Levanta la mirada y sonrío sin esperar que haga lo mismo, ya que es un niño muy serio, pero me termina sorprendiendo.

Porque me sonríe dejando ver un pequeño hoyuelo en su mejilla. No dura mucho, porque la borra volviendo la vista abajo.

¿Será su color favorito?

Apuesto que sí.

…

El timbre suena y yo misma abro la puerta señalando la primera fila que saldrá. Los niños me dicen adiós con la mano y yo hago lo mismo despidiéndolos, hasta que veo como Ian deja otro papel sobre mi escritorio y sale sin decir nada.

Cuando ya el salón está vacío, me acerco para tomar el papel. Lo desdoblo en mi mano y cuando intento leer todo está en latín, así que desbloqueo el teléfono para abrir el traductor.

Gratias, niger est ventus color.

Gracias, el negro es mi color favorito.

Sonrío sin dejar de ver el papel. Ese niño no sé por qué, pero tiene algo especial, muy especial.

Guardo la nota en mi bolsillo prometiéndome recordar que tengo que dejarla donde está guardada la primera que me dio. Tomo mis cosas colgando la mochila al hombro y salgo del salón recibiendo una llamada de Danielle.

—*Tú y yo iremos a celebrar, es fin de semana y no quiero pretextos.* — habla sin darme tiempo a saludarla.

—¿Y a dónde iremos? Sabes que no me gusta beber mucho, por lo que podemos ir a cenar ¿Te parece?

—*No somos ancianas, Nath, somos mujeres hermosas en busca de chiquititas.*

Me hace reír.

—*Bueno, tú estás en busca de chiquititos.* —añade—*Anda, podemos ir a mi bar ¿Si? me tragare el coraje si veo a Damon.*

Salgo del colegio diciendo adiós al guardia y camino derecho.

—Está bien, pero no nos quedaremos hasta la madrugada ¿Okey? Quiero dormir.

—2 AM y estaremos en casa, lo prometo.

Sonrío negando con la cabeza.

—Bien, nos vemos en un rato.

Cuelgo guardando mi teléfono y camino por un rato por las calles de Nueva York directo a mi departamento. Fue el martes cuando me compré el libro en Latín, intenté que se me quedaran un par de frases, pero es una lengua muy complicada y que ya casi nadie habla o al menos yo no había escuchado a nadie hablar ese idioma. Solo he aprendido hablar Francés e Italiano en la Universidad y me encanta.

Supongo que cuando un idioma no es para ti, por más que quieres que se adentre a tu cerebro, simplemente no se puede.

Suelto un suspiro al llegar al edificio y subo las escaleras hasta mi piso. Danielle es de las chicas que cuando se lo propone, se convierte en tu sombra asegurándose de que no te eches para atrás en algo que has prometido.

Entro en el departamento encontrándola, bailando en la sala, me mira levantando los pulgares y deja en un volumen medio la canción de Style de Taylor Swift.

—Baila conmigo. —me jala del brazo. —Mueve esas caderas que si no lo haces, se te van a oxidar.

Meneo la cabeza siguiéndola encima del sofá. Lleva sus manos a mi cabello y lo sacude echándomelo en la cara.

—Mis caderas no están oxidadas. —me defiendo.

—Pues anda, muévelas porque si no vas a quedar en ridículo esta noche.

Le sigo el ritmo cuando le sube más el volumen a la televisión y juntas brincamos de un sofá a otro y después ella se sube a la mesita de centro.

—*Because you got that James Dean daydream look in your eye*

Cierra los ojos al cantar y sé que en el fondo le duele que lo de ella y Damon no sede. Bajo el volumen cuando la veo apartarse un par de lágrimas que bajan por sus mejillas. La atraigo a mis brazos dándole un beso en lo alto de su cabeza rubia.

—No vale la pena que estés así por él. —le digo en un intento de tranquilizarla. —Eres una mujer muy buena, inteligente, hermosa, él no te merece, Dani.

—No, Nath él si vale la pena, porque aunque no esté conmigo y no me haya dado una oportunidad, nunca me trato mal, nunca me humilló, nunca me subestimo. —susurra. —Sabe lo que valgo y aunque sus palabras dolieron, tengo la esperanza de que tal vez un día, nos demos una oportunidad.

Nos quedamos en silencio con música de fondo hasta que ella se recompone. No es una chica que demuestre sus sentimientos a cada rato, tiene una coraza, como la tenemos la mayoría de las mujeres, unas la tienen más altas que otras dependiendo el daño que sufrieron.

—No le he avisado a nadie que iremos al bar, quiero caer de sorpresa a ver qué tal reciben a su Jefa. —comenta apagando el televisor.

—Vale, así será entonces.

Nicholas y Andre siempre han cuidado de su hermana, incluso de mí, cuando salíamos a algún bar, ellos nos acompañaban y Nick es el típico chico que finge ser tu novio para que hombres groseros y feos no se te acerquen.

Danielle recibió una herencia después de la muerte de su madre, dinero que su padre administraba, hasta que Damon

(abogado también) le ayudó a independizarse.

Su padre no es una mala persona, ella lo quiere muchísimo y él a ella, pero el que la hija del alcalde de la ciudad ponga un bar en Brooklyn no es bien visto por la prensa y eso lo quiso impedir el señor Prince, pero no lo logró.

Danielle puso su bar quedando ella como legítima dueña a sus 23 años de vida. También tiene una socia, quien es la que se hace cargo de la mayoría de las cosas que se necesitan en el lugar, informando a la rubia de cada pago importante o deuda.

Los hermanos de Danielle pasean por el bar de vez en cuando, pero ella no se aparece mucho por allá porque sus hermanos siempre andan con Damon y ella es al que menos quiere ver.

Adoro a esos chicos, Nick en especial se junta mucho conmigo, hablamos por mensajes de texto, por llamada, hacemos Skype, incluso lo hace hasta con mi hermana para ver a la bebé.

Me voy directo al cuarto decidida a buscar qué rayos me pondré. No soy de las chicas que tarda mucho en eso, en lo personal, solo busco algo con lo que este cómoda y listo.

Así que tomo unos vaqueros rotos de mezclilla desgastada, un top gris de manga larga y mis zapatos negros. Dejo todo encima de la cama yendo a buscar en el cajón donde tengo los accesorios tomo un par de aretes, una pulsera con un girasol y el collar que Nick me obsequió la navidad pasada.

No tardó mucho en la ducha dándole paso a Danielle quien es la siguiente en meterse al baño. Me unto crema por mis piernas, brazos y pecho antes de ponerme el outfit que escogí.

Frente al espejo que tengo detrás de la puerta me pongo un poco de base, solo un poco, después añado rímel a mis pestañas antes de pintar mis labios de un Mate café. Coloco los aretes, después el collar y la pulsera que reluce en mi mano.

Con todo listo, salgo de mi cuarto cruzando el pasillo hasta el cuarto de Danielle. La cual está en bragas y buscando una blusa con las tetas al aire.

Ya no es sorpresa para mí.

A veces anda en ropa interior como si nada y ya me acostumbré.

—Oye, ¿Me prestas tu chaqueta de cuero negro? —le pregunto abriendo el armario.

—¿La que tiene las insignias? —asiento. —Está en la otra puerta.

La busca mientras ella se coloca el top de cuero con el cierre por enfrente. Añade un pantalón de cuero negro y en un par de minutos ya tiene el cabello como actriz de cine.

—¿Qué tal me veo? — pregunta dando una vuelta lentamente. —¿Me veo cogible?

Suelto una risa.

—Te ves hermosa, muy sexy. —le guiño un ojo. —Seguro que vuelves con compañía está noche.

—Siempre tengo compañía. —me devuelve el guiño. —Pero tú no te quedas atrás, te miras demasiado ardiente.

—Bueno, solo quiero ir, bailar un rato y volver a casa sola.

Suelta un bufido.

—Vamos, hace mucho que no escucho acción en tu alcoba. —me golpea el hombro. —Realmente tiene mucho tiempo, ¿Cuándo fue la última vez? ¿Con quién? ¿Fue Robby, no? Hace como dos meses ¿O tres?

La tomo de las mejillas.

—Si, fue Robby y si fue hace tres meses, pero por ahora estoy bien ¿Okey? No voy a buscar con quién pasar la noche, solo quiero divertirme.

—Entonces vas a beber.

—Danielle...

—Yo te cuidare, ¿Bueno? Solo serán un par de tragos, nada fuerte, vamos ni que fuéramos monjas Nath, somos mujeres hermosas, sexys, ardientes, que más de uno desea tener en su cama.

Y no tiene caso negarlo, porque seguirá insistiendo, así que termino por asentir.

—Solo me falta lavarme los dientes y nos vamos. —me dice alejándose. —No lleves bolsa, nada de esas cosas, todo lo que vamos a necesitar lo llevo yo.

—Está bien.

Salgo del cuarto yendo directo a la sala, dónde me aseguro de cerrar bien la ventana, nunca se sabe cuándo puede venir una tormenta. Mi teléfono suena desde mi habitación y corro por el

pasillo hasta llegar donde lo había dejado. El nombre de mi hermana aparece en la pantalla.

—*Hola, ¿Cómo estás?* —saluda logrando que sonría.

—Hola, estoy bien ¿Y tú? ¿Cómo está mi sobrina? —salgo del cuarto topándome con Danielle, quien sale del suyo. —No la escucho.

—*No está aquí.* —suelta un suspiro. —*Antony la ha llevado a casa de su madre.*

—¿Siguen enfadados, es por eso por lo que no lo acompañaste?

—*Descubrí que está chateando con una chica, ella le envía fotos y yo*...—vuelve a suspirar. —*Yo solo quiero separarme de él, ya se lo he dicho, pero me dice que son ideas mías, que...que estoy equivocada.* — Ella se queda callada un par de minutos— *yo también tengo la culpa, tengo tantas cosas que contarte, Nath.*

Imbécil.

—No tiene porqué impedir que lo quieras dejar, Zaydaly. —hablo. —Sabes que tienes un lugar aquí en el departamento, no vas a estar soportando esa situación, dónde siempre te tacha de que estás equivocada. Tú no tienes la culpa de nada, ven cuando quieras, yo te voy a estar esperando aquí.

Danielle levanta ambos pulgares mientras se abrocha las cintas de sus zapatos.

—Lo sé, pero Rose...—dice. —Necesito un tiempo para meditar lo que haré, más después de que...

Calla.

—¿Después de qué?

—Nada, olvídalo.

—Hermana... ¿Te ha puesto una mano encima?

—No...,no es eso. —niega. — Te dejo porque no tardan en volver y seguro Rose tiene hambre.

—Llamame para cualquier cosa, Zaydaly. Prometelo.

—Lo prometo.

Así es la única manera en que cuelgo.

—¿Problemas? Podemos cambiar los planes y tomar un tren a Nueva Jersey ahora mismo. —Danielle coloca su mano en mi hombro.

—No, caer de sorpresa no sería bueno. —niego. —Pero si la cosa no pinta bien con el idiota de Antony, iré alla y le pateare el trasero.

—Iremos las dos.

Asiento dándole un abrazo, en serio agradezco mucho el apoyo de Danielle en cada momento durante todos estos años.

La conocí cuando teníamos 12 años y desde ese día no hemos dejado de ser amigas.

—Vamos.

Juntas salimos del departamento.

Mi hermana es demasiado importante para mí y si ese imbécil se atreve a ponerle un dedo encima, no le alcanzará el mundo para esconderse.

Capítulo 3

Nathalie Parson.

—¡Wow, el ambiente de esta noche pinta para nunca acabar! —exclama mi amiga nada más ponemos un pie dentro del bar.

La rubia tira de mi brazo guiándome por la línea que lleva directo a la barra, dónde me deja en un lugar y ella se salta la madera colgándose del cuello de un chica castaña, a quien le planta un beso dejando a todo el mundo mudo.

—¡VOLVISTE PERRA! —le grita la castaña volviendo a besarla.

—Soy tu Jefa, recuérdalo. —Danielle la señala y ella le saca el dedo medio. —Mira, he traído compañía.

—Hola. —saludo.

—Supongo que tú no eres de beso ¿No? —se acerca y yo niego.

—Nah, aún no la convenzo de reforzar la amistad. —la rubia le pasa un brazo por detrás de los hombros guiñándome un ojo.

Yo le saco el dedo medio logrando que ruede los ojos. Saluda a las demás personas detrás de la barra hasta que vuelve con dos tragos en la mano, vuelve a cruzar la barra señalando el trago que es para mí.

—Bebe, porque iremos a bailar. —avisa.

Me llevo el pequeño vaso a los labios dando un sorbo, pero ella me lo empina logrando que me lo pase todo. Los deja sobre la barra y me arrastra hasta la pista de baile, rodeada de personas que saltan al ritmo de Ariana Grande con el tema One Last time

Danielle levanta sus brazos saltando y yo hago lo mismo. Si me gusta este ambiente, que no lo haga tan seguido no significa que no me agrade. Dejo que me pase un brazo por los hombros llevándome a su lado, bailando ambas al mismo tiempo y después volvemos a estar separadas.

Mi mejor amiga se pega a una chica que se le queda viendo y la toma de la cintura metiéndole la lengua hasta la garganta. No me incómoda, yo sigo bailando, disfrutando del momento porque en serio se siente bien.

—¡AHH THANK U, NEXT! —Danielle vuelve a dejar a la chica para tomarme de la mano. —Mi canción.

Ella adora esa canción.

La canta llevándose una mano al pecho y sus caderas se mueven al ritmo que la canción le permite imitando los pasos de Ariana Grande.

Cada vez que dice Thank u, next Danielle toma una chica diferente dejando sus labios sobre ella sin pensarlo dos veces. Niego con la cabeza bailando hasta que la canción termina.

Volvemos a la barra solo para beber de nuevo, solo llevamos dos y espero que sean suficientes, pero conozco a Danielle y ella no es de solo dos tragos. Siempre que bebe, me quedo en su alcoba cuidando de que no se ahogue con su propio vómito.

—Iré al baño, ahora vuelvo. —le aviso.

—Regresa rápido o te perderás las mejores canciones. —advierte.

Esquivo un grupo de amigos logrando pasar hasta bajar un par de escalones. El bar es grande, más que un bar, es un club, solo que yo lo llamo bar. Tiene una sala vip al final de uno de los pasillos, otra barra dentro de esa sala y el DJ está encima de una tarima que cuelga del techo.

Que miedo, lo sé.

Si yo fuera él, me aseguraría de que mi seguro médico esté vigente.

De lejos escucho como suena Closer de The Chainsmokers.

Los baños están algo alejados de la pista ya que son el único lugar donde puedes medio hablar por teléfono sin todo el ruido de afuera. Paso el pasillo de la sala vip y de repente soy atropellada por alguien que me lleva al piso.

Una pelea.

Intento levantarme, pero me es imposible ya que el tipo es grande y me está aplastando la mitad del cuerpo. Otros dos tipos lo toman quitándomelo de encima y rápido me pongo de pie sin saber a dónde mirar.

Alguien intenta tomarme, pero me zafo sin ver quién es, caminando apresurada al baño. Me reviso frente al espejo y no tengo ningún golpe, tampoco me duele nada, solo tengo el corazón acelerado.

Respiro un par de veces delante de mí reflejo y me echo un poco de agua a la cara tratando de calmar mis nervios. Lo logro después de un rato y tras hacer pipí vuelvo a salir del baño.

El pasillo está desierto, así que me armo de valor y lo cruzo sin mirar atrás. Vuelvo a la pista donde encuentro a Danielle bailando sola y en cuanto me ve me abraza.

—¿Por qué tardaste tanto? —me pregunta acercando su boca a mi oído.

—Por nada, todo bien. —Le resto importancia. —Iré por agua ¿Quieres algo?

—No, ve.

Asiento dejándola de nuevo en la pista y en la barra pido una botella de agua, cuando estoy a punto de abrirla alguien me toca el hombro acelerándome el corazón.

—Señorita, le envían esto. —dice el hombre de traje con una corbata roja.

En su mano trae el collar en forma de corazón que Nick me había regalado por navidad. Me toco el cuello y no sé en qué momento se me cayó.

Cuando el tipo cayó sobre mí.

Lo tomo dudosa mirando de mi mano a la suya.

—¿Quién me lo mandó? —le pregunto.

—El hombre que está en la entrada.

Se gira sin decir nada más y rápidamente busco la entrada, pero solo logro ver un hombre de traje, de espaldas, con el cabello castaño siendo escoltado por el hombre que me trajo el collar y otros tres más cuando sale del bar.

La curiosidad me gana y termino dejando el agua sobre la barra esquivando a las personas para alcanzar la salida. Cuando logro salir el viento me golpea en el rostro, pero busco esos hombres, hasta que doy con ellos.

Hay dos camionetas estacionadas al cruzar la calle, dónde en una suben los tres hombres y en la segunda le abren la puerta al hombre de cabello castaño, quien voltea un momento mirándome, no logro detallar su rostro y entra en la camioneta.

Ambas pasan por enfrente del bar y la segunda reduce la velocidad haciéndome sentir que detrás del vidrio polarizado alguien me observa.

¿Estoy ebria?

Niego con la cabeza cuando la camioneta gana velocidad y vuelvo adentro tratando de borrar la curiosidad que me toma por dentro. Camino a la barra sentándome en uno de los bancos desde donde observo a las personas bailar, después bajo la vista al collar el cual me coloco esperando que no se vuelva a caer.

¿Quién era ese hombre?

Vuelvo a sacudir mi cabeza pidiéndole un trago a la chica castaña y me lo bebo sin pensarlo mucho. De repente siento como me cubren los ojos espantándome.

—¿Que tiene cabello rubio y es lo más hermoso del planeta?

Sonrío bajando la guardia.

—Danielle Prince.

Nicholas baja las manos dejando que lo vea cuando se recarga en la barra.

—Eres tan mala, Nathalie. —exagera. —Pero no me importa está noche, porque vine aquí a celebrar.

—¿Se puede saber qué?

Él saca una hoja de su chaqueta negra y me la tiende. La desdoblo y leo detenidamente todo lo que dice. Es un cheque por 300,000 mil dólares a nombre de Nicholas Prince por la venta exitosa de tres pinturas hechas por él mismo.

Si, Nicholas es un artista, es pintor, no cualquier pintor, su vocación es pintar desnudos, es muy solicitado en Nueva York y en el resto de Los estados Unidos. Su trabajo es excelente, no siempre te centras en el cuerpo de la persona, si no en la belleza de los pequeños detalles.

En especial en el de las mujeres.

—Me alegro mucho por ti, que tengas tiempo para lo que realmente te gusta hacer. —le entro el papel de vuelta. —¿Cómo vas con la empresa?

—Todo pinta bien, los Prince siempre hacemos las cosas bien.

Asiento porque sé que es verdad. Harry Prince es un hombre demasiado bueno, si no, no fuera el alcalde de la ciudad.

—¿Y el señor seriedad? —interrogo.

—Allá, observando como su hermanita menor se come todo lo que se mueve. —señala la pista de baile en una esquina. —La Prince que le causa dolores de cabeza al señor seriedad.

Andre Prince mira fijamente a Danielle. Para nadie es una sorpresa que Andre es demasiado sobreprotector con Danielle, pero también es el que más la regaña, la devuelve a casa, la lleva a comer cuando tiene resaca.

Nick también hace eso, pero cuando no está o no puede, el de los regaños es Andre. Es el señor seriedad, porque es bastante serio, muy reservado y nunca habla de su vida privada.

—¿Y Damon ahora no anda con ustedes? —indago tratando de sonar casual.

—Tenía una cita.

—Oh, no sabía que tenía novia.

—De trabajo. —aclara. —Últimamente todos trabajamos mucho, Andre está pegado a mi padre por motivos de política, ayudándole en varias cosas.

—Entiendo.

—Y yo con la empresa no he tenido tiempo ni para una salida casual con una amiga.

—Ay pobrecito. —le saco la lengua. —¿Qué pasó con la chica que me comentaste el otro día?

Alza la mano para pedirle un trago a la chica de cabello castaño y se sienta a mi lado.

—No era nada serio. —forma una mueca. —Tengo tantas cosas en la cabeza y una de ellas es cómo decirle a mi hermana que el accidente de nuestra madre no fue eso, un accidente.

Dejo la bebida en la barra mirándolo sorprendida.

—¿Qué?

Mi vista se desvía a Danielle que ahora le forma sonrisas a Andre quien trata de sacarla de la pista.

—El accidente ya estaba en investigación, por el hecho de que el auto era nuevo, no tenía ningún daño y el que haya explotado no hay explicación alguna. —suspira. —Por lo cual las investigaciones no pararon. Hace tres días hubo una reunión con los investigadores y los de la aseguradora, en dónde se descubrió que no fue un accidente, si no un atentado.

No lo puedo creer.

—Lo siento tanto, Nick. —Apoyo mi mano en su hombro. —Yo voy apoyar muchísimo a Danielle, igual que a ustedes.

—Lo sé, gracias. —se acerca besándome la frente. —Tengo miedo que Danielle termine siendo una alcohólica, la muerte de mamá la afectó muchísimo, mucho más que a nosotros, pero no quiero que esto...la termine por destruir.

Nos quedamos en silencio un momento hasta que desviamos la vista a la pista, dónde Andre trae a Danielle en brazos. Nick es el primero en levantarse y yo lo sigo.

—¿Qué le pasó? —pregunta apartando un par de mechones de su frente.

—Tranquilo, solo se desmayó, ha bebido mucho supongo. —me mira y yo asiento. —¿Y si la llevamos a casa?

—No, iremos a nuestro departamento, se pueden quedar ahí toda la noche si quieren, pero Danielle no me perdonaría el que haya permitido que se la llevarán a su casa. —niego.

Andre y Nick se miran entre ellos hasta que terminan asintiendo. Los cuatro salimos del bar y ya hay una camioneta con un chofer el cual nos abre la puerta. Nick se va adelante dejando el asiento trasero para Andre, yo y una dormida Daniella.

Los Prince son rubios, todos. Harry, la señora Prince que en paz descanse, después Nick que es el mayor, luego Andre y por último Danielle. También tiene una belleza que resalta entre los demás, con ojos de color.

Ava Prince murió cuando Danielle tenía 17 años de edad. A mi amiga le afectó muchísimo y es que me imagino que no ha de ser fácil perder a tu madre.

Zaydaly y yo siempre hemos sido solo nosotras, nunca conocimos a nuestros padres, simplemente nos dejaron en casa de "una tía" la cual nos dio crianza solo por la pensión alimenticia que nos daba el gobierno. Solo nos permitió quedarnos hasta que cumplimos 18 y desde ese día nos la apañamos solas.

Zaydaly busco empleo, después lo hice yo y también teníamos el apoyo de los Prince, quienes le pagaron la carrera a mi hermana como Psicóloga y yo conseguí una beca en una de las universidades dónde me gradué como maestra.

Solo hemos sido nosotras dos y con eso nos basta y nos sobra, bueno, ahora somos tres, mi sobrina es nuestra protegida.

—No me gusta la manera en la que está bebiendo. —comenta Andre negando con la cabeza. —Está de fiesta todos los días casi.

—¿La estás espiando? —indago con una ceja en alto.

—No, la estoy cuidando. —me mira. —Nath, quiero lo mejor para ella, no que esté desperdiciando su vida.

—No la está desperdiciando Andre, tiene una carrera, el que no la ejerza es otra cosa, estoy segura de que sería una gran enfermera. —aclaro. —Si se la pasa de fiesta es porque quiere, pero la conozco y sé que cuando necesiten de ella allí estará al pie del cañón.

Nick la mira a través del espejo retrovisor.

—¿Cómo carajos le voy a decir lo de mamá? —se pasa una mano por el cabello rubio.

—No se lo vamos a decir ahora, claro está.

—Mañana cuando la reseca se le pase hablarán con ella, por ahora la dejaremos dormir. —sentencio.

Ambos asienten y yo recargo la cabeza en el asiento soltando un suspiro. Cierro un momento los ojos recordando la figura del hombre en la camioneta.

¿Quién es y porque me devolvió el collar?

Me causa curiosidad, pero sé que probablemente nunca sabré quien es, así que decido dejarlo correr concentrándome en mi amiga.

Capítulo 4

Hunter Meyer

Mi pie sube y baja mientras que mi dedo índice forma un círculo alrededor del vaso con Vodka. Mi mirada recae en el hombre de rodillas que tengo frente a mí, no me gustan las mentiras, ni las traiciones.

Y él lo sabía.

—Señor, se lo suplico. —ruega como el cobarde que es. —Yo no le haría daño al joven Ian.

—No, no le harías daño porque yo jamás lo permitiría. —sentencio poniéndome de pie. —Te dejaré vivir, ¿Sabes? Pero es obvio que el precio es alto.

Asiente repetidas veces y yo le hago una señal a uno de mis hombres para que se acerque.

—Escoge, ¿Cuál de las dos manos utilizas menos? —pregunto logrando desatar la mirada de terror. —Agradece que no te corte la lengua, porque es lo que mereces.

Trata de zafarse de los agarres de mis hombres, pero no lo logra.

—Hazlo o terminaré cortando los dos, no tengo paciencia. —declaro.

Hay quienes son tan cobardes que están dispuestos a perder una extremidad que su propia vida, aun sabiendo que después de eso el mierdero es infinito, pero eso para mí es lo mejor, ya que un cobarde que se mete con mi familia está destinado al infierno

—El izquierdo. —decide.

Le indico a mi hombre de confianza que lo haga y los gritos son dolorosos para él, pero satisfactorios para mí, ya que prefiero los de él, que los de mi propio hijo.

—Irás con Ivanovich y le darás un mensaje de mi parte. —sujeto su mandíbula. —Quien se mete conmigo, con mi gente o mi sangre, solo tiene un camino y es directo al infierno. Nueva York es mío.

Le ordeno a mis hombres que lo saquen y salgo del cuarto dándole paso a las sirvientas que se encargan de la sangre y el desastre dentro.

La propiedad Meyer en Nueva York es bastante grande, como todos los lujos a los que cada Meyer está acostumbrado. Dos de mis hombres me siguen de vuelta a la casa dónde la cena está servida en el comedor.

Mi madre está en la cabeza de la mesa, Ian, mi primogénito está a su lado, mi hermano menor junto a él y yo me siento en el otro extremo dónde Maxwell Russo, mi mejor amigo, está a mi derecha.

—¿Novedades? —pregunta mi madre levantando su copa. —¿Has dejado de nuevo en alto el apellido de los Meyer?

—¿Cuando te he fallado, madre?

Asiente dándole un sorbo a su copa y mi mirada se desvía a Ian, quien come en silencio como siempre.

—Quomodo erat dies tuus?— le pregunto dejando que la sirvienta se encargue de servirme la cena.

(¿Cómo estuvo tu día?)

Mueve el tenedor por la comida tardando en responder. La familia Meyer tiene una fascinación con el Latín y mi hijo no es la excepción, ya que con nosotros mayormente se comunica en ese idioma.

Es un niño de pocas palabras al hablar, pero al escribir es diferente. Su conversación más larga la tuvo conmigo el año pasado, porque cuando era bebé tampoco lloraba o hacía berrinche.

—Pater bene, ego similis praeceptori meo. —habla en voz baja y mi madre es la primera en sonreír.

(Bien, padre. Me agrada mi maestra)

—Quid dicitur? —interrogo cortando el filete de carne.

(¿Cómo se llama?)

Tiene su libreta al lado y comienza a escribir, después empuja el cuaderno hacia mí dónde se lee un nombre.

Nathalie.

Me limpio la boca levantando la copa sin apartar la vista del papel. Si le agrada es porque ella lo entiende y respeta su poca participación en clase.

Al principio no estaba de acuerdo con que fuera a un colegio común, la educación que tiene en casa es superior a la de cualquier colegio de cuarta, pero mi madre insistió en que debe de convivir con otros niños y que sea más sociable.

Necesita conocer personas a su alrededor, hacer amigos, al menos uno leal, que lo acompañe a lo largo de la vida con el destino que le espera.

El apellido Meyer tiene que estar vivo y ser respetado como lo es hasta ahora. Los valores de esta familia, el respeto y la lealtad que no siempre se ve en apellidos grandes.

—Bueno, cariño. —Esmeralda Meyer, su abuela, le sonríe. —Ahora ya me dio curiosidad tu maestra.

—A mí también. —le sigue Leonardo. —¿Es sexy? O ¿Es como las que salen en la tele todas ancianas?

Maxwell y yo reímos en voz baja.

—¿Tiene lentes, Ian? —le pregunta mi amigo. —¿Cómo se viste?

—¿Cómo es que si trae lentes sabrás si está sexy o no? ¿Sabes que hay chicas con lentes que están súper buenas? —defiende mi hermano.

Le guiño un ojo a mi hijo quien trata de no soltar una risa por las pendejadas que hablan sus tíos.

—Mi bebé no sabe de esas cosas. —sale mi madre en su defensa. —déjenlo en paz.

—Pero lo sabrá, es un Meyer y los hombres de esta familia siempre estamos rodeados de mujeres con extrema belleza. —aclara Leonardo. —Una mujer digna de nosotros, inteligente, leal y sobre todo, buena.

—¿Y porque tú aún no la has encontrado? —indaga Esmeralda. —No he visto más que zorras que salen por la puerta y entran por la ventana.

—¿Será porque aún no llega la indicada? —devuelve. —No te desesperes madre, muy pronto encontraré a alguien.

—Eso espero.

Siguen hablando mientras que Russo me voltea a ver.

—Colin te espera en el bar de la otra noche, dice que tiene algo urgente que hablar contigo. —me informa. —Sabes que no confío en ese tipo, pero es nuestro medio en Rusia para saber de Ivanovich.

—Entonces iremos allá para ver qué se trae entre manos.

—Bien.

La cena termina, mi hijo baja de su silla viniendo a mi lado donde deja que le eche la bendición y bese lo alto de su cabeza. Se retira con el hombre que siempre cuida de él y yo me pongo de pie.

—Nos vemos, madre. — me acerco a ella besando su frente. —Descansa.

No dice nada, solo me observa salir seguido de Maxwell y mis hombres de confianza. Leonardo siempre se queda con ella encargándose de los otros negocios.

—Mira esto. —Russo me pasa la Tablet dónde se muestra una cámara de seguridad. —Es el hijo del alcalde, el mayor, lo acorralaron en la avenida Brooklyn.

—¿Y eso qué me importa? —trato de devolverle el aparato, pero se niega.

—Mira la marca en el cuello.

Le hace zoom al vídeo y el tatuaje de la cruz que representa a los Ivanovich resalta en su piel.

—Si toman al alcalde de las pelotas les dará entrada a la ciudad y es algo que no podemos permitir, Rusia es territorio enemigo y suficiente tenemos cuando nos arriesgamos a traer mercancía, pero si llegan a Estados Unidos nos vamos a joder.

—Pues no nos vamos a dejar. —sentencio. —Nadie nos va a Joder.

—Entonces necesitas una reunión con el alcalde, Hunter. —declara. —A él no le conviene tener a una mafia como los son los Ivanovich en la ciudad y a nosotros tampoco si queremos seguir con el negocio en alto.

—No le tengo miedo a Jordan Ivanovich ni a nadie de la Mafia Roja.

—No se trata de que le tengas miedo o no, se trata de que entiendas que no solo tienes a un enemigo, ¿Se te ha olvidado los O'connell?

Me pellizco el puente de la nariz harto de todo.

—No estamos solos, tenemos más alianzas que ellos.

La enemistad entre la Mafia Negra (Los Meyer) y la Mafia Roja (los Ivanovich) viene desde hace mucho, pero hace siete años fue el detonante de todo.

—Si, pero sabes perfectamente que si se toman el territorio dónde estamos nos vamos a joder así tengamos al presidente de nuestra parte. —suspira. —Esto es Mafia contra Mafia y si el gobierno interfiere, solo la va a cagar.

Tiene razón.

—Si él pudo comprar parte del gobierno ruso, yo puedo comprar parte del Americano. —digo seguro. —Encargate de una reunión con el alcalde y el gobernador.

—Bien.

Las camionetas se detienen enfrente del bar y bajamos. Me abotono el traje siguiendo el paso por la puerta principal, dónde me dejan pasar sin problemas.

La música retumba, las personas saltan de arriba abajo con la mezcla del DJ y paso de largo hasta la sala VIP dónde tomo asiento con Max a mi lado y mis hombres rodeando la sala.

Una chica entra dejando una botella de Vodka y varios vasos. Uno de mis hombres se encarga de servir ya que soy muy estricto a la hora de beber. Nadie que no sea de mi confianza toca la botella sellada.

Las cortinas se abren dándole paso a Colin, el hombre de un metro ochenta de altura y con un abrigo negro hasta sus piernas, me mira alzando la cerveza que trae en la mano.

—¿Sigues vivo? Me sorprende que una escoria como tú siga respirando el mismo aire que yo. —le digo tranquilo extendiendo mis

brazos en el sofá. —¿Qué mentira te trae aquí?

—Ninguna mentira, solo la verdad.

—Suelta.

Le da un trago a su cerveza sacando algo de su abrigo, son fotografías que lanza sobre la mesa. Maxwell las toma mostrándomelas.

—Una bodega llena de mercancía a las afueras de San Antonio, un poco de todo y eso es lo primero de mucho que va a llegar ahora que los Ivanovich quieren mudarse de territorio.

Las fotos muestran una bodega con armas, desde la más pequeña hasta la más grande, droga, autos y una avioneta.

—¿Quién te dio está información? —me pongo de pie. —¡¿Quien?!

—Primero mi dinero. —se ríe en mi cara.

Asiento sonriendo y sin pensarlo le meto un cabezazo para después empujarlo hacia afuera, dónde cae, pero no solo, si no que cae encima de una chica.

Le hago una señal a uno de mis hombres para que se lo quite de encima y salgo para asegurarme de que no haya más personas. Solo es ella, tiene el cabello suelto y le cubre el rostro, trato de tomarle el brazo, pero lo esquiva pasando de largo.

Ignoro eso y vuelvo mi atención a Colin, a quien le meto otro golpe.

—Lárgate y si quieres mantenerte con vida, quiero toda la maldita información que puedas darme.

Se limpia la sangre y se larga sin decir nada. Me paso la mano por el cuello y mi mirada cae en algo que brilla en el suelo, es un collar, me agacho para tomarlo y veo por el pasillo por dónde se fue la chica.

Seguro es de ella.

—Larguémonos de aquí. —Mexwell me palmea el hombro.

Se adelanta por el pasillo y yo lo sigo, pero al llegar fuera me quedo parado observando el collar. De repente la chica sale del pasillo y paro a uno de mis hombres.

—Entregale esto. —le ordeno.

Me voy con mis otros hombres sin prestarle atención a nada más y camino hasta la salida. Maxwell está afuera fumando un cigarrillo y ambos cruzamos la calle para subir a las camionetas.

Antes de subir, giro mi cabeza hacia la entrada del bar y la veo afuera, parece buscar algo y trae el collar en la mano, cuando da conmigo no aparta la vista, pero soy yo quien entra en la camioneta sin más.

El chófer pasa por delante del bar y miro por detrás del vidrio polarizado como ella se queda quieta en el mismo lugar. Su cabello lo trae suelto hasta por debajo de los hombros, su flequillo es delicado y la chaqueta de cuero negro le da un aire de maldad.

Maldad que apuesto no tiene.

La camioneta gana velocidad y yo vuelvo la vista al frente.

—¿Quién era ella? —pregunta mi amigo.

—No tengo idea.

Capítulo 5

Nathalie Parson.

Salgo de la cama dejando a Danielle durmiendo aún. Me tocó dormir en su habitación para que sus hermanos durmieran en la mía. La puerta del cuarto la abro con cuidado esperando no hacer mucho ruido, ya que Danielle con resaca es otro nivel.

Sigo de largo por el pasillo hasta el baño, dónde lavo mi cara, mis dientes y me recojo el cabello en un moño mal hecho.

De vuelta en el corredor llego a la sala, donde está Nick hablando por teléfono cerca de la ventana. Lo saludo con la mano y paso de largo a la cocina, donde un Andre en bóxer y camiseta negra me recibe.

—Buenos días. —saludo llamando su atención.

—No tienen comida decente. —se queja señalando la nevera. —¿Cómo sobreviven?

—Como lo hacen todas las personas, comiendo. —le respondo abriendo el refrigerador. —¿De qué hablas? Está lleno, hay carne, jamón, huevos, pollo.

—Soy vegetariano.

—¿Desde cuándo? —indago tomando leche y cereal. —La cena de navidad el año pasado comiste filete de carne a término medio hasta que no pudiste más.

—Es el Andre del pasado. —responde. —Tenemos que cuidar a los animales si no queremos que se extingan.

—Creo que exageras.

—No, no lo hago. — le da un sorbo a su café. —Mandaré surtir la despensa con más frutas y verduras y menos carne.

Lo señalo.

—No, este es nuestro refrigerador, con el tuyo haz lo que quieras. —digo sería. —A nosotras sí nos gusta la carne y mucho.

—Inconscientes.

—Si, lo somos. —le saco la lengua.

Nick entra yendo directo por una taza que estaba llena de café en la barra y se apoya en esta misma.

—¿Pasa algo? —le pregunta Andre. —¿Papá está bien?

Asiente tardando en responder.

—Danielle tenía razón. —dice de repente. —No le creímos porque tenía solo 17 años, pero decía la verdad.

Andre deja la taza aún lado acercándose a su hermano.

—¿De qué diablos hablas? —se le planta a un lado.

Suspira.

—Me dijo que una noche antes del "accidente" de mamá, la vio hablando con un hombre y escuchó cuando le dijo "Tienes que huir, vete lejos" —murmura. —No me los describió bien, solo dijo que era de cabello castaño, con un abrigo y tenía tres anillos en su mano derecha. Yo le dije que no comentará nada, porque si era un amante papá se haría una idea diferente de ella, pero ahora no sé qué diablos pensar...

—Chicos...—susurro mirando a Danielle parada en la puerta.

La rubia entra pasando de largo hasta arrebatarle la taza de café a Andre y se para a su lado apoyando la cabeza en su hombro.

—En su mano izquierda, era la izquierda. —dice. —No te preocupes, yo tampoco me hubiera creído estando en el estado que estaba, ahora hablen...

—Lo de mamá no fue un accidente, la asesinaron. —responde Nicholas. —Está en investigación, pero todo apunta a qué en este tiempo solo hemos creído una mentira.

Se gira escondiendo el rostro en el pecho de su hermano y este la abraza con fuerza. Nick deja la taza a un lado y se acerca a ellos.

Los dejo a solas, sé que me quieren y me tienen la suficiente confianza como para que esté a su lado, pero un tiempo entre hermanos no cae nada mal.

A mí me gusta tenerlo con Zaydaly.

En mi habitación busco ropa para cambiarme, decidiendo por un par de vaqueros, una blusa sencilla y unos tenis blancos. Me amarro mejor el cabello en una coleta y cuando salgo ellos están en la sala.

—Hola. —entro por completo en su campo de visión. —¿Preparo algo de comer?

Danielle señala a Andre.

—Él nos invita a comer hoy, no creo que le guste algo de aquí.

Nick niega con la cabeza y Andre levanta ambas manos.

—Yo no tengo la culpa de que no tengan comida sana.

—Toda la comida es sana, idiota. —la rubia le saca el dedo. —En fin, iré a cambiarme.

Se pierde en el estrecho pasillo y yo me giro para ver a los chicos.

—¿Cómo se lo tomó? ¿Le explicaron bien las cosas? —pregunto tomando asiento en el reposabrazos del sofá.

Nick se pone de pie buscando su saco.

—Se lo tomó bien, al parecer, pero no quiere hablar del tema por ahora. —suspira. —Es difícil y lo será más cuando encontremos a la persona que hizo esto, porque lo va a pagar.

—Se que no me corresponde a mi opinar sobre esto, pero...creo que se tienen que concentrar en la Justicia y no en la venganza. —los miro. —Eso es lo que hubiera querido ella.

Ninguno de los dos responde y lo entiendo, la situación es bastante difícil.

Mi teléfono suena en la bolsa trasera y lo saco mirando el nombre de Zaydaly en la pantalla.

—Hola, ¿Cómo estás? —pregunto, pero no responde. —¿Zaydaly?

—Ey, si, hola. —habla agitada. —Perdón es que estaba poniendo a Rose en mi pecho.

Nick me mira, pero después desvía la vista hasta su teléfono.

—Oh, vale. —camino por la sala. —¿Y Antony?

—Salió, como siempre. —suspira. —Lo único en lo que me concentro es en mi hija, Nath, ya no me voy a estresar por él, por ambos.

—Vente para acá un tiempo, unos días si quieres, Antony no te puede impedir eso.

—Se que no, pero...tengo a mis pacientes aquí, mi trabajo, no quiero darle motivos para que me tache de desobligada.

Niego con la cabeza cansada.

—Te juro que creí que Antony no sería tan pendejo como para dejar ir una mujer como tú. —digo en voz baja mirando por la ventana. — Iré la próxima semana ¿Ok?

—No tienes que venir, estoy bien, en serio.

Alguien me arrebata el teléfono y es Nick quien ahora lo sostiene en su oreja.

—Llegaré está tarde ¿Tienes tiempo? Necesito verte y platicar contigo. —le dice serio. —Zay, solo dime si puedo o no,

porque si no me dices me tendrás tocando la puerta toda la madrugada.

Andre se encoge de hombros cuando lo miro.

Zaydaly es Psicóloga y más de una vez ha charlado con Nick y con Danielle en privado y por separado. Ambos le tienen mucho cariño a ella, Andre también, pero como dije antes, él es más reservado.

—Nos vemos en unas horas. —se despide y me pasa el teléfono.

—Lo escuché estresado, ¿Está bien? ¿Han estado bien todos? —pregunta ella desesperada.

—Supongo que él te lo contará más tarde, no me corresponde a mí decirlo.

—Lo entiendo, te dejo, le pediré a la señora Timothy que cuide de Rose un momento mientras yo salgo por unas compras.

—Dale, hablamos luego.

Me despido mirando a Nick y él simplemente toma sus cosas encogiéndose de hombros.

—Ustedes vayan a comer, yo tengo otros asuntos que atender. — se acerca a Danielle que acaba de entrar en la sala y le da un beso en la frente antes de venir a mí. —Cuidala. —susurra solo para nosotros dos.

—¿A dónde vas? —le pregunta su hermana.

—Ya te lo dije, tengo asuntos que atender.

Se despide de Andre con un medio abrazo y sale rápido del departamento.

Este hombre.

—Bien, pues nosotros nos vamos a comer. —el rubio nos abre la puerta.

Su hermana lo mira.

—Llevanos al menos a un restaurante que tenga de todo, Andre. —le dice. —No salgas con tus ocurrencias de restaurantes vegetarianos ¿Qué es eso?

—Eso es buena y sana comida. —responde serio.

Siguen discutiendo sobre comida durante todo el camino hasta el restaurante. Danielle celebra que sirvan carne y yo choco las palmas con ella.

…

El lunes llega en un abrir y cerrar de ojos. Vuelvo al colegio en taxi y al llegar al salón me encuentro con una rosa negra y un regalo. Parece un libro envuelto.

No lo alcanzo abrir porque los niños van entrando y Ian mira directo al escritorio un momento antes de volver la mirada a su cuaderno.

—Buenos días, niños. —saludo girando hacia el pizarrón dónde coloco la fecha. —¿Cómo pasaron su fin de semana?

—¡Bien! —responden al unísono.

Bueno, no todos como siempre.

—Okey, hoy vamos a repasar el abecedario ¿Bueno?

Asienten sacando su cuaderno.

La mayoría sabe repetirlo a la perfección, pero hay uno que otro que se tardan, lo cual es normal. Ian pone demasiada atención y cuando le pido a cada uno que señale su letra favorita, él señala la N.

No me sorprende, ya que es la inicial del negro. Continuamos con la clase hasta que el timbre del primer receso llega y la maestra a cargo de guiarlos a la cafetería los espera afuera.

Observo como cada uno sale y yo me quedo sentada en mi lugar para abrir el regalo. Hay una tarjeta completamente negra y la letra M está en tinta blanca con unas alas a los lados.

La volteo y hay un pequeño mensaje.

Gratias ago tibi, magister bone.

Ian

(Gracias, buena maestra.
Ian)

La dejo a un lado con una sonrisa y me concentro en el libro o cuaderno, no sé qué sea. Le quito el papel color café en el que está envuelto dejando ver el contenido.

Es un libro de traducción, del Inglés al Latín y al revés. El que yo compre solo estaba en latín.

Lo hojeo un poco, dándome cuenta de que no está nuevo, un par de hojas tiene manchas de lápiz y otras están pintadas de color negro.

Repito, Ian tiene algo especial, algo que...

No sé describir con exactitud. Todos mis alumnos me causan orgullo y curiosidad, siento que todos son inteligentes a su manera, son amables y llevan una buena educación, pero Ian...

Él es diferente

No salgo del salón, busco la traducción de la nota aprendiéndome las páginas de dichas palabras. *Buena maestra*. Sonrío dándome cuenta que se siente bien que tus alumnos se expresen así de ti.

Cuando vuelven a la clase continúo con la lectura, son pocos los que participan, pero me gusta que sonrían entre todos. Melissa es muy inteligente también, le gusta mucho participar.

El resto de las horas pasan y les ordeno que guarden sus cosas antes de que el timbre suene. Se despiden con la mano y me apresuro a ponerme de pie cuando veo a Ian.

—Oye. —me pongo de cuclillas frente a él. —Gracias por el libro.

Asiente y yo le sonrío.

Respira profundo y levanta la mirada dejándome observar el azul de sus ojos.

—Gracias por no enojarte. —su voz es apenas un leve susurro.

—¿Por qué me enojaría?

—Por no hablar mucho. —responde sin bajar la mirada. —*gratias magister*

Le aparto el cabello medio ondulado de la frente y acaricio su mejilla.

—No te preocupes, no tienes nada que agradecer ¿Si?

Asiente y sale casi corriendo sin decir nada más. Tomo mis cosas y salgo yo también, desde el primer escalón logro ver varios autos en el estacionamiento, pero una camioneta llama mi atención.

Me recuerda a la que ví en el bar con Danielle, pero estoy segura de que hay muchos modelos iguales. Suspiro y sin apartar la mirada bajo un escalón, dónde veo como Ian es recibido de la mano de un hombre con el cabello rubio oscuro, otro hombre le abre la puerta al pequeño y después rodea el auto esperando que el primer hombre suba.

¿Es hijo de algún empresario?

Es lo más probable, tal vez de algún político. Nunca había escuchado el apellido Meyer en la política, pero nunca se sabe.

Me prometo recordar preguntarle a Danielle si conoce algún amigo de su padre con ese apellido, porque ahora, más que antes, me causa curiosidad.

Suspiro bajando el resto de los escalones y salgo de la propiedad del colegio con rumbo a casa.

Necesito aprender a decir Gracias y ¿Cómo estás? En latín.

Capítulo 6

Nathalie Parson.

—Dime que tal sueno. —le pido a Danielle quitándole la sábana de encima. Coloco el libro delante de mí y leo. —*Salve, quid agis?*

Dios, eso suena horrible.

—¿Quieres invocar al diablo? —exclama volviendo a taparse.

—¡Danielle!

—No entiendo tu terquedad de aprender un nuevo idioma, suficiente tenemos con el nuestro. —niega. —Se te hará tarde, vete y déjame dormir.

La dejo tranquila saliendo de su habitación y al pasar por la cocina tomo el termo con café antes de salir del departamento. Tengo el libro en una mano y el termo en otra al bajar las escaleras hasta el primer piso. Aprovecho salir cuando una mujer entra dejando la puerta medio abierta y está vez, como me he levantado más temprano, puedo caminar hasta el colegio.

Le echo mirada al camino y otras al libro donde repito mentalmente la frase que estuve ensayando gran parte de la semana.

Hoy es jueves, llevo cuatro días estudiando el latín y solo esa frase suena en mi cabeza, pero cuando la digo no me hace sentir

muy segura, siento que digo una cosa totalmente diferente.

Cruzo la calle corriendo y esquivo varias personas afuera de un local tratando de apresurar el paso. Cuando llego a la puerta del colegio, el guardia me abre y yo le agradezco con un asentimiento de cabeza.

Veo tres camiones escolares en el estacionamiento y Matt me está esperando en las escaleras. Me apresuro a guardar el libro en mi mochila encaminándome a su lado.

—Creo que no llegue tarde. —digo haciendo que sonría. —¿Qué pasa? —señalo los autobuses.

—Hoy es día de salir, ¿Lo olvidaste?

¡Maldición! La directora me había comentado que al principio de clases, luego de una semana o dos, los niños tenían derecho a un paseo para que se sintieran más relajados.

—Lo siento, lo olvidé por completo. —me disculpo. —Esta semana ha sido...algo complicada.

Él le resta importancia y sonríe de oreja a oreja.

Es muy amable.

—No importa, vayamos a ordenar a los niños para que suban a los autobuses.

Asiento entrando por completo al edificio y paso de largo hasta mi salón, dónde los niños están sentados, a cargo de una maestra suplente. La saludo y en cuanto me ve ella se marcha.

—Bueno, ¡Hoy es día de salir! —les digo y ellos sonríen. —¿A dónde iremos?

—¡Al zoológico! —responden al unísono.

—Exacto, así que vamos a formar una fila. —indico. —Y en orden saldremos también haciendo caso a las indicaciones de las maestras que están fuera ¿Ok?

—Si.

Todos salen y observo al último, quien va con una fina sudadera gris, los pantaloncillos del uniforme y trae la capucha de la chamarra puesta. No me mira, solo pasa de largo.

Sigo a todos fuera cargando solo con mi teléfono y el gafete que me identifica como maestra de este colegio. Matt ahora está ayudando a que salgan los de primero también, ya que hoy les toca solo a ellos, pero se va a necesitar ayuda para cuidarlos a todos.

Con cuidado suben al transporte y yo me siento al lado de Matt comprobando que todos estén en sus asientos y sin problemas.

El camino no es muy largo, ya que el colegio está en el centro de la ciudad y el recorrido solo tarda veinte minutos por el tráfico. Al llegar todos bajan, Matt y otra profesora se encargan de la entrada y él me indica que los niños pueden bajar.

Lo hace en fila y ordenados. Yo soy la última mostrándole mi gafete a la seguridad del zoológico. El recorrido comienza viendo las tortugas, después las ardillas, pasamos por el acuario, dónde la mayoría de los niños se emocionó.

Llegamos hasta ver las focas, después las aves y más de uno quedó encantado con el mapache. Luego pasamos al león dónde todos se quedaron quietos.

—Tranquilos, está encerrado. —les digo mirando como más de uno se hacía para atrás.

Siento como alguien trata de tomar mi mano y pienso que es Melissa, pero me termino equivocando al ver a Ian con la vista puesta aún en el león y su mano queriendo abrirse paso por la mía.

La tomo sin pensarlo mucho y me quedo con él el tiempo que quiere ver el animal. Luego de un par de minutos mueve un pie y esa es una indicación a qué quiere seguir el recorrido, así que lo hago con su mano aún en la mía.

Ya que a los niños se les indicó traer una fruta o algo para almorzar, lo hacemos todos juntos sentados en unas bancas. Ian se sienta a mi lado izquierdo y Melissa en el derecho.

—¿Cuál es su animal favorito? —les pregunto.

Melissa levanta la mano y yo le indico que está bien.

—A mí me gustan las cebras, maestras. —sonríe.

—Las cebras son animales muy bonitos. —le digo y ella asiente. Me giro a Ian. —¿Y a ti?

Él mira sus manos un momento, antes de responder.

—Me gustan los animales que vuelan, el Halcón en especial. —susurra con el inglés que muy poco le he escuchado.

—Oh, vale. —asiento. —Oye, ¿Puedes ser honesto conmigo? —sacude la cabeza. —Bien, dime qué tal digo esto. —me aclaro la garganta y compruebo que no esté Matt cerca para hablar. —*Salve, quid agis?*

Él abre mucho los ojos y después lleva una mano a su boca ocultando detrás una sonrisa, para darle paso a una risa que puedo jurar, es la risa más hermosa que he escuchado.

—¡Tan mal soné! —le digo haciéndolo reír más.

Melissa tira de mi mano.

—¿Qué dijo maestra? —pregunta Melissa quien también ríe. —Sonó feo.

Me río con ellos y es Ian quien se calma primero.

—Si, sonó feo. —dice y añade: —¿Está aprendiendo Latín?

—Eso creo.

Asiente y se pone de pie volviendo a colocarse la capucha de la sudadera.

—Es difícil al principio.

—Ahora lo veo.

No dice nada más y llega una de las maestras a decirnos que el recorrido ha terminado.

…

Luego del colegio, paso por una panadería que está de camino. Danielle me dijo que quería cenar Spaghetti y a ella le gusta acompañarlo con pan francés.

Salgo de la tienda con la bolsa en la mano y mi teléfono vibra en mi bolsillo. Lo saco dándome cuenta que tengo dos llamadas perdidas de un número que no conozco.

Respondo porque puede que sea del colegio.

—¿Hola? —digo cambiando la bolsa del pan a otra mano.

—¿Señorita Parson? —preguntan del otro lado.

—Si, ella habla.

—Somos del colegio placett solo queremos recordarle la junta que tendremos todos los profesores mañana por la tarde.

¡La junta!

—Eh, si, gracias por hacerlo. —respondo algo apenada. —Allí estaré.

—Vale, que tenga buen día.

Cuelga y yo guardo el teléfono. Necesito dejar de olvidar las cosas.

Llego al departamento encontrando a Danielle mirando televisión tirada en el sofá de la sala.

— Llegué. —saludo pasando directo a la cocina para dejar el pan.

Vuelvo a la sala.

—¿Cómo estuvo tu día? ¿Invocaste al demonio en el camino? —Se burla.

Me siento a su lado.

—No, de hecho pasó algo mejor. —sonrío. —Hice reír a uno de mis alumnos, al que habla latín.

—A tu favorito. —sigue.

—No es mi favorito, amo a todos mis alumnos. —defiendo.

—Ajá. —rueda los ojos. —¿No estarás enamorada de él?

—¡Danielle! —me quejo recargando la cabeza en el respaldo. —Él es muy serio ¿Sabes? Pero hoy después de casi dos semanas de clases, se rio.

—¿Puedo ir a tu colegio para conocerlo? —le adelanta a la peli cuando pasan una escena cursi.

—No creo que eso esté permitido, pensaran que eres una acosadora. —me encojo de hombros. —Oye, ¿En serio no conoces el apellido Meyer?

Llevo preguntando eso desde el lunes, porque tengo curiosidad sobre Ian.

—No, ya te dije que no. —niega. —Seguro como dices, es un empresario de esos que casi nadie los ve.

—Tal vez. —doy fin a ese tema. —Llamaré a Zaydaly para ver qué tal está y tú vas a preparar el Spaghetti, ya te traje el pan.

Me levanto caminando directo por el pasillo donde dejo la mochila y desde la cama conecto la videollamada con mi hermana.

Tarda más de lo normal en responder y cuando lo hace veo que está en el baño, con una ¿Sábana? Cubriendo su cuerpo

dejando los brazos fuera.

—¿Qué haces? —pregunto

Tiene el cabello negro suelto, tienen las mejillas rojizas y sus ojos se desvían a cada nada por encima del teléfono.

—Eh, nada. —se apoyó en lo que parece ser el lavabo. —Es que, estaba tomando una siesta, me acabo de despertar.

—¿Desnuda? —pregunto al no ver las tiras de su Bra. —¡Zay, volviste a tener sexo con Antony! —aseguro en un medio grito.

Ella niega y después asiente, pero vuelve a negar.

—Nathalie, no digas tonterías. —me regaña. —Además, no es un delito dormir desnuda.

—Vale, sé que no lo es y no te juzgo porque lo hagas. —le digo. —Como tampoco te voy a juzgar si quieres tener sexo con Antony, sigue siendo tu esposo.

No me está mirando, si no que su mirada está de nuevo por encima del teléfono y trata de decir algo con los ojos.

—¿Zay? ¡Zay! —llamo su atención. —Estoy segura de que es Antony, ¿A quién más le dejarías a Rose?

Suspira y sin mirarme responde:

—Si, es Antony. —dice y la puerta del baño se cierra de golpe. —Lo siento, tengo que colgar, Rose comenzó a llorar.

—Vale, te llamo...—cuelga dejándome con las palabras en la boca.

No sé qué diablos le pasa.

Me recojo el cabello en una coleta, me cambio de ropa a una cómoda y salgo para ayudarle a Danielle. La encuentro en la cocina dejando caer un cubo de mantequilla en la sartén.

—¿Cómo está Zay? —pregunta.

—Bien, tuvo que colgar porque Rose comenzó a llorar. —digo. —Oye, ¿Has hablado con Nick? Hoy le envié un mensaje, pero no me contestó.

—Sigue fuera de la ciudad, me devolvió la llamada en la mañana y me dijo que estaba ocupado, tal vez vuelva esta tarde o mañana.

—Oh, vale. —asiento. —Se me olvidó preguntarle a Zaydaly por él, me preocupa al igual que todos. —me acerco pasándole el brazo por detrás de los hombros. —¿Sabes que estoy aquí para ti, cierto?

—Lo sé, Nath, gracias.

Preparamos la cena para las dos charlando de temas triviales, me cuenta que el bar está teniendo un buen progreso y que si sigue así, piensa poner otro en Nueva Jersey.

Al terminar de cenar vemos un maratón de películas de Marvel, nuestras favoritas y pasamos así un buen momento. Desde el día en que la conocí, supe que no volvería a encontrar una amistad tan buena y sincera como la de ella.

Amaba como nos complementamos tan bien, somos sinceras la una con la otra y nos queremos como si lleváramos la misma sangre.

La quiero como si fuera mi hermana y siempre será así.

...

Casi siempre llevo el cabello medio recogido al colegio, pero esta vez lo dejo suelto y con el flequillo bien peinado. Me coloco unos aretes sencillos junto con el collar que Nick me regaló y el que estuve a punto de perder la otra noche.

Recordar eso me hace pensar en el hombre que me lo devolvió, mentiría si dijera que no he pensado en él, pero me hago a la idea de que es un completo desconocido que solo quiso tener un gesto amable con alguien.

Me miro una última vez en el espejo antes de tomar la mochila y salir del cuarto encontrando a Danielle en la cocina.

—¿Qué haces despierta a esta hora? —voy directo a la cafetera.

—Es día de paga, tengo que ir al bar para firmar los cheques de los proveedores. —forma una mueca. —Andre me trajo el auto anoche, ¿Te llevo?

—Si, no quiero llegar tarde. —acepto. —Hoy voy a llegar como a las cuatro, hay una junta con los demás maestros y no sé cuánto me vaya a demorar.

—Esperemos que no mucho.

Vacío el café al termo y ella toma su saco antes de salir del departamento.

—Quiero salir mañana a Nueva Jersey para visitar a Zaydaly, espero que nada me impida los planes.

—Seguro que no, si quieres te acompaño. —me dice. —Tengo ganas de ver a Rose.

—Estaría bien, si no estás ocupada, vamos.

Me deja en la puerta del colegio y me despido rápido para que no esté mucho tiempo estacionada dónde no debe, ya que casi es a mitad de calle. Entro al edificio directo a mi salón. Los niños aún no llegan y yo aprovecho para poner encima de cada pupitre una hoja con los ejercicios de hoy.

Borro la fecha de ayer y pongo la de hoy en la pizarra, también el tema de la clase y al final dibujo una carita feliz. Los niños llegan cuando el timbre suena y los saludo cuando van entrando.

Camino para cerrar la puerta del salón, pero una mano grande me lo impide.

Es un hombre.

—Hola, buenos días. —saluda.

Tiene el cabello negro, los ojos igual y trae un abrigo largo.

—Hola, ¿Le puedo ayudar en algo? —pregunto amable.

Sonríe dejando ver arrugas a los lados de sus ojos y se lleva una mano a la barbilla.

—Si, mi sobrino acaba de entrar a este salón, ¿Cree que pueda hablar con él? —señala dentro.

Pongo una mano en el borde del marco.

—Lo siento señor, pero no puedo darle información de ningún alumno hasta que no pase directo a dirección y demuestre que es pariente con autorización.

—Claro, si, lo entiendo. —asiente repetidas veces y no sé por qué, pero no me da buena espina. —Solo, ¿Le puede dar su mochila? la olvidó en casa.

La tomo dudosa.

—A Ian Meyer.

Se marcha y saco la cabeza al pasillo esperando que salga del corredor, hasta que lo hace cierro la puerta con seguro.

Me paso la mano por el cuello tratando de calmarme y voy directo al asiento de Ian.

—¿Es tu mochila? —le pregunto y niega. —¿Seguro?

—No conozco a ese hombre. —vuelve a negar.

No le entrego la mochila y no pienso dejarla en el salón, le envió un mensaje a Matt pidiéndole que le diga a una de las maestras que venga y en seguida llega.

—¿Puedes cuidar de los niños un momento?

—Si, no hay problema.

Salgo del salón con la mochila en mano y camino hasta donde está la dirección. Hablo con la secretaria y ella me deja pasar.

—Buenos días, directora.

—Maestra Parson, ¿Cómo está? —la mujer con un par de canas y unos lentes sobre el puente de su nariz, me mira. —¿Está bien?

—Un hombre entró diciendo que era tío de uno de mis alumnos, Ian Meyer, pero no lo conoce y el hombre dejó esto. —pongo la mochila sobre el escritorio. —No lo dejé pasar al salón, pero directora, le pido por favor que haya más vigilancia sobre a quién dejamos pasar al colegio.

Ella se pone de pie y asiente.

—Claro que sí, Maestra. —toma la mochila. —Yo me encargo, vuelva a su clase.

Asiento y salgo rápido queriendo volver al salón, cuando vuelvo con mis alumnos mi mirada cae en Ian, quien también me ve y asiente.

Capítulo 7

Nathalie Parson

Recojo las hojas del pequeño examen que les puse a los niños unos minutos antes de que salgan y ellos proceden a cerrar su mochila listos para salir. Cuando el timbre suena, salen en fila como siempre, pero yo también en apresuro a guardar mis cosas.

—Ian. —lo llamo, ya que es el último. —¿Te puedo acompañar? —le pregunto.

Quiero que me diga que sí, porque aún me sigue molestando el que ese hombre haya venido haciéndose pasar por su tío, ¿Por qué lo hizo?

Mira la maestra que lo espera y asiente en mi dirección. Le indico a la maestra que yo lo llevaré y me cuelgo la mochila en el hombre antes de tomar su mano.

Los niños siguen saliendo en fila y bajo los escalones con Ian deteniéndome en el último.

—¿Ya han llegado por ti? ¿Reconoces a alguien? —le pregunto y él le echa un vistazo al estacionamiento, para después negar. —Entonces esperaremos aquí.

Nos sentamos en los escalones y mi vista se desvía a un carro color gris con los vidrios polarizados que está estacionado al

otro lado de la calle. Se logra ver las calles porque el colegio está rodeado de rejas que dejan ver fuera.

Espero que algún niño salga para que se suba al auto porque supongo que está esperando a alguien, pero casi todos los alumnos ya se han marchado y el auto sigue ahí.

—¿Y si mejor vamos dentro? —le digo. —Si, vamos dentro porque nos puede hacer pipí algún pájaro ¿No creés?

Él también está mirando el auto y asiente siendo el primero en ponerse de pie. Vuelvo a ver el carro y el hombre de hace un rato sale junto con otro más.

Esto no me gusta.

Apresuro el Paso dentro tirando de Ian y llego al pasillo rumbo a dirección, pero por alguna razón siento que es mejor escondernos.

—Ven. —Ian tira de mi mano señalando la puerta del cuarto de limpieza, dónde el conserje guarda sus cosas. —Aquí.

Le hago caso metiéndonos ambos allí y le echo pestillo a la puerta. Apago el foco y solo con la luz que entra por la pequeña ventanilla logro ver la cara de Ian.

Me siento en una esquina y le extiendo mi mano, la cual toma sentándose a mi lado. Pasamos un par de minutos allí, hasta que escucho un par de pasos fuera, que me alarman.

No sé qué está pasando.

Atraigo a Ian abrazándolo contra mi pecho y siento que el corazón se me quiere salir por la boca. Los pasos se alejan provocando que suelte el aire que tengo dentro. De repente un leve

pitido capta mi atención y es Ian quien se mueve para buscar su mochila, de dónde saca un pequeño reloj color negro, dónde en la pantalla planta su dedo pulgar y este se abre con una palabra en latín.

Pater

(Padre)

Oprime dos veces un botón a la izquierda del aparato y después lo guarda. Me mira dejándome ver el azul de sus ojos y por instinto le aparto los mechones rebeldes que tapan su frente. Tiene unas facciones muy delicadas, las mejillas redondas y pestañas largas.

—Voy a echar un vistazo ¿Ok? —le digo y no responde. —Quédate aquí y no le abras a nadie.

Me pongo de pie y con sumo cuidado abro la puerta asomando la cabeza para observar el pasillo. Está desierto y eso me hace salir cerrando tras de mí.

Camino por dónde llegamos y no hay nadie, sigo más adelante y solo veo a un profesor salir de una de las aulas, el cual me saluda con un movimiento de cabeza antes de marcharse.

Creo que estoy exagerando.

Si, tal vez esos hombres se confundieron de niño y solo querían hablar para aclarar las cosas o solo...

Mi pensamiento se detiene al ver al mismo hombre que llegó a la puerta del salón, cuando me mira se detiene y a pesar de que la distancia es grande, logro ver cómo sonríe. Un escalofrío me recorre el cuerpo dejándome helada.

Doy un par de pasos atrás y me giro para echarme a correr. Paso por el armario de limpieza y abro la puerta para sacar a Ian.

—Corre, vamos.

Agarra su mochila y salimos a toda prisa siguiendo de largo hasta cruzar varios pasillos. Siento los pasos detrás de nosotros y llegamos hasta la puerta trasera del colegio, la cual empujo sacando a Ian primero, veo hacia atrás como el hombre corre en dirección a nosotros y...

Salgo mirando hacia atrás por momentos y al final del escalón siento como mis pies se enredan, obligándome a cerrar los ojos para asimilar la caída contra el cemento, pero no llega, al contrario, soy recibida en un par de brazos fuertes que me envuelven sin permitirme caer.

Solo es un momento, porque salto de esos brazos sin ver a la persona que me sostenía buscando a Ian, quien está en brazos de un hombre de cabello rubio oscuro y de ojos claros que me hace una señal para que me ponga detrás de la camioneta cuando baja a Ian.

El otro hombre que está dando la espalda espera algo, no sé qué con exactitud, pero mis dudas se aclaran cuando el hombre que me perseguía minutos antes sale bajando los escalones ciego por encontrarnos y el primero lo toma del cuello deteniendo su paso hasta estamparlo contra la pared.

Lo aprieta fuerte por un par de minutos que temo que lo mate y es por eso por lo que decido darle la espalda a la situación y mantener a Ian junto a mí.

No sé qué está pasando.

Estamos juntos un par de minutos y no escucho voces hasta dentro de un momento más que cuando giro ya no está el tipo que

me seguía, solo están los dos que nos recibieron.

El segundo, el de ojos claros choca la mano con Ian cuando se acerca a él y yo miro al otro. Es alto, un poco más alto que yo, lleva una camisa negra bajo un saco sin corbata, veo una barba de candado, sus ojos azul grisáceo llaman por completo mi atención dándole paso al cabello medio castaño en un corte mediano.

—Es mi papá. —aclara Ian.

No sé por qué, pero siento que ya lo había visto antes, me saco esa idea de la cabeza porque es absurdo.

¿De dónde lo voy a conocer?

Él me mira fijamente, bajando la vista a mi pecho, no sé qué es lo que observa, hasta que llevo la mano allí sintiendo el collar.

No quiero hablar, al menos no a él directamente porque siento que la voz me saldrá temblorosa, por lo cual me giro poniéndome de cuclillas frente a Ian.

—¿Estás bien? —le pregunto. —¿No he tirado muy fuerte de tu mano?

—No, respira. —me dice y lo hago, porque siento que lo necesito.

—¿Puedo? —abro mis brazos sintiendo la barbilla temblar.

Nunca había pasado por un susto así, nunca me habían perseguido de esa manera como tampoco había sentido que la situación se me salía de las manos y ahora, solo quiero un abrazo.

Asiente y yo lo atraigo a mi pecho descansando mi cabeza en su pequeño hombro, dónde sin poder evitarlo se me resbalan un par

de lágrimas.

Lo mantengo conmigo un par de minutos hasta que me separo tratando de limpiar el agua salada de mi cara, pero él lleva su mano a mi rostro dónde limpia la humedad provocando que sonría.

—Gratias —pronuncio segura de lo que digo.

—Lo has dicho bien. —murmura provocando una risa de mi parte.

Asiento sonriendo y él levanta un pulgar.

—Vamos a la camioneta, jovencito. —el de ojos claros se lo lleva y yo me incorporo. —Gracias, maestra.

Muevo mi cabeza cruzándome de brazos, pero cuando mis dedos tocan la piel de mi brazo izquierdo, me arde. Le echo un vistazo y tengo un rasguño que me sacó sangre.

—Déjame ver. —el hombre parado frente a mí me toma el brazo y saca un pañuelo negro limpiando la sangre.

Ni siquiera sé dónde me hice el rasguño.

—Estoy bien. —digo. —Solo es un rasguño.

Él mira mi brazo y yo a él sin poder evitarlo, está cerca y siento como puede escuchar los latidos de mi corazón acelerados, ¿Por lo que pasó? O ¿Por él?

Su perfume se adentra en mi olfato cuando comienza limpiar el hilo de sangre que recorre mi brazo, no me mira, está concentrado en la herida y soy yo quien detalla la finura de su perfil, su nariz, su mandíbula adornada por la barba y las largas pestañas que acunan su rostro.

—¿Dónde están los hombres? —pregunto. —Si usted es el padre de Ian necesita hablar con la directora del colegio para que ponga más vigilancia, está claro que alguien se lo quería llevar y...

—Y no lo hicieron gracias a ti. —suelta clavándome la mirada. —El hombre es un pariente lejano de mi hijo, ya está todo aclarado, no es necesario hablar con el plantel.

Sacudo la cabeza.

—Pero esto no se puede repetir, no pueden entrar...

—No se repetirá. —deja claro. —Yo me encargaré de eso. —permite que yo tome el pañuelo contra mi brazo. —Ahora, ¿Puedo llevarte a tu casa?

Niego.

—No puedo, tengo una junta de maestros. —me alejo un par de pasos de él. —Cuide de Ian, señor Meyer.

Me giro para subir los escalones y su voz me detiene.

—Hunter. —suelta su nombre.

Hunter Meyer.

—Nathalie. —digo de vuelta girando un momento para verlo una vez más. —Gracias, Hunter.

Entro en el edificio dejándolo atrás.

...

Luego de que mojara mi cara con un poco de agua, logro calmarme para asistir a la junta. Tomo asiento al lado de Matt quien me sonríe y mira con el cejo fruncido el pañuelo que está atado a mi brazo.

—Me hice un pequeño rasguño, nada grave. —le digo sonriendo.

—De acuerdo.

La directora entra entregando una hoja a cada uno donde se lee el nuevo reglamento. Supongo que algunas cosas van a cambiar.

—Buenas tardes, el principal tema de esta junta era que cada uno me dijera como miraban a los alumnos, si estaban teniendo un buen rendimiento y todo relacionado con eso. —habla paseándose de un lado a otro. —Pero eso quedará para la próxima reunión, ya que apenas tenemos dos semanas de clases y los niños se están acoplando.

Asentimos todos incluida ella, para que de paso a continuar.

—A partir del lunes de la semana entrante, se añadirá más seguridad al plantel, después de la hora de entrada a nadie se le permitirá el paso. —levanta la hoja que nos dio. —habrá guardias en las dos entradas, como dos más dentro del colegio ¿Está claro? No voy a permitir que la seguridad de ningún alumno esté en riesgo así como tampoco la de algún profesor.

Estoy de acuerdo con eso, porque si eso garantiza la seguridad de los niños y de nosotros, está bien.

La reunión se alarga tratando otros temas hasta que la da por terminada casi a las cinco de la tarde. Me levanto saliendo del aula junto con los demás profesores y es Matt quien me alcanza.

—Te llevo a tu casa. —ofrece cuando ambos bajamos los escalones. —Es un poco tarde.

—Sigue estando de día. —señalo el cielo. —Además, no quiero molestar.

—No es molestia, anda, ven.

Baja de dos en dos el resto de las escaleras y lo sigo hasta el estacionamiento donde un Volvo S60 color gris queda a la vista. Me abre la puerta del copiloto haciéndome sonreír y le agradezco.

—Bien, me dijiste que no vives lejos del colegio ¿Verdad? —pregunta al salir del estacionamiento.

—Si, de hecho vivo casi a diez o quince minutos. —respondo.

Asiente indicándome que ponga mi dirección en su GPS y lo hago marcando el camino.

—¿Vives sola?

Niego.

—No, vivo con mi mejor amiga. —observo sus manos en el volante —Somos compañeras desde hace varios años.

—Ah, está bien. —me sonríe.

Es guapo y muy simpático, el cabello rojo le luce en un peinado hacia arriba, solo un poco. Trae su chaqueta de mezclilla y tamborilea sus dedos sobre el volante.

Siento que debo decir algo más.

No soy buena sacando temas de conversación.

—Eh...¿Y tú? ¿Vives solo o con tu novia? —inquiero, tratando de no sonar metiche.

—¿Es tu manera de preguntar si estoy soltero? —gira un momento su cabeza para mirarme. Trato de hablar, pero se echa a reír. —Estoy bromeando, está bien. Vivo solo, mi madre y mi hermano vienen de visita a veces, pero la mayor parte del tiempo estoy solo con mi perrita.

—Okey...

Se detiene frente a mi edificio y yo misma bajo del coche cuando él también lo hace. Rodeo la parte delantera y lo miro.

—Gracias por traerme. —le digo con sinceridad.

—De nada, Nathalie. —me sonríe de nuevo.

Sin nada más que decir, me doy la vuelta colgándome la mochila en el hombro, pero él habla haciendo que detenga el paso.

—Espera. —me giro. —Mañana es sábado, podríamos salir por ahí, a cenar o tomar algo, no sé...

Está nervioso.

—Me encantaría, Matt, pero saldré de la ciudad mañana. —formo una sonrisa ladeada.

—Oh, está bien. —hace un ademán con su mano..—Otro día.

—Si, otro día.

Me despido de nuevo y está vez si entro en el edificio dejándolo atrás.

Cuando entro en el departamento lo primero que hago es ir al baño y quitarme el pañuelo negro que tiene rastros de sangre seca. Me lavo el rasguño poniéndome un curita y tapo la coladera del lavabo para lavar el pañuelo.

Lo tallo y mi mirada cae en las letras bordadas en una esquina.

H M.

Hunter Meyer.

Pensar en el nombre, me hace recordar los pocos segundos que estuve en sus brazos y en como el azul de mis ojos se mezcló con el azul grisáceo de los suyos. Aun siento el aroma de su loción y el calor de su rostro cerca del mío cuando me miró fijamente.

¿Quién eres, Hunter?

Capítulo 8

Huner Meyer.

Ian está sentado frente a mí y con mi trago en la mano, le pido que se ponga de pie para que se acerque.

—Quiero detalles. —le pido.

Se toma su tiempo escribiendo cada cosa y yo lo observo en silencio. Ha llevado una educación diferente a los demás niños de su edad porque la familia a la que pertenece lo requiere. No será ningún cualquiera y eso le tiene que quedar claro a muchos.

Aprendió a escribir sin faltas de ortografía a los 6 años y dominó el habla a los cinco. Yo estuve detrás en cada paso, su educación es mi prioridad y su bienestar es por lo único que voy a velar siempre.

Mi madre me recalca que no puedo negarle el que conviva con los demás niños y sé que no, pero fuera corre peligro, creía que tenía todo en mis manos, pero lo de hoy me comprueba que no es así.

La maestra.

Es la misma chica del bar, estoy seguro de ello porque no puede ser casualidad que tenga el mismo collar. La forma en que se acercó a Ian me hace pensar, me hace dudar.

Me llevo el vaso a los labios y la puerta del despacho se abre. Es Abel, mi hombre de confianza para la seguridad de Ian.

—Seguí a la Maestra como usted mandó, un hombre, creo que un profesor, la llevó a su casa. —informa. —Dejé a otro de mis hombres para que vigile su edificio y me informe si sale.

—Muy bien, ahora lo otro. —me pongo de pie terminando el líquido del vaso. —¿Cómo es posible que uno de los hombres de Ivanovich se te pase por las narices?

No es un cobarde, sabe cuándo comete un error y me lo demuestra cuando no se aleja al ver que mi mano golpea su mandíbula.

—Habla.

—Con todo respeto señor, no puedo parar a cada persona que entre en el colegio, puedo, pero eso solo llamaría la atención. —dice sin apartar la mirada. —Me entretuve impidiendo la entrada de otros dos hombres, no se preocupe, que ya no están respirando. Le pido disculpas y le aseguro que no volverá a pasar.

—Quiero que redoblen la seguridad de todos en la familia en especial de la de mi madre y mi hijo ¿Está claro? —asiente. —También vigila a la maestra, no quiero sorpresas.

—Si, señor. —mira a Ian, quien ahora está de pie esperando a mi lado. —No me quite su vigilancia, llevo cuidando de este niño 6 años, por favor.

Miro a mi hijo quien también mira a su guardaespaldas de toda la vida. No le es fácil acostumbrarse a personas nuevas y conoce a Abel desde que comenzó a gatear.

—*visne me tibi curae permanere?* —le pregunto.

(Quieres que te siga cuidando)

—*Ita pater*— responde.

(Si, padre)

—Está bien, pero un error más y lo pagas con tu vida. —lo señalo.

—No será necesario señor, un error más y yo mismo me la quito. —deja claro, se agacha frente a mi hijo y choca los cinco con él.

Se retira y yo camino al escritorio con Ian a mi lado. Lo dejo frente a este mientras leo lo que escribió en la hoja.

Detalla absolutamente todo. Su maestra lo llevo dentro cuando miro a los hombres, se llevó la mochila lejos de él, les impidió el paso al salón, lo escondió en un armario de limpieza, pasó por él cuando los hombres la perseguían hasta que llegó a mi brazos.

No sé por qué, pero creo fielmente que otro profesor hubiera abandonado al niño y se hubiera largado, pero ella no lo hizo. Le dijo gracias en latín y él parece cómodo con ella.

—Estne bonus magister? —dejo la hoja a un lado para verlo a los ojos.

(Es buena maestra?)

—Ita Pater. —sacude la cabeza. —Latinam discit.

(Aprende Latín)

Está aprendiendo Latín para hablar con su alumno en el idioma que más le gusta.

Me llega de golpe el azul electrizante de sus ojos y los temblores de su cuerpo cuando la sostuve, la suavidad de la piel de su rostro que parecía llamar mi mano, pero no la toqué, no tenía por qué hacerlo.

¿Quién eres Nathalie?

—¡Esto no puede pasar, Hunter! —la voz furiosa de la mujer que me dio la vida, resuena nada más abre la puerta del estudio— ¡Motherfuckers omnes Ivanovich!

(los hijos de puta son todos Ivanovich)

—Lo sé, no tienes que recordarlo madre.

Se me planta enfrente pasándose una mano por el cabello negro que le cae a los lados.

A pesar de los años sigue sin tener una sola arruga en el rostro y sigue siendo esa mujer que recuerdo cuando era un niño. Una mujer con demasiado coraje, ya que se necesita coraje para enfrentarte al apellido Meyer y a los enemigos que cargan desde generaciones atrás.

—¿Qué vas a hacer? —mira de reojo a su nieto. —No lo quiero en peligro de nuevo.

—¿Y qué hago? ¿Lo saco del maldito colegio al que tanto me exigiste que lo inscribiera? ¡Esto no es un puto juego!

—¡No me grites! —me señala. —Los huevos frente a los demás, pero a tu madre la respetas. —respira hondo. —Supongo que ya hablaste con la seguridad ¿No?

—Si, todo está bajo control. —asiento. —Habrá el doble de hombres cuidándolos a todos, yo saldré la semana que viene, tengo asuntos que arreglar con mis socios en Italia.

—Llevaré suficiente dinero a ese colegio para tenerlo bajó la mira, lugar donde esté un Meyer, es lugar que debe estar bajo nuestra protección. —sentencia. —No creo que sea difícil tener acceso a cada cámara de ese edificio.

Me pellizco el puente de la nariz.

—Haz lo que te deje más tranquila. —le digo besando su frente. —Ahora vayamos a cenar.

Ella es la que toma a Ian y este se deja guiar por su abuela.

Vuelvo a leer la hoja de mi hijo y la guardo en el cajón prometiéndome averiguar quién es Nathalie.

…

Maxwell me está esperando en la camioneta y me pasa la Tablet cuando el vehículo arranca.

—Es todo lo que pude averiguar. —dice. —25 años, huérfana de padre y madre, tiene una hermana que vive en New Jersey ¿Y adivina con quién vive? —lo miro esperando que responda. —Con la hija menor del alcalde.

Conoce a los Prince.

—¿La siguen vigilando? —pregunto.

—Si, no queremos que le pase nada a la maestra favorita de tu hijo. —me codea. —Es sexy, tal vez le diga a Ian que la invite a cenar.

—Callate. —le entrego el aparato. —Quiero la mochila que dejaron en el colegio y la quiero mañana mismo.

—Ya tengo gente en eso, relájate. —enciende un cigarrillo y me ofrece uno solo para enfadarme. Odio el cigarro. —La tendrás mañana mismo.

—¿Dónde será la reunión con el alcalde? —pregunto mirando por la ventana del auto.

—En una propiedad fuera de la ciudad, es un lugar seguro, tengo vigilancia rodeando todo. —comenta. —Tuve que, bueno...ya sabes, obligar al alcalde.

—No me importa cómo, solo necesito dejarle claro que sí un Ivanovich vuelve a pisar está ciudad, a él también me lo voy a llevar por delante. —aprieto el puño. —Estoy harto de esos hijos de puta, Maxwell.

Baja la ventanilla tirando el humo fuera.

—Lo sé, yo también lo estoy y muero de ganas de colgar a todos de los huevos. —espeta. —Mientras viajas a Italia me haré cargo de la bodega que mencionó el imbécil de Colin, iré junto a Teo Calvers, traerá su gente y servirá de apoyo.

Asiento dándole la razón.

Maxwell Russo ha estado a mi lado desde que el peso del apellido Meyer quedó bajo mis hombros, justo 24 horas después de la muerte de mi padre.

El Jefe de la Mafia Negra, Bruno Meyer.

—Explotala, saca solo la droga, es lo que más les interesa a ellos. —digo. —Lo demás lo vuelves cenizas.

—Si.

Las tres camionetas se detienen dentro de la propiedad, se logra ver un techo a unos cuantos pasos y la guardia de confianza del Alcalde también rodea el lugar. Me acomodo el traje y caminando hacia él.

—Buenas noches, señor Alcalde. —finjo hacer una reverencia y él me tiende la mano. —Un placer volver a verlo.

Frunce el ceño.

—Que yo sepa nunca nos hemos visto. —réplica.

—No, bueno, no directamente. —Señalo la silla que está frente a mí para que tome asiento, niega, pero Russo lo toma de los hombros obligándolo. —Ya sabe, en televisión se le ve seguido, bonitos discursos, permítame decirle.

—Gracias, pero vayamos al punto, señor Meyer. —su mirada se dirige al anillo que tengo en la mano derecha. —¿Para qué me citó aquí?

Muevo mi dedo esperando que me pasen el sobre que pedí y uno de mis hombres se acerca a entregármelo. Recargo una de mis piernas sobre la mesa sacando el contenido del paquete.

—Supongo, Alcalde Prince, que tiene conocimiento sobre las mafias ¿No? Mafia Italiana, los Icarhov, la mafia Roja, los Ivanovich y la Mafia Negra, los Meyer. —asiente pasando saliva. —No se

preocupe, que usted y yo no somos enemigos, si colabora, claro está.

—¿Qué es lo que quiere?

Coloco las fotografías sobre la mesa y sostengo una frente a él.

—Pues tiene a la Mafia Roja pisándole los talones, señor Alcalde. —le muestro la imagen. —Su hijo mayor, Nicholas Prince, está siendo seguido por un miembro de la familia Ivanovich y créame que no es para conversar. —niego. —Están a nada de cogerlo por las pelotas, señor.

—No entiendo, nosotros no tenemos tratos con nadie...

Me pongo de pie rodeando su lugar hasta apoyar mis manos sobre sus hombros.

—Aún. —aclaro. —Porque usted me va ayudar para que esos hijos de puta se larguen de mi territorio. —sigo el paso hasta estar de nuevo frente a él. —No quiero gente pendeja, quiero los mejores ¿De acuerdo? Piense en sus hijos, su hija menor no la pasará bien si uno de ellos la toma, créame que la mafia Roja es despiadada y mucho, pero si la tomo yo antes que ellos seré mucho peor.

—¿Me está amenazando con mis propios hijos? —se pone de pie furioso. —Aquí la autoridad soy yo y tengo todo el derecho de arrestarlo.

Sus hombres sacan las armas y los míos igual, pero en una milésima de segundos Harry Prince queda rodeado de puntos rojos. Baja la mirada observándose el pecho y observando que sus hombres están en la misma posición.

Que bien se siente el poder.

—Usted no puede contra mí, Alcalde. —doy un paso al frente —Y tampoco podrá contra los Ivanovich, pero si me ayuda, yo lo ayudo. —arreglo su corbata. —Nueva York es mi territorio, al igual que el resto de Los estados Unidos, mi enemigo es su enemigo, por lo tanto, si me jodo yo, se jode usted también.

Le hace una señal a sus hombres para que bajen sus armas.

—¿Qué es lo que quiere con exactitud?

Le doy la espalda recibiendo el maletín negro con el sello de la familia Meyer en él y lo coloco sobre la mesa.

—Acessos, quiero acceso a absolutamente todo. —abro el maletín dejando ver su contenido. Un teléfono inteligente y los fajos de billetes verdes. —Quiero saber quién entra y quién sale de la ciudad ¿De acuerdo? Mi gente se pondrá en contacto con la suya. Quiero saber todo, miembro de la Mafia Roja que entre, miembro que quitamos del camino ¿Está claro?

Se pasa la mano por el cabello rubio y se afloja el nudo de la corbata. No es idiota, sabe que aunque esté bajo el cargo que este, cuando te toman de las pelotas no puedes hacer nada, así funciona esto.

Una vez tienes alianzas con una Mafia, las tienen de por vida, hasta el día que mueras y él lo sabe. No descarto la posibilidad de que Ian utilicé a un Prince a su antojo, justo como lo estoy haciendo yo ahora mismo.

Mi hijo será más inteligente que cualquiera.

—Necesitaré más dinero, tengo que comprar el silencio de muchas personas. —sonrío. —Y no quiero que le toquen un solo pelo a mis hijos, a ninguno de ellos ni a mí mujer, tampoco a mi hijastro.

—Creame Alcalde, que su mujer y su hijastro no están bajo la mira de nadie. —cierro el maletín entregándoselo. —Aquí corre peligro sólo el apellido, lo demás no es seguro, porque aunque usted crea fielmente en su esposa, es consciente que la pondría enfrente para que no lastimen a sus hijos ¿O me equivoco? —no responde. —En fin, por el dinero no se preocupe, usted siga siendo la imagen intachable de esta ciudad.

Me acerco dándole unas palmadas en el hombro y hablo solo para los dos:

—Esto es de por vida, no lo olvide.

Me retiro con Max siguiéndome el paso y una vez dentro, activo el GPS del teléfono que me da acceso a los datos que necesito.

Capítulo 9

Nathalie Parson

Los golpes en la puerta me hacen levantarme rápido. Veo el reloj en mi mesa de noche y son las seis de la mañana del sábado.

¿Quién es a esta hora?

Salgo del cuarto descalza y paso por la habitación de Danielle, quien también sale furiosa. Al ser sábado se supone que vamos a dormir hasta tarde.

Vuelven a tocar y abro jurando gritarle a la persona detrás, pero me quedo quieta al ver a mi hermana con mi sobrina en brazos. Trae una maleta y una mochila en la espalda.

—Hola. —saludo confundida. — ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no me avisaste que venías? Pude ir por ti y ayudarte con Rose.

—Lo sé, yo...solo quería venir de sorpresa. ¡Sorpresa! —me da un abrazo y pasa con Danielle.

Danielle asiente ayudándole con la maleta y la suelta una vez dentro para mirar a Rose.

—Ven aquí amor mío. —le hace mimos tomándola en brazos cuando mi hermana se la pasa. —Te extrañé tanto, ¿Quién es la más hermosa?

Danielle y todos los Prince quieren demasiado a Rose, no es ninguna sorpresa.

—Lamento haberlas despertado, en serio.

—No pasa nada, tranquila. —le restó importancia y la miro a los ojos. —¿Está todo bien?

Mira a Danielle que tiene a Rose en brazos y parece que quiere echarse a llorar, pero solo asiente.

Mi hermana no suele ponerse nerviosa o llorar tan fácilmente, siempre ha sido la más fuerte de las dos. Siempre ha afrontado los problemas con valentía y es ella quien me dice que no hay nada que no se pueda reparar en este mundo.

La observo. El cabello negro lacio hasta los hombros ahora lo trae recogido hacia atrás, sus ojos cafés están ligeramente hinchados y tiene ojeras bajo la piel blanca. Su rostro perfilado la hace lucir como una muñeca.

Algo no está bien.

—Ey, ¿Puedes llevar a Rose a tu habitación? —miro a Danielle. —Seguro estará mejor allí.

—Claro que sí, vamos a dormir un buen rato. —asiente. —Vamos, vamos.

Sigue por el pasillo y yo aparto la vista cuando la veo entrar en la alcoba. Zay se deja caer en el sofá y yo me siento delante de ella.

—¿Qué pasa? —le pregunto. —Zay, sabes que puedes confiar en mí, ya dime qué te pasa.

Se pasa las manos por el cabello y me mira fijamente a los ojos.

—Te juro que creí poder con esto, que todo estaría bien, te lo juro que sí. —comienza. —Yo quiero a Antony, tengo sentimientos por él porque me casé enamorada, de novios siempre fuimos inseparables y un año después de casados también, nada cambiaba.

—Se que sí, Zaydaly.

Tomo sus manos y ella las aprieta.

—Antes de Antony, hubo alguien Nath. —susurra. —Estaba alguien que amenazaba con ser el amor de mi vida, pero me alejé, corté eso de raíz porque no puedo con el peso que conlleva su apellido. —Niega. —Así que conocí a Antony, me gustaba estar con él hasta que todo se formalizó, pero...de repente mi matrimonio fue cambiando y ese hombre aún seguía en mi vida como un buen amigo, porque antes que nada es mi amigo.

Se suelta una mano para limpiar sus mejillas, respirando hondo.

—Un día fue a mi consultorio borracho, decía incoherencias, siempre he odiado cuando bebe, porque no es él mismo. Total una cosa llevó a la otra que terminé teniendo sexo con él. —solloza. —Todo fue rápido, ni siquiera me quite la blusa o él el pantalón y lo agradecí, porque yo dormí en el sofá y él en otro, ya que al día siguiente él no recordaba absolutamente nada. —desvía la mirada al suelo. —Lo convencí de que nada había pasado y me creyó, porque nunca recordó nada.

—Está bien, si lo que te preocupa es la reacción de Antony, yo estaré apoyándote...

—No, eso no me preocupa, porque Antony ya lo sabe. —suelta poniéndose de pie. —Un mes después de haber tenido ese encuentro con ese hombre, me di cuenta que estaba embarazada. Te juro que me convencí de que nada pasaba, de que...de que Rose era de Antony, pero Nath...mi bebé es mía, principalmente es mía...

Asiento dándole la razón, porque la tiene, es su bebé y nadie se la puede arrebatar.

—Lo es, Zay, es tu bebé y yo no te juzgo por nada, sabes que tienes mi apoyo siempre.

—Nath...Rose, Rose es...—se apoya en la pared soltando los sollozos que le sacuden el cuerpo. — Prométeme que no le dirás nada a nadie.

—Te lo prometo, sabes que jamás diría algo que tú me dices.

Asiente tomando una fuerte respiración.

—Rose es hija de Nicholas.

Eso...vaya yo...estoy en blanco.

—¿Prince? —pregunto mirando hacia el pasillo. Danielle no está.

—Si, es una Prince. —Asiente. —Pero eso no lo sabrá nadie, ni siquiera Antony lo sabe, le dije sobre lo del hombre, pero no lo de Rose.

—Zay, yo te voy apoyar en cualquier decisión que tomes, pero, creo que debes decírselo a Nick. —coloco mi mano sobre su hombro. —Sabes que es un buen hombre.

Se tapa la cara deslizándose por la pared negando.

—Lo es, pero no es el tipo de hombre que quiero en mi vida ahora, ni en la de mi bebé—niega. —Solo te diré que tengo mis razones para no estar con Nick y para mantener oculto lo de mi hija. —desvía la mirada. —Antony no sabe que volví a estar con Nick y es mejor que no lo sepa, porque no volverá a pasar.

—Zaydaly, ambos se están engañando y nada bueno saldrá de esto. —le digo. —Me dijiste que querías dejar a Antony...

—Lo sé, pero sí quiero a Nick lejos, necesito a Antony a mi lado, aferrarme a algo y lo siento Nath, pero yo ya tengo claro lo que es mejor para mi hija, que es lo único que me importa.

Tomo una respiración y me doy un minuto para procesar todo. Nicholas Prince no la hubiera dejado sola, estoy segura de que se hubiera hecho cargo, de que se hará cargo en cuanto se entere, pero...

Ahora entiendo todo un poco más. El apego de Nick hacia Rose, las veces que preguntaba por ella ¿Y si él lo presiente? No creo, ya que Zaydaly dice que no recuerda nada de la noche en que tuvieron sexo.

Andre cargándola días después de que naciera, Danielle llenándole la cara de besos.

—¿Entonces piensas seguir mintiéndole a Antony? —le pregunto.

—Se que está mal, pero Antony es lo único que mantiene a raya a Nick. —suspira. —Era él quien estaba conmigo cuando me hiciste la llamada, era Nick. —admite. —Quiere algo formal, pero yo no Nathalie, yo no puedo porque el miedo me sobrepasa.

—¿Miedo a que?

—A muchas cosas que no te puedo decir. — me mira. — Cuando de mi boca salió que era Antony con quién estaba, él salió furioso de casa y desde ese día no me habla, lo cual es lo mejor.

Camina a la cocina y la sigo, observando cómo se sirve una taza de café.

—Antony podrá ser muchas cosas, pero un mal padre no. — golpea sus uñas contra la taza. —Estaba tan emocionado con el embarazo, estuvo sosteniendo mi mano en el parto, era él quien se desvelaba para cuidar de Rose y aún lo hace, no soy capaz de arrebatarle eso. —se limpia las lágrimas. —Quiero que mi hija tenga una vida normal, que no la estén siguiendo o...

—¿O qué?

—Nada, solo quiero que mi hija esté bien. —cambia el peso de su pie a otro. —Gracias por escucharme, en serio lo necesitaba.

Me acerco a ella y la vuelvo abrazar.

—Me tienes aquí para lo que necesites.

Siempre, siempre voy a estar para ella.

...

Pasar el sábado con una bebé de casi cuatro meses puede ser lo mejor, Danielle le cambió el pañal, yo le di el biberón y Zaydaly tomó una siesta.

Claro que no todo es igual cuando llora.

Cómo ahora.

—Creo que tenemos que sacarle los gases. —le digo a Danielle tomando a Rose.

—Oye, no es una soda. —dice pasándomela. —Es una bebé preciosa.

—Los gases que tiene la bebé cuando le das de comer, mensa. —le aclaro.

El timbre suena y Danielle es la que va a abrir. Pongo a Rose sobre mi hombro y palmeo su espalda tratando de que deje de llorar, no quiero despertar a Zay, siento que necesita esa siesta.

Cuando me giro para ver quién llegó, veo a Nicholas quitándose el abrigo y en cuanto mira a Rose, busca a alguien más y ese alguien es mi hermana.

—Hola, hermosa. —se acerca y sin pensarlo me la quita para cargarla él. —¿Está todo bien? —me mira.

—Si, Zaydaly vino de visita. —digo. —¿Qué haces aquí?

Coloca a la bebé sobre su hombro, besa su cabeza y palmea su espalda con suavidad logrando que Rose se calme de inmediato.

—¿Dónde está? —pregunta y sé que se refiere a Zay. —¿Está bien?

—Está durmiendo.

Asiente y Danielle vuelve de la cocina con una soda en su mano.

—A está si se le se sacar el gas. —bromea haciéndome reír.

Observo a Nick, la forma en que sostiene a la bebé, su manera de susurrarle cosas y el como ella se calma, me hace pensar.

Es su hija, está sosteniendo a su hija.

Está verdad que ambas estamos guardando no nos va traer algo bueno, las consecuencias de una mentira son mucho más grandes que está misma.

Es como un globo que cuando está al borde, te explota en la cara.

Pero no voy a revelar algo que no me concierne a mí, la decisión es de mi hermana, es ella la única que puede decidir qué es lo mejor para su hija y confío en Zay cuando me dijo que tenía razones para no decir la verdad.

—¿Se quedará el fin de semana? —pregunta Nick en un susurro.

—No lo sé...

—No, nos vamos mañana. —responde mi hermana, quien camina directo hacia Nick. —Mi esposo vendrá por mí.

Él no responde, solo le da un beso a la bebé y se la entrega.

—Me alegra. —asiente en su dirección.

Danielle lo mira cuando se pone de nuevo el saco.

—¿Ya te vas? —le pregunta su hermana.

Nick mira de nuevo hacia Zaydaly y está aparta la mirada caminando con Rose hacia el pasillo.

—Si, saldré de la ciudad.

Se despide y sin mirar atrás, sale del departamento.

—Qué raro día estamos teniendo. —comenta la rubia. —Necesito tener sexo, creo que saldré esta noche, ¿Vienes?

—No voy a dejar a Zay sola, pero ve tú.

Hace una mueca y niega.

—No, mejor mañana salimos ambas. —se pone de pie. —ordenaré pizza y le diré a Andre que Zay está aquí.

...

Antony es el tipo hombre que prefiere ver un documental a un partido de fútbol con amigos, es el tipo de hombre que prefiere el vino a tomar una cerveza en el bar de la esquina y creo que eso fue lo que más llamó la atención de mi hermana, eso y que es guapo.

Sus padres son franceses y él también, aunque nació en Francia, le tiene más apego a Estados Unidos que a su propio país y decidió quedarse cuando conoció a Zay.

Es alto, cabello medio rubio, ojos verdes y casi siempre trae una sudadera debajo de un saco con el cuello alzado.

Me saluda nada más pone un pie dentro del departamento.

—Cuñada. —besa mi mejilla. —¿Cómo estás?

—Bien ¿Y tú? —le pregunto al cerrar la puerta. —¿Qué tal las cosas en la oficina?

Tiene una pequeña compañía de autos y según me había comentado mi hermana, tuvo problemas hace unos meses.

—Todo bien, salimos de crisis.

—Me alegra.

Zaydaly sale por el pasillo con la maleta y con la mochila dónde trae las cosas de Rose. Antony se apresura a ayudarle, pero ella le pasa a la bebé, la cual él recibe con alegría.

—Hola, mi amor. —le besa los cachetes. —Hola, ¿Cómo estás? —besa la mejilla de Zay y ella le corresponde.

—Bien, creo que tenemos que irnos porque quiero pasar a una tienda de ropa que conozco para comprale algo a Rose.

—Si, como tú digas. —Toma la mochila que Zay le pasa y él se la cuelga al hombro. —Te espero en el auto, nos vemos Nathalie.

—Cuídense.

Me despido de mi sobrina y los observo salir.

—Llamame si necesitas algo, Zay, cualquier cosa. —guardo un mechón de su cabello detrás de su oreja.

—Estaremos bien, no te preocupes.

Me da un último abrazo y la observo perderse por el pasillo hasta las escaleras. Danielle sigue dormida ya que se había despedido de ellas ayer por la noche.

Suelto un suspiro volviendo a mi habitación, me siento frente al pequeño escritorio que tengo cerca de la ventana y subo ambas

piernas a la silla con el buscador encendido en la pantalla.

Miro el pañuelo debajo de los papeles que tengo que llevar al colegio y vuelvo la mirada a la computadora.

Desde el viernes por la noche quiero buscar el nombre de Hunter Meyer. Mentiría si dijera que no he pensado en él, en cada parte de su rostro, la forma de tomar mi brazo y de ofrecerme el pañuelo, absolutamente todo.

Todo de él me intriga y me causa cosquillas en el estómago sin razón alguna.

Él es el hombre que me devolvió el collar en el bar, no hay que ser muy inteligente para deducirlo ya que fue lo primero que miró en mí. Cosa que me trae otros pensamientos, ¿Por qué tanta seguridad? ¿Es un político importante? ¿Un empresario? ¿Algo más?

Tomo el pañuelo acariciando el bordado de las letras, lo dejo en mi mano y sin dudarlo más coloco su nombre en el buscador.

No tarda mucho en arrojar el resultado de mi búsqueda, pero las fotografías que salen ninguna es él y la única información que sale es relacionado con una mafia en el año 2008

Leo la noticia.

Bruno Meyer, líder de la Mafia Negra muere bajo una contienda en Rusia, se dice que el gobierno ruso intervino para acabar con ambas mafias, la Mafia Roja liderada por los Ivanovich y la Mafia Negra, liderada por los Meyer.

En el enfrentamiento murieron 78 soldados y hombres de ambos bandos, entre ellos una mujer identificada como Kamille Ivanovich.

¿Será este el fin de la Mafia Negra sin su líder?

La noticia es de un periódico que el día de hoy ya no existe y eso me hace deducir que tal vez la noticia no sea del todo genuina.

Imagino que hay muchos apellidos Meyer y no todos tienen que ver con Mafias. Sacudo mi cabeza sacando esa idea de mi mente porque no creo que el padre de Ian sea un Mafioso.

Cierro la ventana y apago el computador caminando de regreso a la cama, dónde me dejo caer mirando el pañuelo negro y me pongo de lado metiendo el pedazo de tela bajo la almohada.

—Hunter Meyer. —susurro mirando el techo. —¿Quién eres?

El reloj de mi mesa marca las 9 de la mañana y me digo que no está mal tomar una pequeña siesta, así que me pongo en la tarea de recuperar el sueño que perdí ayer.

Capítulo 10

Nathalie Parson.

Me peino el flequillo y me ato el cabello en una coleta dejando dos hebras a los lados de mi cara. Tengo aún parte del pelo húmedo ya que acabo de salir de la ducha y me lo desenrede rápido por qué Danielle quiere salir ya.

Me convenció de ir de nuevo al bar, le dije que no porque mañana temprano tengo que presentarme en el colegio, pero insistió y prometió que volveríamos a las doce como Cenicienta.

Comienzo a ponerme el outfit que escogí. Es un pantalón negro tiro alto, un top blanco y una chaqueta negra. Me miro frente al espejo una vez vestida y me gusta el resultado. Me siento cómoda con mis gustos en la ropa, me gusta un poco de todo. Lo sencillo, lo extravagante, lo negro, lo rojo, lo azul. El azul resalta mucho en mí, en especial el color de mis ojos, pero el negro siempre me ha favorecido.

Me gustan los vestidos cortos, las faldas, los tops, todo lo atrevido y me siento cómoda con ello, me siento cómoda con el guardarropa que tengo.

No soy de las mujeres que deje de usar una cosa solo porque a otros les cause problema, si a mí me gusta, me lo voy a dejar sin importarme lo que digan los demás.

Vivo para mí, no para darle gusto a las personas.

Me coloco un anillo como decoración y también un par de aretes con brillantes. La puerta del cuarto se abre dejando ver a una Danielle muy sexy.

—¡Me siento tan caliente! —exclama dando una vuelta.

Lleva una falda gris con brillos corta, un top del mismo color y unos tacones negros de aguja.

—Te ves muy caliente. —digo y me planto frente a ella. —¿Qué tal yo?

—Tú y yo estamos muy calientes el día de hoy. —se acerca a mi espejo mirándose una última vez. —Vámonos o llegaremos tarde.

—¿Tarde para qué?

—Para el mejor ambiente.

Niego con una sonrisa en el rostro, tomo mi teléfono, un poco de dinero y salgo con ella del departamento. Las llaves las guardo yo ya que siempre soy la que vuelve un poco más sobria. Tomamos un taxi nada más fuera y en el camino Danielle charla con el chófer debido a que él la reconoce. La mayoría del tiempo la reconocen por ser la hija del alcalde y más de una vez ella se ha aprovechado de eso.

—Su padre es lo mejor que le pudo pasar a esta ciudad, señorita. —le comenta el chófer. —Se lo digo con toda sinceridad, le deseo todo lo mejor a usted y a su familia. Su padre es un hombre honesto con las personas.

—Gracias, yo le diré a mi padre, Robert.

No es extraño que la llenen de comentarios así, ya que la mayoría son ciertos, Harry Prince es un buen hombre, tanto para la ciudad como para su familia, para mí hermana y para mí también lo fue.

El auto se detiene un par de coches detrás de la puerta del bar y ambas salimos luego de darle el dinero. El viento fresco de la noche me llega de golpe y agradezco haber traído pantalón porque parece que hará un poco más de frío.

En la entrada el guardia reconoce a Danielle y nos deja pasar, dónde la música está lo más alto que se puede sonando por todo el lugar. Sigo a la rubia hacia la barra que ahora está más llena que la última vez que vine.

Mi mejor amiga solo le guiña un ojo a la castaña la cual sé que se llama Lía y está nos pasa dos tragos para iniciar la noche. Me prometo no beber más de cinco, ya que no quiero despertar mañana con una reseca que deje a mis alumnos sin tarea todo el día.

Danielle me insiste que deje la chaqueta al cuidado de su amiga y lo hago porque si voy a bailar, me dará calor. Tira de mi brazo hacia la pista donde todas las personas ya están saltando, mirando hacia donde está el DJ, quien tiene a Sia sonando en un remix que mueve a todos.

Le sigo el ritmo disfrutando de la música por un largo rato. Un chico se acerca ofreciéndole a Danielle otra ronda de tragos, el cual yo niego, pero ella se bebe el mío sin molestia susurrando algo al chico antes de que se vaya.

No sé por qué, pero mi mirada se desvía hacia la barra, dónde logro reconocer a alguien. Levanta el trago en mi dirección y mi instinto es tirar de Danielle para salir de aquí, pero ella ya tiene los ojos clavados en él.

Damon Sorien.

—¿Quieres marcharte? —le pregunto

—No, quiero seguir bailando.

No le insisto porque después se enfadará y además, no tendría por qué irse de aquí, no está haciendo nada malo.

Damon se pone de pie, se termina su cerveza y camina decidido hasta nosotros, Danielle ya está bailando de nuevo y yo le sigo el ritmo, pero Damon ya está cerca.

—Hola. —se acerca a mi oído para que lo escuche. —¿Cómo estás?

—Bien ¿Y tú? Hace mucho que no te veía. —le respondo de la misma forma.

Damon es alto, cabello negro, barba de candado, ojos azules y fornido. Es guapo y es muy amable, eso no tengo por qué negarlo.

—Estoy bien, con el trabajo hasta el cuello, pero bien. —forma una mueca y mira a Danielle que está aún bailando, dándonos la espalda. —¿Está enfadada?

—No, para nada. —niego con la cabeza.

Me señala que se acercará a ella y yo asiento. Mi amiga sigue bailando, pero sé que ya sabe que él se acercaba, porque se echa hacia atrás moviendo las caderas y Damon se ve obligado a ponerle un mano en la cintura para evitar que caiga.

Ella se voltea, le sonríe y se inclina hacia un lado para darle un beso en la mejilla. Los dejo de ver y me concentro en seguir

bailando durante el resto de la canción hasta que me siento un poco cansada y vuelvo a la barra dónde pido una botella de agua.

Me siento en un lugar vacío y es Lía quien me pasa una botella de agua sellada. La abro dándole un trago y me giro para ver hacia la pista. Entre tanta gente no logro ver a Danielle, pero sé que está ahí. Paseo mis ojos por el lugar. Hay parejas disfrutando de la noche, grupos de amigas, chicos y chicas sentados en el área de mesas.

Una pareja llega a la barra, el chico le planta un beso en la mejilla y ella se le cuelga del cuello llenándole la cara de besos.

Mi última relación fue un año antes de que me graduará. Estuvimos juntos casi un año y medio, Uriel me trataba muy bien, es un buen chico, pero él tenía otros planes diferentes a los míos. Quería mudarse a Europa, yo no, así que el acuerdo de terminar fue de ambos.

Digamos que no me dolió mucho porque la ruptura no fue por infidelidad o porque me tratara mal, sencillamente fue un mutuo acuerdo. Pero eso no quiere decir que a veces no lo eche de menos. Siempre estuvimos de acuerdo en casi todo, era muy detallista, amoroso y todo lo que se puede pedir en una relación sana y estable.

Salíamos a bailar, Danielle salía con nosotros casi siempre y era algo que también me gustaba de él, nunca me dijo o se quejó de que Danielle saliera con nosotros.

Comprendía la relación que tengo con mi mejor amiga.

Respecto a otras cosas, también era muy bueno. Del sexo nunca me queje, tampoco era que lo hiciéramos tan seguido, pero era suficiente para mí y estaba contenta con eso.

Él casi siempre me tenía contenta.

Bebo otro trago de la botella y la cierro dejándola sobre la barra. Desvío la mirada hasta el pasillo que da a las salas VIP y es entonces que el corazón se me acelera con la persona que veo allí parada.

Hunter Meyer.

No sé si me está mirando a mi o alguien detrás, pero mira en mi dirección y por un momento siento que no soy ese centro de atención, pero aun estando a unos metros, siento sus ojos sobre los míos. No hace nada, solo está ahí, acompañado por tres hombres que supongo son su seguridad. Uno de ellos le susurra algo en el oído y él asiente sin apartar la mirada.

Es el padre de uno de mis alumnos y está mirando a la maestra de su hijo en un bar un domingo por la noche ¿Qué pensará? ¿Que soy una desobligada que probablemente llegue tarde a clases mañana? ¡Ay qué vergüenza!

Miro hacia la pista deseando que Danielle salga de entre el gentío, pero no lo hace y yo estoy a punto de cometer una locura.

Me giro hacia la barra y le hago una señal a Lia.

—Dame un trago, de lo que sea.

—¿Lo que sea? — se ríe.

—No, mejor no. —niego y vuelvo a mirar por encima de mi hombro. ¡*Sal de mi vista!*

—Bien, ¿Lo vas a querer o no? —me insiste la castaña.

—Si, ¿Qué es lo peor que puede pasar?

Me lo da y sin pensarlo dos veces me lo bebo formando una mueca debido a lo fuerte que está. Le ordeno a mi cabeza que no se gire a ver si sigue ahí, pero no me hace caso y termino viendo de nuevo.

Sigue ahí.

—El hombre que está a mi derecha, justo por encima de mi hombro, ¿Está viendo hacia acá? —le pregunto a Lia.

Ella mira en la dirección que le dije y sonríe.

—¿El guapo con traje? —asiento. —Si, te está viendo. ¿Es tu novio?

—No, es…olvidalo, tengo algo que hacer…creo.

Quiero culpar al alcohol por ponerme de pie y caminar hasta donde está, pero no es el alcohol, porque no he consumido mucho y el trago que acabo de tomar aún no me hace efecto.

¿Qué haces?

Me pregunta mi cerebro y no logro tener una respuesta, debido a que yo tampoco sé qué diablos estoy haciendo.

Viste formal como el viernes, trae un pantalón de vestir, una camisa negra debajo y un saco desabotonado encima. Sus manos están hundidas en los bolsillos de su pantalón y me mira caminar dudosa hacia él.

Le voy a preguntar por Ian, solo eso, le diré que tal está y me daré la vuelta hasta donde está Danielle para pedirle que me saque de aquí antes de perder la dignidad.

¡Soy la maestra de su hijo! Tengo que recordar eso.

Seguro él tiene esposa, está casado y tiene una vida feliz y aquí voy yo de entremetida. No, es mejor girarme y devolverme.

Estoy por hacerlo cuando...

—Maestra. —su voz fuerte y decidida me detiene. Estoy a solo tres pasos de él y aunque la música es fuerte, su voz me llega.

Me obligo a hablar porque ya no tengo salida.

—Señor Meyer. —devuelvo el saludo pasando saliva.

Subo el escalón que nos separa y ahí, en medio de la entrada hacia el área VIP, nos detenemos uno frente al otro. Sus ojos azules resplandecen bajo la poca luz del bar y el atractivo que se carga me hace pensar que no soy la única boba a la que tiene mirándolo.

—Hunter, por favor. —sus ojos se clavan en los míos. —Solo Hunter.

—No sé si sea correcto, ya que soy la maestra de su hijo, usted mismo lo ha dicho. —señalo algo dudosa. —No quisiera problemas con...

—No los tendrá y ahora mismo no estamos en el colegio ¿O sí? —le echo un vistazo a mi alrededor cuando él lo hace.

—No, no estamos en el colegio.

Estamos en un bar donde se supone que no debo de encontrar a los padres de mis alumnos.

—Nathalie, soy solo Nathalie, no maestra, aquí no soy maestra. —digo algo apresurada cuando la música queda en silencio

para cambiar a otra canción.

Sonríe y el aire de guapura que se carga con solo ese gesto me deja la boca seca. Se le achican los ojos levemente, las cejas se le juntan solo un poco y la curva de su boca deja ver sus labios gruesos ligeramente húmedos.

—Nunca se sabe, porque siempre hay algo que enseñar. —responde con un ligero movimiento de hombros. —No pude evitar notar que le hablaste a Ian en Latín, ¿Lo estudias desde antes?

Me cruzo de brazos colocando un mechón de mi flequillo detrás de mi oreja y niego con una sonrisa.

—No, nada de eso. —hago un ademán. —Lo estoy aprendiendo por él. Este es mi primer trabajo como maestra y no quiero decepcionar a mis alumnos ¿Sabes? Si ellos se sienten cómodos con un idioma y si yo puedo aprenderlo, pues lo voy hacer.

Asiente sin borrar la sonrisa.

—*Magister bonus* —dice mirándome a los ojos. —Ian repite eso en casa, por ti.

Siento mis mejillas arder y ni siquiera sé por qué, ya que el significado de lo que dijo no lo sé.

—Te informo que solo se decir, *Gracias* y creo que *Hola, ¿Cómo estás?* —me muevo en mi lugar. —¿Podrías traducir?

—Buena maestra, eso significa. —señala un par de sofás de cuero en una sala que queda a la vista. —¿Nos sentamos?

Miro hacia la pista de baile, después a la barra y al final vuelvo la mirada a él.

—Yo...no quiero incomodar a nadie ni mucho menos que tu...

—No estoy casado, Nathalie. —aclara como si me hubiera adivinado el pensamiento.

Tomo una larga respiración y sigo hasta donde están los sofás. Hay una mesa en el centro con una botella de Vodka, dos vasos y un teléfono. Me siento en el sofá de en medio y él toma asiento a mi lado, solo a unos centímetros de distancia.

—¿Puedo decirte algo? —hablo observando cómo cruza una de sus piernas y extiende su brazo izquierdo por el respaldo del sofá.

—Lo que quieras.
Miro mis manos y juego con el anillo en mi dedo índice.

—Estoy muy sorprendida por la educación de Ian ¿Sabes? Solo te lo quiero comentar porque es sorprendente lo inteligente que es. —sonrío. —Habla como un niño de diez, escribe como uno de 15 y aunque no participa en clase, no es problema para mí, porque está muy atento a todo. — levanto la mirada. —Debes de estar muy orgulloso de él.

—Creeme que lo estoy, mucho.

Muevo mi cabeza sonriendo y él no deja de mirarme poniéndome más nerviosa de lo que ya estoy. Uno de los hombres de seguridad se le acerca dándole un papel y él le dice algo en otro idioma, no es latín, más bien parece alemán.

No tengo algo más para decir y es que en primer lugar no debería de estar sentada aquí con el padre de uno de mis alumnos, mucho menos con uno tan sexy como él.

Su perfume me llega a ratos y solo me pone los pelos de punta aumentandome la respiración.

—Gracias, Nathalie. —dice de repente.

—¿Por qué? —pregunto clavando el azul electrizante de mis ojos con el azul grisáceo de los suyos.

—Por no abandonar a mi hijo.

Mis ojos le recorren cada rincón de su rostro, deteniéndome un par de segundos en su boca, delicada, sexy, apetitosa y me causa cosquillas en el centro del pecho.

Me obligo a volver a sus ojos y responder.

—Jamás lo haría.

La mano izquierda que está extendida en el respaldo del sofá, ahora la lleva a mi cara, dónde su dedo aparta las hebras que están sueltas a los lados y las coloca detrás de mi oreja. La música resuena a nuestro alrededor pero lo único en lo que me puedo concentrar ahora es en la distancia de nuestros rostros que cada vez se vuelve más corta.

Baja sus dedos por mi mejilla acariciándome la piel que se siente tan suave bajo la palma de su mano. Se acerca lentamente, mis ojos se enfocan en los suyos y cuando está lo suficientemente cerca...

Mi teléfono suena lo bastante alto que me obligo apartarme. Trayendo también las preguntas

¿Qué estaba a punto de hacer? ¿Besar al padre de mi alumno? ¡Por dios!

Me levanto del sofá y busco un lugar apartado para responder.

—¿Hola? —pregunto casi gritando por el volumen de la música.

—*¡¿Dónde estás?!* —la voz de Danielle resuena del otro lado. —*¡Voy a follar con Damon y necesito que lo impidas!*

No puede ser.

—¿Dónde estás tú?

—*¡En el baño, corre, corre!* —grita.

—¡Ya voy!

Cuelgo girándome para ver a Hunter, quien ahora está de pie y sus hombres lo esperan unos pasos más adelante. Me acerco nerviosa a él.

—Me tengo que ir. —le digo señalando el pasillo. —Es...es una emergencia.

—Si, no te preocupes. —asiente. —Espero que todo esté bien.

—Si, si, gracias.

Se acerca y por un momento temo que me vaya a robar un beso, pero solo impacta sus labios en mi mejilla, dejando un fino beso en ella y el calor de su cuerpo cerca del mío.

—Creo que tenemos algo pendiente, Maestra. —susurra solo para los dos antes de alejarse y bajar el escalón.

Me quedo viendo su espalda hasta que atraviesa todo el bar y sale con sus hombres siguiéndolo, dejándome ahí, con solo una

pregunta en mi cabeza.

¿Me iba a besar?

Capítulo 11

Nathalie Parson.

La directora cumplió su palabra y la entrada tiene más seguridad que antes al igual que dentro del edificio. Saludo a un par de profesores y sigo de largo hasta mi salón, donde me encuentro con un ramo de rosas azules sobre el escritorio.

Me quedo quieta en la puerta sin saber a dónde mirar, descuelgo la mochila del hombro y me acerco dejándola encima de la mesa. Tomo dudosa el ramo de rosas y veo que también hay una tarjeta.

La saco del sobre leyéndola.

El agradecimiento puede ser mejor
Con un ramo de rosas

Gracias, Nathalie.

—HM.

Hunter Meyer.

Las huelo y sin poder evitarlo una sonrisa se dibuja en mis labios. *¿Me envió flores? ¿Por qué?* Las miro de nuevo admirando los pétalos y lo suave que son sin poder creerlo.

Guardo la tarjeta en mi mochila y dejo el ramo de lado cuando escucho el timbre.

Los niños entran en fila acomodándose en sus respectivos lugares y yo me concentro en poner la fecha y el tema del día.

—Buenos días, ¿Cómo están? —pregunto paseando la mirada por cada uno.

Melissa levanta la mano

—Tengo sueño maestra. —forma un puchero y los demás ríen junto con ella.

—Bueno, a lo mejor participar en clase te despierta un poco ¿No? —asiente. —ven aquí. —se detiene a un lado de mí y la giro al frente. —El día de hoy Melissa será la encargada de ayudar en el grupo. —asiente feliz saludando a todos. —¿Me ayudas a formar grupos?

Asiente emocionada.

Pasamos por las bancas formando equipos de dos y ella se detiene con Ian.

—Ian va conmigo maestra. —Sonríe segura. —¿Qué es lo que haremos?

—Vamos a trabajar en las palabras ¿Bueno? —asienten. —muy bien.

Se sientan en el suelo formando los equipos y les reparto las hojas con las actividades. Me la paso resolviendo dudas, ayudando y riendo con las ocurrencias de cada uno. Hasta Ian sonríe más de dos veces gracias a Melissa, que no se detiene mostrándole cada color, cada garabato y tocando su hombro cuando quiere su atención.

A diferencia de los otros niños, ella es la única que se le acerca ignorando su ceño fruncido o su cara sería. Me encanta que lo haga, porque Ian es un buen niño.

La hora del primer almuerzo llega y todos salen dejándome con el silencio. Recojo las hojas, las reviso por encima y las guardo en una carpeta para acomodar los bancos.

Vuelvo a echarle una mirada a las rosas y son tan hermosas que no puedo evitar sacar una para observar de cerca. Están envueltas en un papel negro con el sello de la florería dónde las compró, supongo.

Alguien toca la puerta del salón y dejo la rosa con las demás al ver que Matt se adentra.

—Hola. —saluda amable como siempre. —No te ví afuera, ¿Está todo bien?

Le sonrío asintiendo.

—Si, solo estaba recogiendo las hojas que dejaron los niños. —señalo la carpeta.

Él mira el ramo sobre el escritorio y desvía la mirada hacia mí.

—No sabía que tenías novio. —comenta

—¿Esto? —miro las rosas. —No, yo...no tengo novio. —niego. —Son de...—*¿Qué diré? ¿Del padre de uno de mis alumnos?* — Solo las envió alguien que no debió hacerlo.

Sacude la cabeza y le echa una mirada a su reloj.

—Aún falta para que acabe la hora del almuerzo ¿Puedo invitarte un sándwich? Hoy hay oferta de 2X1...

Me hace reír y acepto poniéndome de pie.

—Bien

…

Me pongo de pie cuando el timbre suena y me despido de los niños con la mano cuando las maestras los esperan para salir. Ian es el último como siempre y está vez si agita su mano en mi dirección provocando que yo le sonría.

Me cuelgo la mochila al hombro y tomo el ramo de rosas antes de salir. Camino hasta la puerta y salgo del colegio bajando los escalones.

Ya casi no hay coches en el estacionamiento, pero logro ver a una persona esperándome apoyada en el capo de un auto.

Nicholas.

Muevo mi cabeza acercándome hasta donde está, se baja los lentes y me sonríe de oreja a oreja.

—¿Me puedes decir porque traes un auto diferente ahora? —señalo el coche.

—Porque lo acabo de comprar, es un Bugatti Chiron Sport del año. —presume. —Y serás la primera en estrenarlo. —me abre la puerta. —Solo no le digas a Danielle.

Me río entrando y lo espero hasta que él toma asiento detrás del volante. Todo es completamente nuevo, así que no dudo de que

si lo haya acabado de comprar justo hoy.

—¿Y esas rosas? ¿Algún profesor detrás de ti?

Arranca el auto y me abrocho el cinturón cuando salimos del estacionamiento del colegio.

—Ignora las rosas, no voy hablar de eso. —sentencio. —¿Por qué viniste por mí? —inquiero.

Está no es su actitud de siempre y sé que hay algo detrás.

—Tengo un problema. —habla sin mirarme. —Y necesito tu ayuda.

—¿Qué tipo de problema?

—Mi padre dará una fiesta por el aniversario de la ciudad el sábado y no tengo pareja. —dice. —Me gustaría que fueras conmigo.

—No creo que sea un problema para ti encontrar pareja, eres el soltero más codiciado de todo Nueva York. —le digo moviendo mi mano en un gesto exagerado.

—El problema radica en que no me interesa buscar pareja ni mucho menos quiero hacerlo, no estoy de ánimos para eso. —suspira. —Me estarías ayudando bastante si tú eres mi acompañante.

—¿Y Danielle?

Sacude la cabeza.

—La llamé y me dijo «Ya tengo pareja y llevaré a una chica, así que de malas si a papá no le gusta, pídeselo a Nath» —murmura deteniendo el auto en un semáforo. —Así que dime, ¿Aceptas?

—¿Tengo opción? —lo miro y después sonrío. —Acepto, solo dime qué tipo de fiesta es.

—Gracias. —asiente. —Es también para recaudar fondos para varias fundaciones, ya sabes, se aprovecha el evento para recaudar dinero y que sirva para algo bueno. —explica. —Es de máscaras, Danielle tuvo mucha influencia en la decisión de mi padre.

—Ya, Danielle tiene unas ideas. —suelto una risa. —Está bien, tú nada más dime la hora y pasa por mí.

—Pero antes te digo que el vestido corre por mi cuenta. —me señala. —Tú solo escoge que yo pago.

—Oye yo tengo vestidos o le puedo pedir a Danielle uno, no es necesario que lo compres.

—Déjame hacerlo, sé que no te gustan este tipo de fiestas y estás haciendo un esfuerzo, así que déjame.

Un vestido nuevo no me viene mal.

—Está bien.

—Bien, ahora vamos por mi hermana para ir a comer.

Deja de dar vueltas por la ciudad y toma camino hasta el edificio.

Es cierto lo que dice, no me gustan este tipo de fiestas, porque suelen estar formadas por personas que solo te miran por encima del hombro, personas que se creen mejor que tú solo por tener la cartera llena.

La mayoría tiene dinero, pero no valores.

Y toparme con Kendra Sorien es una de las cosas que no deseo hacer. Nunca le caí bien y no mentiré que ella tampoco me cae bien a mí, fue una de las primeras en decirle al señor Harry que no tenía obligación por pagarle la carrera a mi hermana.

Lo cual es cierto, pero la manera en que lo dijo, el cómo nos mira y trata, solo me hace no querer estar cerca de ella o topármela.

Supongo que tendré que respirar hondo y abrir la boca cuando esa mujer me harte.

...

Danielle se encargó de elegir el restaurante, Nick le advirtió que no quería que peleará con Kendra el día de la fiesta y yo solo miraba de uno al otro con las excusas que sacaban. Cuando terminamos de comer fuimos a comprar helado que quería la rubia y aprovechó que su hermano andaba de acomedido para pedirle de todo.

Cuarto para las cinco de la tarde, Nick estaciona su nuevo auto frente a nuestro edificio y Danielle es la primera en salir.

—Ve a follar, te hace falta con el humor que te cargas. —le dice. —Te puedo presentar a unas amigas que te van a dejar así. —abre la boca en exageración. —Piensalo hermanito.

—¡Compórtate! —le grita el rubio cuando ella se mete dentro del edificio. —No sé qué voy hacer con ella.

—Nada, ella es así y así es feliz. —me encojo de hombros. —Nos ponemos de acuerdo estos días para lo de la fiesta ¿Si?

—Si, de nuevo gracias por aceptar Nath. —me ofrece una sonrisa de boca cerrada. —Me estás salvando porque te juro que no tengo cabeza para nada.

Y presiento que sé por qué.

—No te preocupes, solo cuídate. —me acerco a darle un abrazo, pero suelta un quejido cuando le toco el hombro izquierdo. —¿Estás bien? —me alejo para verlo.

—Si, sí, me lastimé el hombro está mañana, pero todo bien. —le resta importancia. —Nos vemos después.

—Si, cuídate.

Lo veo subir a su auto y yo me giro para entrar al edificio. Subo hasta mi piso dónde nada más pongo un pie en el departamento, Danielle ya está con el ramo de rosas azules encima de la mesa de centro de la sala.

—¿Qué haces? —pregunto acercándome.

—¿Qué? ¿Creíste que no te interrogaría sobre de quién son? —saca una hundiendo su nariz en ella. —Ya dime. Anoche en el bar desapareciste, me dejaste sola con las ganas que tenía de follar con Damon.

Me río subiéndome a la mesa con ella.

—Promete que no dirás nada y no harás un alboroto.

—Lo prometo. —levanta su palma. —Ya suelta la sopa.

Tomo una larga respiración y le quito la rosa.

—Me las envió el padre de uno de mis alumnos, no sé si eso esté mal, pero lo hizo. —digo. —Y...me lo encontré en el bar anoche, platique con él, pero eso es todo, no pasó nada más porque gracias a dios llamaste y me fui.

—Diablos, ¿Porque tuve que llamar? —se regaña a sí misma. —A la próxima prometo no hacerlo.

—No habrá una próxima. —me bajo de la mesa aún con la rosa en mano. — No creo que esté bien que acepte regalos del padre de uno de mis alumnos.

Se sienta en el sofá conmigo.

—¿Por qué no? No le debes explicaciones a nadie. —defiende. —¿Es guapo?

Demasiado.

—Si, es guapo. —admito. —Pero no va a pasar nada, porque solo fue casualidad toparlo en el bar y ya no creo volver a verlo, a menos que sea en el colegio.

Tuerce la boca en un gesto que me dice que no está contenta con lo que digo.

—Pues tienes que agradecerle lo de las flores ¿No creés? Vas a quedar como una maleducada y no quieres eso...

—¿Y cómo piensas que le agradeceré? —rebusco en la mochila la tarjeta y se la paso. —Solo dejó esa tarjeta con el ramo.

Lee y me mira.

—¿Por qué te está agradeciendo él? —inquiere.

Danielle no sabe lo que pasó en el colegio.

—Porque impedí que un familiar de su hijo se lo llevara, al no ser uno con autoridad. —le cuento. —Me persiguió por todo el colegio hasta que él apareció atrapándome en sus brazos un momento antes de salir de ellos y buscar a Ian para saber si estaba bien.

Me mira sorprendida.

—Vaya, que fuerte. —murmura. —Pero mira, ve el lado bueno, él te agradeció con rosas y tú lo harás con una llamada.

—¿Qué? —frunzo el ceño.

Mi mejor amiga gira la tarjeta y en letras blancas bordadas está un número de teléfono con las letras HM debajo.

—Llamalo y agradecele el gesto de las rosas, si dejó su número es porque espera que lo llames.

¿Por qué no había notado el número? Estaba tan embobada con lo que decía la tarjeta, las rosas y demás que no la mire bien.

La tomo para verla más de cerca y después veo las rosas sobre la mesa sin saber qué hacer.

¿Debo llamarlo?

No, eso no estaría bien, por supuesto que no.

¿Por qué no estaría bien?

Le devuelvo la tarjeta a Danielle.

—No, estás loca. —me pongo de pie. —No voy a llamarlo, olvídalo.

Levanta sus manos y también se pone de pie tomando una rosa.

—Admito que las rosas son un gesto muy cursi para mí gusto, pero están bonitas. —camina hacia el pasillo. —Piensalo. Por cierto, está noche invite a cenar a una chica ¿Nos acompañas?

—¿Te vas a comportar?

Sonríe inocente.
—Yo siempre me comporto.

Me guiña un ojo y se adentra en el pasillo hasta que la pierdo de vista.

Mi mirada recae en la tarjeta, muevo mi pie con los brazos cruzados y por más que le ruego a mi cerebro que desaparezca la idea que tengo en la cabeza, está no se va, al contrario, se vuelve más insistente, que termino tomando la tarjeta caminando hacia el cuarto.

Observo el número, las letras, el mensaje que dice, hasta que ya tengo el teléfono en la mano.

Solo será un gracias, solo eso.

Me tomo un par de minutos para meditarlo mientras camino hasta la ventana, dónde apoyo mi hombro en la pared y mi dedo toca la pantalla.

Una vez que la pantalla se torna gris con el número marcado, me llevo el aparato a la oreja, dónde escucho dos timbres y después un silencio.

—Hola. —digo cerrando un momento los ojos.

—*Maestra.* —responde, con el mismo tono de voz que escuché en el bar.

Paso mi lengua por mis labios antes de hablar.

—¿Cómo sabías que era yo? —pregunto mirando por la ventana.

Se ríe.

—*¿Intuición?* —siento que es más una pregunta que una afirmación. —*¿Te gustó mi regalo?*

Sonrío.

—Si, de hecho llamaba para agradecerte. —digo. —No tenías que haberte molestado.

—*Nunca debe de ser una molestia enviarle flores a una mujer.* —responde.

—Supongo que no. —me muevo hacia el escritorio donde me siento. —En serio gracias, me gustaron mucho, repito que no tenías por qué hacerlo.

—*Supuse que si enviaba un collar de diamantes no lo aceptarías.* —bromea provocándome que ría
—¿Quién sabe? — le sigo el juego. —Todo puede pasar.

Vuelve a reír y mi sonrisa se hace más grande con el cosquilleo que me surge en el centro del pecho.

—*Exacto, todo puede pasar.*

Se forma el silencio, escuchando las respiraciones del otro, hasta que decido hablar.

—De nuevo gracias, Hunter.

—*De nada, Nathalie.*

Recuerdo sus labios sobre mi mejilla y cierro los ojos sacudiendo la cabeza evitando pensar cosas que no se repetirán.

—Buenas tardes.

—*Buenas tardes.* —se despide.

El pitido que da por terminada la llamada me hace alejar el teléfono y me quedo viendo la pantalla hasta que se apaga por sí sola.

Le acabo de llamar al padre de uno de mis alumnos, lo hice y espero el sentimiento de arrepentimiento, pero no llega.

Por una única y sencilla razón.

No me arrepiento.

Capítulo 12

Hunter Meyer.

El sudor me resbala por el cuello hasta abrirse paso por mi pecho con la camisa desabotonada. La mujer que tengo debajo de mi grita presa del placer y yo hecho la cabeza hacia atrás disfrutando del placer.

Salgo de ella quitándome el preservativo y tras recuperarme me guardo el miembro alejándome.

—¿Otra ronda? —pregunta ella quitándose la sábana de encima y colocándose boca arriba con las piernas abiertas. —Ven aquí.

Su sexo me vuelve a poner duro, pero no puedo pasarme toda la mañana follando cuando tengo otras cosas más importantes que hacer.

No soy de los que pone el sexo por encima del trabajo.

—No, yo te aviso cuando te quiera de vuelta. —me abotono la camisa y camino al escritorio. Me siento en la silla frente a él abriendo el cajón a mi izquierda. —Ven.

Espero que se coloque las bragas junto al sostén y camina hasta llegar a mi lado, dónde se inclina pidiéndome un beso que niego, pero ella no le da importancia cuando le muestro el fajo de billetes.

—Adiós. —me lanza un beso y sale de la habitación donde al mismo tiempo entra Leonardo.

Quién detiene a la rubia acariciándole el cabello y después me mira.

—¿Puedo? —pregunta solo para molestar, porque sabe cuál es mi respuesta. —Bueno, no tuvimos el placer, hermosa.

La deja salir y camina hacia mi escritorio, dónde deja un sobre amarillo. Yo me pongo de pie para ir al baño, donde me lavo la cara, las manos y me pongo un poco de perfume.

—Mandé investigar el contenido que me diste de la mochila que dejaron en el colegio y si, cualquier cosa en su interior traía un veneno letal. —informa. —Tiene sello de la mafia Roja, estoy muy seguro, lo que me hace pensar es el tipo, no dice ni pío de nada. —se sienta. —Lleva cuatro días bajo tortura, mamá se está encargando y no ha dicho más que *Traidor.*

No me sorprende. Cuando son entrenados en una mafia son leales hasta con el mismo diablo, pero por más leal que sea, bajo los métodos de mi madre cualquiera se doblega.

—El veneno trae sello de la mafia porque son lo que más manejan, pero el hombre no tiene indicios de que pertenezca a ella. —me rasco la barbilla. —Investiga su vida, averigua donde estuvo hace un mes, tenemos que encontrar algo.

—¿Por qué no simplemente vamos directo a Rusia?

—Porque si no estamos seguros de que fue Jordan Ivanovich el que ordenó esto, solo estaríamos quitándole la atención al verdadero culpable. —digo guardando el sobre en el cajón. —Busca a Enzo, dile que lo necesitamos.

Mi hermano se pone de pie y la puerta se abre con Ian quien viene con su cuaderno en la mano. Su tío le impide el paso como forma de jugar con él y la sonrisa que suelta me aprieta el pecho.

—¡El hombrecito de la casa! —lo alza logrando que el pequeño mueva las piernas. —¿Cómo está tu maestra favorita?

—*Is est valde felix* —responde Ian.

(Es muy feliz)

—¿Ah sí? ¿Por qué será? —lo interroga Leonardo sin bajarlo. —Cuéntanos.

—El lunes alguien le dejó rosas sobre el escritorio y es muy feliz. —asiente. —*Magister bonus*

Me saca una media sonrisa que borro al instante.

—Déjalo ya, tenemos cosas que hablar. —le pido a mi hermano.

Este asiente y baja a Ian dándole un beso en lo alto de su cabeza.

—Nos vemos hombrecito.

Nos deja solos y yo le hago una seña a mi hijo para que se acerque. Alejo un poco la silla del escritorio y lo tomo en brazos sentándolo encima.

—Escúchame, necesito que prestes mucha atención a lo que te voy a decir ¿De acuerdo? —asiente. —Sabes lo que somos, el tipo de familia que siempre hemos sido y siempre seremos. Nos tachan de malos porque nos defendemos de maneras que no están bien vistas, pero es lo que hace una familia, ¿Recuerdas lo que te dije?

—La familia y el apellido es lo más importante. —responde.

Cuando nació me prometí que si tendría que matar al mismísimo Papa para que él estuviera a salvo lo iba hacer y lo sigo sosteniendo.

Mi hijo es por lo único que yo daría mi vida, él es el único ser en esta tierra que tiene mi amor absoluto.

—Exacto, la familia y el apellido es lo más importante. —reitero apartando los mechones rebeldes de su frente.

Sus ojos azules son lo único que le heredé, porque en todo lo demás se parece a su madre. Aurora hizo algo bien, demasiado bien y fue darme una razón más para vivir, para sacar adelante la organización y luchar por apartar las piedras de su camino.

Lástima que ella jamás pudo ver ni verá, en lo que se convertirá su hijo.

—El reloj ahora estará conectado también al de tu tío Max ¿Okey? —mueve la cabeza. —En caso de que yo no pueda responder, él lo hará y te protegerá.

—*Ita pater*

Le beso las mejillas antes de bajarlo y lo dejo marchar.

Abro el computador pero no me concentro ya que el teléfono suena y me lo llevo a la oreja sin ver quién es.

—Señor, la maestra salió del edificio acompañada de la hija del alcalde y subieron a un auto negro con otro hombre.

—Síguela —ordeno finalizando la llamada.

La maestra.

Ese es otro asunto que me tiene con jaqueca. El encuentro en el bar fue planeado, ya que desde el día del incidente en el colegio he ordenado que la sigan, lo que no planeé fue la conversación que surgió, ni mucho menos que las ganas de querer besarla me fueran a traicionar.

Sus ojos azules son algo que no me puedo sacar de la cabeza, la razón número uno de mi jaqueca.

Me sé hasta su tipo de sangre, absolutamente todo y necesito aferrarme a algo (aunque sea mínimo) para no cometer el error que sé que puedo hacer.

La Mafia Negra conforma gran parte de su funcionamiento en el lavado de dinero, las armas y el tráfico de joyas. Esto último le fue robado a los Ivanovich, no por mí, si no por mi padre, quien se cargó a Kamila Ivanovich la Madre de Jordan, en el último enfrentamiento que hubo.

Empresas, Farmacéuticas, Televisoras, Petroleras, en todo eso tiene cabida un Meyer. No hay territorio Estadounidense que no tengamos cubierto, junto a los socios.

En este caso los Russo, los Calvers y los Bramson. Líderes de clanes pequeños, silenciosos y poderosos que a la hora que los necesite, estarán ahí, principalmente los Russo.

En cambio los Ivanovich tienen negocios diferentes. Tráfico de mujeres, drogas, armas y subastas. Esto último lo aborrezco. El negocio de las joyas era de ellos, como dije, pero quién lo lleva mejor, se convierte en el dueño y eso fue lo que hizo mi padre.

Me pongo de pie tomando el saco y salgo de la habitación sin ver atrás. Debajo de la escalera principal pongo la clave y las puertas se abren dejándome pasar. Sigo de largo pasando otra seguridad hasta que camino por el largo pasillo durante un par de minutos.

La última puerta se abre sola dejándome ver el taller. Tanto hombres como mujeres trabajan en el diseño, otros en la calidad y otros más en el valor.

—¿Qué tienes para mí hoy, Elizar? —le pregunto al chico de cabello rizado que está frente a la mesa de armas.

—Señor. —se sorprende. —Justo estaba pensando en usted, mire esto. —me muestra un arma corta con la empuñadura gris y el resto negro. —Peso liviano, dos balas en la reserva y fácil de ocultar. —me la pasa. —¿Qué dice? ¿Juguete nuevo?

La observo bien, saco y meto el cargador pasándola de una mano a otra y al final apunto directo hacia la pared, descargando todo el cargador.

La mayoría se asusta, pero el chico no lo hace.

—Buen trabajo, Elizar. —lo felicito. —Se queda conmigo, necesito modelos nuevos, tenemos que hacer entrega en dos semanas.

—Pero es...

—Dos semanas dije. —lo miro. —¿Está claro?

—Sí señor.

Me llevo el arma conmigo abandonando el lugar y una vez fuera voy directo al despacho, dónde mi madre ocupa una de sillas

frente al escritorio y Maxwell está con ella.

—Joseph Icarhov mandó un mensaje. —me pasa una hoja. —Quiere el arsenal que prometiste dentro de dos semanas.

—Lo tendrá. —aseguro dejando el papel de lado. —Además, no puede exigirme nada, aquí solo exige quien paga y él no lo ha hecho ¿O sí? —Russo niega. —Entonces espere, ¿Quiere armas? Pues que espere por ellas el tiempo que se estima.

Mi madre asiente y se inclina hacia adelante descansando su barbilla en una de sus manos.

—El hombre murió. —informa. —No resistió mis juegos y yo no tengo paciencia para mandar traer un médico.

—¿Le sacaste algo más? —cuestiono revisando algo en la computadora.

—Solo dos palabras. —se pone de pie. —*Traidor y hermano*. —se cruza de brazos. —Le beso los pies al diablo si me equivoco, pero no lo haré, ya que estoy muy segura de que esto tiene santo y seña de los Ivanovich.

—Jordan atacaría directamente, esos hombres hubieran entrado directo por Ian sin importarles la maestra. —digo. —Querían algo más, tal vez no llamar la atención o no lo sé, pero lo vamos averiguar.

Asiente girándose para mirar a Max.

—Lo vamos averiguar. —sale repitiendo lo mismo hasta que cierra la puerta.

Maxwell se sienta en el lugar que estaba ella antes y tamborilea los dedos sobre la madera.

—Enzo vendrá ayudar con lo de Ian, necesito todas las manos posibles en esto. —le digo. —No quiero pendejadas en mi casa ¿De acuerdo?

Rueda los ojos sonriendo cínicamente.

—Pero ni siquiera he dicho una palabra. —suelta. —En fin. Te aviso que tenemos noticias del Alcalde.

—Si hace algo malo o fuera del acuerdo sabes cómo proceder.

Reviso las fotografías de las armas que Elizar me envía y selecciono las que cubren el precio adquirido por la mafia Italiana y el clan Bramson.

—Dará una fiesta para celebrar el aniversario de la Ciudad. —habla. —Eso no es lo importante, a lo que vengo es que Nicholas Prince no me da buena espina, algo oculta y lo siento pero no voy a ser su sombra día y noche, tengo necesidades.

—Tus orgías pueden esperar.

—Ojalá fuera solo eso, tenemos a los O'connell encima. El enfrentamiento que tuve con ellos en San Antonio llamó la atención de la policía y mi foto está por todo Texas, si la noticia se extiende pasaré a ser el más buscado de Estados Unidos. —toma aire. —Creo que pertenece o tiene relación con la Mafia Roja.

—Si hay que asesinarlo hazlo, tienes mi permiso.

—No vamos a matarle un hijo al alcalde, mucho menos ahora que tienes un acuerdo con él. —me regaña. —El viejo lo está dando todo, mostró los accesos que necesitábamos y tenemos

control hasta del último rincón de la ciudad, será difícil que se cuelen los Ivanovich o cualquier miembro de la Mafia Roja.

Respiro hondo cerrando el computador.

—¿Y si el enemigo ya está en casa? —cuestiono. —No quiero sorpresas, si el tal Nicholas es un problema se elimina, los problemas se eliminan sin dar explicaciones.

—¿Y si es un infiltrado? —me devuelve la pregunta. —¿Qué tal si está en la Mafia por otros motivos?

Me pongo de pie.

—No me importa el motivo, si encuentras indicios de que esté relacionado con Ivanovich lo eliminas o me lo dices y lo hago yo mismo. —dejo claro. —Ahora acompáñame a ver la mercancía que has traído.

Atravesamos la propiedad hasta abordar las camionetas que nos llevan directo a la bodega donde tiene lo que le pertenecía a la Mafia Roja.

Aquí se adueña quien puede, no quien quiere.

—Algo de lo que está ahí no te gustará. —dice Maxwell con cautela.

—¿A qué te refieres? —interrogo girándome para verlo.

—Había piezas...

—¿Qué tipo de piezas?

La camioneta se detiene y sale sin responderme, por lo cual lo sigo dejando que mis hombres se queden afuera de la bodega.

—¿Qué tipo de piezas? —vuelvo a preguntar.

Camina hasta una caja de madera grande, le quita la tapa y me muestra el contenido.

—Estas. —responde.

Me acerco para ver de cerca y no me sorprende ver lo que hay dentro, porque reconozco cada pieza a la perfección. *Una bomba.* Son piezas para una bomba que está a medio armar, me desabrocho el saco echándole un vistazo de más de cerca y se perfectamente que tipo de arma querían crear.

Yo también soy experto en bombas. Mi padre decía que la inteligencia es la mejor arma, no importa de qué tipo o en que seas inteligente, pero si lo eres saldrás adelante dejando a tus enemigos detrás.

—¿Solo sacaste esto? —indago sin dejar de ver la caja.

—El resto del arsenal está por allá, pero son armas comunes. —dice. —Esto es lo que no me gusta, ¿Qué piensas?

—Pienso que hay que sacarla de aquí, todo. —digo mirándolo. —La llevaremos al búnker y me tomaré mi tiempo para averiguar lo que saldrá de esto.

Asiente levantando la mano para ordenar a los hombres que saquen todo, pero...

—¡Señor, tenemos compañía! —avisan desde las puertas.

—Vete, nadie puede verte. —me dice Max. —¡Largo!

No le hago caso, solo saco el arma y salgo para ver quién demonios es. Las sirenas me detienen a medio camino ocultándome detrás de la puerta de metal de dónde logro ver cómo más adelante se estacionan tres patrullas. *La policía.*

—¡Carajo, Hunter! —Max llega a mi lado. —Ponte esto. —me pasa un pasamontañas.

Desde que asumí el liderazgo de la Mafia Negra el gobierno no conoce mi rostro, no saben quién soy y el que lo sabe se llevará el secreto a la tumba. Mis enemigos lo saben, pero nosotros nos jodemos de diferentes formas, no chismeando a la policía sobre nuestro paradero.

El que no sepan quién soy es una ventaja y también lo es el que me haya mostrado al Alcalde de frente y con el gobernador de espaldas, porque así ninguno de los dos puede confirmar nada.

Me coloco el pasamontañas siendo cubierto por mis hombres cuando dos patrullas más se acercan por el lado izquierdo. Desde mi posición me cargo dos uniformados que amenazan con querer entrar en la bodega.

—¡Alguien traicionó la confianza del líder! —grita Maxwell. —¡Y quién haya sido se pone a rezar porque esto no se va a quedar así!

Y tiene razón.

Nadie sabía de la bodega a excepción de mi gente, por lo tanto quién haya sido el imbécil que abrió la boca, tiene las respiraciones contadas.

—¡Saquen esa caja de aquí! —ordeno a mi gente. —¡Ahora!

Salgo caminando directo hacia una de las patrullas dónde me oculto cargándome a dos policías más y Maxwell se encarga de cubrir la camioneta donde van a subir las piezas. Capto por el robillo del ojo un hombre que va directo hacia Russo y levanto mi arma preparado para disparar, pero me lo impiden atropellándome y llevándome directo al suelo.

El golpe que recibo en la mandíbula me hace soltar el arma, pero el segundo impacto lo detengo a tiempo girando hasta quedar yo encima de la persona quien también trae un pasamontañas.

Con uno de sus brazos me mete un puñetazo en el estómago y me trago el sofoco haciendo presión con una de mis manos bajo su cuello. Se retuerce y con la otra trato de quitarle el pasamontañas, pero deja caer ambas manos causando que las mías flaqueen girándose para zafarse de mi agarre.

Me pongo de pie rápidamente y lo tomo cuando trata de atropellarme una vez más, logrando que mi puño se entierre en su nariz lanzándolo hacia atrás, pero se recompone al instante sacando una navaja.

—¿Piensas que con eso me vas joder? —me río. —Ni cerca estás.

Se lanza contra mí y en un movimiento rápido tomo el brazo en el que trae la navaja doblándolo hacia atrás tirándola al piso. Mi rodilla se clava en su espalda y chilla preso del dolor.

No es policía.

—Veamos quién eres. —susurro buscando el inicio de la máscara, pero no lo logró ya que siento como me clavan algo en la pierna obligándome a soltarlo.

Me saco al instante el vidrio ignorando el dolor, pero él corre montándose en una motocicleta que sale no sé de dónde. Recupero el arma y sin pensarlo suelto la tanda de tiros mirando como se arquea por el disparo que se le clava en la espalda.

Camino de vuelta a la bodega, dónde él tendedero de muertos queda a la vista, pero mi mirada busca con desesperación al primogénito de los Russo, encontrándolo, dando órdenes para que suban todo el arsenal a las camionetas.

—¿Estás bien? —pregunta reparándome de arriba a abajo.

—Si, hay que irnos.

Subo a una de las camionetas con él a mi lado y formo una mueca cuando me llevo los dedos a la herida, de la cual brota sangre.

—Alguien me atacó y no era un policía. —le informo. —Se fue herido, pero sus movimientos me recordaron a alguien y no...no puede ser.

—¿A quién?

—A alguien que se supone está muerto.

Me paso la mano por la cara soltando un suspiro de frustración.

No puede estarme pasando esto a estas alturas.

—Al parecer el alcalde y el gobernador no han entendido bien las cosas. —espeto con rabia. —Necesito recordarles cómo funciona esto.

—¿Qué vas a hacer?

—Presentarme en su perfecta fiesta, conocer a su hija de cerca. —me rasco la barbilla. —Y advertirle que si sus perros vuelven a meter las narices en mis cosas, sale volando junto con ellos.

No tengo tiempo para acuerdos a medias.

Soy Hunter Meyer y mi nombre como mi apellido se respetan.

Capítulo 13

Narrador Omnisciente

Nueva York es conocida como la ciudad que siempre te sorprenderá, es la ciudad que nunca duerme, que siempre tiene algo que mostrar y bueno, está noche dejará sin palabras a más de uno.

Mientras Zaydaly prepara la mamila de su hija dejando que su esposo la abrace para darle un beso en el cuello, Nicholas Prince lanza el teléfono contra la cama, el cual queda encendido mostrando el fondo de pantalla. Una foto de él y la bebé de su amiga el día que la fue a visitar. Se había prometido quitar esa fotografía, pero no pudo hacerlo y no sabe si podrá.

Algo que le hace latir el corazón como si no tuviera la mitad de él podrido, es el hecho de pensar que cuando carga esa bebé, siente que todo va a estar bien, aunque la realidad sea otra.

Vuelve a tomar el aparato buscando el número de la persona que tanto quiere escuchar, pero se niega a caer en una mentira de nuevo, se niega a aferrarse a algo en dónde no tiene cabida.

Y dónde nunca la tendrá.

Así que sale del departamento con el objetivo de ir a buscar a su acompañante.

Nathalie Parson termina de ponerse el último arete y se concentra en el reflejo que le muestra el espejo. Escoger un vestido

fue una tarea de dos horas en la que se embarcó junto a su amiga el viernes por la tarde.

En dónde al final se decidió por un vestido azul oscuro, de tirantes, corto hasta los muslos, ajustado marcando las curvas de su delgado cuerpo y con un escote corazón que deja al descubierto gran parte de su pecho. Los tacones de aguja se atan a sus tobillos en un estilo plateado sumándole unos centímetros de altura.

Danielle Prince tiene un buen gusto en la moda y eso lo heredó de su madre, a quien ahora, recuerda con una sonrisa en el rostro mientras se aparta un par de lágrimas antes de salir de la habitación caminando directo a la de la maestra.

—Te ves tan sexy. —le dice a su amiga reparándola de arriba abajo. —Mira que estoy pensando en dejar plantada a mi acompañante y llevarte a ti.

Cuando está por responder, el timbre suena.

—Pues será para otro día, porque mi acompañante ya llegó. —le informa la castaña tomando la cartera negra donde guarda su celular y un poco de dinero. —¿Vendrá algún chófer por ti?

—Si, contraté a un niñero. —la rubia hace un ademán con su mano. —Vete tranquila y allá nos vemos.

Le guiña un ojo acompañándola a la puerta, dónde detrás se encuentra un elegante Nicholas. Se acomoda las mangas del traje esforzándose porque su sonrisa se vea creíble y no de la mierda, como se ha sentido últimamente.

—Cuidado que puedes resbalar con el chorro de babas que va a dejar Nicholas en las mujeres cuando entre a la fiesta. —lo molesta su hermana. —Ya vi a todas con la boca abierta y con cara de pendejas.

—No puedo evitarlo. —le guiña un ojo él. —Están hermosas. —añade al verlas.

—Nosotras siempre somos bellas, bueno, Nathalie se hecha unos gases que...—arruga la nariz.

—¡Danielle! —se enoja la castaña. —Solo fue uno.

Nick se echa a reír y le ofrece su mano.

—¿Nos vamos? —le pregunta y asiente. —Uno de los choferes te está esperando abajo, por favor cuídate y compórtate Danielle.

—Si, hermano mayor. —ella lo empuja. —Ahora largo.

Salen y un par de minutos más tarde la rubia vuelve abrir la puerta, tirando del brazo de una morena, a la cual besa sin darle tregua y la lleva al sofá dónde le comienza a quitar la ropa.

—¿No que iríamos a una fiesta? —le pregunta la chica en medio del beso.

—Si, pero no somos las anfitrionas —baja su boca a su cuello aspirando su perfume. —Podemos llegar tarde.

La morena le echa los brazos al cuello sumiéndose en el calor que ambas comienzan a sentir.

Al otro lado de la ciudad Hunter Meyer se alisa las solapas del traje negro que le luce el perfecto cuerpo que tiene. Se coloca el reloj Rolex en la muñeca izquierda y se pone perfume antes de alejarse del espejo.

La mayoría de las mujeres con las que ha estado destacan una sola cosa de él y es el hecho de que en la cama, el control siempre está de su parte. No importa cómo, dónde o cuándo, siempre es él quien manda.

Siempre le ha gustado mandar, mantener todo bajo control, que nada se le escape de las manos, como lo que tiene planeado para esta noche.

Desde el día en que murió su padre se hizo cargo de la organización, con solo 18 años tenía las ideas claras, las manos de su madre sobre los hombros y la figura de su amigo al lado como su mano derecha. La familia lo apoyó desde el minuto uno en que de su boca salió la primera orden, proteger a todo aquel que tuviera el apellido Meyer, a todo aquel que llevara su misma sangre. Y esa orden se duplicó cuando nació su primogénito, a sus 23 años se convirtió en padre. Nació el motor y el heredero del legado Meyer, su sucesor.

Tanta mierda tiene detrás, mierda que se multiplica día con día hasta el punto dónde la única solución siempre es matar, quitarle las piedras del camino a los suyos sin importarle nada.

—Toma. —su mejor amigo se le atraviesa en el camino fuera de la mansión. —La fiesta es de máscaras.

—Tanta ridiculez del alcalde. —suelta un bufido recibiendo la máscara negra con figuras levemente bordadas a los lados. —¿Tienes lo que te pedí?

Maxwell Russo asiente pasándole el pequeño aparato con el botón rojo.

—Solo aprieta el botón si es necesario, Hunter. —le advierte. —No vamos a cagarla cuando nos ha costado dicho trato.

Le palmea el hombro.

—Tú solo asegúrate que las camionetas nos estén esperando dónde indiqué.

Se marcha subiendo al Lamborghini negro con el cual sale de la propiedad a toda velocidad. Mira el arma que descansa en el asiento del copiloto y cierra las manos alrededor del volante con un solo objetivo en la mente y es dejarle claro al Alcalde con quién quiere jugar.

Harry Prince entra del brazo de su esposa al enorme salón donde es recibido con aplausos, los flashes de las cámaras se enfocan en la figura política que es y en la mujer de espectacular aspecto que tiene al lado. Algunos la aludan y otros la miran mal al recordar a la verdadera señora Prince.

—Señor Alcalde, algunas palabras que le quiera decir a la gente está noche. —lo detiene una periodista.

—No hay palabras más valiosas que gracias por su confianza, por su apoyo y por cada uno de sus deseos. —responde. —Tanto mi familia como mi equipo estamos haciendo lo mejor para esta ciudad, lo cual es aportar el bien a cada paso y está noche está llena de felicidad hacia cada una de las fundaciones que está dirigida.

Pasa de largo hasta el foco de las cámaras oficiales de los canales y noticieros de la ciudad. El Alcalde le indica con la mirada a sus hijos para que se acerquen a la fotografía, en dónde Nathalie es arrastrada por Nicholas, Andre llega con una amiga quien le besa la mejilla y Danielle ignora a su padre cuando toma a su acompañante de la cintura.

Damon repara el agarre apartando la mirada de inmediato y le sonríe a su madre quien le acaricia la mejilla.

Las máscaras les cubren el rostro, pero aun así se logra reconocer quién es quién

Una vez terminadas las fotografías la prensa se dispersa dejando que se muevan libremente por el salón, donde la mayoría de la gente con vestidos elegantes, trajes de miles de dólares y con copas de champagne en la mano charlan entre ellos sobre la cantidad de dinero que donarán.

—Toma. —Nick le pasa una copa a Nathalie quien la recibe.

—Gracias. —le da un ligero trago mirando a su alrededor. —No traje mucho dinero, pero puedo donar un poco ¿Dónde lo hago? —le pregunta ella.

—No te preocupes, yo hice un cheque en nombre de los dos. —susurra él bebiéndose el líquido de un solo trago. —Después me invitas a comer.

—¿Pizza? —le sonríe la castaña.

—Pizza. —asiente él.

Andre Prince se acerca a ellos con su amiga de la mano, a quien cuando ven le sonríen.

—Clary, ellos son Nick y Nath, chicos, ella es Clary. —los presenta. —Aquí no hay comida vegetariana. —informa enojado. —Fui claro con la orden que di, pero parece que se la pasaron por el culo.

—Solo come, Andre. —Su hermano mayor rueda los ojos.

—Tu no lo entiendes, si seguimos así vamos a…

—... Extinguir todos los animales del puto planeta. —el hombre que llega a la reunión completa su frase.

Andre lo repara al igual que todos los demás y es Nick quien lo reconoce primero.

Ethan Vega viste de traje azul, máscara gris, sus ojos verdes resaltan llamando la atención del segundo miembro de la familia Prince, quien pasa saliva cuando su mirada se cruza con la de él trayéndole recuerdos.

—Ey, ¿Cómo estás? —lo saluda Nicholas. —¿Qué tal el trabajo en la comisaría? Me enteré lo que pasó el Jueves, el enfrentamiento que tuvieron, lamento las bajas.

—Yo también, pero no vamos a descansar hasta saber quiénes eran y qué era lo que querían sacar de ahí. —responde el ojiverde —¿No vas a presentar?

—Claro si, Nath y Clary. —las señala Nick. —Él es Ethan, detective de la policía de Nueva York.

—Un placer.

Se acerca besando la mejilla de Nathalie y después la de Clary, quien se ha mantenido callada, ya que no tiene nada que decir.

—Igualmente. —le responde Nathalie. —Si me disculpan, tengo que ir al tocador. —mira a la chica. —¿Me acompañas?

Clary mira a Andre, quien le sonríe.

—Claro, vamos.

Ambas se alejan dejando a los chicos, pero un hombre se acerca con Nicholas susurrándole algo al oído.

—Ahora vuelvo. —avisa, dejando la copa medio vacía en la mesa que está cerca y se marcha.

El pelinegro se queda quieto al lado del rubio, el cual se lleva la bebida a los labios dándole un trago.

—Saliste temprano esta mañana. —murmura el detective.

—Si, tenía cosas que hacer. —responde sin más.

Ethan repara el lugar donde estaban las chicas y le da un trago a su Whisky.

—Esta guapa tu amiga. —comenta pasando el trago amargo. —Buena compañía para esta noche, supongo.

—Si, ella es lo que necesito. —Andre clava la mirada en las personas que entran por la puerta principal.

El detective bebe el resto del líquido y asiente repetidas veces.

—Ya. —sonríe con la boca cerrada — Buenas noches, señor Prince.

Lo mira a los ojos antes de alejarse dejando el vaso en la misma mesa donde lo dejó Nick. Andre se bebe el resto del líquido y tiene que tomar otro rumbo para que el pensamiento no lo traicione.

Nathalie busca a Nick con la mirada y su acompañante no se queda a su lado, sino que se marcha buscando también a la persona con quien vino, encontrando a Andre junto a la barra peleando porque le entreguen una botella de champagne.

Clary llega hasta donde está el rubio y lo obliga a que lo mire.

—No pinto nada aquí Andre, deberías de estar con otra persona y no conmigo. —le dice ella besándole la mejilla. —Buscalo antes de que sea tarde.

Danielle ubica a la castaña a lo lejos y se acerca por detrás pegándole una nalgada.

—¡Me asustas! —exclama su amiga. —¿Dónde está tu cita?

—Recuperándose en el baño. —la rubia se limpia la esquina de la boca guiñándole un ojo. —¿Y la tuya?

—No lo sé, regresé del baño y ya no estaba. —frunce el ceño. —¿No has discutido con tu padre?

—No hace falta discutir cuando solo lo avergüenza. —habla Kendra Sorien haciendo acto de presencia. —¿En serio tenías que llegar con una chica? Cada día estás peor, Danielle.

La rubia rueda los ojos y bebe tranquila de su trago antes de hablar.

—Pégame. —le extiende la mano. —Por preguntar cuánto me importa lo que pienses de mí.

Kendra Sorien no es una persona fácil de tratar, toda su vida se ha dedicado única y exclusivamente a obtener lo que quiere y mucho más cuando su hijo nació. Luchó, lo educó y siempre vela porque su futuro no se vea afectado por nada ni por nadie.

—Oye, no es por ser una perra, pero cuidado con las arrugas Kendra. —Danielle le señala la frente. —Mira qué joven no te estás volviendo y mi padre en cualquier momento puede cambiar sus horizontes por una...que no le esté afectando la edad.

La cara de la mujer se transforma y la mano le cosquillea con las ganas que tiene de alzarla, pero no se atreve.

—Señora Sorien, le recomiendo que se vaya, porque si no lo hace no voy a detener a mi amiga. —murmura Nathalie. —Buenas noches.

—Soy la señora Prince

La castaña da un paso al frente.

—Solo conocí a una señora Prince y no es usted.

Los nudillos se le vuelven blancos con la fuerza que ejerce alrededor del vaso de vidrio y se marcha fingiendo una sonrisa cuando un par de periodistas le cortan el camino.

Uno de los chicos con esmoquin blanco le recibe las llaves al hombre que baja del Lamborghini negro, el cual se abotona el traje y se coloca la máscara antes de entrar al lugar.

De cerca lo siguen dos hombres más, que pasan desapercibidos entre la gente. Uno de ellos es Abel Connill, quien ha cuidado su espalda y la de su hijo desde el momento en que llegó a la Mafia Negra.

El otro se encarga de ubicar el objetivo por el que vinieron, pero es Abel quien detiene el paso al ver la chica que se quita el Antifaz porque una de las tiras se le enredó en el cabello.

—Señor. —habla por el micrófono que está conectado al del líder de la Mafia Negra. —Tenemos un problema.

—¿Qué pasa?

Hunter recibe la copa de champagne que le ofrecen y se la lleva a la boca.

—La maestra está aquí. —dice Connill.

—¿Por qué carajos nadie me dijo nada?

—De hecho se le informó al señor Russo. —avisa. —Él nos dijo que le diría.

Russo, Russo.

—Vigilala, no la pierdas de vista. —ordena antes de cortar la comunicación.

Su objetivo se cumplirá si o si, le importa poco quien se interponga en el camino, pero si algo tiene claro, es que no saldrá con las manos vacías del lugar.

Aún con la copa en la mano, camina de largo hasta llegar a la barra, dónde espera paciente a que la figura del Alcalde aparezca

a su lado pidiendo un trago de Jack Daniels.

—Alcalde. —saluda solo para los dos. —Quiero creer que el motivo por el cual no recibí la invitación, fue porque se olvidó.

Se gira bajando un momento la máscara para que lo vea y después se la vuelve a poner.

—¿Qué es lo que quieres? —Harry Prince mira a todos lados.

—Charlar en privado. —susurra Hunter. —Mire a su derecha, directo a la segunda columna. Es su hija y detrás de ella, solo con un metro de distancia está el hombre que con una orden de mi parte, le puede partir el cuello. —se termina la bebida alzando la copa para que le den otra. —Así que usted decide, ¿Vive o Muere?

El alcalde le echa una mirada a su hija menor y no lo piensa mucho cuando le indica con la cabeza al líder que lo siga.

—Yo sé exactamente el lugar, señor Prince. —le señala una de las puertas al cruzar los pasillos lejos del salón principal. —Usted primero.

Dentro dos de sus hombres tienen al Gobernador sentado en una de las sillas. Ambos hombres levantan las armas cuando Hunter se planta en medio de ellos.

—Aquí las cosas son así. —comienza. — Uno de ustedes quiere jugar conmigo y lo siento señores, pero eso no va a pasar. El traidor ya pagó, pero antes de irse al infierno y saludar a Lucifer de mi parte, me dijo "Uno de los grandes piensa que puede traicionarte" —chasquea la lengua. —Lo maté antes de que soltara el nombre, porque el coraje me iba a ganar y terminaría matando a esa persona que piensa que se puede pasar mis órdenes por el culo.

—No...

—¡Aquí se calla! —le ladra al Gobernador que trataba de hablar metiéndole una bofetada. —Es un mierdero la gente que tienen para cuidarles la espalda, ¿Dónde están ahora? Sometidos por mis hombres. —mueve la cabeza. —La cosa es así, un error más y su hijo de ocho años, Gobernador, se va a convertir en el inicio de mi hijo ¿Está claro? —el hombre trata de írsele encima, pero las armas de los que están atrás lo detiene y termina asintiendo. —Y usted ya sabe Alcalde, así que no tengo que repetirlo.

Se acomoda las solapas del traje y mira la hora en el reloj. Faltan 30 minutos.

—Me retiro, que lo mejor de la fiesta está por comenzar. —hunde sus manos en los bolsillos. —Y mentiría si dijera que siento lo que va a pasar, porque no lo hago. Suerte, señores.

Sale dejando todo atrás y se lleva una mano a la oreja, dónde activa el comunicador.

—La maestra. —habla esperando la respuesta de Abel.

—En las mesas del fondo, con la hija del Alcalde.

Vuelve a cortar la comunicación y toma una copa bebiendo al instante el líquido antes de caminar con paso decidido cerca de donde está la castaña de ojos azules que le causa jaqueca.

Se quita la máscara y espera a que sea ella quien lo reconozca.

Nathalie cuenta las copas que lleva y con la que trae en la mano, ya son 4, todas hasta el tope porque es Danielle quien las trae.

La rubia se bebe su sexta copa y atrae a la chica que tiene al lado dándole un beso en los labios.

—Eres una morena hermosa. —le susurra. —¿Quieres que vayamos al baño otra vez? —se gira hacia Nath. —¿La llevo al baño?

—Yo creo que tienes que estar aquí y dejar de beber, hoy es un evento importante para tu padre. —le recuerda. —Y tú tienes que demostrarle a la perra de Kendra, que eres parte de esta familia y que eres una Prince.

—Odio a Kendra. —le dice formando un puchero.

—Lo sé, yo también la odio. —le quita la copa y mira a la morena. —Vigilala, iré a buscar agua y por favor, no dejes que beba más.

—Si, no te preocupes.

En cuanto Nathalie se levanta, Danielle hace lo mismo y arrastra a la morena de la mano, quien le dice que se queden en la mesa, pero no le hace caso.

Es una Prince al fin y al cabo los Prince son tercos.

La castaña se quita el Antifaz debido a que uno de los cordones se le enreda en el cabello tirando de él. Lo ata en su muñeca y levanta la mirada encontrando una figura conocida apoyada en una de las columnas.

Hunter Meyer

Se detiene a unos pasos y no tiene la menor idea de por qué se le dificulta pasar saliva.

Se arma de valor y camina con la idea de buscar una botella de agua en la cabeza, está distraída que no mira cuando un mesero pasa cerca de ella, trata de esquivar una de las mesas y es Hunter quien la toma de la cintura atrayéndola a su pecho para evitar que tope con el hombre que lleva las copas de champagne.

Ella abre los ojos temerosa y el azul de ambos chocan entre sí con la mirada profunda que recibe por parte del hombre que la tiene sujeta. El agarre en la cintura le acelera el corazón y el mareo repentino que la abarca le sube un poco más el alcohol que corre por sus venas.

—Hunter. —susurra apareciendo el rostro del padre de su alumno.

—Maestra. —la saluda él con ese toque en la voz que le vuelve chinita la piel. —¿Puedo soltarla o no se fía de sus piernas?

Ella asiente y él poco a poco la libera del agarre sin alejarse tanto. El cabello le cae hacia atrás en unas ondas que le dan ese toque inocente que se carga y la sonrisa que trata de ocultar la vuelve más atractiva.

Creo que nadie en la fiesta es ciego como para no darse cuenta de la hermosa mujer que es Nathalie Parson, quien lleva el escote descubierto dejando una vista de sus pechos, los cuales a Hunter le ponen a tragar duro.

—Es una gran sorpresa encontrarte aquí. —comenta él hundiendo ambas manos en los bolsillos de su pantalón de vestir. —¿Algún familiar en la política?

Ella niega.

—No, soy amiga de la Familia Prince. —explica. —¿Y tú? Supongo que conoces a más de uno, imagino que en tu trabajo...

—¿Mi trabajo? —la interrumpe observando cómo sus mejillas se tornan rojizas.

Se remueve en su lugar lamentando que su boca la delatara.

—Yo... Bueno, en realidad no sé en qué trabajes, pero siempre me he imaginado que eres político o empresario.

La sonrisa que se asoma en el rostro de Hunter la pone fuera del área un par de segundos.

—La política y yo nunca nos hemos llevado bien. —niega. —Pero dejémoslo en empresario.

Nathalie sacude la cabeza y desvía la mirada hacia la pequeña pista de baile dónde las personas hacen acto de presencia con la melodía que comienza a sonar.

—¿Baila? —le pregunta él ofreciéndole una de sus manos.

Nath mira fijamente la mano antes de responder.

—Yo...—desvía la vista hacia la mesa donde se supone tiene que estar su mejor amiga, pero no hay nadie. *Danielle Prince le da muchos dolores de cabeza.* —Supongo que sí.

La acepta permitiendo que él la guíe hasta la pista donde él la deja en el centro siendo el foco de atención de más de uno.

La mano que siente Nathalie en su espalda baja le aumenta la respiración a cada paso de baile que da. No sabe de dónde ha sacado los movimiento para la canción que suena, pero lo estaba

haciendo bastante bien y mucho más con el experto que la tiene entre sus brazos

Hunter se mueve como un profesional, la cercanía entre ambos permite que Nathalie pueda oler su perfume, el cual le despierta todos los sentidos.

—No soy una experta, pero parece que tú sí—le hace saber ella. —Pareces un profesional.

—¿Será que lo soy? — ella ríe de manera delicada.

La separa de su cuerpo solo para darle una vuelta y cuando la atrae de nuevo hacia él, el rostro le queda a solo un par de centímetros.

Los ojos azul electrizantes de la castaña no pasan desapercibidos ante nadie y Hunter no es la excepción. El color es llamativo y mucho más en una mujer tan hermosa como ella. El cabello castaño le cae por la espalda hasta la cintura logrando que él acaricie los últimos mechones.

La espalda cuadrada y musculosa que siente Nathalie bajo la palma de su mano, le aumenta una sensación que no tiene que sentir en ese momento, pero no lo puede evitar, porque los dedos del hombre frente a ella forman círculos en su espalda baja.

Mientras las personas disfrutaban del baile, cuatro camionetas negras se estacionaban alrededor del edificio de las cuales se bajan cuatro hombres arrojando las llaves dentro.

—Listo, señor.

La noticia que el líder de la Mafia Negra recibe, lo hace alejar de nuevo a la mujer con quién baila, pero esta vez la deja de espaldas a él mientras una de sus manos se adentra a los bolsillos

del traje, dónde tiene el aparato. La hermosa chica entre sus brazos se gira mirándolo a los ojos, dónde la parte más llamativa de ambos ahora mismo son los labios entreabiertos.

Ambos detienen el baile y es Hunter quien la toma de la nuca atrayéndola más hacia su pecho. Los nervios de Nathalie aumentan, al igual que su respiración la cual acompaña los latidos acelerados de su corazón cuando los labios del hombre frente a ella rozan los suyos.

La mano la sube por su tórax hasta dejarla encima de su hombro profundizando el beso. El brazo dónde Hunter tiene el aparato lo baja para rodearla de la cintura y cierra los ojos cuando aprieta el botón pequeño.

Las cuatro camionetas estacionadas afuera explotan cerca de los ventanales, dónde las personas corren y se dispersan asustadas por lo que acaba de pasar. Hunter toma a Nathalie en brazos evitando que se mueva.

Los vidrios rotos quedan esparcidos por el suelo dónde varia gente auxilia a los que lo necesitan.

Andre corre desesperado buscando a una persona en especial, el alcohol en su cuerpo parece abandonarlo al instante debido al susto y cuando divisa la mata de cabello negro a lo lejos corre ansioso por llegar hasta él.

El corazón se le acelera cuando lo ve en el suelo y el temor de acercarse lo paraliza, pero deja salir el aire cuando se mueve quitándose de encima de alguien, una mujer que tiene un cristal en su brazo izquierdo.

Ethan Vega mira al rubio quien observa a su alrededor. No hay personas mirándolo, no hay cámaras apuntando a su rostro, no está su padre, así que sin pensarlo mucho corre lanzándose a los brazos del hombre que lo recibe.

—No me asustes así, por favor. —le pide en medio de un jadeo desesperado. —Prometelo.

Ethan se queda callado dejando que hunda su rostro en su cuello.

—¿Estás bien? —le pregunta en un susurro.

—Si, estaba en el baño cuando escuché la explosión. —responde apartándose. —Tengo que buscar a mis hermanos, a Nathalie, a mi padre...

—Lo sé, ve. —palmea su hombro. —Yo tengo que trabajar.

Andre observa a su alrededor de nuevo y por las ventanas rotas se logra ver el humo negro que sigue en la calle.

—¿Qué harás?

—Mi trabajo, tu ve y cuídate.

Ambos se miran a los ojos y es el segundo de los Prince quien se retira antes de que todo lo que siente lo traicione.

La castaña abre los ojos mirando el caos que se armó en solo un par de segundos y su mirada se cruza con la de Hunter, quien la mueve hasta la barra dónde toma una botella de agua para que beba de ella.

—¿Qué... qué pasó? —pregunta y se pone de pie. —Tengo...tengo que buscar a Danielle, a Nick...

—Calmate, respira. —le pide él acercándole la botella de nuevo. —Bebe.

El teléfono comienza a sonar y lo saca de la cartera negra que le cuelga del brazo. La pantalla se ilumina con el nombre de su mejor amiga y no duda en responder.

—¿Dónde estás? —le pregunta. —La seguridad de mi padre nos lleva directo a casa y Nick se quedó a buscarte, pero no te encontró...

—¿Tú estás bien? —mira a su alrededor. —Yo estoy bien, dile a Nick que estoy bien, me iré a casa, que él se concentre en ayudar a quien lo necesite.

—No te irás al departamento sola...

—Solo...dile a Nick que estoy bien y no te preocupes.

La castaña cuelga cuando escucha más voces del otro lado y está vez si se pone de pie.

—Me tengo que ir...

Hunter toma el colgante de la bolsa que está a punto de caer y se la vuelve a colgar en el hombro.

—Dejame llevarte. —la observa. —No me quedaré tranquilo si te marchas sola.

—No creo que...

—Permíteme, solo te dejo en tu casa y me marcho. —insiste

Nathalie mira a su alrededor, sintiendo los nervios a flor de piel y asiente en dirección al hombre que tiene al lado. Él coloca la palma de su mano en su espalda baja y la guía fuera. El caos estaba a mil, todo era un revuelto, las patrullas no se hicieron esperar junto a las ambulancias y la guardia del Alcalde rodeando el lugar.

El comunicador que tiene Hunter en la oreja, le abre paso a la voz de Maxwell Russo.

—No voy a gastar mi tiempo en decirte una palabra, porque ahora no me hiciste caso, solo quiero que sepas que las camionetas te esperan afuera.

Corta la línea y el ojiazul sigue de largo hasta cruzar la calle. Se detiene al sentir el cuerpo temblando de la maestra y se apresura a quitarse el saco.

—Toma.

Le cubre los hombros con él y se gira hacia la camioneta en dónde es Abel quien les abre la puerta entrando ella primero. Le echa un último vistazo al lugar y sonríe de medio lado antes de entrar en el auto donde la maestra busca su mano para tratar de calmar los nervios que la toman.

Al final no salió con las manos vacías.

Capítulo 14

Nathalie Parson.

Me tiembla todo el cuerpo, no puedo controlar el movimiento de mis piernas y el calor del saco no me basta porque sigo teniendo frío. La mano de Hunter sigue sobre la mía y no lo miro, tengo tanto en la cabeza que no puedo ordenar todo.

El besó, la explosión, el baile, todo.

¿Por qué lo besé? ¿Por qué me besó él?

Suelto el aire que tengo retenido y adentro mis brazos en las mangas del saco ya que el frío me sigue molestando. Las piernas las tengo congeladas y con la mano trato de bajar la tela del ajustado vestido, lo cual es inútil, porque se sube al segundo siguiente.

Hunter se remueve a mi lado y logro ver el reloj que tiene en su muñeca cuando la tela de la camisa lo permite. La marca *Rolex* reluce en él y es que todo el porte que carga lo hace lucir muy elegante.

—Enciende la calefacción, Abel. —le pide él sin mover un solo músculo.

El hombre sentado a la izquierda del chófer le pica a una pantalla y no tardó mucho en recibir el aire cálido que es como un trago de agua en el desierto. Mi cuerpo comienza a entrar en calor relajando los músculos.

—¿Cómo está Ian? —pregunto aún con la mirada en mis manos.

Cómo dije antes, no soy buena sacando tema de conversación y por alguna razón, él me lo pone más difícil.

El reloj en su muñeca vuelve a llamar mi atención y logro ver qué son casi las 12 de la noche. El evento no duró lo que estaba establecido, nada salió como estaba previsto.

—Muy bien, de hecho, me comentó que alguien te envío flores el lunes y te puso muy feliz. —responde provocando que mis mejillas se calienten. —Creo que esa persona debería de enviarte flores todos los días.

Dios.

—Qué vergüenza que Ian me haya delatado. —digo negando con la cabeza. —Yo...yo solo no me esperaba ese regalo.

—¿Entonces no te puso feliz? —inquiere y está vez si levanto la vista.

Sus ojos son de ese tipo de azul que tiene el cielo en una tarde de tormenta, ese tipo de azul que por alguna extraña e inexplicable razón, te pone el corazón a mil esperando la lluvia que en cualquier momento puede caer y no sabes que pueda llegar a provocar.

—Si me puso feliz, gracias de nuevo. —susurro relamiendo mis labios.

Tal acto me hace recordar que ya probé los suyos. Los sentí, suaves, delicados. A pesar de que el beso fue más un simple roce de piel, me gustó y vuelvo a buscar dentro de mí el arrepentimiento, pero no está.

—De nada. —observa al chófer y después vuelve a mirarme. —¿Te importaría darme tu dirección?

—Oh, sí.

Se la digo directamente al chófer el cual asiente y tras intercambiar una mirada con Hunter, toma el rumbo indicado. El saco que tengo sobre los hombros trae su perfume y me es inevitable no adentrar mis brazos por las mangas para ajustarlo a mi cuerpo.

Cuando la camioneta se estaciona frente al edificio mi instinto es girarme para despedirme, pero él baja rodeando la parte trasera hasta que abre mi puerta ofreciéndome su mano. Deslizo la mía sobre la suya y el cosquilleo que siento me recorre de pies a cabeza.

Sube conmigo los escalones hasta la puerta principal y se detiene justo en la entrada.

—Tienes mi número, cualquier cosa que necesites, solo tienes que llamarme. —pide y yo asiento.

No sonríe, solo asiente y cuando está por dar la vuelta, mi boca se abre:

—¿Quieres pasar? —pregunto hundiendo mis manos en las bolsas del saco.

No debí decir eso.

Ahora mismo deseo que la tierra me trague.

No responde, solo me abre la puerta del edificio y yo entro primero dejando que él acompañe mi paso hasta las escaleras.

Nuestro piso es el número 3 y estoy acostumbrada a subir y bajar las escaleras que ni siquiera veo el ascensor.

Cómo ahora

Lo único que puedo pensar y sentir, es la compañía del hombre a mi lado, el cual camina en silencio esperando que introduzca la llave en mi cerradura y le dé la entrada a mi departamento. Enciendo las luces y él pasa cerrando la puerta tras su espalda.

—¿Vives sola? —su pregunta hace que gire para verlo.

—No, con Danielle, la hija del Alcalde. —respondo. —Es demasiado terca y prefiere vivir con su amiga la maestra que en la casa de su padre o un departamento con buena calificación y al cual no le falle la cañería.

Sonrío con lo último, porque justo hace dos días se nos volvió a descomponer el lavabo y tuvo que venir el plomero por cuarta vez en el mes.

—Tal vez ella aprecia la compañía, una buena compañía vale más que todo. —murmura paseando la vista por el lugar.

Dejo caer el bolso en el sofá y me quito los tacones ya que los pies me están comenzando a molestar. Siento su mirada sobre mí en cada movimiento que realizo, pero trato de que no me ponga más nerviosa de lo que ya estoy.

—Ella es increíble, juntas buscamos este lugar. —cuento para romper el silencio. —Desde el principio le dije que si se iba a mudar conmigo, tendríamos que vivir en un lugar que pudiera pagar, junto a la luz, el agua, el gas, todo. Aceptó y aunque la he tratado de convencer de que se mude a otro lugar, que yo estaré bien aquí, no

quiere y ya no insisto más, por qué es su decisión y a me encanta tenerla aquí.

Medio sonríe poniendo mucha atención a lo que digo y yo solo puedo apreciar el porte que se carga. Los músculos se le marcan con la tela de la camisa blanca que traía debajo del traje, no tiene corbata, solo va con los dos primeros botones desabrochados y la fina barba que le adorna la cara solo lo vuelve más maduro.

—Suena a qué la quieres mucho.

Asiento apoyando mi trasero en el borde del sofá cruzando mis brazos sobre mi pecho.

—Si, la conozco desde hace muchos años y si ella un día me falta, sería como si me arrancarán una parte de mi corazón.

El silencio se forma entre los dos y vuelve a golpearme la escena del beso cosa que...

Ni siquiera mi cerebro lo procesa, pero mis pies caminan hasta donde está, plantándome en frente de él, con su mirada sumida en la mía, con el corazón en la garganta y con las ganas de otro beso quemándome la piel.

Subo mi mano acariciando su pecho, continúo hasta llegar a su hombro y tengo que alzar la cabeza para verlo directamente a los ojos. Mis dedos acarician el inicio de su barba sobre sus mejillas y el calor me sube instalándose en el centro de mi pecho.

Una de sus manos se ubica en mi cintura tirando de mi cuerpo hacia su tórax y ese agarre me enciende la piel de nuevo. La otra la acerca a mi rostro, dónde con su dedo índice aparta las hebras de mi cabello guardándolas detrás de mi oreja y baja recorriendo mi cuello.

La caricia me provoca un escalofrío hasta que no puedo con las ganas de volver a sentir sus labios.

Es un hombre, un hombre atractivo que me tiene entre sus brazos y en lo único que puedo pensar es en cómo me puede hacer sentir en la cama. Borro el hecho de que es el padre de Ian, de que es un empresario del cual no sé nada, un total desconocido que me envió flores y que insinuó enviarlas todos los días.

Es horrible cuando las ganas te traicionan.

Solo me concentro en el ahora, en el presente, en lo que estoy viviendo y que probablemente si no hago nada, me lamentaré toda la noche.

O tal vez toda la vida.

Así que sigo subiendo mis manos hasta tocar el cabello de su nuca, dónde él me gira pegándome contra la pared fría y es ahí cuando se apodera de mis labios robándome un suspiro entrecortado. Baja sus manos a mi trasero estrujándolo de a poco y segundos después sube un brazo solo para rodearme con él y tirar de mi provocando que mis piernas abracen sus caderas.

El calor me delata ya que no quiero que suelte mis labios ni ninguna parte de mi cuerpo. Sostiene mi peso como si nada, dándole paso a su lengua que hace maravillas con la mía.

Baja su boca hasta mi mandíbula, después sigue bajando hasta mi cuello dejando besos húmedos sobre mi piel dónde el solo hecho de sentir su respiración caliente, me enciende la humedad que comienzo a sentir. Las mejillas las siento rojas, los labios hinchados y el cuerpo cálido debido a su cercanía.

Camina conmigo hasta dejarme encima del borde del sillón, dónde el vestido se me sube hasta los muslos permitiendo sentir el

frío de sus pantalones de vestir. Una de sus manos baja hasta mi muslo dónde lentamente sus dedos recorren la piel que me causa un escalofrío por mi espina dorsal.

—Maestra...—se aleja un poco para verme a los ojos. —¿Y si me da una clase de anatomía?

Las palabras que suelta me hacen sonreír mientras que mis dedos se hunden en el cabello de su nuca. *Solo déjate llevar, después habrá tiempo para arrepentimientos.*

Me bajo del borde tomando su mano donde lo guío hasta mi habitación. Es un sábado por la noche, Danielle no está, esto no se repetirá y es solo sexo, nada más.

Cierra la puerta con el pie y solo están encendidas las luces LED que decoran el cuarto. Tanto tiempo que discutí con Danielle porque no quería esas luces, debido a que no me dejaban dormir y ahora la luz roja le da un toque al ambiente que se forma a nuestro alrededor.

Me giro dándole la espalda, dejo caer el saco tirándolo encima del escritorio y me recojo el cabello hacía un lado, invitando a que sea él quien baje el cierre de mi vestido. Siento sus pasos junto a su presencia detrás de mí y el cierre le abre paso a mi piel.

No tengo sostén.

Sus palmas acarician mis hombros hasta bajar los tirantes y soy yo quien baja el resto del vestido quedando con las tetas al aire y las bragas negras de hilo. La mirada se le ensombrece cuando me giro dándole una vista espectacular de mi cuerpo.

Me acerco despacio y llevo mis dedos a los botones de su camisa, abriendo poco a poco para descubrir su pecho. Mis manos se pasean por su tórax hasta que le quito la prenda por completo.

Puedo ver la tinta negra, pero debido a las luces no logro distinguir de que es su tatuaje.

Lo miro a los ojos antes de acercar mi boca a su pecho, donde dejo un rastro de besos hasta el borde del cinturón. Quiero seguir bajando, pero el pantalón me lo impide y al igual que yo, está en ansías por sentir más. El bulto duro lo siento bajo mi mano cuando lo toco por encima de la tela.

Me guía hasta la cama donde me deja, pero le echo los brazos al cuello pegando mi boca a la suya. Al igual que yo no quiere que nuestras bocas estén mucho tiempo separadas, pero también queremos seguir con lo planeado.

—Quiero estar encima, eso me gusta. —susurro

Se da la vuelta sentándose él en el borde del colchón y yo me arrodillo quitándole el cinturón negro con la hebilla que reluce. Levanta un poco su pelvis para quitarse el pantalón y estira su mano tomándome de la cintura hasta sentarme en su regazo.

Me abro de piernas y siento como tira del elástico de mis bragas hasta romperlas. Las lanza hacía un lado antes de prenderse de mis pechos logrando que eche la cabeza hacia atrás presa del placer. Me remuevo en el regazo ansiando sentir más y parece notarlo, porque lleva su mano allí dando sueves golpes en mi sexo que me ponen a jadear.

Continúa con el mismo ritmo hasta que poco a poco hunde dos dedos con demasiada facilidad, la humedad me escurre causándome vergüenza. Es un hombre que apenas conozco y me moja más que cualquier otro que me haya llevado a la cama. Los movimientos de mis caderas me llevan a pegar mi frente con la suya formando una cortina con mi cabello.

Con el pulgar forma círculos en mi clítoris y mis uñas se clavan en su nuca cuando siento el placer nublándome el juicio. Trato de cerrar las piernas pero no puedo y cada segundo me suma un ritmo cardíaco más alto que el anterior hasta el punto en que pasar saliva se vuelve difícil.

—No puedo...—susurro presa de las sensaciones que me arrasan el cuerpo.

—Si puede, Maestra.

Maestra.

Esa palabra me pone los vellos de punta y justo cuando pienso que toco el orgasmo saca sus dedos, me levanta y con cuidado me clava en su miembro erecto, el cual entra en mi causándome una mueca de dolor debido a lo grande que lo siento. Me echo el cabello a un lado mientras trato de que mi cuerpo se acople al suyo.

—Respira. —me susurra encendiéndome los sentidos.

Lo cabalgo regalándole una vista de mis pechos, los cuales saltan frente a su rostro. Con un brazo me rodea y con el otro me toma de la nuca volviendo a pegar su boca a la mía.

Los jadeos y las embestidas no me permiten concentrarme en otra cosa que no sea en el enorme placer que crece segundo a segundo en mi interior. Los ojos se me ponen en blanco, los dedos de los pies se me tensan, el pecho me golpea y por alguna razón quiero que me golpee el trasero.

Así que yo misma bajo una de mis manos hasta la que tiene él en mi cintura y la coloco encima de mi nalga izquierda, la cual golpeo con mi propia fuerza, hasta que capta lo que quiero y lo hace.

—Hazlo. —jadeo en su oído.

La mirada se le oscurece y la palma abierta choca contra mi glúteo sacándome un grito que cayo con su boca. Aumenta el ritmo hasta que todas las alarmas de mi cuerpo se encienden moviéndome de manera involuntaria sobre él.

El líquido que sale de mi interior bañándole el miembro me cansa y me aferro a su cuerpo queriendo prolongar el placer. Me aparta el flequillo que está empapado de sudor y me besa la comisura de los labios.

El gira junto conmigo y me deja sobre el colchón sacudiendo su miembro sobre mi estómago vaciándose encima de mí. Se pone de pie regalándome una vista espectacular de su trasero y veo que busca algo con que limpiarme.

—Toma esa toalla. —le señalo la que está sobre la silla frente al escritorio.

Vuelve con ella limpiando mi estómago y me deja un rastro de besos desde el centro de mis pechos hasta llegar a mi boca y después a mi frente. Estiro mi mano para que la tome y se acuesta a mi lado mirando el techo, mientras yo lo miro a él.

¿Por qué lo miro? No lo sé, pero gusta

Con mi cabeza sobre su pecho, cierro los ojos y me quedo dormida sin tener idea si cuando los vuelva abrir estará aquí.

Ojalá sí

Capítulo 15

Hunter Meyer

Mi dolor de cabeza yace dormida boca abajo, con la espalda descubierta y soy yo quien le cubre el trasero cuando me pongo de pie. El cabello le cubre los hombros y su rostro está contra la almohada haciéndola lucir como una Angel.

Soy un hombre que siempre se cuestiona los errores que comete, sin embargo este error lo acepto y lo quiero repetir como un poseso, porque el simple hecho de que esté dormida y con el cabello revuelto sobre sus hombros, me engrandece el miembro, me trae el recuerdo de lo que paso anoche, la imagen perfecta sentada en mi regazo de piernas abiertas.

Todas las cosas que hago tienen un propósito, algo detrás que al final me dice si estaba en lo correcto o no, así que ahora simplemente me coloco el pantalón, la camisa la dejo abierta y salgo al pasillo con el teléfono en la mano, ignorando mis pensamientos.

—¿Qué quieres? —le respondo a Maxwell Russo, quien no ha dejado de llamarme en toda la noche.

—¿Dónde estás? —interroga.

—Estoy ocupado y lo estaré el resto del día, así que si hay algún asunto importante, habla. —ordeno mirando de vez en cuando hacia la puerta.

—¿Cómo que si hay un asunto importante? ¡Hoy tienes que hablar con Icarhov, Hunter! —exclama. —La Mafia Italiana no se anda con juegos, quiere entrega y la quiere hoy mismo, así que dime qué hacemos y cómo.

Joseph Icarhov me tiene hastiado con sus malditas dictaduras sobre lo que quiere, pero no tiene idea, que eso que quiere, no siempre lo puede tener a su tiempo, conmigo no es así.

—Sabes que hacer, así que dile a Enzo que lo veo en la propiedad para hacer la maldita entrega. —hablo. —Saca lo que tenemos en la bodega, también pon el doble de vigilancia a las afueras, no quiero sorpresas.

Cuelgo guardando el teléfono en el bolsillo de mi pantalón antes de entrar en la habitación. Justo cuando abro la puerta, ella se remueve sobre la cama y se gira dándome una vista espectacular de sus pequeños pechos.

Son pequeños, delicados y caben perfectamente en mis manos. Tiene una tanda de lunares alrededor de su ombligo y otro en el centro de estómago, que más bien parece una nube café.

Maestra, Maestra, maestra.

¿Qué voy hacer con usted?

Le echo una mirada a la habitación por encima. Tiene carpetas con estrellas pegadas en la pasta, caritas felices y dibujos que traen los nombres de los niños. Una carpeta negra está a un lado y la tomo al ver el nombre de mi hijo en ella.

Hay varias hojas en blanco con el borde negro y en una de ellas está el nombre completo de Ian, su edad, las estrellas (que son 5) y palabras en Latín.

Más abajo se lee.

El color favorito de Ian es el negro.

Se siente más cómodo hablando en latín que en Inglés.

Le gustan las hojas con bordes negros.

(Recordar comprar lápiz color negro)

(Aprender frases en latín)

Lo último me saca una media sonrisa y la observo un momento.

O es muy dedicada en su profesión, o esto...

Se lleva una mano a la cabeza moviéndose sobre las sábanas. Me muevo hasta ubicarme en una orilla, en dónde cuando abre los ojos me observa fijamente para después mirar a su alrededor.

—Buenos días. —saludo. —¿Cómo estás?

Baja la vista a su pecho y rápidamente se cubre.

—Dios, qué vergüenza. —dice, tapándose con la sábana hasta la cabeza. —¿Qué hice? —se pregunta aún bajo la colcha.

Tiro de la sábana con cuidado y ella cede dejando fuera su rostro. Sus ojos azules se achican y niega. Me percato de las

pequeñas marcas que tiene en el lado izquierdo del cuello, pero no le digo nada, son poco visibles.

—¿Vergüenza por qué? ¿Está mal tener sexo o qué? —inquiero apoyando las manos sobre la cama e inclinando mi cuerpo hacia adelante.

—No, lo que está mal es que me haya acostado con el padre de uno de mis alumnos. —responde. —No debí hacer eso.

Me río y ella me da un golpe en el pecho.

—¡No te rías, no es gracioso! —se queja.

—Si lo es, Nathalie. —sigo. —Además, yo debería de estarle reclamando ahora, Maestra.

Esconde un mechón de su cabello detrás de su oreja y me mira.

—¿Por qué?

—Por esto. —me quito la camisa dejando ver las marcas que siento en la espalda. —Casi me arrancas la piel.

Se tapa la boca con la mano abriendo mucho los ojos.

—Lo lamento. —sacude la cabeza. —Lo de anoche...pasó tanto anoche.

Si y la mitad lo provoqué yo.

—Si...

Desvía la mirada hacia la ventana y coloca su brazo sobre su rodilla izquierda, su barbilla la apoya en su mano abierta y el perfil

que se carga la hace lucir como ese tipo de persona que te puede empujar al vacío, pero te impide pensar en la caída.

Anoche una fiera sin pena para pedir lo que quiere y ahora una dulce chica que tiene estrellas en la pared de su habitación, las mejillas rojizas y una mirada apenada porque piensa que lo que hizo está mal. Creo que me gustan ambas facetas.

—Tengo que...—señala las bragas rotas en el suelo.

—Te debo unas. —me agacho a recogerlas. —Y ya que estas no sirven, yo me encargo de ellas.

Las envuelvo y las meto en el bolsillo de mi pantalón.

—Quiero invitarte a desayunar, ¿Quieres? —propongo mientras me abotono la camisa.

—Yo no...

—Un almuerzo no le cae mal a nadie, mucho menos después de la noche que pasamos, Maestra.

Se pone de pie con la sábana atada a su cuerpo y se acerca dando pasos pequeños.

—Esto es solo sexo ¿Si? No se volverá a repetir... porque...— me acerco acortando la distancia y la respiración se le torna pesada. —Porque... nosotros no...

La tomo del cuello plantando mi boca sobre la suya y deja caer la sábana permitiendo que la vuelva a llevar a la cama. La dejo sobre ella quitándome la camisa y bajo mi boca a su cuello hasta llegar a su vientre donde le abro las piernas queriendo probar una sola cosa.

Su coño.

Beso el inicio de su sexo hasta que...

—No, Hunter no...

—¿No qué? —cuestiono. —¿No quieres esto? ¿No quieres mi boca justo ahí?

La respiración le aumenta y la humedad la delata por lo cual termina asintiendo.

—Solo poquito.

Me causa risa la manera en que lo dice.

Conmigo nada es poquito.

Le abro más las piernas dejando que las coloque sobre mis hombros mientras dejo un rastro de besos sobre su sexo para darle paso a mi lengua. La humedad me facilita el movimiento dejándome escuchar los jadeos que deja salir desde el fondo de su garganta.

Me embriaga su sabor, su piel y eso es algo a lo que no estoy acostumbrado y Definitivamente no me voy acostumbrar.

No puedo hacerlo.

Introduzco uno de mis dedos dentro de ella y se retuerce soltando un grito cuando aumento ambos ritmos, el de mi boca y el de mi mano que la masturba. Levanta la pelvis aferrándose a las sábanas de la cama cuando suelta los jugos que recibo en mi boca y me aparto dando suaves golpes que le regalan un par de segundos más en el placer que la toma.

Me limpio los bordes de mis labios con los dedos, me subo besando sus muslos hasta su boca, donde dejo que me tome del cuello pegándome a su pecho.

—Entonces...¿Me dejas invitarte el almuerzo?

Sus ojos azules me recorren el rostro y un pequeño brillo se pasea por ellos un par de segundos.

—Necesito darme una ducha.

Me aparto recogiendo la sábana, la cual utilizo para cubrir su desnudez y me encamino a la puerta dónde antes de abrirla la vuelvo a ver.

—Te espero en la cocina ¿Puedo?

Asiente y le sonrío, sonrisa que desaparece nada más atravieso el umbral buscando la cocina. Es pequeña y mis ojos caen en la cafetera, la cual enciendo mientras me apoyo a un lado sacando de nuevo el celular.

Tengo asuntos que atender.

—*Señor.* —responde Abel al otro lado.

—Quiero uno de mis autos en 15 minutos afuera del edificio, también que los hombres se dispersen en la mansión porque no los quiero a la vista ¿Está claro? —digo. —Quiero que te vayas y alistes a Ian, lo quiero esperándome en la sala de la casa, también avisa a mi madre que llegaré en un rato.

—*Si, señor.*

—Ah, y quiero seguridad a distancia, Abel. —dejo claro. —Solo una camioneta, que se retire 10 metros antes de llegar a la

propiedad. Diles a los del búnker que no los quiero afuera ni tampoco un arma a la vista, barre toda la casa.

—*Como usted mande, Señor.*

Cuelgo dejando el teléfono sobre la encimera y me preparo el café, con el cual salgo hasta la sala donde observo las fotografías en el mueble a un lado de la televisión.

En una está la maestra junto a la hija del Alcalde, ambas con las togas y los birretes de graduación. En otra está ella, el hijo mayor del Alcalde y otra chica de cabello negro con los labios pintados de rojo.

Dejo los cuadros moviéndome hacia la ventana, de dónde ya no veo la camioneta de Abel, pero mis alarmas se encienden al ver una camioneta negra estacionarse y de dónde se bajan dos hombres. No logro distinguir quienes son y es obvio que no viven en este edificio, es por eso por lo que me quedo viendo lo que hacen.

Las armas que sacan me hacen moverme rápido y sé perfectamente a lo que vienen. «*No puedo tener un momento de paz*»

Camino rápido a dónde supongo es la puerta del baño y la ducha sigue abierta, lo que me hace creer que ella sigue duchándose. Al regresar a la sala rebusco en el saco la navaja que siempre cargo y camino a la salida, dónde salgo tratando de hacer el menor ruido posible.

Con la camisa medio abotonada bajo las escaleras poniendo todos los sentidos alertas y me preparo para enfrentar lo que ví. Escucho los pasos y tomo vuelo saliendo, sorprendiendo al primero, al cual logro llevar contra la pared, le clavo el codo en el estómago provocando que se encorve por el dolor y lo llevo de nuevo hacia

atrás hasta que con mi mano lo agarro de la nuca estampando su cara contra la barandilla de las escaleras rompiéndole el cuello.

Cae al suelo y el segundo llega tomándome por atrás rodando conmigo escalones abajo. Me levanto y él hace lo mismo viniendo contra mí, logrando tomarme del estómago estampándome contra la pared. El golpe me deja quieto un par de segundos, pero logro recuperarme rápido.

Le clavo el codo en la espalda y le tuerzo uno de los brazos hacía atrás arrebatándole un grito de dolor. Coloco la navaja bajo su cuello enterrándola bajo la piel un poco.

—Habla hijo de puta, ¿Quién te envío? —gruño. —¡Habla!

—Ni siquiera sabes el tamaño del enemigo que tienes, Meyer.

—No le tengo miedo a mis enemigos, no le temo ni al mismo diablo. —digo. —Así que dile que me espere sentado.

La hoja de la navaja se entierra en su piel cortándole el cuello y la vuelvo a clavar dando en el punto clave. No hay nadie abajo y poco me importa, por lo que rápidamente abro la puerta dónde se lee limpieza y adentro el cuerpo hasta dejarlo dentro. Me devuelvo por el segundo al que le troné el cuello y también lo llevo al mismo lugar dejándolo. Cierro la puerta y le echo un vistazo a la sangre que medio sale por debajo.

La llamada la hago cuando subo las escaleras.

—Saliendo quiero que vengan a sacar dos cadáveres del edificio de la maestra, ambos están en el cuarto de limpieza. —me paso una mano por la frente. —Quiero que todo esté limpio, revisen si hay cámaras para que saquen la grabación y no quiero fallas.

—*Si, señor.*

Cuelgo volviendo dentro del departamento, en dónde Nathalie aún no sale de la habitación. Tomo de nuevo la taza de café, me limpio el sudor de la nuca y me pongo el saco encima guardando la navaja sin una gota de sangre.

Echo un vistazo por la ventana y escucho pasos en el pasillo, de dónde sale la Maestra con unos vaqueros negros, unas zapatillas y una sudadera rosa que dice " *I am a Cat*"

Trae el cabello mojado, suelto sobre sus hombros y con el flequillo que le hace resaltar la mirada inocente.

—Estoy lista. —susurra mirándose los pies.

Le abro la puerta para que salga ella primero y la sigo cerrándola tras mi espalda. Nathalie toma el camino por las escaleras y parece no observar mucho a su alrededor, ya que al pasar por el living, me adelanto abrir la puerta principal.

Le echo una última mirada al rastro de sangre que sale del cuarto de limpieza y salgo dónde encuentro a uno de mis hombres quien me saluda con una inclinación de cabeza y me pasa las llaves del Lamborghini negro que me espera al cruzar la calle.

Ella no dice nada.

Coloco mi mano en la espalda baja de la maestra y la guío hacia la puerta del copiloto dónde la invito a entrar. Rodeo la parte delantera y me deslizo dentro del asiento de cuero arrancando el motor.

—Yo...conozco un buen lugar donde el desayuno es increíble y...—habla removiéndose en el asiento.

—Ya tengo el lugar. —sentencio.

—Vale.

La mano la coloco en la palanca de cambios y acelero rumbo a mi destino. Observo de reojo sus manos sobre sus muslos, las uñas pintadas de rojo. Sus piernas son delgadas y la tela del pantalón le abraza la piel que horas antes recorrí con la palma de mi mano.

Me desvío fuera de la carretera principal y tomo el camino hacia donde la primera colina se deja ver. Le pico a un botón al lado del volante y un portón adelante se abre dejándome entrar a un pequeño camino hasta llegar a la enorme mansión pintada de negro que me vio crecer.

—¿Dónde estamos? —pregunta ella aún sin quitarse el cinturón de seguridad.

—Bienvenida a mi casa, Maestra.

Se queda muda sin saber que decir y solo la atraigo hacia mí saboreando sus labios una vez más antes de que tengamos que bajar del auto.

Capítulo 16

Nathalie Parson

¿Qué hago aquí? ¿Cómo llegué a su casa? ¡Se suponía que solo sería una noche de sexo y ya!

El rostro de Hunter está a centímetros del mío asimilando el beso que me ha dado hace apenas un par de segundos. Tantas preguntas vienen a mi cabeza, las palmas de mi mano cosquillean recordándome como anoche le recorrí la espalda con ellas y me obligo a no recordar más.

—¿Todo bien? —pregunta casi sobre mi boca.

Me relamo los labios y asiento sin moverme. Es él quien sale del auto y le ordeno a mi cuerpo que se mueva, saliendo también del coche.

Sigo sin entender qué rayos estoy haciendo en su casa, se supone que iríamos almorzar, solo eso y ahora...

Ian.

¿Qué voy hacer si Ian me ve aquí? ¿Qué va a pensar al ver a su maestra llegando con su padre? Tengo que irme de aquí.

Detengo el paso llamando su atención y él se gira a verme.

—Lo siento, yo...—me llevo una mano al cabello. —No sé qué hago aquí, ni siquiera nos conocemos realmente, esto es...

—¿Quieres conocerme? —me mira fijamente a los ojos. —¿Quiere conocerme, maestra?

Me encojo de hombros.

—Creo que sí... No lo sé...¡Ay es que lo que pasó no debió pasar! —me tapo la cara con las manos.

Qué vergüenza estoy pasando en casa ajena.

Es que sigo sin asimilar lo que pasó anoche, lo de esta mañana, el beso que le di como si...¿Por qué lo atraje a mi pecho como si fuera mi novio de toda la vida? ¿Por qué me causó cosquillas el que al despertar lo encontrará al pie de la cama?

Cuando él está a punto de hablar, el hombre de ayer, que si no me equivoco, se llama Abel, se acerca un poco dudoso de interrumpir.

—Señor.

Hunter se gira.

—¿Si? —espera a qué vuelva a hablar.

—El Joven Ian no quiere salir de su habitación...creo que no se siente bien.

Eso llama mi atención logrando que lo vea. Los ojos negros de Abel se pasean de su jefe a mí.

—¿Qué es lo que tiene? —pregunto. —¿Puedo verlo? —miro a Hunter.

Asiente tomando mi mano para guiarme dentro. El agarre me toma por sorpresa, pero no digo nada ni me alejo, ya que no es el momento.

Dentro la casa es tan elegante como por fuera. Hay cuadros adornando las paredes, un enorme candelabro cae del techo, el recibidor es grande y dos escalones le dan la entrada a un enorme salón dónde los sofás son de piel, la chimenea está encendida y una barra con un montón de licores queda a la vista.

Seguimos de largo hacia las escaleras negras que subimos y la segunda planta es más espaciosa que abajo. La primera puerta que miro es en la nos detenemos, está cerrada y una mujer alta, de cabello negro corto, está tocando con suavidad.

Se gira al ver a Hunter y después guía su mirada hacia mí

Tiene los ojos color avellana, no tiene una sola arruga en la cara y el cuerpo que tiene la hace lucir atractiva. Me observa de arriba abajo, pero mi atención se centra en la puerta.

Toco suavemente.

—Ey...soy tu maestra, Nathalie. —hablo alzando un poco la voz para que atraviese la madera. —¿Puedo entrar a saludar?

No obtengo respuesta por un par de segundos hasta que la puerta se abre, dejando ver a ese pequeño niño con el cabello revuelto, los ojos hinchados y las manos entrelazadas hacia adelante.

Trae un pijama a cuadros negros y es que ya no me sorprende.

—Hola. —saludo inclinándome hacia adelante. —¿Quieres hablar?

Extiende su mano y yo la tomo dejando que me guíe al frente de la cama, dónde en el suelo está una enorme alfombra y el cuaderno negro que utiliza siempre.

Nos sentamos sobre ella quedando uno frente al otro. Le aparto un par de mechones de la frente y él suelta un suspiro.

—¿Qué pasa? —susurro solo para los dos. —¿Tuviste una pesadilla? ¿Te duele algo?

Asiente y me muestra las manos que comienzan a temblar.

—¿Quieres contarme? —niega. —Bien, ha...¿Quieres hablar de otra cosa?

—Quiero que dejen de moverse. —mira sus manos.

Las tomo entre las mías acariciándolas, las lleno de besos y lo miro a esos enormes ojos azules que resplandecen.

Es un niño tan hermoso.

—¿Sabes? —coloco sus manitas sobre mis mejillas un momento. —Cuando yo tenía una pesadilla, mi hermana me cantaba una canción, yo decía que odiaba las canciones tristes, pero ella decía que esas canciones, nos ayudaban a calmarnos. —suspiro. — ¿Puedo cantarte una canción?

Asiente viniendo hacia mí, dónde queda casi sobre mi pecho. Me muevo un poco sorprendida, pero no lo alejo, me acomodo apoyando mi espalda contra el borde de la cama y lo rodeo con mis brazos besando lo alto de su cabeza.

—*We let the waters rise*

We drifted to survive I needed you to stay But I let you drift away —medio muevo mi cuerpo tratando de regular su respiración. —*My love, where are you? My love, where are you?*

Cierro los ojos escuchando de a poco sus respiraciones y me abrazo a él.

—*No one will win this time*
I just want you back
I'm running to your side
Flying my white flag, my white flag —susurro. —*My love, where are you? My love, where are you?*

Cuando bajo la mirada tiene los ojos cerrados, su pecho sube y baja y parece demasiado cómodo que no estoy dispuesta a moverlo. Le aparto las hebras negras de la frente dejando un beso.

Escucho los pasos de Hunter quien se pone de cuclillas frente a nosotros y trata de quitármelo de encima, pero niego.

—Dejalo dormir. —le pido. —Necesita dormir.

Mira hacia un lado donde está la mujer quien trae una cobija la cual él le quita, cubriendo a Ian y a mí con ella. Medio sonríe antes de levantarse y salir a toda prisa dejándome con la mujer.

—Esmeralda Meyer, madre de Hunter y abuela de Ian. —se presenta extendiendo su mano. —Mi nieto habla muy bien de ti.

La tomo apretándola un momento y después la suelto.

— Nathalie Parson, soy la maestra de Ian y...— «*La chica que se acostó con su hijo anoche »* no voy a decir eso. —Ian es un gran niño, demasiado inteligente...

—Lo sé, la inteligencia viene de familia, del apellido Meyer. —dice cruzando sus brazos. —Mi hijo me comentó que cuidaste de mi nieto el día que ese familiar se lo quiso llevar. —comenta. —Gracias por eso, Maestra.

—Dígame Nathalie y no tiene que agradecerme nada, lo haría por cualquier alumno. —digo segura.

—Por supuesto, Nathalie.

El tono que utiliza me hace fruncir levemente el ceño. Aparto la mirada para ver a Ian y este se remueve entre mis brazos soltando un largo suspiro.

—Mamá, me comentó Abel que...

Un chico de cabello negro y ojos azules deja la frase en el aire cuando su mirada se encuentra con la mía. Viste con una chaqueta de cuero negra, unos vaqueros del mismo color y Vans.

Se detiene al lado de Esmeralda y desvía la vista hacia la personita que tengo sobre mi pecho.

—¿Qué le pasó al hombrecito? —pregunta y se agacha acariciando su cabeza. —Abel me comentó cuando estaba con Maxwell.

—No durmió bien anoche, tuvo una pesadilla. —le responde ella. —Ella es la maestra de Ian, Nathalie Parson.

El chico se pone de pie de nuevo y asiente en mi dirección regalándome una media sonrisa.

—Soy Leonardo Meyer, hermano de Hunter y tío de Ian. —se presenta. —Así que tú eres la maestra.

—Si, soy yo, un gusto.

Se ajusta la chaqueta y entrelaza sus manos al frente sin apartar la vista de mí.

—*Convertere*, Leonardo—habla la mujer logrando que él la mire.

—Tengo claro todo, madre. —le responde el chico sonriendo. —Me retiro, tengo asuntos que atender. —besa la mejilla de la persona a su lado. —Llamame si Ian necesita algo.

Sale de la habitación y ella se acomoda el cabello hacía atrás reparando la habitación de su nieto antes de verme a mí de nuevo.

—¿Necesitas algo, Nathalie? —me pregunta.

—No, estoy bien, gracias.

—Bien.

Sale cerrando la puerta dejándome a solas con el niño que tengo entre mis brazos.

Paseo la mirada por el cuarto, está pintado de un color gris y el techo es negro, tiene Stikers de Leones pegados en una pared al igual que en el techo. No hay juguetes, ni decoraciones que suelen tener las habitaciones de un niño de esta edad.

Todo es demasiado serio, como si en realidad la alcoba fuera de un adolescente y no de un niño de siete años.

La ventana tiene las cortinas alzadas dejando ver el cielo nublado. En un lado está un mueble dónde hay pequeñas figuras que no logro ver bien lo que son, al lado está un tocadiscos que

parece antiguo, pero tiene las orillas plateadas haciéndolo lucir demasiado valioso.

No hay fotografías, tampoco hay televisión y no sé si es porque no le gusta ver la tele o por qué no le permiten tenerla.

Sigue completamente dormido y sigo sin querer moverlo, por lo cual muevo mi cabeza hacia un lado, apoyándola en el colchón dónde cierro los ojos un momento. Ese momento se alarga, sumiéndome a una oscuridad donde un par de ojos azul grisáceo se mezcla con el electrizante de los míos.

…

Me remuevo queriendo bajar mis brazos, pero abro los ojos al sentir que tengo algo encima de mis piernas. Todo viene a mi cabeza y veo a Ian aún dormido conmigo.

Llevo una de mis manos a mi cara y me tallo los ojos hasta que veo la figura de Hunter apoyada en una orilla de la ventana. Ya no va de traje, tiene un vaquero de mezclilla azul, una camisa blanca y encima una cazadora color caoba.

Es guapísimo.

Tiene ese porte de hombre que te hace dudar de todo. Los ojos, los labios, la mirada, el cuerpo, absolutamente todo lo vuelve un ser demasiado irresistible, una tentación.

Y yo anoche tuve sexo con él.

Siento mis mejillas arder ante el recuerdo y aclaro mi garganta para que se gire a verme.

—Déjame recostarlo en la cama, estará más cómodo.

Acepto, porque necesita descansar bien. Asiento y da un par de pasos hasta buscar la manera de cargarlo. Me inclino hacia adelante para ayudar a pasarlo, pero el acto me deja a centímetros de su rostro, cerca de sus labios carnosos. Nuestros ojos se encuentran un momento causándome cosquillas en el estómago.

Me aparto dejando que lo tome rodeando la cama hasta recostarlo justo en medio. Me pongo de pie extendiendo la cobija y lo cubro con ella antes de acercarme a besar su frente.

—Ven, dormiste un par de horas y supongo que tienes hambre. —me dice. —Mande a preparar la comida.

—No es necesario, creo que lo mejor es que me vaya a casa...

—Te invité a almorzar y no pudiste hacerlo, al menos deja que te invite la cena.

¿Dormí casi todo el día?

Me ofrece su mano y no me voy hacer la estúpida al no querer tomarlo, porque si lo quiero hacer, así que dejo que tire de ella hasta guiarme de nuevo hacia las enormes escaleras.

Cruzamos está vez el enorme salón, hasta llegar al comedor elegante que tiene los platos listos esperando que sirvan la cena. Me sigue sorprendiendo lo elegante y costoso que se ve todo.

Ya me dijo que es un empresario, pero aunque la curiosidad me mata por saber un poco más, lo dejo correr por ahora.

Me abre una de las sillas y me siento permitiendo que me ayude. Él se sienta en la silla principal y yo a su izquierda. La servilleta está sobre el plato y es ahora cuando agradezco las clases de etiqueta a la que fui obligada a ir por Danielle días antes de que el Señor Harry se casará con Kendra.

La coloco sobre mis muslos y dos mujeres entran para llenar los platos. Es un filete a término medio, con un poco de verdura y arroz blanco. El vino es tinto, la copa con agua está al lado y los cubiertos me invitan a qué los tome cuando las mujeres se retiran.

—¿Te gusta eso? Si no te apetece puedo ordenar que te preparen otra cosa. —habla volviendo a provocarme cosquillas con ese tono de voz.

—No, estoy bien, gracias. —digo tomando el cuchillo y el tenedor.

Asiente tomando sus cubiertos y corta la carne sin ningún problema. Hago lo mismo comiendo en silencio y es él quien lo rompe.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —me mira levantando su copa de vino. Asiento. —¿Tienes familia aquí en Nueva York? O sea, me refiero a hermanos, tus padres, amigos...

Levanto mi copa queriendo aliviar el nudo en mi garganta con un trago de vino.

—Mi hermana vive en Nueva Jersey, es mi única familia. —digo. —Mis padres murieron o simplemente nos dejaron, nunca quisimos averiguar sobre ello. —cuento. —Según una tía, ella se hizo cargo de nosotros cuando yo tenía casi dos meses y mi hermana tres años.

—Lo lamento.

—Nunca he necesitado a otra persona que no sea Zay, bueno, también está Danielle, Nick y Andre. —pico la verdura. —Conocí a Danielle desde adolescentes, ella me llevó a su casa, después invitó a mi hermana y desde el primer día todos nos llevamos muy bien.

Sonrío recordando cuando pasábamos las tardes pintándonos las uñas.

—El señor Harry Prince, padre de Danielle, le pagó la carrera de Psicología a mi hermana y a mí me ayudó a conseguir una beca en la misma universidad que Danielle. —añado. —Son buenas personas, la señora Prince también lo era, Danielle era su adoración, siempre quiso a todos, pero a Dani, la tenía allí al pie del cañón. Es la única mujer de la Familia Prince.

Asiente mirándome con atención mientras bebe de nuevo de su vino y se limpia la boca con la servilleta.

—Así que tú hermana es Psicóloga.

—Si, una de las mejores. —sacudo la cabeza. —Tiene una bebé de cuatro meses llamada Rose. —sonrío. —Es tan preciosa...

—No lo dudo, seguro se parece a su tía.

Su comentario me pone la cara como un tomate y bajo la mirada. Dudo en querer decir lo que quiero, pero al final lo hago...

—¿Quieres conocerla? —pregunto tímidamente.

Sonríe con la boca cerrada.

—Claro.

Saco el teléfono dentro del bolsillo de la sudadera y lo desbloqueo buscando una fotografía de Rose. Tengo muchas, pero quiero la que tenga mejor calidad y dónde muestre sus hermosos ojos verdes.

Iguales a los de Nicholas.

Encuentro una y me inclino hacia su lado para mostrarle el móvil.

—Solo mira esta preciosidad. —murmuro mientras yo también la veo. —Aquí se metió el dedo por primera vez a la boca y le tomé un vídeo pequeño. —cambio de imagen para reproducir el vídeo. —Estas son cuando cumplió su segundo mes y está...—la siguiente soy yo con ella cuando cumplió los tres meses y mi cara está embarrada de pastel porque Zay quiso comprar uno. —Qué vergüenza.

—¿Por qué? Te ves hermosa. —susurra sin un pizca de burla. Quiero apartar el teléfono, pero toma mi muñeca. —Quiero seguir viendo.

Sigo cambiando las fotos y en la mayoría salgo yo con ella haciendo caras, cuando cambié su pañal por primera vez, cuando le di el biberón y de todo un poco.

—Bueno, ya no quiero seguir avergonzándome. —apago el aparato guardándolo de nuevo. —Es suficiente con que miraras mi cara embarrada de pastel y mis muecas cuando cambie su pañal.

Se ríe.

Dios, su risa.

—¿Te agradan los bebés?

Tomo la copa entre mis manos y apoyo mi espalda contra la silla.

—Si, adoro a los bebés, los niños, siento que son esas únicas personas que no te pueden romper el corazón. —me encojo de hombros. —Mi hermana dice que no es el amor lo que rompe nuestro corazón, es el hecho de pensar que las cosas no tienen arreglo.

—Tal vez tu hermana tiene razón.

No aparta su mirada de la mía y el hecho de que no hable más me pone nerviosa. Pagaría por saber qué es lo que está pensando ahora mismo, qué es lo que sus ojos reflejan, porque en serio, no logro detallar nada.

Me termino el vino y bajo la mirada a la copa observando las gotas que resbalan por el borde. Mi uña golpea el vidrio y no sé exactamente en qué segundo, pero Hunter jala la silla hacia atrás, me toma de las mejillas y planta su boca sobre la mía.

No me muevo, no respiro, simplemente me concentro en sus labios que se comen los míos. Su loción me llega despertándome lo mismo que anoche y no sé exactamente lo que es, pero es fuerte y está ahí, se refleja en las ganas que tengo de besarlo y no pensar en nada, porque no quiero arrepentirme.

Busco la manera de dejar la copa sobre la mesa y cuando lo logro me pongo de pie sin separarme de él, sin abrir los ojos le echó los brazos al cuello dejando que baje sus brazos a mi cintura dónde una de sus manos se mete debajo de mi sudadera rosa acariciando la piel tibia de la espalda.

Con el otro brazo me levanta permitiendo que le rodee con mis piernas las caderas y barre un espacio para dejarme sobre la

mesa. Me recuesto trayéndolo conmigo dejando que hunda sus dedos en mi muslo izquierdo sobre la tela del pantalón.

El calor y el recuerdo que enciende mi cuerpo me impide pensar en otra cosa que no sea el deseo que carcome mi sexo. Elevo la pelvis en busca de más, ladeo la cabeza dándole acceso a mi cuello el cual besa hasta luchar con el borde la sudadera queriendo buscar más piel.

Maldice y...

—Esto no...—balbuceo sin completar la frase.

—Sé que no, pero...—susurra mordiendo mis labios. —Me vuelve loco, Maestra.

Lo que dice me deja quieta, le acaricio el cuello con mis manos negándome a continuar, no puedo…

¡Para esto! ¡Eres la maestra de su hijo!

Ay pero no quiero.

—Hunter, quiero irme a casa, esto no...—lo tomo de las mejillas para que me vea a los ojos. —Esto no...

Suelta sus agarres y me ayuda a bajarme de la mesa. Me aliso el cabello y tiro de las mangas de mi suerte cubriendo mis manos.

—Te llevo a tu departamento.

Lo sigo fuera y el auto sigue en el mismo lugar que cuando llegamos, me abre la puerta, entro, abrochando mi cinturón y el camino se me hace tan largo e incómodo debido al silencio que surge. Cuando llegamos me bajo yo sola y no escucho la puerta de él, por lo cual sigo caminando escalones arriba, pero...

Me giro y es cuando se baja del coche.

—Yo solo....—me paso las manos por el cabello. —No quiero que pienses que soy una cualquiera que se mete con los padres de sus alumnos, no soy una chica que le abra las piernas al primero que se encuentra y se supone que esto no debió pasar, pero pasó y... Soy una buena mujer, lo soy y estoy orgullosa de lo que soy hasta ahora.

Asiente.

—Eso no tienes que aclarármelo a mí, ni a nadie, nunca. —dice. —Buenas noches, Maestra.

Se gira entrando en el Lamborghini y acelera dejándome ahí parada con una estúpida sonrisa en la cara como si fuera el príncipe Harry de Inglaterra quien me trajo a casa en caballo.

Me atrevo asegurar y creo que no me voy a equivocar, cuando digo que Hunter Meyer puede llegar a ser mejor que cualquier príncipe o eso es lo que quiero creer.

Capítulo 17

Nathalie Parson

El correo que recibí hace una semana me adelantó lo que pasaba hoy. El colegio dará una pequeña asamblea dónde los niños de 5 grado para arriba leerán cuentos cortos midiendo su nivel de lectura. Los demás grupos se organizarán y los maestros a cargo se asegurarán de que no interrumpan o haya peleas.

Entro en mi salón donde aún no hay nadie. No sé por qué, pero cuando veo el escritorio vacío, una sensación que no puedo explicar, me invade. Sacudo la cabeza para concentrarme en lo importante y me coloco el gafete con mi nombre.

Llevo exactamente una semana sin hablar con Hunter, desde el domingo pasado a ayer. Hoy por la mañana tomé el teléfono con la intención de enviar un mensaje, pero me sentí estúpida y al final la línea quedó en blanco.

No tengo nada para decirle.

¿Qué le diré? ¿Qué quiero repetir lo de esa noche? Porque no tiene caso mentir al decir que no quiero, porque en realidad si lo deseo y mucho.

[Me vuelve loco, Maestra]

Sus palabras me llegan de golpe recordando que estuve a punto de acostarme con él en la mesa de su comedor.

Me paso las manos por la cabeza soltando un suspiro y escucho que tocan la puerta

—Hola.

Es Matt.

—Hola, ¿Cómo estás? —me pongo de pie acercándome a la entrada.

—Lamento no haber pasado a saludar la semana pasada, pero es que tenía demasiadas cosas que hacer por lo de la asamblea de hoy y... —hace un ademán con sus manos haciéndome reír. —¿Tú cómo estás?

—Bien y no te preocupes, imagino que todo te trae de allá para acá. —le restó importancia. —¿Tus alumnos leerán hoy?

Asiente emocionado.

—Si, lo harán y estoy muy orgulloso de ellos. —sonríe.

—Creo que ya somos dos, yo estoy muy orgullosa de cada uno de los niños en este salón, son increíbles. —comento.

—No lo dudo.

El timbre suena y es Matt quien se despide rápido porque tiene que alistar a sus alumnos. La maestra que siempre los trae me saluda con la mano y yo le correspondo comprobando que todos entren en el aula.

Cierro la puerta y me acerco al pizarrón colocando la fecha de hoy.

—Buenos días, ¿Qué tal están? — pregunto sonriéndole a todos.

Una mano está alzada y me tengo que mover para ver a la personita que la está levantando, es Melissa, quien ahora está sentada al lado de Ian.

Eso no me lo esperaba.

—Dime, Melissa. —digo señalándola.

Baja su mano y habla.

—¿Puedo decirle algo maestra? —se pone de pie. —Pero es un secreto.

—Claro... Ven aquí.

Camina hasta donde estoy con su chaqueta morada, su cabello rizado sobre sus hombros y sus ojos color miel resplandecen.

—¿Qué pasa? —susurro solo para nosotras dos.

—Ian me dio esto. —se tapa la boca con la manita. —Mire, está muy bonito.

Desdobla la hoja mostrándome el dibujo. Es una flor, pero pintada sobre una hoja negra y con lápiz blanco. Miro hacia donde está Ian y sigo sorprendiéndome sobre lo inteligente y el talento que tiene.

Talentos que estoy descubriendo.

El dibujo es perfectamente hermoso.

—Es muy bonito. —le digo a la niña. —¿Te gustó mucho?

—Si, Ian es mi mejor amigo. —sonríe mostrando sus pequeños dientes.

—Me alegra que se lleven bien, cariño. —le sonrío. —Ahora vuelve a tu lugar.

Ella guarda la hoja en la bolsa de su chaqueta y se devuelve por dónde vino hasta tomar asiento junto a Ian. Quien tiene la cabeza gacha, con la mirada sobre su cuaderno.

—Muy bien, este día tendremos una pequeña asamblea, por lo que nos pondremos de pie y saldremos ordenados. ¿De acuerdo? —todos asienten. —No haremos ruido, no vamos a interrumpir a nadie y nos vamos a comportar ¿Si?

Vuelven a sacudir sus cabezas y les indico que salgamos.

Ian es el último como siempre y el que tome mi mano me hace remover el pecho con su agarre.

Pequeño de ojitos azules.

...

Danielle me está esperando en la salida del colegio luciendo unos vaqueros blancos, una camisa de botones al ombligo y unas botas militares. Se baja un momento los lentes Ray ban para mirarme fijamente.

—¿Qué te pasó? —se echa a reír señalando mi blusa. —¿Quién te hizo popo encima?

Ruedo los ojos.

—No es popo, una niña se sintió mal y me vomitó encima. —explico. —Traté de limpiarlo, pero...en fin, ¿Qué haces aquí?

Levanta las manos como si mi pregunta la hubiera ofendido.

—¿Ahora no puedo venir por mi mejor amiga? —se lleva la mano al pecho. —Vine porque quiero que me acompañes al bar y antes de que te niegues, solo voy para firmar unos cheques, así que no te alteres.

—Pero primero pasemos por comida, me muero de hambre.

Asiente y ambas subimos al coche gris que nos espera al cruzar la calle. Me adentro en el asiento del copiloto y lanzo mis cosas atrás.

—Allí está una de mis blusas, por favor cámbiate y bota la tuya, sabes que odio el vómito. —dice formando una mueca de asco.

—Ay ajá y cuando la que vomita eres tú no lo odias. —me estiro buscando la blusa que dice y la encuentro bajo un par de ropa más, la mayoría bragas. —¿Qué hace esto aquí?

Sonríe de forma perversa.

—Son de mis chicas, el sábado subí dos y ambas "olvidaron" sus bragas. —se encoge de hombros.

Niego con una sonrisa.

Bajo el cierre de la sudadera y me quito la blusa vomitada, para ponerme la de Danielle. Es un top color blanco. Lanzo la mía hacia atrás y me cierro el suéter de nuevo.

Cuando estoy a punto de hablar mi teléfono suena y la pantalla se ilumina con el nombre de mi hermana. Hace días que no hablamos.

—Ey, hola, ¿Cómo estás? —pregunto escuchando el ruido de fondo.

—*Estoy bien, tranquila.* —responde. —*Necesito pedirte un favor.*

—Si, dime.

Danielle gira en dirección entrando en la avenida Brooklyn y tamborilea los dedos sobre el volante.

—*Se que tienes trabajo en el colegio, pero solo necesito que cuides a Rose hoy toda la noche y mañana hasta el mediodía ¿Puedes? Antony no está y esto es importante, no preguntes que es, pero es importante, por favor.*

Ni siquiera lo dudo.

—Claro que si Zay, no te preocupes por nada. —le digo. —¿Quieres que vaya yo por ella?

—*No, ya voy camino a Nueva York, te veo en el departamento en diez minutos.* —murmura. —*Gracias, Nath.*

—De nada, te veo un rato.

Cuelga y yo guardo el teléfono.

—Necesito que me lleves directo al departamento, Zay me dejará a Rose porque tiene algo importante que atender. —explico. —Si tienes que ir al bar con urgencia, bájame aquí y tomo un taxi.

—No seas idiota, yo te llevo. —me mira. —¿Pero está todo bien?

—Espero que sí.

Mi hermana sonaba muy agitada, muy apresurada y no sé si ese asunto importante tiene que ver con Nick o con alguien más.

Cuando llegamos al departamento Zaydaly ya está esperándome en la puerta. Trae con ella una mochila, más la pañalera de Rose a quien me entrega y es Dani quien toma la bolsa.

—¿Está todo bien? —le pregunto. —Sabes que puedes confiar en nosotras.

—Lo sé, pero ahora me tengo que ir, regreso mañana.

—Zay...

Se pierde en las escaleras las cuales baja rápidamente.

No entiendo nada.

—Hola, mi vida. —beso las mejillas rosadas de Rose. —Tendremos noche de chicas.

—Tomaremos vino. —celebra Danielle y añade: —Bueno, tú beberás leche.

Abre la puerta y entramos con la pequeña hasta la sala de estar. Danielle vacía todo lo de la pañalera sobre la mesa y hace un desastre cuando el talco se abre dejando las cosas blancas.

—No lleva ni un minuto con nosotras y ya hicimos un desastre. —le digo riendo.

—Compraré más, tranquila. —se pone de pie. —Iré al bar y regreso lo más pronto posible ¿De acuerdo?

—Si, ve con cuidado.

Rose pasea sus ojitos por todo el salón y cuando los clava en mí le sonrío. El cabello le está comenzando a nacer y las hebras son rubias, los ojos verdes me recuerdan tanto a Nicholas y no sé si es mi imaginación, pero ciertos gestos me hacen recordar a Ava Prince.

—Siempre debes tener claro que tu madre te daría el mundo entero si tú se lo pidieras, yo haría lo mismo. —sujeto su manita. —Te amamos mucho, muchísimo y no me cabe duda de que serás una chica muy hermosa, con el cabello rubio, los ojos verdes y esa bondad que heredaras de parte de tus papis.

La arrullo tarareando una canción y se queda dormida en un par de minutos. Me levanto con ella y camino hasta la cocina donde abro el refrigerador sacando una botella de agua. Bebo un poco apoyándome en la barra cuando el teléfono me vibra. Lo tomo en mi mano izquierda y el mensaje que me llega me forma una sonrisa en el rostro.

Hunter.

Buenas tardes, Maestra, ¿Cómo está?

Lo leo más de una vez y no sé cómo tomarme esto. Hace una semana que no hablamos, solo me dejó en la puerta del edificio y se marchó. No me envió ningún *Hola,* o un mensaje de *Buenas noches*. Nada.

¿Por qué me enoja eso? No tiene sentido, cuando ni siquiera somos amigos. El encuentro sexual que tuvimos se suponía que se quedaría en eso, no tenía por qué ir a su casa, cenar con él, conocer a su madre, a su hermano ni mucho menos estar a punto de tener sexo en la mesa del comedor.

¡En la mesa del comedor de su casa!

Dios mío.

Dejo el teléfono sobre la barra y decido no responder. Es mejor no responder y cortar todo ahora. Tomo la sábana de Rose sacudiéndola un poco y juntas vamos a la habitación. Cierro la puerta dejándola sobre la cama y me acuesto a su lado rodeándola con almohadas.

Con mi dedo acaricio sus mejillas y no puedo evitar imaginarme tener una hija o un hijo por el que esté dispuesta a dar todo.

Quiero formar una linda familia. Mi sueño es llegar de clases, reencontrarme con mi esposo, preparar la cena juntos mientras un bebé duerme en su cuna esperando que lo llevemos al cuarto donde dormirá en medio de ambos.

Sería perfecto cumplirlo y no fallar en el intento.

...

Me remuevo creyendo que dormí horas, pero en realidad solo fue media hora. Rose sigue dormida y por ello, me pongo de pie con cuidado asegurándome de que las almohadas impidan una caída. Me aliso el cabello hacía atrás, dejando la puerta abierta antes

de salir. Danielle aún no regresa y me voy hacia la cocina donde recuerdo que dejé el teléfono.

Cuando estoy por tomarlo el timbre suena y sé que no es mi mejor amiga, ya que ella tiene llave. En calcetines camino a la puerta y al abrirla me quedo helada.

—¿Estás enojada conmigo?

Hunter me mira fijamente y yo no sé cómo pararme, cómo reaccionar, como...

¿Qué hace aquí?

—¿Qué? No, nada de eso...—niego llevándome una mano al pelo. —¿Qué haces aquí?

La barba está rasurada, el cabello lo lleva muy bien acomodado, los vaqueros negros le acompañan la camiseta gris y la chaqueta de cuero le cae encima.

—No respondiste mi mensaje, ¿Está todo bien? —frunce el ceño sin dejar de verme.

—Si, todo está bien...

El llanto de Rose me interrumpe y corro dejándolo en la puerta. Me apresuro a tomarla con cuidado en mis brazos y la arrullo tratando de que se calme.

—Tal vez tiene hambre. —habla a mi espalda y me giro observándolo. —¿Ya comió?

Niego.

—Creo que no, mi hermana me la dejó porque tenía cosas que hacer y...no le alcancé a preguntar si ya había comido. —me muevo con mi sobrina en brazos. —¿Cada cuánto come un bebé?

—Cada tres horas si no me equivoco, pero depende muchísimo de cómo estén acostumbrados.

Él tiene un hijo, es obvio que sabe de estas cosas.

—Todo está en su pañalera. —digo señalando fuera con mi barbilla. Él se hace a un lado en el umbral para que salga. —Tengo que preparar un biberón.

Llego a la sala observando las cosas sobre la mesita con talco arriba y me sonrojo al ver el desastre.

Qué vergüenza.

—Tengo que...

—Permíteme. —se acerca tomando uno de los biberones, el cual limpia hasta quitarle todo el talco, después toma el bote de leche y camina a la cocina dejando que lo siga. —¿Tienes agua purificada?

—Si, está allí. —señalo las botellas encima de la repisa.

Toma una, la vacía en el biberón, después abre la leche, saca tres cucharadas de ella, las cuales vierte en el agua y después tapa el biberón rosa para después agitarlo hasta que todo se mezcla. Lo observo de los pies a la cabeza, no me canso de decir que está guapísimo, pero ahora…aún más.

Le quita la tapadera y me lo tiende listo para que Rose lo tome.

—Gracias. —susurro.

Rose lo recibe gustosa y se calma al instante bebiendo el líquido.

Mi mirada se encuentra con la de Hunter, quien me observa con la bebé en los brazos y cruza los de él.

—Así que ella es Rose. —comenta.

—Lo es. —sonrío de medio lado. —Es la hermosura que te mostré en la fotografía.

Asiente mirándola, pero solo un momento, porque devuelve la atención a mí, provocando que me remueva nerviosa en mi lugar.

El paso que da al frente me acelera el corazón y su mano acercándome me corta la respiración. Sus dedos apartan las hebras castañas de mi cabello dejándolas detrás de mi oreja provocando que cierre los ojos ante el tacto de su piel contra la mía.

—Si quiero conocerte. —susurro volviendo a abrir los ojos. —Quiero hacerlo, quiero saber eso que nadie sabe de ti...

Medio sonríe moviendo la cabeza.

—Te llevaré a cenar el viernes por la noche, pero no vas a volver hasta el domingo ¿Aceptas? —sus ojos están fijos en los míos. —Respóndame Maestra.

—Acepto.

No sé qué me espera, pero quiero averiguarlo.

—Bien. —se aleja saliendo de la cocina.

¿Qué?

Lo sigo con un atisbo de decepción porque creí que...

—¿Ya te vas? —no suelto el biberón de Rose. Asiente. —Okey...

—Buenas tardes.

Abre la puerta y...

—¿No me vas a besar?

Juro que me quiero meter una cachetada por lo que acabo de preguntar. ¿Cómo es que puedo llegar a ser tan estúpida?

Se gira con una enorme sonrisa en los labios como si le hubieran dado la mejor noticia de su vida y ahora soy yo la que huye porque siento la cara roja de vergüenza. Es que solo a mí se me ocurre decir tal cosa.

Es un hombre que estoy segura sabe lo que quiere, no es un adolescente como con los que salía en secundaria.

Me toma del hombro con suavidad logrando que me detenga y sigue con esa sonrisa que me estresa.

—¿Qué dijiste? —pregunta acercándose.

—Nada, que te vaya muy bien.

Acaricia mi mejilla y no me da tiempo a decir algo más porque me besa sin dejarme tomar aire. Sus labios se comen los míos y se mueven desesperados buscando más entrada, pero tengo a Rose en mis brazos y no puedo permitir una distracción.

Quiero tocarlo, quiero colgarme de su cuello...

Se aleja dejando otro suave beso y me sonríe.

—Nos vemos el viernes, Maestra.

Ahora no lo detengo cuando sale por la puerta dejándome con el corazón a mil y con los labios hinchados por el beso que me gustaría volver a repetir.

¿Qué me estás haciendo, Hunter Meyer?

Capítulo 18

Hunter Meyer.

Me coloco las vendas en las manos de camino al gimnasio, tengo muchas en las cuales pensar y también muchas que quiero sacar. Cierro la puerta y subo el volumen de la música queriendo que nadie me interrumpa. El saco de box está frente a mí y el primer golpe lo mueve regalándome un poco de desastres.

La maestra.

Desde la noche en que la tuve sobre mí, con el cabello sobre sus hombros, sus ojos azules que me sumían a algo que no logro comprender, me di cuenta que las cosas a veces no salen como las tienes planeadas. Eso fue lo que pasó la noche de la fiesta, no tenía ni la más remota idea de que ella iba a estar allí, ni mucho menos que terminaría en su departamento follando.

Hace tres horas fui a su departamento con una sola idea en la cabeza y eso era volver a hacerla mía, pero no me esperaba verla con su sobrina en brazos como tampoco que terminaría volviendo a los tiempos donde preparaba la mamila.

Impacto los puños contra el saco una y otra vez sintiendo las gotas de sudor resbalando por mi tórax. Tengo planes para ella y tengo que dejar de pensar en el placer, porque las cosas ya no se me van a salir de las manos. La forma en que está interesada en Ian, todo eso…

Espero estar equivocado.

El volumen de la música baja y al girarme me encuentro a mi hijo parado a un lado de la puerta. Lleva las manos entrelazadas al frente y la mirada baja. Es muy tímido, no lo he escuchado entablar una conversación muy larga a menos que sea conmigo.

—¿Pasa algo? —inquiero quitándome las vendas de las manos.

Niega y después asiente.

—No puedo dormir. —confiesa. —Tuve una pesadilla.

—¿Qué tipo de pesadilla? —indago tomando una botella de agua. —¿Quieres contarme?

Sacude la cabeza.

—No, quiero golpear eso. —señala el saco. —¿Puedo?

—Ven aquí.

Le cubro sus manos con las vendas asegurándome de que los nudos no queden apretados, lo pongo frente al saco bajando un poco para que quede a su altura y le indico los golpes que puede dar sin que se lastime. Cierra los ojos un momento y al abrirlos impacta sus puños contra el saco como si fuera la pesadilla que acaba de tener.

Observo sus movimientos, utiliza sus piernas que impactan igual contra el saco y cuando lo veo muy agitado lo obligo a que pare.

—Tienes que controlar tu ira, a veces, solo a veces, no es una buena compañera. —le digo quitándole las vendas. —¿Estás mejor?

—Si.

Se pasea por el gimnasio y se queda viendo por la ventana como la lluvia se hace presente.

—Oye. —lo llamo. Se gira mirándome. —¿Tu maestra te da confianza? ¿No has notado algo raro en ella?

Se queda quieto sin decir nada por un momento.

—Es muy buena, es amable y me tiene mucha paciencia. —responde. —¿Por qué?

—Simple curiosidad. —me revuelvo el cabello. —Vuelve a la cama, trata de dormir.

Duda por un par de segundos, pero hace lo que le pido saliendo del gimnasio. Me voy directo al baño pensando en lo que dijo Ian y es que algunas cosas tienen sentido y otras no. Salgo del baño del gimnasio con una toalla alrededor de la cintura y camino a la alcoba donde me cambio de ropa para ir a la oficina, donde encontrar a Enzo sentando con Max frente a él ya no es una sorpresa para mí.

—¿Por qué no están trabajando?

Max rueda los ojos dejando un mapa sobre la mesa que indica los lugares a los que iremos.

—Lo estamos, que no se te olvide que el viaje que haremos no es 100% familiar. —comenta. —Bueno, la verdad es que nos merecemos una fiesta en medio de todo este desmadre.

Enzo sacude la cabeza con una sonrisa en el rostro.

—La verdad es que tiene razón. —dice él. —Pero también tenemos las cosas claras.

Atiendo los asuntos que son de máxima importancia, tanto el Gobernador como el Alcalde están cumpliendo con lo que pido al pie de la letra. Isabella (*Mi hacker de confianza)* está recibiendo todos los accesos necesarios para tener vigilada la ciudad, tanto las entradas como las salidas.

—¿Nos necesitas ahora? —inquiere Max.

Lo miro y no hay que ser muy inteligente para saber qué quiere una noche libre. Enzo trata de reprimir una sonrisa y lo mira cuando éste apoya las manos sobre el escritorio.

—No, largo.

Enzo se pone de pie siendo el primero en salir y Russo lo sigue saliendo también, pero antes me guiña un ojo y me lanza un beso.

Es un pendejo.

Paso gran parte de la madrugada en la oficina, pensando que en tan solo unas horas volveré a tener a la maestra de mi hijo frente a mí y que ella ni siquiera sabe lo que le espera o donde la llevaré.

Zaydaly Parson

Nunca había dejado a Rose de esta forma, no quería hacerlo, justo ahora me estoy cuestionando el hecho de porque voy hacia donde se supone que no debo. Siento frío cuando en realidad tengo dos chaquetas encima, me gruñe el estómago y no tengo hambre y me duele una herida que no tengo.

Soy una mujer hecha y derecha, tengo las cosas claras, las decisiones que yo creo son las mejores para mí y para mí hija, porque primero está ella, está su felicidad, su bienestar, su amor, todo siempre lo hago pensando en ella.

Cómo ahora que voy a salvar a su padre…otra vez.

Nicholas Prince es un dolor físico, mental y emocional para mí. Me afecta en todos los sentidos. Si sufre lo siento, porque lo siento en mi hija, los ojos verdes de ella me lo recuerdan siempre, me lo clavan más en el alma.

Si veo una herida en su cuerpo, la siento, si veo que está mal emocionalmente, lo siento, si algo le aterra, lo siento. ¡Y quiero dejar de sentirlo! ¡Quiero dejar de sentirme atada a él porque me duele!

Me limpio las lágrimas en medio de la calle, me ajusto la chaqueta y cruzo la calle hasta donde el coche blanco me espera. No tiene seguro, las llaves las encuentro en el tablero y echo andar con las manos temblorosas. Me detengo en una farmacia sacando un par de billetes de mi bolsillo. No hay muchas personas dentro, pero de todas maneras me coloco la capucha pasando de largo hasta que encuentro el pasillo de las cosas que necesito.

Gasas, gel, alcohol, hilo, aguja, desinfectante, vendas, ibuprofeno. Tomo de todo y lo dejo encima del mostrador

—Tengo una oferta de dos...

—No me interesa. —lo corto.

No habla más y me entrega las cosas. Salgo de la tienda subiendo de nuevo al auto donde arrojo todo atrás y respiro hondo antes de volver arrancar.

El camino es largo, tanto que me llega la noche. Muero por tomar el teléfono y llamar a mi hermana para saber de mi hija, pero estoy tranquila ya que sé que con ella está a salvo.

Y siempre lo estará.

El pequeño pueblo de *Lake Placid* me da la bienvenida luego de cuatro horas de camino, los árboles quedan a la vista, las casas que en su mayoría son de madera y el lago tiene el reflejo del sol dándole toques de que puedes tener una tarde increíble en este lugar.

Sigo por el camino principal, hasta dar vuelta a la derecha justo como la última vez que estuve aquí. La cabaña se asoma detrás del paisaje verdoso. Estaciono el auto cerca de la entrada y bajo trayendo conmigo las bolsas.

Miro por encima del hombro para estar segura de que nadie me siguió y es cuando tomo la llave colgada en una de las macetas que adornan el pórtico. La meto en la cerradura adentrándome al ambiente cálido. Cierro la puerta de nuevo con seguro y paso de largo hasta subir las pequeñas escaleras hacia el segundo piso. Hay polvo por todas partes y no me sorprende, ya que cada que vengo aquí es igual.

Cinco veces con esta.

La puerta de la única recámara está abierta, ya que la segunda es un despacho. Sigo de largo hasta abrirla por completo encontrándolo sentado en el sofá, con el cabello rubio pegado a la frente, el cuerpo lleno de heridas y la sangre que brota del costado me hace pasar saliva.

—Gracias por...

—Cállate, solo cállate.

Vacío las cosas sobre la cama, me concentro en desinfectar mis manos, abro la botella de agua sacando una pastilla y se la paso para que se la tome.

Lo hace sin decir nada.

Me agacho metiéndome entre sus piernas, agarro el alcohol empapando los algodones, después tomo las gasas esterilizadas y acerco mis manos a las heridas del costado izquierdo. Son dos cortadas, una de ellas requiere puntos, pero la segunda no, así que

primero me encargo de la segunda ignorando los leves quejidos que suelta.

—Yo sé que...—intenta hablar, pero levanto la mirada furiosa.

—No digas nada.

Recarga la cabeza hacia atrás y yo continúo con lo que hago. Saco el hilo especial para heridas y lo paso por la aguja que antes he bañado en alcohol. El abdomen esculpido me provoca cosquillas en todo el cuerpo y el hecho de que lo tenga que tocar me afecta más.

Respiro hondo clavando la aguja en su piel y él aprieta los puños. Las lágrimas me nublan la vista y tengo que calmarme antes de continuar. Tardo un par de minutos dónde él termina cansado y el que su pecho sube y baja me dicen que se ha quedado dormido.

O se ha desmayado.

Me pongo de pie tirando todo lo que no sirve a la basura y sigo curando los leves golpes que tiene en el rostro. El cabello rubio se lo aparto de la frente con mis manos temblorosas y sus labios entreabiertos me provocan tanto.

Todo en él me provoca un millón de cosas.

Le acaricio su mejilla con la palma de mi mano y antes de que las ganas me tomen, me alejo.

Bajo a la primera planta llegando a la cocina. La pequeña nevera guarda un poco de comida y saco algo para preparar la cena. No hay mucho, pero me las apaño para que salga algo bueno.

Preparo café, busco leña en el lugar de siempre encendiendo la chimenea y me quito la sudadera dejándome solo el fino suéter. Sirvo un poco de lo que prepare en un tazón y acompaño con un poco de café subiendo de nuevo a la habitación.

Nicholas ya no está en el sofá y el sonido de la ducha me dice que se ha metido a bañar. Dejo la bandeja sobre la cama, para acercarme a la ventana dónde la cierro evitando que se cuele el aire fresco de la noche.

Al girarme él ya ha salido de la ducha, tiene el cabello húmedo dejando caer varias gotas de agua sobre su frente, el pantalón de pijama gris le cae en las caderas dejando ver la V que se le marca. Aún tiene las gasas sobre las heridas las cuales se ve que trató de cuidar mientras se duchaba.

—Te voy a colocar la venda para que haga presión sobre la herida. —le digo. —Sécate bien.

Saco las vendas blancas del paquete, la doblo cortándola a la mitad y le indico que levante los brazos para poder rodearlo con ella. Le doy dos vueltas asegurándome de que no lo lastimen, pero al levantar la mirada veo como su rostro muestra una mueca de dolor.

—¿Te duele? —susurro aflojando un poco el agarre.

Sacude la cabeza.

—Muchísimo, me duele el hecho de nunca te podré tener. —baja sus manos pegándome a su tórax. —Zay...

Me remuevo hasta zafar sus brazos y termino de colocarle la venda. Me alejo señalando la comida sobre la cama.

—Come, tienes que comer algo. —le digo. —¿No tienes fiebre?

Se encoge de hombros sin respóndeme y tengo que acercarme tocando su frente, está un poco caliente, pero espero que no sea nada grave.

—Odio las lentejas. —habla formando una mueca.

Lo sé.

—Y yo odio preparar la comida y de todas maneras lo hago. —murmuro recogiendo la ropa sucia que dejó tirada. —Come, Nicholas.

Se lleva solo tres cucharadas de lentejas a la boca y el café si se lo termina. Me siento en el sofá que está cerca de la cama y le echo una mirada al teléfono para ver si no tengo una llamada de mi hermana, pero no hay nada.

—Come un poco más. —sugiero. —Necesitas recuperar fuerzas para que vuelvas a meterte en problemas.

Niega y solo quita la bandeja dejándola en la mesita que hay al lado. Se pasea por la habitación y yo al no tener nada más que hacer, me encamino a la salida, pero el jalón que me toma de la muñeca me deja contra su pecho.

—No es lo que piensas...

Me zafo de su agarre porque no quiero caer de nuevo.

—¡No estoy en esto porque quiero, joder! — grita pasándose las manos por el cabello. —¿Creés que me gusta en lo que me estoy convirtiendo?

—¡Te dije que te alejaras, te dije muchas veces que las cosas no te iban a salir bien! —lo señalo. —¡Vas a terminar muerto, cada vez estás más cerca de eso y todo por algo que según tú tienes que hacer! Entiende que ya no vale la pena, Nicholas, si tan solo te dieras la oportunidad de…

Niega con la cabeza sin dejarme terminar y se encamina al baño, de dónde saca una carpeta, la cual abre dejándome ver lo que hay dentro.

—Vale la pena si lo que dice ahí es cierto, vale la pena estar metido en tanta mierda si eso me garantiza tu seguridad y la de las personas que quiero. —siento su ira. —Ya no puedo confiar en él, no puedo perder el foco ahora que estoy tan cerca…

Leo detenidamente todo, camino a la cama donde me siento al darme cuenta de lo grave que es todo. Entiendo el cómo enterarse de esto le puede doler, pero…esto solo lo dañara y también a las personas que están a su alrededor.

No puede ser.

Lo miro dejando todo de lado y sigo sin entender nada.

—¿Quién te dio estás pruebas? —pregunto. —¿Confías en esa persona?

—Si, confío en la persona que me las dio.

—¿Cómo es que...? —niego sin poder creerlo. —¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hace exactamente dos años. —se acerca arrodillándose frente a mí. —Solo pienso en ti, en mis hermanos, en Nathalie, en Rose, en que no quiero que les pase nada, si tengo que unirme con el más hijo de puta lo voy hacer, porque vale la pena si ustedes no están en peligro. Si ustedes dos están a salvo.

Ustedes dos. «Rose y yo »

—No es tu trabajo mantenernos a salvo, Nicholas…

Se queda en silencio un momento y sé que mis palabras duelen, dios mio, tú sabes que no puedo permitirle la entrada en mi vida de nuevo, no de esa manera.

—Lo sé, pero las amo y quiero…

Me arrodillo frente a él.

—¿Por qué no vas a la policía? ¿Por qué no te alejas de todo eso que no te llevará a nada bueno? —lo tomo de las mejillas. —Por favor...

—No puedo ir a la policía, cariño. —susurra colocando sus manos sobre las mías. —Entiéndeme.

—No, no lo hago, no puedo hacerlo. —lloro. —No puedes vivir así, yo no puedes vivir así… esperando que una de tus llamadas sea para despedirte y no...

—Shhh...ya no pienses más en esto, solo disfrutemos de esta noche. —roza sus labios con los míos. —Déjame tocarte, déjame sentirte, déjame hacerte el amor, por favor. —se levanta llevándome con él. —Te necesito tanto, Zaydaly.

Pierde sus manos en mi cabello negro paseando su nariz por mi rostro hasta que sus labios se devoran los míos en un beso lento, pero que me despierta toda esa montaña de sentimientos que creía enterrados. Sigue bajando, dejando besos en mi clavícula, mete sus frías manos debajo de mi suéter y tira del hacia arriba hasta quitarlo. Sus dedos dan con el broche de mi sostén y mis pechos quedan al aire. Los pezones se me endurecen casi al instante.

Me dejo guiar por sus movimientos, los cuales me dejan contra la cama, dónde es él quien se encarga de desabotonar mis vaqueros de mezclilla, tirando de ellos hacia abajo para después bajar las bragas de encaje gris que hacían juego con mi sostén.

Pasea su nariz por mi vientre besándome la piel que me cosquillea. Sube por mi pecho hasta mi cuello, al cual le doy acceso ladeando la cabeza. Ahora soy yo quien pasea mis manos por su torso, siento su espalda, los bordes de las heridas que antes ya habían cicatrizado.

Esas mismas heridas que yo curé en su momento, esas mismas que ya besé, esas mismas a las cuales le lloré.

Su boca se vuelve unir a la mía arrebatándome un suspiro mientras lucho por bajarle el pantalón de pijama. Parece darse cuenta de mi urgencias y él se ayuda con una de sus manos. El pene erecto lo siento cuando lo tomo estimulándolo un poco. Jadea rozando su mejilla con la mía y elevo la pelvis en busca de su glande.

Ambos sentimos que pertenecemos el uno al otro y si las cosas fueran fáciles, no estuviéramos en esta situación.

Me penetra sacándome un gemido y me aferro a su cuello cuando comienza los movimientos. Toma mi muslo izquierdo clavándome los dedos en la carne y me obliga a que lo rodee con el arremetiendo con más fuerza.

—No me gustaría verte con otra… —le digo clavando mis uñas en su espalda. —Pero sé que puedes tener a otra mejor que yo, Nicholas…

—Siempre serás tú. —susurra elevándome al cielo. —La única mujer en mi vida eres tú, Zaydaly Parson.

Aumenta las embestidas, los jadeos de parte de ambos se vuelven más fuertes y lo quiero tan cerca que me aferro a él con tanta fuerza que no me importa lastimarlo. Dos empollones más y me dejo ir sintiendo el líquido tibio que me invade por dentro. Me

llena la cara de besos antes de salir de mí y se acuesta a mi lado atrayéndome a su pecho.

—Te amo. —me dice. —Siempre ten presente eso, pase lo que pase.

No respondo, solo le doy paso a las lágrimas que me vuelven a tomar.

Está noche es como una burbuja, una burbuja en dónde le digo lo que quiero, en dónde me dejo llevar por lo que siento, pero mañana vuelvo a la realidad. Esa realidad donde me convenzo más que Nicholas nunca debe de saber que Rose es su hija, en dónde si él sigue poniendo en peligro su gente, es mejor que todo siga como está.

Cuando salgo de estás burbujas, mi único pensamiento es mi hija, siempre será mi hija, después vendrá lo demás, en dónde ese hombre que tanto amo tendré que dejarlo ir y tiene que ser para siempre si no quiero estar en peligro.

Capítulo 19

Nathalie Parson.

Zay volvió al día siguiente como lo prometió, me dijo que todo estaba bien y no quise insistir porque no me gusta presionarla. Se marchó por la tarde y los días siguientes seguimos hablando, pero noté que su voz sonaba diferente.

Nicholas nos visitó ayer por tarde trayendo pizza, miro películas con ambas y se marchó tarde luego de decirle a Danielle que se comportara y cuidara.

Andre se pasó por el departamento el Miércoles, pero al parecer no tenía muchos ánimos de hablar, estaba estresado aún por lo que pasó la noche de la fiesta, la policía no había encontrado nada sobre las bombas en los autos como tampoco tenían un culpable o sospechoso.

Danielle me trajo al colegio porque tenía que ir a ver a su padre. No quería levantarse temprano, pero la tuve que sacar de la cama a regañadientes.

La última clase se da por terminada y recojo las cosas metiéndolas en la mochila que cuelgo en el hombro. La última cabecita que veo es la Ian, quien sale con mirada gacha como siempre.

Verlo me hace recordar a su padre, con quién se supone cenaré hoy.

¿A dónde me llevará? ¿Por qué me dijo que no volvería hasta el domingo? Espero que haya estado bromeando, porque no puedo desaparecer así como así todo el fin de semana. Además de que no tengo ni idea lo que me espera o si debo o no confiar en él.

Camino fuera con los brazos cruzados sobre mi pecho y bajo los escalones despidiéndome del guardia en la entrada.

Lo que me dijo sigue rondando en mi cabeza. ¿Que se supone que haga? ¿Qué empaque una maleta con ropa sexy como si fuera a irme a follar? No, eso no va a pasar.

¿Y si...? No, no, borra eso de tu mente, Nathalie.

Camino durante minutos hasta llegar a mi edificio, sigo de largo subiendo las escaleras hasta llegar al departamento. Danielle aún no llega, encuentro correo en la puerta y lo tomo arrojándolo a la mesita de centro, la mayoría son cuentas que hay que pagar.

Enciendo el foco del pasillo y abro la puerta de la habitación donde encuentro una caja con un moño azul en ella. La mochila baja de mi hombro cayendo al piso y no sé cómo reaccionar ante el detalle que está sobre mi cama.

Me acerco lentamente tomando la tarjeta negra que está encima. La saco del sobre y leo lo que está escrito.

«Espero que esto compense lo que dañe, la veo a las ocho, Señorita Parson»

H.M.

La dejo de lado quitando el moño, después el papel blanco que cubre el regalo y queda ante mis ojos un vestido negro. Lo saco de la caja dejando otro papel debajo y lo observo con una enorme sonrisa. Es corto, con brillos y un escote dividido que no sé si me cubrirá los pechos. Lo dejo sobre la cama y me concentro en sacar lo que está más abajo en la caja.

—No...

Es un conjunto de lencería de encaje en color negro, las bragas son pequeñas y el sostén tiene los tirantes delgados que se cruzan atrás.

También encuentro una nota y la tomo leyéndola.

«Esto lo puedes empacar en la maleta, lo usarás si quieres»

¿Cómo qué maleta? ¿Para qué una maleta? ¡Estoy confundida!

Aún con la nota en la mano saco mi teléfono y marco su número, responde casi al instante.

—*Maestra...*—saluda con esa voz que me eriza la piel. —*¿Le gustó mi regalo?*

Me siento en la cama mirando el vestido.

—Tengo dos preguntas.

—*Dime.*

—¿Cómo entraste al departamento? Y dos ¿Porque tengo que llevar una maleta? —me muerdo la uña del dedo pulgar. —No entiendo, Hunter.

Escucho como se ríe.

—1. Tengo mis trucos y 2. Eso es una sorpresa, querías conocerme y lo vas hacer. —responde. *—Quiero que estés conmigo el fin de semana ¿Quieres?*

—Si, yo...

Me interrumpe.

—Entonces haz una maleta, prometo que no te vas a decepcionar. —dice y no sé porque, pero lo imagino sonriendo. *— Pasaré por ti a las ocho*.

Sonrío.

—Si.

Cuelga sin más y yo me quedo como estúpida mirando el teléfono.

Son casi las 3 de la tarde y necesito apurarme si quiero estar lista. Tomo ropa, un pijama y camino a la ducha donde dejo pasar el agua fría para darle paso a la tibia.

Preparo la crema que uso para depilarme y paso el rastrillo por mis piernas, después tomo uno nuevo para depilar mi parte íntima (no tardo mucho, ya que me depilo seguido) me lavo el cabello dos veces, después continuo con el cuerpo.

Salgo con una toalla en mi cabeza y al llegar al cuarto me la quito para secarme el cabello. Me pongo un poco de crema para peinar y me desenredo el pelo sacándome el flequillo. Lo dejo sobre mis hombros para que seque y corro al armario para sacar la maleta pequeña que siempre uso cuando voy a casa de mi hermana.

La abro arrojando lo que tengo dentro a un rincón y me voy al closet buscando que es lo que voy a llevar. Ni siquiera sé a dónde voy. Tomo una blusa de tirantes blanca, unos vaqueros negros, un suéter gris, un par de zapatillas, una falda de cuadros, un top y ropa interior incluyendo la que él me regaló.

La puerta de mi habitación se abre dejando ver a Danielle.

—Bueno, bueno, ¿Te mudas y no me había dicho nada? —se cruza de brazos. —Habla.

Suelto un suspiro y me arrojo sobre la cama boca arriba

—¿Qué pensarías si te digo que el padre de mi alumno me invitó a pasar el fin de semana con él, me envió un vestido precioso, También un conjunto de lencería y me dijo que pasaría por mí a las ocho de la noche? —cierro los ojos esperando su respuesta.

—Diría que te estás tardando, tienes que arreglarte. —comenta tirando de mi mano para ponerme de pie. —Levanta, que tienes que estar lista para follar todo el fin de semana.

Me río.

—Yo, no sé casi nada de él, Danielle. —me llevo las manos a la cabeza. —Pero, quiero saberlo, porque... No lo sé, quiero pasar tiempo con él.

—Pues pasarás un fin de semana. —me agita de los hombros. —¿Ya hiciste la maleta?

—Eso. —la señalo.

Forma una mueca y quita el suéter cambiándolo por otro, también añade unas prendas más y saca las bragas más diminutas que tengo.

—Eso es más sexy. —asiente. —¿No te ha dicho a dónde te llevará? —niego. —Bueno, de todas formas lo vas averiguar.

—Estoy nerviosa.

—Solo respira y pásala bien. —me besa la frente. —Ahora deja te ayudo con el cabello.

Me siento dejando que se encargue de mi cabello, yo me encargo de mi rostro, untando cremas y solo poniendo labial sobre mis labios.

Danielle me ayuda con el vestido, el cual no me deja llevar sostén, ya que si me lo pongo se me vería, así que me lo quito y se amolda perfectamente a mi cuerpo, es como si hubiera sido hecho exclusivamente para mí.

—Te ves tan sexy. —mi mejor amiga se muerde el labio. —Dios mío, qué afortunado será el señor Meyer.

—¿Tú crees? —me giro para verme. — Me siento un poco... expuesta.

—Estás perfecta, cállate.

El vestido me queda tan corto que temo que se me vea el trasero si me agacho. Tomo nota mental de no agacharme en público. El escote deja al descubierto parte de mis pechos formando un V que deja ver un poco de piel en mi tórax. Los labios los tengo

pintados de un mate color piel y solo me enchine las pestañas un poco. Me observo bien y la verdad me siento demasiado sexy.

—No me gusta dejarte sola todo el fin de semana. —le digo a Dani. —¿Estarás bien?

—¿Y quién te dijo que estaré sola? —chasquea la lengua. —Tengo una morena a la cual haré gritar todo el fin.

Me río.

—Vale.

—Espera aquí.

Corre a su habitación y yo bajo la maleta de la cama sacando la agarradera mientras ella vuelve. Dani me empacó todo, cepillo de dientes, cremas, peine, todo.

Vuelve con un saco negro el cual le quita el gancho.

—Hace frío afuera y no vas a cubrir esa preciosidad con algo tan grande, así que toma esto. —lo coloca sobre mis hombros. —Ay se te ve divino.

Me giro para comprobarlo y efectivamente, se ve muy bien.

—Gracias.

Son casi las ocho y no sé porque, pero cada vez me siento más nerviosa. Tengo tantas preguntas en la cabeza, que ninguna me arroja una respuesta clara.

Danielle se acerca a la ventana apartando las cortinas y se asoma hacia abajo, después me voltea a ver soltando un chillido.

—Bueno, si es el que estoy viendo justo ahora, está guapísimo. —dice. —Creo que debes bajar ya...

El timbre suena cuando ella se aleja de la ventana.

—Yo abro.

Asiento tomando la maleta y la arrastro fuera llevando conmigo el celular. Danielle está en la puerta y no es él quien me espera, si no un hombre diferente. Es bastante alto y lleva pantalón de vestir negro con camisa del mismo color.

—Señorita, el señor la espera abajo. —habla. —Permítame.

Señala mi maleta y se la paso dudosa. Él camina primero y yo me giro para despedirme de mi amiga.

—Disfruta, no pienses en nada. —me dice. —Y vete ya o te voy a besar por lo sexy que estás.

—Cuidate.

Asiento y salgo yendo directo a las escaleras. No tardó mucho en bajar y el mismo hombre está esperando en la puerta principal, la cual abre para mí y paso deteniéndome al ver la figura de Hunter a un lado de la camioneta negra que lo espera.

Va de traje azul oscuro, el cuello del abrigo lo tiene alzado y se acerca subiendo los escalones que a mí me faltan para bajar. Alza su mano y me es inevitable no tomarla cuando la veo.

La entrelaza con la mía bajando juntos el resto de los escalones y una vez cerca, me observa de arriba a abajo. Su mirada me provoca un remolino en la boca del estómago.

No sé cómo sentirme.

—Estás hermosa, Nathalie. —habla. —Demasiado.

Bajo la mirada un momento y cuando la vuelvo a alzar tiene una sonrisa en el rostro.

—Gracias, Hunter. —susurro. —Me ha gustado mucho el regalo.

—A mi más. —confiesa. —Te imaginé con él toda la tarde, pero has superado mis expectativas.

Levanto mi mano hasta colocarla en su hombro y ladeo un poco la cabeza.

—¿Ah, sí? —relamo mis labios. —¿Del 1 al 10?

Mira mi boca antes de responder.

—Cien.

Quiero que me bese, no sé porque lo deseo tanto, pero lo quiero y me asusta la manera en que mis labios lo reclaman.

No dice nada más y solo me toma de la cintura para guiarme a la camioneta. Abre la puerta y me ayuda a subir. Él rodea la parte delantera hasta subir por el otro lado y el chófer arranca.

Otro hombre va en el lado del acompañante y no sé cómo sentirme con dos desconocidos en el auto.

—¿Puedo preguntar algo? —lo miro y él asiente. —¿Por qué tienes seguridad? O sea, me dijiste que eras un hombre de negocios, pero...siempre traes seguridad, ¿Estás en peligro o algo?

No tarda en responder.

—Siempre me ha gustado la seguridad, esté en peligro o no. —explica. —No necesariamente se tiene que correr riesgo para cuidarte y yo cuido de los míos a mi manera, con suficiente personal para que nunca les pase nada.

—Como el del familiar que se quiso llevar a Ian en el colegio. —digo recordando. —Entiendo, perdona mi pregunta.

—No pasa nada. —le resta importancia. —Y si, lo de Ian es un ejemplo. Además que en el mundo de los negocios siempre se tienen enemigos.

Sacudo la cabeza.

—Tienes razón. —miro mis manos.

Extiende el brazo por el respaldo del asiento y ese acto me recuerda a la noche en el bar.

—¿Cómo estuvo tu semana? —pregunta cambiando de tema.

—De hecho estuvo muy bien, tenemos un plan de lectura para los niños de primero la próxima semana, Matt me ayuda con eso y la directora lo aprobó siempre y cuando los alumnos quieran participar. —cuento feliz. —Me emociona muchísimo eso, están aprendiendo a jugar con las palabras y un pequeño párrafo será suficiente para que se vayan abriendo camino en la lectura.

Asiente frunciendo el ceño.

—¿Matt? —inquiere acercándose un poco.

—Si, él es un profesor y un amigo. —explico. —También es muy bueno con los niños.

—No lo dudo. —habla en cierto tono, que no sé cómo tomarlo. —¿Son muy amigos?

No sé por qué, pero quiero aclarar mi relación con él.

—Lo conocí el primer día en el colegio, me dio la bienvenida y nos llevamos muy bien. —digo. —Es muy amable y se podría decir que si estamos comenzando a ser amigos.

Asiente sin responder y no sé qué pensar. ¿Ahora está molesto? ¿Por qué?

—Ah, ¿Y tú semana? —añado. —¿Qué tal estuvo?

—Se puede decir que bien, uno que otro problema, pero nada que yo no pueda solucionar.

—De acuerdo. —desvío la mirada a la ventanilla. —¿Me dirás a dónde vamos?

Niega.

—Es una sorpresa, ¿No le gustan las sorpresas maestra? —me da la cara. —Conmigo tendrá muchas.

—¿Buenas o malas? —inquiero.

Levanta su mano llevando sus dedos a mi mejilla izquierda, la cual toca con las yemas.

—Depende de cómo lo veas, Nathalie.

Mi nombre saliendo de su boca me acelera el corazón y eso solo me aumenta las dudas que sé que voy a sentir el resto del fin de semana, dudas que espero aclarar.

Capítulo 20

Nathalie Parson.

—Ven.

Hunter me tiende su mano para que la tome cuando la camioneta se detiene frente a un edificio iluminado. Entrelazo mis dedos con los de él y bajo por completo del auto dejando que me guíe.

El edificio no es muy alto, tiene una fachada antigua, los ladrillos parecen recién pintados y las luces cuelgan en el camino de la entrada. El ascensor es antiguo, él se encarga de cerrar la puerta y de pulsar el botón. No tardamos mucho en subir hasta que se detiene en el piso correspondiente. Hunter me deja salir primero.

—Por aquí. —tira de mi mano hacia un pasillo.

Seguimos de largo hasta dos puertas de cristal que dejan ver una terraza con una vista tan hermosa. Las luces de navidad caen de dos árboles que están a los lados, hay rosas azules y blancas en las mesas de las orillas y solo hay una preparada.

Me guía hasta ella, dónde saca una de las sillas invitándome a tomar asiento.

—¿Te gusta? —pregunta quitándose el abrigo para dejarlo detrás de la silla.

—Si, es demasiado hermoso, todo.

Dos mujeres entran trayendo con ellas una botella de vino y otra de champagne que Hunter se encarga de recibir. Las dejan y se marchan sin mencionar una palabra.

—Me tomé el atrevimiento de elegir la cena, si no te parece...

—Está bien, no pasa nada. —le sonrío. —Lo que hayas elegido estoy segura de que me gustará.

Él abre la botella de vino, después acomoda las copas llenándolas del líquido rojizo antes de dejarla sobre la mesa Observo la vista y que prácticamente estamos en medio de todos los edificios más altos, el paisaje de la ciudad iluminada es tan hermoso que podría quedarme aquí el resto de la noche.

—Cuéntame más sobre ti. —llama mi atención. —También quiero conocerte.

Tomo un poco del vino y lo miro apoyando los codos sobre la mesa.

—¿Qué exactamente quieres saber? No creo que sea muy interesante. —me encojo de hombros.

Un hombre se acerca dejándole un pequeño vaso de lo que parece ser Whisky y él lo toma dándole un trago.

Se ve tan guapo y elegante.

—Y yo pienso que eres ese tipo de mujer que siempre deja queriendo saber más a cualquier persona. —contesta. —Para mí eres demasiado única, Nathalie.

Me inclino hacia adelante con la barbilla apoyada en mi mano.

—¿Por qué? ¿Por qué creés que soy única? —indago con interés.

Cuando está por responder dos meseros se acercan, uno va por la izquierda y el otro por la derecha dejando los platillos sobre los platos que ya están listos. El olor de la comida me despiertan el apetito y es que caigo en cuenta que no he probado una comida sólida en todo el día.

Se marchan sin decir nada.

Hunter se limpia la boca luego de terminar lo último en su trago y lo levanta dejando que el mesero se acerque a rellenarlo. No sé si es millonario, multimillonario o billonario, pero se ve que está acostumbrado a una vida llena de lujos, al igual que los Prince.

—Porque desde que cuidaste de mi hijo, lo supe. —habla frenando el movimiento del tenedor en mi mano.—Porque podrás decirme que hubieras hecho lo mismo por cualquier alumno, pero estoy seguro que no cualquier profesor lo hubiera protegido como lo hiciste tú.

Mi mirada se clava en la suya y el azul en sus ojos me golpea el pecho.

—Fue Ian quien me dio confianza a la hora de enseñar en mi primer día, ese niño volvió mis días más interesantes. —respondo. —Los niños me llenan de energía, pero ese cambio en Ian, me hizo querer conocerlo más y lo adoro, en serio lo hago.

Bebe de su trago y yo aparto la mirada concentrándome en la comida. Siento que le he confesado más cosas de las que le he contado a alguien más y no me arrepiento.

No termina su cena y yo tampoco, ya que el estómago lo tengo vuelto un mar de nervios que no me cabe nada más. Me termino el resto del vino que tengo en la copa y paso a tomar la de agua dándole un ligero sorbo.

Él es el primero en ponerse en pie, se abrocha el saco y me tiende la mano esperando unos segundos hasta que la tome. Me lleva contra él y me hace girar quedando con mi espalda pegada a su tórax. Me obliga a caminar hacia una esquina, justo donde las luces se avivan más y a lo lejos se logra ver la Estatua de la libertad.

La noche completamente negra no le da paso a ninguna estrella, nada brilla, solo las luces a lo lejos.

Suelto un suspiro sintiendo sus manos entrelazadas con las mías y mi cabeza cae sobre su hombro izquierdo sintiendo lo cálido de su abrazo.

—Saldremos de Nueva York. —susurra en mi oído. —Y si aceptas, si quieres continuar, si quieres conocer lo que puedo darte, dirás que sí, pero ten en cuenta que no cambio, no prometo nada y no sé si lo que sabrás en un futuro te gustará. —me recorre un escalofrío. —Así que si quieres volver a tu departamento, dejaremos esta noche en el álbum de recuerdos únicos y le darás cierre.

Cierro los ojos disfrutando del momento, sopesando las palabras y el peso que pueden tener. ¿Que se supone que debo de pensar? ¿Cómo se supone que debo de responder?

Algo en el fondo me grita que vuelva al departamento, que me alejé dejando esta noche en un álbum de recuerdos como lo dice él, pero la otra parte me susurra que acepte, que tal vez lo que sepa no sea tan malo como me lo hago creer y que probablemente no me arrepienta.

Me giro dejando que ubique sus manos en mi cintura y rozo mi nariz con la de él.

—¿Dolerá? —pregunto.

Frunce el cejo.

—¿Qué?

—Si digo que sí, ¿Lo que me espera dolerá? —lo miro a los ojos. —Le temo más al dolor emocional que al físico, de ese nunca te recuperas.

Lleva una de sus manos a mi cabello y esconde un mechón detrás de mi oreja.

—Quisiera prometer que no, pero me temo que no está en mis manos. —se llame los labios. —Así que voy a respetar cualquier decisión que tomes, aunque me gustaría que dijeras que sí.

Le echo los brazos al cuello hundiendo mis dedos en el cabello de su nuca.

—*Ita, Hunter.* —contesto en Latín.

Si, porque aunque me vaya a casa, no podré sacarlo de mi mente, ni tampoco lograré borrar el deseo que me abarca cuando pienso en él. Deseo que no debería de sentir, ya que ni siquiera sé a lo que me estoy enfrentando, ni siquiera sé la mitad de las cosas que él sabe de mí, pero lo voy a terminar averiguando.

—Bailemos.

La noche de la fiesta fue la primera vez que bailé con él, pero estábamos rodeados de personas, después pasó la explosión y no recuerdo ni siquiera la canción que estaba sonando.

En cambio ahora, cuando me lleva con él a una pequeña repisa dónde está un tocadiscos, la canción de *Close Your Eyes - Michael Bublé.* Da inicio mientras me pasa el brazo por la cintura.

—Entonces, si vamos a salir de Nueva York ¿No me piensas decir exactamente a dónde iremos? —le acaricio el cuello con mi mano mirándolo a los ojos. —Dime.

Sacude la cabeza.

—Te llevaré a un lugar donde siempre me siento bien. —se mueve al compás de mis pasos.

—¿No te sientes bien aquí? —frunzo el ceño.

—Si, pero es diferente. —me hace dar una vuelta cuando la canción va a la mitad. —Aquí tengo problemas, en el mundo donde estoy siempre tengo problemas.

Supongo que en los negocios siempre se tienen problemas.

—Entiendo.

No dice nada y terminamos más unidos cuando la canción se da por finalizada. Mi mirada conecta con la suya despertándome esa sensación que ahora es extraña, pero que en un futuro estoy segura de que le pondré nombre, me temo que si esto sigue el mismo rumbo, así será.

No nos hemos besado y no sé si es porque se está conteniendo él o lo estoy haciendo yo, pero si fuera por mi ahora mismo ya tendría mis labios sobre los suyos.

—¿Qué pasa? —pregunta acariciando mi mentón.

—Nada, solo...tengo curiosidad de dónde es ese lugar donde te sientes bien.

—Solo espera, que lo vas a conocer. — me besa la frente. — Vamos.

Me saca del lugar tomando su abrigo de paso y cuando estamos fuera del edificio la camioneta nos está esperando. Espera a que suba primero y en el camino no suelta mi mano dejando que vea su perfil el tiempo que quiera.

Admito que nunca había llegado ni había tenido la confianza que tengo con él, con nadie más. Con mi último novio, Uriel, no llegué a recostar mi cabeza en su hombro hasta que cumplimos 3 meses y tuviéramos más confianza.

¿Y ahora? Ahora siento que puedo apoyar mi cabeza sobre su pecho sin pedir permiso, algo que en serio no debería de sentir.

No recuerdo haber bailado con Uriel, ni mucho menos que él me preparara una cena que no fuera en casa de su madre. No estoy diciendo que me molestaba eso, porque su madre me caía muy bien, pero pues ahora me planteo las cosas un poco diferentes.

Porque se sienten diferentes.

No sé a dónde vamos o llegamos, pero el auto reduce la velocidad y tras una conversación con un hombre en una reja, le dejan el paso hacia un Hangar que me deja con la boca abierta. La pista está a la izquierda y cuando la camioneta se estaciona observo un Jet completamente negro dónde espera una mujer (azafata) y un hombre que parece ser el piloto.

—¿Es tuyo? —pregunto, pero no responde, solo se desliza fuera del coche.

Es tan grande y lujoso que no sé a dónde ver, porque todo es llamativo. Hunter me ofrece su mano y el piloto lo saluda con un asentimiento de cabeza cuando pasamos.

Uno de los hombres que venía con nosotros sube mi maleta y después se baja entrando de nuevo en la camioneta, la cual se mueve a otro lugar donde la deja y vuelve deteniéndose detrás de Hunter.

—Todo listo, señor.

Él tira de mi mano dejando que yo suba los escalones primero, pero sin soltarme. Una vez dentro, el lujo es mucho más evidente que por fuera. Las ventanas tienen cortinas blancas, los sillones de cuero están ubicados mirando a los lados y no al frente como usualmente son, también hay una barra pequeña pero con las letra M reluciendo en la madera de la que está hecha.

La cabina del piloto se deja ver, pero no logro prestar mucha atención ya que es Hunter quien me lleva directo por el estrecho pasillo de la derecha, dónde al final están dos puertas, una corrediza y la otra normal. La primera es el baño, supongo, porque la pasamos y la segunda es una habitación.

Tiene dos ventanillas del lado izquierdo, una enorme cama cubierta con un edredón color caoba, un sofá sin bordes, una pantalla pegada a la pared y encima del cabecera un cuadro completamente negro.

Está familia tiene una gran obsesión por el negro.

—El viaje es largo, pero por la mañana estaremos en nuestro destino. —habla y se gira cuando tocan la puerta, es uno de los hombres quién le entrega mi maleta. —Aquí están tus cosas, si quieres descansar adelante.

Me recorre de arriba abajo y sé que no se quiere marchar, como yo tampoco quiero que lo haga y solo espera que sea yo quien hable.

—No quiero descansar. —murmuro. — Y creo que necesito ayuda con este vestido.

Sonríe moviendo la cabeza mientras se acerca.

—Maestra, maestra...

Le echo los brazos al cuello, pero el sonido del motor del avión me pone en alerta.

—Tenemos que...

—Si, pero volveremos aquí.

Me lleva fuera donde me siento en uno de los sillones, me abrocho el cinturón de seguridad y no puedo evitar mirar por la ventanilla con una sonrisa en el rostro. Había viajado en avión antes, pero jamás en un Jet privado con un hombre guapísimo a solo un par de centímetros de mí.

Definitivamente no me esperaba esto.

Una vez que dejamos el suelo atrás, el piloto suelta la información de que podemos quitarnos el cinturón y la azafata es la primera en salir de una cabina privada. Camina hasta la barra y prepara dos tragos, uno más pequeño que el otro.

Le acerca el más grande a Hunter y el otro a mí.

—Gracias. —susurro.

Me sonríe y se retira instalándose detrás de la barra. Hunter extiende su mano y me quita el trago una vez que lo he probado. Se bebe el suyo de un solo sorbo y me lleva a la habitación cerrando la puerta a su espalda.

Su perfume me llega, como lo hace todas las veces que estoy cerca de él e incluso cuando no lo estoy siento que cualquier aroma es igual a la suya.

Me giro dándole la espalda mientras escucho sus pasos. Me aparto el cabello de los hombros hacía un lado y siento sus dedos bajar el pequeño cierre que tiene el vestido. Con sus yemas me recorre la piel provocándome un escalofrío que me sacude el cuerpo entero.

—Te imagine con este vestido, pero más imagine el momento en que te lo quitaba.

Sus manos se encargan de los tirantes de la prenda, acariciando mi carne mientras los baja dejando mis pechos al aire. Los pezones ya los tengo erectos con el simple roce de sus palmas.

Cierro los ojos cuando pega su boca a mi cuello, después siento como baja sus manos por mi espina dorsal hasta quitarme por completo el vestido, el cual libero moviendo mis pies.

Besa mis glúteos por encima de la tela de las bragas y vuelve a enderezar su espalda haciéndome girar para quedar de frente. Lo miro a los ojos antes de cerrarlos devorando su boca. Mis manos luchan por quitarle el saco, el cual logro tirar al suelo y mis dedos pelean con los botones de la camisa porque quiero tocarlo.

Camino con él hacia atrás y me recuesto sobre la cama observando cómo se termina de quitar la camisa. Esa noche en mi habitación no observé bien su torso, ya que las luces estaban

apagadas, pero ahora veo un tatuaje en el centro del pecho y es un Halcón con las alas extendidas.

Luce tan atractivo que las manos me ansían queriendo tocarlo y parece captar el mensaje, porque se sube sobre mí abriéndome las piernas. Se prende de mi boca un momento, para después bajar sus besos a mi clavícula hasta llegar a mis pechos.

Se prende de mi pezón derecho dejando que le acaricie el cabello y le muevo la cabeza ofreciéndole también el izquierdo. Baja por el centro de mi estómago hasta llegar al borde de mis bragas. No siento vergüenza, ni pena por la humedad que se encontrará allá abajo, porque en serio quiero sentir todo ese placer que puede ofrecerme.

Me baja las bragas dejándome completamente desnuda ante sus ojos. Pasea su boca desde mi tobillo hasta la cara interna de mis muslos dónde cuando llega a mi sexo me roba un gemido que me hace apretar las sábanas de la cama.

Da pequeños besos antes de concentrarse en el movimiento de su lengua que me pone a jadear. Parece tomarse su tiempo, ya que cada que siento el orgasmo cerca, para, besa y vuelve a lamer sin apuro alguno, como si en serio pudiéramos pasar toda la noche haciendo esto.

No sé a dónde me lleva, pero estoy ansiosa por llegar.

Me concentro en el placer que se acumula en mi zona, pero vuelve a parar está vez alejándose para deshacerse de su pantalón.

—La última vez me dejaste continuar sin condón, eso quiere decir que te estás cuidando ¿No? —pregunta volviendo a subir a mi cuerpo.

Asiento.

—Si, tengo un método anticonceptivo seguro. —digo.

Quiero sentirlo piel con piel como la otra noche. Me besa sin permitirme decir algo más. Llenándome el cuello y la clavícula de besos mientras siento cómo se acomoda listo para penetrarme.

Me abro más para él y su miembro entra de golpe sacándome un medio grito que cayó en su boca. Su glande grueso y grande entra y sale a un ritmo que me vuelve loca. Le paso una mano por debajo de su brazo para acariciar su espalda, sintiendo la dureza de su piel.

Su lengua danza con la mía en busca de más duración en el beso, de más placer en ambos cuerpos, pero me siento al límite que en cualquier momento me voy a dejar ir.

Una de sus manos aprieta la carne de mi glúteo y le suelta un golpe arrebatándome un jadeo lleno de placer. Aumenta más el ritmo, el sonido encharcado de mi entrada me pone más caliente y el calor de su cuerpo me hace desearlo aún más.

Dos empollones más y el orgasmo me nubla el juicio cuando me dejó venir aferrándome a sus brazos. Tal vez no hace diferencia, pero esta vez sí quiero que se venga dentro, quiero sentirlo, así que levanto más la pelvis escuchando sus gruñidos que me dicen que está a punto de conseguirlo.

Y siento como el líquido tibio me baña el interior cuando logra vaciarse. Esconde la cabeza en el hueco de mi cuello mientras lo rodeo con una de mis piernas.

Ambos recuperamos el aliento, es él quien se mueve saliendo de mí para tomar una de las sábanas, con la cual cubre mi desnudez. Se coloca el bóxer, después enciende la pantalla y apaga las luces dejando solo la luz de la televisión.

Vuelve a la cama donde busca mis pechos dejándolos al aire de nuevo, se prende de ellos una vez más antes de atraerme a sus brazos permitiendo que descanse mi cabeza en su pecho.

El ritmo de su corazón es fuerte, constante y acelerado, que me hace alzar la vista encontrando ese par de ojos color azul tormentoso que me mandan un par de preguntas a mi cabeza.

Medio sonríe dejando que vuelva apoyarme en su pecho y entrelazo mi pierna con la de él. Estoy en un Jet privado, folle en un Jet privado y ahora mismo voy hacia un lugar del cual no tengo la menor idea de dónde está, pero que de seguro no me va a decepcionar.

No sé exactamente cuánto duermo, pero cuando despierto tengo mi maleta abierta sobre la cama y ya que estoy desnuda, me pongo de pie con la sábana cubriendo mi pecho buscando el vaquero que empaque, junto a una blusa y ropa interior.

Me cambio entrando al baño que tiene la habitación, dónde me lavo la cara, los dientes y me ato el cabello en una coleta antes de salir.

Cierro la maleta y cuando estoy por bajarla de la cama la puerta se abre dejando ver a Hunter, quien ya no tiene traje, va de ropa casual al igual que yo. Me sonríe acercándose para dejar un beso en mi frente y tomar mi mano.

—Ya hemos llegado. —avisa.

Ni siquiera me había dado cuenta que ya no estábamos en el aire. Lo sigo dejando que me guíe de nuevo por el interior del avión hasta que bajamos las escaleras, dónde el fuerte sol me hace entrecerrar los ojos.

El clima es diferente al de Nueva York y los colores del paisaje también, por lo que me hace deducir que en serio estamos muy lejos de casa.

—¿Dónde estamos? —pregunto cuando bajo el último escalón.

—En México.

México...

Capítulo 21

Hunter Meyer

México

La mujer que tengo al lado no hace otra cosa, que no sea mirar por la ventanilla del coche desde que salimos de la pista. Siempre habrá cosas que se te saldrán de las manos, pero esta es una a la que no le voy a permitir tal hecho.

Al menos no como se supone que debería.

La enorme propiedad queda a la vista y la brisa del mar nos alcanza cuando la camioneta se detiene frente a la enorme fuente que le da la entrada a la mansión con la fachada hecha de mármol. La casa es una de las más llamativas y también una que tiene la mayor vigilancia posible.

Los hombres que logro ver están vestidos de traje y esa seguridad es estrictamente de la mujer que reside aquí.

La dueña de todo.

Me bajo colocándome los lentes y rodeo la parte delantera del coche hasta darle la mano a la maestra, quien sigue observando a su alrededor. Le paso el brazo por la cintura atrayéndola a mi costado y el aroma que desprende su cabello me recuerda a como anoche hundí mi nariz en él ,más de una vez.

—¿Es tu casa? —pregunta sin mirarme a los ojos.

—No.

Le beso la mejilla antes de caminar hacia la entrada, justo en el tercer escalón la puerta se abre y la chica de cabello negro y ojos grises se me viene encima enredando sus piernas en mi cintura. Tal acto me obliga a separarme de Nathalie y abrazo con fuerza a la mujer en mis brazos

—Pensé que no llegarías, mamá llegó ayer, pero me dijo que...

—Jamás me perdería tu boda, pequeña. —le susurro besando su cabeza. —Deseo tener una charla con mi futuro cuñado.

Se separa de mí formando un puchero.

—London es un buen hombre, no necesitas darle ninguna charla...

—Ah, seguro es un pendejo. —me encojo de hombros. —Pero algo bueno tuvo que haber hecho para ganarse tu corazón.

La mujer que tengo al lado me mira con el ceño fruncido.

—Oye, no digas eso. —susurra sonrojándose cuando la miro con los ojos entrecerrados.

La de ojos grises se centra en ella extendiendo su mano.

—Soy Hayley Meyer, hermana de Hunter ¿Y tú eres...? —le recibe la mano.

—Nathalie Parson, la...—se muerde el labio sin poder terminar la frase.

—No me gustan las preguntas y lo sabes. —miro a mi hermana. —Ella viene conmigo. —dejo claro. —¿Y tú no deberías estar alistándote?

Hayley me fulmina con la mirada, pero toma una respiración exagerada antes de asentir.

—Si, pero no me iba a quedar sin darte la bienvenida. —sonríe. —Gracias por venir.

—De nada, soy tu hermano y somos familia, los asuntos que tenga no son impedimento para no asistir al día más importante de tu vida.

Se le ponen los ojos llorosos, pero no suelta las lágrimas, solo sonríe.

Entramos a la casa dónde ya estoy acostumbrado a ver gente de allá para acá, pero mi acompañante no, porque se pega a mi lado cuando mira a las demás personas que no conoce.

La siento nerviosa, hasta que entramos al enorme salón donde está toda la familia, en dónde Ian cuándo la ve abre la boca y corre a su lado como si hubiera visto a su superhéroe favorito.

Ella se agacha a recibirlo y no alcanzo a escuchar que le susurra, pero él sonríe reemplazando su ceño fruncido.

—¿Qué tal estás hoy? —le pregunta apartando los mechones largos de su frente.

—Muy bien.

—Me alegra, cariño.

Pase de ser el primero al que saludaba, a ser el segundo, porque ahora viene hacia mí y lo cargo dejando que apoye su cabeza en mi hombro.

—Te extrañé, papá. —susurra solo para los dos y no respondo, solo lo sostengo conmigo.

Ella ya conoce a Esmeralda y Leonardo, pero no a Maxwell, ni Enzo, ni a los demás. No pienso presentarla a cada uno, porque simplemente no se me pega la gana.

—¿Que no se supone que esto es una fiesta? —hablo. —¿Dónde está el novio?

—Con su familia, deja de joder con eso. —me advierte mi Madre. —Mejor encárgate de lo importante o se te ha olvidado a qué viniste.

Mi hermana tira de la mano de Esmeralda queriendo que deje la cara sería.

—Vamos, tengo que arreglarme. —le dice. —Acompañamos, Nathalie.

La maestra me mira y asiento, no sin antes tirar de ella para darle un beso en los labios, dejando claro que viene conmigo, por lo tanto no pueden intentar nada. Ni siquiera quiero que la miren y que Enzo lo haga, me enoja.

Se sonroja, pero se marcha dejando que mi hermana tire de su mano. Al parecer Ian estaba cansado, porque se queda dormido y yo me encamino al salón privado donde me siento en el sofá con él en mi regazo.

Últimamente está teniendo pesadillas constantemente que no lo dejan dormir, pero al ser un niño demasiado callado, se guarda todo y yo lo respeto, porque cada quien habla cuando quiere y yo estaré ahí cuando decida hacerlo.

—Bueno, bueno. —Russo aplaude. —Trajiste a la maestra aquí, ¿Qué pasó con solo vigilar?

—Que te importa. —lo corto. —Hablemos de lo importante.

Enzo deja dos maletines negros sobre una de las mesas de madera, Leonardo abre una laptop y Maxwell saca el mapa con los puntos marcados.

—Icarhov está tranquilo con la entrega, el dinero está donde indicaste y todo parece bien por ese lado. —habla Enzo. —La siguiente es para dentro de dos meses, pero sigo diciendo que ese wey nunca está tan tranquilo y me hace desconfiar más de él, que de Jordan Ivanovich.

—Jordan es nuestro enemigo, Joseph por ahora no lo es. —dejo claro. —Maxwell puede tratar con él la próxima vez si te molesta, así no ahorramos una pelea, porque tú no tienes paciencia.

Asiente volviendo su atención a mí.

—Exacto, no tengo paciencia con pendejos y cuando te digo que ese cabrón oculta algo, es porque es verdad. —suelta enojado.

Me pongo de pie con mi hijo en brazos y me le planto enfrente.

—Que no se te olvide quien da las órdenes aquí, Enzo. —advierto. —Podremos ser familia, pero cuando a mí me hartan, no espero a que me cansen para hacer algo y lo sabes.

No me aparta la mirada.

—¿Me estás amenazando? —inquiere. —Espero que nunca te tenga que decir a la cara "Te lo dije"

Maxwell se mete entre nosotros.

—No vamos a pelear hoy y mucho menos por Joseph Icarhov. —dice. —Se calman y se toman un trago que hay que hablar de negocios.

Enzo Meyer es hijo del hermano de mi padre, mi primo. Es el mejor cuando de estrategias se trata, lo mío son las armas, lo de él es planear con la cabeza fría algo que le saldrá perfecto. Ambos tenemos la misma edad y cuando mi padre murió, también se puso sobre la mesa que él fuera el líder, pero mi madre no lo permitió y yo no iba a quedarme de brazos cruzados cuando el del poder anteriormente era mi padre.

Subo más a Ian sobre mi hombro y me acerco a la mesa para ver los puntos en el mapa.

—Aquí está el primer cartel. —señala Maxwell el primer punto, a las afueras de Sinaloa. —Y acá el segundo. De ambos tenemos sospechas de que se alían con los Rusos, pero sabes bien que si nos ganan el territorio aquí en México, nos van a Joder. Algo

me dice que puede que nos estemos equivocando sobre quién es el que realmente está detrás de todo esto, pero espero estar equivocado.

Enzo intercambia una mirada con él y ninguno de los dos dice nada.

—Maxwell te quiero aquí. —señalo el primer punto. —Y yo me encargo de este punto con Enzo. Leonardo va con Max. No me importa cómo, pero los quiero de nuestra parte ¿Está claro? Y no vamos a ofrecer solo dinero, quiero que se sientan los reyes, porque si están contentos, serán más despiadados a la hora de defender el territorio.

Ambos asienten.

—Ayer hablé con Bramson y la mitad del territorio Estadounidense está cubierto por su clan, si cualquier miembro de la Mafia Roja entra, será eliminado. —esclarezco. —Los Calvers tienen infiltrados en Rusia y hasta ahora no hay novedad.

—También hay que cuidarnos del gobierno Estadounidense

—Eso está cubierto por ahora. —digo. —Tanto el gobernador como el Alcalde le sirven a la Mafia Negra, esperemos a ver cuánto dura.

Enzo asiente recogiendo los mapas.

—Pues por ahora solo queda disfrutar de la boda. —me palmea el hombro. —No quiero problemas y lo que te digo no es por joderte, pero en serio espero que lo que creo no sea verdad, al igual que lo que dice Max.

No respondo y lo observo salir dejándome con mi hermano y Russo.

—No es por darle la razón a Enzo, pero tienes que admitir que esa apariencia perfecta de Joseph si jode. —habla mi hermano. —En fin, ahora no me importa, como dijo él, por ahora queda disfrutar de la fiesta. —mira a Ian. —Me lo llevo, si despierta yo me encargo de ponerlo guapo para las chicas. —se lo paso. —Vamos, hombrecito.

Me encamino a la barra dónde me sirvo un trago de Whisky y le tiendo uno a Max. Quien se apoya en el escritorio con una mano en el bolsillo de su pantalón.

—¿Por qué sonríes como pendejo? —me impacienta.

—Porque este pendejo quiere saber el rollo que te traes con la maestra. —señala alrededor. —¿Acaso aceptó así como así que eres un Mafioso y líder de una de las mafias más temidas?

—¿Qué te importa? —me termino el trago sirviendo otro. —Yo no te pregunte como te fue cuando te follaste a Enzo.

—Pregunta todo lo que quieras, estoy dispuesto a responder. —se encoge de hombros. —Dime, ¿Ella sabe?

Cierro los ojos dejando ir de nuevo el líquido amargo por mi garganta.

—No y nadie se lo va a decir ¿Está claro? —lo miro.

Levanta las manos.

— Por mi parte nunca sabrá nada, pero creo que tienes que dejarla fuera de esto o terminará jodida. —murmura. —Tus enemigos, se vuelven los enemigos de quienes están a tu alrededor.

Le doy la espalda concentrándome en la vista que me ofrece la ventana. La playa está cerca y del lado izquierdo de la propiedad están acomodando todo para la boda.

—No tienes que recordarme eso. —contesto. —Tengo claro todo, al igual que lo de la maestra no es nada serio.

—Muy bien, pues me retiro. —me giro para verlo. —Que este nene, tiene que decirle al atardecer como verse espectacular.

Ruedo los ojos dejando que se vaya.

Si hablamos de personas con el ego en las nubes, Maxwell Russo es el primero. Para muchas mujeres e incluso hombres, tiende a ser el hombre de su sueños, pero no saben que detrás de eso que muestra, está el lado oscuro que cada persona llevamos dentro.

Nadie es un santo en esta vida y quién aún lo es, tarde o temprano le hará caso al diablo que descansa en su hombro.

La familia del prometido de mi hermana no sabe de dónde viene, no saben de nosotros y ella prefiere mantenerlo así, porque desde hace mucho que no forma parte de ese mundo. Su decisión fue alejarse, la apoyé, la entendí y la voy a proteger siempre, pero desde lejos, porque como dijo Maxwell, mis enemigos se vuelven los enemigos de las demás personas a mi alrededor.

Invirtió su dinero en empresas, en negocios de los cuales la mayoría es London quien se hace cargo, ya que el sueño de ella, es tener hijos, vivir tranquila y no saber del peligro a lo que estamos acostumbrados nosotros.

Más de una vez me rogó que dejará a Ian bajo su cargo, pero me negué, no porque no confiará en ella, sino porque no voy a llevar a Ian por un camino diferente al mío, no le voy hacer creer

que el mundo es bueno, no le voy ocultar lo que le espera cuando la muerte venga por mí.

Aceptar que fuera al colegio fue un gran paso, ya que lejos de mi lo siento desprotegido, si no está con Esmeralda, Leonardo, Enzo, Maxwell o Abel, lo siento en peligro y no estoy dispuesto a poner a mi hijo en riesgo.

La puerta del salón se abre dejando entrar a Esmeralda con un vestido verde largo, el cabello recogido y con un cigarrillo entre los dedos.

—Ve a alistarte, tu hermana te espera. —habla y asiento terminando el trago que dejo sobre el escritorio. —¿Qué pasa con la Maestra?

Me detengo a la mitad del camino.

—¿Qué pasa con qué? —me giro. —La maestra es asunto mío.

Se cruza de brazos.

—Pues como asunto tuyo, espero que no termine mal. —me mira a los ojos dando un paso adelante. —Eres mi hijo y te amo, por ello no me gustaría que cometas una equivocación.

Le beso la frente.

—Sabes muy bien, que un asunto en mis manos, jamás tiene equivocación.

Asiente dejándome marchar sin decir algo más. Subo las escaleras al segundo piso y paso de largo hasta la habitación que siempre utilizo cuando estoy aquí. Al entrar veo a Nathalie de

espaldas hacia la ventana y me acerco a paso lento cuando escucho que suelta un sollozo.

—Ey, ¿Qué pasa? —la toma del brazo para que se gire. Tiene las mejillas rojas y sus ojos azules brillan por las lágrimas que quiere retener. —Nathalie...

Niega apartándose las lágrimas con la mano izquierda, ya que la derecha la tiene extendida hacia adelante.

—Nada, ignorame. —trata de evadirme, pero la tomo de la cintura pegándola a mi pecho.

—Dime. —insisto. —¿Te duele algo?

Me muestra su palma, la cual tiene un rodete rojo entre el dedo anular y el índice.

—Me ha picado una abeja, tu hermana me estaba mostrando unas flores, pero estaba un abeja cerca y yo...me dan mucho miedo, entonces me picó y...—respira. —Le dije rápido a tu hermana que tenía que ir a ver algo en mi maleta, ella me indicó este cuarto, y… olvidalo es una tontería.

Sonrío al ver lo tierna e inocente que se ve con la cara sonrojada.

—No es ninguna tontería, ¿Por qué no me fuiste a buscar directamente? —pregunto llevándola a la cama, dónde me siento con ella en mi regazo. —¿Eres alérgica?

—No, pero el aguijón está dentro de mi piel y aún no sale, no puedo sacarlo...

—Déjame ver. —niega intentando levantarse, pero atrapo sus piernas con una de las mías. —Seguirá doliendo si no sacamos el

aguijón, así que déjame hacerlo.

Cede dejando que vea la zona rojiza, aprieta los dientes y gira la cabeza dejándola en el hueco de mi cuello dónde la oculta. Hago presión rápidamente en el lugar donde está el aguijón y sale.

Lo dejo caer en el suelo y le planto un beso en la palma antes de subir mi mano a su hombro.

—Ya está. —aviso. —Tiene que dejar de doler dentro de un rato.

Me da la cara asintiendo.

—Perdoname, que vergüenza, pero...

Sonrío dejando un beso en su hombro. Tiene puesta una blusa con el cuello redondo y lleva el pelo recogido.

—Todos le tememos a algo ¿No? —sacude la cabeza. — Entonces no hay nada de qué avergonzarte.

Le aparto las lágrimas y acerco su rostro al mío dándole un beso dónde es ella quien lo profundiza cuando me pasa las manos por el cuello. Bajo mi boca a su cuello hasta el inicio de la tela y quiero bajar más, pero no me lo permite.

Una de mis manos busca más piel adentrándose por debajo de la tela que cubre su abdomen hasta llegar a sus pechos, trato de subir la blusa, pero me para.

—Tu hermana quiere que regrese con ella porque me prestará un vestido para la boda. — habla, pero no frena los besos que dejo en su cuello. —No tenía idea de que veníamos a México, ni mucho menos a una boda.

—Si necesitas un vestido, dímelo o cualquier otra cosa, solo pídelo. —busco los broches de su sostén. —Pero déjame tocarte un poco.

—Hunter...

—No tardaremos.

Permite que le alce la blusa y le quito el sostén sin problema. Sus pechos quedan a la vista y desde que los sentí por primera vez se volvieron mi lugar favorito para tocar. Son del tamaño perfecto para mis manos, caben perfectamente en ellas.

Me prendo del izquierdo mientras masajeo el derecho arrebatándole un gemido que me pone dura la polla. Ella busca el cinturón de mi pantalón y la dejo cuando me toca el miembro sobre la tela del bóxer. Busco su boca mientras sus dedos rodean el glande hinchado que logra sacar. Quiero encajarla en él, pero si lo hago, no voy a querer soltarla y como dijo, tenemos que volver afuera.

Su mano sube y baja robándome un jadeo que me vuelve tensas las piernas. Chupo, lamo y muerdo los pezones rosados que son tan hermosos buscando que acelere los movimientos de su mano, la cual se comienza a manchar con el líquido preseminal que brota de la punta de mi falo.

Subo mi mano a su cuello sumiéndome en su boca, los labios los entreabre dejando que mi lengua se enrede con la suya y no quiero soltarla, pero el orgasmo me obliga a bajar la cara a su cuello dónde succiono su piel cuando me dejo ir.

Medio regulo mi respiración buscando su cara, la cual está roja y sus dedos tienen el resto de semen que expulsé. Me mira fijamente a los ojos y se acerca dejando un beso sobre mis labios.

—¿Lo hice bien? —pregunta mirando por momentos el miembro.

—Perfecto.

Ella se pone de pie y yo me guardo la polla dentro del pantalón. Toma el sostén colocándoselo para después terminar de ponerse la blusa.

—¿Dónde hay un baño?

Señalo la puerta que hay dentro de la habitación y camina directo a ella mientras la sigo. Enciende las luces y yo me apoyo en el umbral observando cómo se lava las manos.

El trasero se le marca con los vaqueros que lleva, las zapatillas le dan ese toque de universitaria y si fuera una chica que encuentras por la calle, con los libros que suele llevar en los brazos, si deducirías que es una Maestra de primaria.

Se gira secándose las manos y frunce el ceño sin borrar la sonrisa.

—¿Qué? —inquiere.

—Nada. —contesto. —Regresa con mi hermana que si nota que tardas mucho, vendrá a buscarte.

—Me cae muy bien. —dice caminando hasta estar frente a mí. —Es muy linda, tu madre es muy amable también.

Se acerca pasando sus brazos por mi espalda baja hasta llegar a las pretinas del pantalón.

—Bueno, si te molestan dime. —le aparto un mechón del flequillo hacia atrás.

Asiente dándome un beso en la mejilla, después otro más arriba hasta que llega a mis labios.

—Así que... ¿Este es el lugar donde te sientes bien? —hace un ademán a nuestro alrededor. —Nunca había venido a México.

—¿Y te gusta?

Mueve la cabeza en señal de asentimiento.

—Me encanta. —me rodea apoyando su cabeza sobre mi pecho. —Me gusta conocer el lugar donde te sientes bien, a tu hermana, tu familia.

No respondo, simplemente planto mis labios en su coronilla y la dejo sobre mi pecho un par de segundos, hasta que ella se aparta diciendo que irá con mi hermana.

La observo salir de la habitación.

«Tus enemigos, se vuelven los enemigos de quienes están a tu alrededor.»

Recuerdo las palabras de Maxwell y por más que quiero buscarle una solución a esto, la única que tengo es la que no estoy dispuesto a usar.

Lo correcto no me gusta, no me gusta para nada y no lo voy a seguir, porque cuando algo se me mete en la cabeza, no lo saco nunca.

Capítulo 22

Nathalie Parson

No sé cómo terminé dejando que una chica me maquillara, mientras otra me pinta las uñas y una más me muestra dos vestidos. Uno rojo y otro azul. Ambos se miran muy hermosos y demasiado elegantes.

—Elige el que quieras, considero que el azul te quedará mejor, pero la decisión es tuya. —me dice Hayley mientras se mira frente al espejo y dos chicos le acomodan la cola del vestido. —¿Qué tal luzco yo?

—Estas hermosa. —la observo. —Espero que tú matrimonio esté lleno de mucha felicidad.

—Gracias, Nathalie. —sonríe de oreja a oreja. —Yo espero que esté lleno de niños, quiero que esta casa tenga muchos corriendo por allí.

Los ojos grises resaltan con el blanco del vestido. Es largo, corte princesa, con bordados delicados en la parte de atrás, tiene un velo que cae de su cabello negro y la cola conecta con él. La corona la hace lucir como una reina.

Entro al baño luego de elegir el vestido azul, voy a tomar su sugerencia. Me lo coloco junto a los tacones que saco de su caja completamente nuevos y salgo para verme en el enorme espejo que hay cerca de la ventana.

Tiene las mangas caídas, un escote corazón, es entallado de la cintura para arriba y suelto hacia abajo, tiene una abertura en la pierna derecha y los tacones negros se dejan ver sumándome un par de centímetros de altura.

—Te ves hermosa, Nathalie. —se gira para verme. —Mi hermano quedará con la boca abierta.

Siento mis mejillas arder mirándome al espejo una vez más.

—Cuando Ian nació, mi hermano estaba tan feliz y emocionado. —habla acercándose. —No hay nada en este mundo que no haría por ese niño, igual que todo el resto de la familia Meyer. Yo me enamoré de Ian con esos ojazos azules y ese cabello completamente negro. —me sonríe a través del espejo. —Observé cómo te recibió, eso quiere decir que te tiene cariño.

—Es un niño demasiado lindo, es muy callado, pero respeto eso porque si no se siente bien al hablar, es mejor no presionarlo. —digo. —Y en el poco tiempo que he convivido con Ian y Hunter me he dado cuenta lo mucho que se quieren.

Asiente.

—Solo recuerda que mi hermano es capaz de hacer hasta lo imposible, por las personas que ama. —murmura antes de alejarse.

A mí cabeza viene querer saber sobre la madre de Ian, pero me abstengo a preguntar, ya que no es de mi incumbencia, ni tampoco es el momento.

Los dos chicos que le ayudaron se despiden de ella junto a las chicas que me arreglaron a mí y solo quedamos ambas en la habitación. Ella toma un ramo pequeño de rosas blancas hundiendo su nariz en el con una sonrisa en el rostro.

La puerta se abre dejando ver a cuatro hombres de traje y a Ian con un traje negro puesto. Lo observo a él y después a su padre, quien al verme me sonríe recorriéndome con la mirada de arriba abajo. Me muevo un poco sintiendo que las mejillas me vuelven a delatar.

El segundo es Leonardo, quien se adentra sonriendo y pasando de largo hasta donde está su hermana. El que está al lado de Hunter lo reconozco porque es el mismo que estuvo cuando pasó lo de Ian en el colegio. Pero al que está al otro lado, con una mano sobre el hombro de Ian, no logro hacerlo. Tiene los ojos celestes, una barba recién rasurada y lleva un trago en su mano izquierda. Se me queda viendo, pero evito su mirada porque por alguna extraña razón, me pone nerviosa.

Me muevo a un lado, para que vean a Hayley. Quien debe de recibir toda la atención, ya que está hermosa y es el día de su boda.

—La joya de la familia ha crecido. —habla el que tiene el vaso en la mano. —Estás hermosa, Hayley.

—Gracias, Enzo. —ella le sonríe. —Y gracias por venir.

Él hace un ademán y se bebe el resto del líquido.

Hunter pasa por mi lado acariciando mi brazo para después guiñarme un ojo antes de acercarse a su hermana. Le ofrece su mano y a ella se le vuelven agua los ojos.

—Hoy me caso. —susurra. —Y estoy tan feliz de que estén aquí.

Leonardo le besa la frente y Hunter le aparta las lágrimas.

—Vamos, el día de tu boda nadie va a llorar. —le dice el hombre de cabello castaño. —Y la novia no va a llegar tarde.

—Gracias también a ti, Maxwell. —la morena lo mira. —En serio, estoy tranquila porque formas parte de esta familia y nunca los vas a dejar solos.

—Nunca. —repite él.

Hunter le hace una seña a Ian, quien asiente y me ofrece su mano, la cual tomo mirando a su padre. Le sonrío antes de mirar al pequeño.

—¿Lista? —le pregunta su hermano.

Ella toma una larga respiración y asiente.

—Si.

Hunter y Hayley son los primeros en salir, después lo hace Leonardo, quien al salir se encuentra a su madre, la cual entrelaza el brazo con el de su hijo. Después los seguimos Ian y yo, ya que Enzo nos da el paso, quien me sonríe.

Maxwell viene detrás y al bajar las escaleras, logro reconocer a Abel, quien le guiña un ojo a Ian cuando pasa a su lado. Seguimos por debajo de las escaleras y salimos fuera, dónde está una carpa enorme color blanco (dónde será la ceremonia) las personas se ponen de pie y una canción clásica comienza a sonar cuando la novia pisa la alfombra en color rojo.

Todo está hermoso, las flores decorando el techo son delicadas, las sillas son pequeñas y el sacerdote está justo en medio, dónde al lado dos escalones abajo, está el novio.

Es de piel morena, tiene el cabello rapado y lleva un traje con un moño en el cuello. Hunter llega al final entregando la mano de su hermana y él la ve de una manera tan hermosa, que ni siquiera puede haber palabras para describirlo.

Ian tira de mi mano hacia las sillas de enfrente y nos paramos dejando una libre, ya que Hunter llega a mi lado pasándome un brazo por la cintura. La música termina y el padre da la señal para que nos sentemos.

Cruzo las piernas permitiendo que coloque su mano sobre mi rodilla y me giro para ver a Ian, quien está atento al frente.

—Estás muy guapo. —le susurro y se sonroja.

Le peino el cabello antes de volver la atención al frente. Hunter me mira un momento y me sonríe.

La ceremonia se da por iniciada. Un par de familiares del novio (supongo) son los que se encargan del lazo matrimonial, después otra chica se acerca llevando un velo color caoba que deja sobre las manos de ambos hasta que lo retira doblándolo.

—Todos de pie para los votos matrimoniales. —habla el sacerdote.

Todos nos ponemos en pie.

Hayley es la primera en tomar el anillo, observa al hombre frente a ella sonriéndole con los ojos cristalizados.

—Recibe este anillo, London Hamilton como símbolo de mi amor, de mi ser y de que nunca, pase lo que pase, dejaré de amarte. —comienza. —Prometo estar ahí cada mañana, prometo ser tu amanecer, prometo ser la calma después de una tormenta y lo más importante, prometo ser esa esposa que nunca se rendirá ante

nada. —le termina de colocar el anillo. —Te amo y te amare infinitamente hasta la maldita eternidad.

London toma la mano de ella y antes de acercar el anillo, deja un beso sobre su dorso.

—Hayley Meyer, recibe este anillo como símbolo de las promesas, que te haré ahora y el resto de nuestra vida. —habla él. —Prometo ser el esposo que cuidará de ti, prometo ser el hombre que impedirá tu dolor tanto físico como emocional, prometo ser el amigo que necesites en un día de tristeza o felicidad, así como también prometo amarte ahora, mañana y siempre, hasta que la última estrella se extinga.

Ella recibe el anillo y ambos entrelazan sus manos.

—Hayley Meyer ¿Aceptas por esposo a London Hamilton, para amarlo, respetarlo y cuidarlo hasta el último día de tu vida? —pregunta el cura.

Ella sacude la cabeza.

—Acepto.

El padre mira al novio.

—Landon Hamilton ¿Aceptas por esposa a Hayley Meyer, para amarla, cuidarla, protegerla y respetarla hasta el último día de tu vida?

Él asiente.

—Acepto, claro que lo hago.

—Muy bien, por el poder y la bendición de Dios padre, los declaro marido y mujer, puedes besar a la novia, hijo.

No tardan ni medio segundo en que ambos están colgados del otro dándose ese beso perfecto en una boda.

Los aplausos no se hacen esperar y de ambos lados de la carpa, salen disparados pétalos de rosas blancas que bañan el lugar. Ian se asusta por el sonido y se pasa al frente dejando que le rodee con mi brazo.

El hombre que tengo al lado levanta mi mentón dándome un beso que me deja sin aliento por un par de segundos, ya que después tira de mi mano para sacarnos fuera de la carpa. Ian viene con ambos cuando llegamos a un tipo muelle por un sendero lleno de árboles.

Es demasiado bello.

Hay una tarima justo en el centro, las mesas están alrededor con la vista al mar y a lo lejos se logran ver las olas chocando con las rocas altas que hay en la orilla, el atardecer se está por poner, pero todo alrededor tiene bombillas que solo esperan la noche, para comenzar a brillar.

Hunter me guía hasta una de las mesas con la vista clara a la pista, cerca de la mesa de los novios y yo tiro de la mano de Ian. El artista, (que no logro reconocer) se acerca a Hayley dándole dos besos en la mejilla y saludando al novio.

Tomo asiento al lado de Hunter e Ian se sienta al lado de su padre, quien le guiña un ojo revolviéndole el cabello. Esmeralda viene con Leonardo, quienes nos acompañan y Enzo hace lo mismo trayendo a una chica rubia que se sienta a su lado.

—Démosle la bienvenida a los novios. —habla el hombre al micrófono. —¡Un aplauso!

Todos los aplausos se escuchan al unísono cuando Hayley entra a la pista con London quien le rodea la cintura con un brazo para comenzar el primer baile.

Enzo bebe de su trago mirándome por encima del vaso y aparto la vista girando a ver a Hunter.

—¿Hablas español? —le pregunto porque desde que llegamos me causa curiosidad.

Mueve la cabeza.

—Un poco. —se encoge de hombros. —Mi fuerte es el Latín y el Alemán.

Sonrío desviando la vista hacia los novios topándome con la mirada de la rubia, quien mira fijamente al hombre que tengo al lado mordiendo su labio.

Busco la mano de Hunter entrelazando sus dedos con los míos llamando su atención.

—Quiero escuchar algo. —le pido mirándolo a los ojos.

—¿En qué idioma? —alardea.

Finjo pensarlo, pero no tardó en responder.

—En español.

Bebe de su copa para después acercar su boca a mi oído.

—*Es usted muy atractiva, maestra.* —susurra provocándome cosquillas.

No sé qué dijo, pero me gusta.

—¿Qué significa? —inquiero con la esperanza de que me lo diga.

—Es obvio que no te lo diré. —frunce el ceño.

—Lo averiguaré de todas formas. —digo fingiendo que no me interesa. —Así como estoy aprendiendo latín, puedo aprender español.

Suelta una risa pasándome un brazo por detrás de los hombros.

—Seguro que sí.

La música comienza más alto dándose por iniciada la fiesta. Los meseros se pasean de un lado a otro llevando y trayendo copas, cervezas y champagne que sirven más de una vez. En la mesa piden una botella de Tequila.

Maxwell llega palmeando el hombre de Hunter y se sienta a su lado quitando a Ian, pero lo sube a su regazo molestando cuando le revuelve el cabello y le besa las mejillas.

—Tío, basta. —se ríe, pero Max continúa. —Ya, ya.

Sonrío al verlos y se ve que se tienen mucha confianza, se nota que Maxwell lo quiere demasiado. Desde que conocí a los miembros de esta familia, me di cuenta que Ian es su adoración.

—¿Tienen asuntos que resolver mañana? —pregunta Esmeralda, quien se inclina por la copa de champagne. —Fabio llegó hoy, lo mandé traer por si lo necesitan.

Hunter asiente.

—Es un negocio que no pasa del medio día, ¿Cierto, Enzo? —lo observa esperando una respuesta.

—Si, no pasa del medio día tía. —contesta él.

Miro a Hunter queriendo que me vea también y cuando lo hace frunzo el ceño.

—¿No nos iremos mañana? —preguntó en voz baja.

—Si, pero por la tarde. —responde. —Igual, si te quieres quedar un día más, yo no tengo problema, ¿Puedes cancelar la clase de mañana?

—No, no puedo. No es una cita en un salón de belleza, Hunter. — digo tratando de no llamar la atención. —Es un trabajo y no dejaré a mis alumnos sin clases.

No me responde, solo se concentra en ver hacia la pista y observar a su hermana. Aparto la mano que tenía sobre su regazo inclinándome hacia el frente para tomar la copa que está en mi lugar. La chica rubia le susurra algo a Enzo y este frunce el ceño asintiendo. Se saca el teléfono y se pone de pie.

—Hunter, tenemos que hablar. —le dice.

—¿Qué pasa? —inquiere él.

—Noticias de Rusia.

Rápidamente Hunter se pone de pie y sin decirme nada, los sigue, tanto a Enzo como a la rubia que se va con ellos.

No sé por qué, pero de repente los ánimos se me bajan y lo único que quiero es irme a Nueva York, ver televisión con Danielle y convencerla de pintarse el cabello de morado.

Maxwell se mueve hasta sentarse en la silla que dejó su amigo al lado y trae a Ian con él.

—Soy Max. —se presenta. —Un gusto.

—Nathalie. —le sonrío mirando a Ian. —¿Desde cuándo conoces a Hunter?

—Desde antes de que naciera este hombrecito. —le besa la coronilla. —¿ Y tú?

Miro al frente observando el lugar por donde se fue, pero no está.

—Creo que estabas ahí cuando lo conocí ¿No? El día en el colegio. —le recuerdo.

Asiente.

—Efectivamente, Nathalie. —acerca su mano al vaso sobre la mesa con el líquido cristalino en él. —También eres la maestra favorita de Ian, ¿Cierto, hombrecito?

Ian sacude la cabeza sonriendo.

No sé qué responder a eso, por eso me quedo en silencio. Esmeralda me sonríe cuando la veo y es Leonardo quien se pone de pie invitándola a bailar.

Hayley llega a nuestra mesa, con la atención en Ian.

—Bueno, ha llegado el momento de bailar con el Hombrecito de la familia. —comenta. —¿Puedo?

Él agacha la cabeza, pero es Maxwell quien le susurra algo en el oído que lo hace marchar. Hayley me guiña un ojo antes de llevar a su sobrino hasta la pista.

—Son una familia muy unida. —habla Maxwell. —Todos somos muy unidos, entre familia nunca nos damos la espalda. —recibe dos copas de uno de los meseros. —Así que cualquier cosa que necesites, no dudes en pedirlo.

—Gracias.

Mueve la cabeza en señal de asentimiento y vuelve la mirada al frente. Hunter no vuelve, Ian sigue en la pista tratando de mover los pies sin pisar a su tía y yo es cuando me pregunto qué rayos hago aquí.

Me pongo de pie agarrando la tela del vestido, caminando un poco hasta alejarme de la gente y del ruido. El atardecer está por ponerse y la brisa fresca del mar me hace acariciar mis brazos en busca de calor.

Es que en serio no sé cómo acepté venir aquí, dónde ni siquiera puedo decir que conozco a alguien. Cuando acepto ir con la familia Prince a algún lado, lo hago porque va Danielle, conozco a Andre, Nick, son mis amigos.

¿Pero aquí? Ni siquiera sé qué tipo de "relación" tenemos Hunter y yo. El que le abra las piernas por ahora no tiene un significado y tal vez...

No. Sacudo la cabeza evitando ese pensamiento que solo me causará más bajón del que ya tengo. Me dijo que si lo quería conocer probablemente lo que descubriera no me iba a gustar, pero es que si doy un paso atrás, no significa que dejaré de pensar en él.

¿Que se suponía que hiciera? ¿Quedarme con el "Que pudo pasar"? No tiene caso hacerlo. No voy a mentir al decir que no me gusta estar con él, porque desde que me envió esas flores despertó cierta sensación de mi parte.

Puedo dejar que el tiempo transcurra, pero eso no quiere decir que lo que venga no me vaya afectar, de una manera u otra lo voy a terminar conociendo.

Siento como me toman de la cintura y cierro los ojos un momento al reconocer su perfume que me llega de golpe entrando por mis fosas nasales.

Me giro para verlo, pero mi mirada se desvía hacia la rubia con el vestido rojo despampanante que se empina una copa caminando directo hacia la mesa donde estábamos.

Él también la mira y yo me muevo a un lado para que la vea mejor.

—Me iré mañana, gracias por el viaje, pero tengo que volver a Nueva York. —digo. —Tengo un trabajo, clases, actividades y no puedo faltar...

Asiente, sin decir nada.

—Si tú no te marchas aún, está bien. —me remuevo en mi lugar. —Llamaré un taxi que me lleve directo al aeropuerto y tomaré un vuelo directo a Nueva York.

No sé por qué me enoja que se quede en silencio, pero no digo nada, porque no tiene caso.

¿Qué diré?

—¿Ya acabaste? —pregunta serio. —Llegaste conmigo, te vas conmigo.

—Pero...

—No te vas a montar en un avión comercial teniendo un Jet privado a tus pies, Nathalie. —deja claro. —Así que deja de decir eso.

Me deja sin habla.

Teniendo un Jet privado a tus pies

Las mejillas me arden y aparto la mirada hacia el atardecer. No sé qué decir, no sé...

—Hunter, la respuesta es No, al parecer aún no. —nos interrumpe la rubia.

No hagas caso, no tienes por qué quedar en ridículo ni odiar a nadie.

Me repito eso en la cabeza una y otra vez como un mantra. Hunter se medió gira para verla y es que los pechos casi se le salen.

—De acuerdo, informale a Enzo. —contesta él.

Ella asiente, me sonríe de medio lado y se marcha.

Vuelvo a tomar la tela del vestido para no tropezar y mis planes son alejarme de él, pero me toma de la muñeca atrayéndome a su pecho, dónde quedó a centímetros de su rostro.

—¿A dónde vas?

Trago grueso.

—Me duelen los pies, quiero irme a recostar. —miento. —¿Le puedo preguntar a Ian si quiere descansar ya?

—Es demasiado temprano para que Ian se duerma. —dice. —¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué estás molesta?

—No estoy molesta. —vuelvo a mentir.

Trato de irme de nuevo, pero no me deja.

—Claro que sí, hace un rato estabas pidiendo que te hablara en español y ahora parece como si me quisieras lejos, ¿Qué pasa? —insiste.

No quiero hablar, no quiero hacerlo, solo me voy a poner en ridículo con algo que ni siquiera tiene relevancia. No le voy a dar el protagónico a quien no se lo merece.

—Ya te dije, estoy cansada, pero puedo aguantar un poco más.

No me dice nada y no sé si está enojado, ya que nunca lo he visto de esa forma, pero me indica de nuevo la fiesta con una mano esperando a que camine primero.

Lo hago llegando de nuevo a la mesa y cuando estoy por sentarme, él me toma de la mano llevándome hacia la pista. La canción que está sonando no logro reconocerla, solo permito que Hunter me rodee la cintura con un brazo mientras que con el otro entrelaza su mano con la mía.

Me pega más a él mirándome fijamente a los ojos cuando ambos nos movemos al compás de la música. Siento como el corazón me martillea en el pecho por la mera cercanía y también por el hecho de tener mis labios casi sobre los suyos.

Inevitablemente subo mi mano por su hombro hasta su nuca, dónde con mis uñas acaricio la piel sobresaliente de su cuello.

—Estas muy hermosa. —susurra sin apartar la vista.

—Gracias.

Ya es de noche y las bombillas iluminan la pista, junto a todo el espacio que ocupan las mesas, las barras de dónde vienen los meseros y la comida está ubicada a un lado, para que cada quien tome lo que quiera. Me sorprendió eso, pero según escuché, Hayley así lo quiso.

Cuando la canción termina le da paso a otra, pero esta vez el ritmo es diferente, a lo que Hunter se detiene llevándome con él hacia la mesa, dónde no llego de nuevo ya que alguien me toma de los hombros por detrás.

—Acompañame a bailar, mis amigas están allí. —me dice Hayley cuando me giro.

—Yo no...

Ella mira a su hermano.

—Mi hermano no se pondrá celoso, ¿Cierto?

Él rueda los ojos, me da un beso en la mejilla acercándome a la pista con las manos en la cintura.

—Diviértete. —susurra antes de alejarse.

Ya no está la música en vivo, ahora está solo un DJ quien se encarga de poner una canción latina, pero con un ritmo que en serio está bueno.

Hayley se pega a mi lado alentándome a que mueva las caderas recordándome a Danielle. Muevo las piernas dejándome llevar y levanto las manos cuando el ritmo lo pide.

Hayley suelta un grito y pasamos de ser cinco a ser más de 20 que se mueven al son de la canción. La hermana de Hunter canta en un perfecto español y de repente sale trayendo a Leonardo y Maxwell quienes también hacen ruido creando más ambiente.

La canción cambia en medio de la mezcla que hace el DJ y el sonido de la siguiente es reggaetón a un ritmo más lento, pero sensual. Hayley toma la mano de su novio trayéndolo a la pista y le quita el saco lanzándolo lejos mientras le pasa las manos por el torso.

Le siguen Leonardo y Maxwell quienes se meten al centro dándolo todo en un baile dónde a las chicas se les cae la baba cuando ambos se quitan el saco de forma sexy. Hayley vuelve a mi lado con dos tragos que me invita a tomar, me lo bebo dejando que se lo pase a un mesero ordenando que traiga más.

Desvío la vista hacia la mesa donde estaba Hunter y lo veo de pie con Enzo a su lado. El segundo está fumando con la vista fija al frente y el primero bebe de su trago sin quitarme la mirada de encima.

Le hago una señal para que se acerque, pero niega y no insisto, ya que sé que no vendrá.

Enzo le susurra algo en el oído y él rueda los ojos cuando lo ve alejarse, yendo directo hasta donde está Maxwell, a quien toma por detrás bailando con él pasándole las manos por las caderas.

¿Es gay?

La novia vuelve a llamar mi atención para que vuelva al ambiente que aún no se termina. Bailo más de cinco canciones moviendo las caderas y pasando mis manos por mi cuerpo sobre la tela del vestido.

Me bebo más tragos de los que puedo contar y no sé si estoy ebria o solo cansada, pero mis pies se mueven bajando de la tarima evitando marearme hasta que Hunter me encuentra.

—¿Se divirtió, maestra? —me toma del mentón para que lo vea.

—Creo que bebí de más. — le digo apoyando mi cabeza en su hombro. —Mis pies me duelen.

Me besa la frente soltando una suave risa.

—No lo dudo.

Me pasa un brazo por debajo de las piernas, cargándome y dejando que rodee su cuello con mis brazos. No protesto el hecho de que me cargue, porque en serio no aguanto mis pies y solo quiero una cama.

—¿Estoy pesada? —pregunto jugando con su cabello.

—Para nada. —contesta y no le creo.

—¿Estás seguro? —insisto.

—Muy seguro.

Nos devolvemos por el mismo camino que llegamos y dejo de escuchar la música cuando llegamos a la enorme mansión. La puerta nos la abren y él sube las escaleras aún conmigo en brazos.

—¿Dónde está Ian?

—Esmeralda lo llevó a dormir. —responde empujando con el pie la puerta. Haciendo lo mismo cuando entramos.

Camina hasta dejarme en cama y se agacha clavando una rodilla en el suelo para alzar mis piernas encargándose de las correas de mis zapatos. Los quita dejándolos a un lado y masajea la planta de mis pies sacándome un respiro profundo.

—¿Te ayudo con ese vestido? —pregunta, pero esta vez no lo hace de forma coqueta, ni trata de tocarme. —¿Y bien?

Asiento poniéndome de pie y me giro para que se encargue de bajar las mangas caídas, después continúa hasta la cintura y al final lo termina sacando por mis piernas. No llevo Bra y el cabello apenas me cubre los senos.

Él se quita la camisa que tiene puesta y me la ofrece. Meto una mano y después otra hasta abotonarla solo de en medio. Él se quita los zapatos dejándolos a un lado y aparta los cojines que hay en la cama.

—Entra.

Me subo al colchón haciendo un espacio para él y no tarda en entrar dejando que apoye mi cabeza sobre su pecho desnudo.

—Estoy ebria. —digo. —Pero solo así voy a decir lo que quiero ahora. —con mi dedo formo círculos sobre su tórax. —Estaba celosa de esa rubia con la que andabas.

Me aprieta contra él y yo busco enredar mis piernas con las suyas.

—No me digas.

Siento que eso fue sarcasmo.

—¿Te besó?—cierro los ojos cuando siento sus labios sobre mi cabeza.

—¿Quien? ¿La rubia? —se hace el bobo. —Si, besa de maravilla.

Trato de voltearme, pero no me deja, sino todo lo contrario, me sube a su pecho abrazándome con ambos brazos.

—Estoy bromeando, maestra. —me besa las mejillas. —Duérmete.

Ya no digo nada, porque el mero hecho de escuchar su corazón me hace volver a cerrar los ojos dejándome profundamente dormida entre sus brazos.

...

Cuando despierto tengo un dolor de cabeza que me hace girarme hacia el lado contrario de dónde entran los rayos del sol, pero recuerdo que por mi ventana no entran directamente a mi cama.

Me incorporo de golpe cerrando los ojos por la punzada en mi nuca y me vuelvo a sentar observando alrededor. La cama es enorme, la habitación igual y el recuerdo de dónde estoy me llega.

La habitación de Hunter, en México.

Él no está y en el baño no se escucha la regadera abierta, por lo que me pongo de pie caminando directo a la ducha. Al pasar por el espejo de cuerpo completo que está antes de llegar a la puerta, me observo. Llevo la camisa blanca que él tenía anoche puesta y tomo un poco de tela llevándola a mi nariz dónde aspiro su perfume con una estúpida sonrisa en el rostro.

Me la quito de camino al baño, dónde hay batas, toallas y todo lo que puedo necesitar. Abro la regadera dejando salir el agua tibia y me meto bajo el chorro empapando mi cabello. No tardo mucho dentro, ya que lavo rápido mi pelo, después mi cuerpo y termino cerrando la llave para tomar una toalla.

Me seco el cabello hacía un lado, después el cuerpo y me coloco una bata antes de salir.

La maleta está a los pies de la cama, la tomo buscando algo para ponerme y encuentro un top de tela en color gris, también unos vaqueros tiro alto y me dejo las mismas zapatillas blancas que tenía puestas ayer.

Me acerco al enorme espejo peinándome el cabello, el cual ato en una coleta dejando el flequillo fuera. Me pongo un poco de perfume que empaque y ya lista abro la puerta con el teléfono en la mano.

Tengo una llamada perdida de Zaydaly y dos mensajes de texto de Danielle.

Cierro la puerta tras de mí y me pongo en la tarea de devolverle la llamada a mi hermana...

Pero choco contra alguien y no logro detener mis pies que se enredan, dejando que la persona me atrape entre sus brazos para no caer.

Abro los ojos lentamente encontrándome con la mirada celeste de Enzo Meyer. Me ayuda a ponerme recta aún con la mano en la cintura y no sé por qué, pero me alejo rápido como si su toque me quemara.

—Enzo. —extiende su mano.

La recibo.

—Nathalie. —contesto—Perdón por casi caerte encima, pero es que venía con el teléfono y...

—Por eso nos dicen que la tecnología nos está consumiendo. —se ríe. —No te preocupes.

Muevo la cabeza y me paso una hebra suelta del cabello por detrás de la oreja.

—¿Sabes dónde está Hunter? —pregunto haciendo un ademán con la mano.

Él coloca ambas manos en su cintura y mira hacia las escaleras.

—Salió, pero no creo que tarde en regresar. —responde. —¿Te apetece desayunar algo?

Dudo en decir algo, por dos razones. No lo conozco y no sé si tengo que pensar en que Hunter pueda...

¿Pueda qué? Me regaña mi subconsciente. ¿Puede ponerse celoso?

—¿Ian ya se ha levantado? —desvío el tema. —Me gustaría que desayunara conmigo, si se puede.

Un hombre sale de una de las habitaciones y cuando me ve viene hacia mí. Es Abel.

—Señorita, Ian quiere verla. —se dirige a mí. —¿Me acompaña?

—Si, claro. —me giro a ver a Enzo. —De nuevo disculpa por...

—Si, tranquila.

Sigo a Abel hasta la puerta que me dijo y en cuanto la abre la recámara queda a la vista. Ian está sentado a los pies de la cama y no tiene buena cara.

—Buenos días. —saludo llegando a su lado. —¿Qué pasa?

—La tía Hayley me hizo bailar anoche. —se queja. —Y me duelen los pies, a mí no me gusta bailar.

Forma un puchero y sin poder evitarlo le lleno la cara de besos.

—Pero cuando una bella señorita te pida que bailes con ella, no le hagas el desaire. —le digo. —Que tal que en un futuro Melissa te pida que le concedas un baile.

Él mira a Abel.

—¡Melissa no es mi novia, A!—lo señala sacándome una risa. —Es mi amiga.

—¿Y yo qué dije? —lo molesta el guardaespaldas.

—Nada. —admite en voz baja.

Lo levanto tomando su mano.

—Vamos a desayunar, ¿Si?

Abandonamos el cuarto guiándome por Abel, quien es el que nos lleva directo afuera, dónde está una terraza con la vista hacia el océano. Esmeralda tiene un cigarrillo entre sus dedos, Leonardo una bolsa de hielo en su cabeza y Maxwell bebe su café.

—Buenos días. —hablo llamando la atención de la madre de Hunter.

Ella asiente simplemente y le hace una señal a Ian para que se acerque a darle un beso. Él lo hace sin protestar y yo tomo asiento al lado de Maxwell.

—¿Resaca? —preguntó en voz baja.

—Como no tienes idea. —cierra los ojos un momento. —Buenos días.

Le sonrío desviando la vista a Leonardo, quien levanta su pulgar en mi dirección.

Una empleada me sirve el desayuno, fruta, jugo de naranja y la mitad de un sándwich. A Ian le sirve otro diferente, solo es plátano con un vaso de leche el cual tiene un popote negro.

—Si deseas algo más, pídelo a cualquier empleada. —me dice Esmeralda.

—Si, gracias. —le sonrío y ella me corresponde con la boca cerrada.

Es una mujer muy sería, ya que no la he visto sonreír muy a menudo, pero al parecer todos están acostumbrados a su modo de

ser. Ian mueve los pies en la silla y yo desayuno en silencio.

Maxwell recibe una llamada que no dura mucho, ya que cuelga mirando a Leonardo.

—Vámonos. —se pone de pie. —Provecho.

Ambos se pierden dentro de la casa y yo continúo comiendo, mirando de vez en cuando el mar a lo lejos. El clima está súper cálido.

—Mi hijo me comentó que se devolverán a Nueva York hoy por la tarde. —inicia una conversación, Esmeralda. —¿Es verdad?

Termino de pasarme la comida y asiento.

—Si, tengo que presentarme en el colegio mañana y no puedo faltar. —la miro. —Gracias por recibirme aquí, Hunter no me dijo a dónde me llevaba, pero la verdad me gustó mucho conocer a su hija y a todos los demás.

Estoy siendo sincera, no me esperaba esto, pero tampoco me arrepiento.

—Aquí no tienes que agradecerle a nadie. —murmura apagando el cigarrillo en un cenicero. —Solo a mi hijo si gustas.

—Claro. —dejo el vaso sobre la mesa. —¿Sabe cuándo regresa?

—Antes del mediodía, no pasa de eso.

Miro la hora en el teléfono y son apenas las 8:30 de la mañana.

—*Diligenter.* —la señora Meyer le habla a Ian en Latín.

Mi celular se enciende con una videollamada de Danielle y no quiero rechazarla, por lo que antes de ponerme de pie respondo.

—*¡Cuéntame cómo estuvo la folllada...!* —exclama.

Rápidamente le cuelgo y siento mis mejillas arder deseando que la tierra me trague y me escupa en el hueco más hondo.

—Perdón. —me disculpo con Esmeralda, ya que Ian tiene la mirada sobre su plato de comida. —Es mi mejor amiga y...

—No te preocupes. —bebe de su café. —Y si deseas privacidad, puedes pasear por la propiedad.

—Gracias.

Me pongo de pie cuando el teléfono vuelve a timbrar y está vez sí respondo porque estoy alejada.

—*¿Por qué me cuelgas, estúpida?* —se enoja pasándose la mano por el cabello. —*¡Me desperté temprano en domingo por ti y así me pagas!*

—Danielle, estaba con la madre de Hunter e Ian. — le digo mirando el camino hacia el enorme jardín. —Me hiciste pasar vergüenza.

Rueda los ojos.

—*Ay por favor, ¿Acaso la suegra no folla?* —habla soltando un chasquido con su lengua. —*No creo que a Hunter lo haya traído la cigüeña, no esas cosas me las aclaró mamá cuando tenía 12.*

Suelto a reír.

—Eres imposible.

Está en el departamento, porque reconozco la habitación.

—*Danielle, déjame dormir.* — se queja alguien en la cama.

Mi amiga me muestra la chica que duerme boca abajo entre las sábanas y es que no me sorprende.

—*Si, si, ya me voy.*

Abandona el cuarto caminando con el teléfono frente a ella hasta la cocina.

—*Ahora cuéntame a dónde carajos te llevo, quiero saber.*

Paseo mis manos por las flores que hay en un pequeño cerquillo.

—Estoy en México, me trajo a la boda de su hermana. —le cuento. —Te juro que no tenía idea de esto, Danielle. O sea, de repente estoy en un Jet privado directo a México y la verdad es...

—*Que no te arrepientes.* —termina por mí. —*Tu solo disfruta, que tienes derecho hacerlo.*

—Gracias, Dani.

Me sonríe.

—*Te dejo, que tengo que volver a la cama para despertar antes del mediodía.*

Muevo la cabeza.

—Yo estoy allá por la tarde o noche, no estoy muy segura.

Asiente enviándome un beso antes de finalizar la llamada.

Me giro viendo la enorme mansión frente a mí. No he visto a Hayley y a su esposo, por lo cual supongo que anoche mismo se fueron de luna de miel. Es lo más probable.

Camino por el jardín de regreso a la terraza, dónde no encuentro a nadie, así que me adentro en la casa. Me desvío al enorme salón, dónde está Ian con el cuaderno negro entre sus manos. Me acerco a paso lento provocando que alce la mirada.

—¿Qué haces? —inquiero sentándome en uno de los sofás.

—Escribo.

—De acuerdo...— mueve el lápiz sobre la hoja muy concentrado. El idioma en el que está escribiendo, no es Latín, sino Ruso. —¿Tu padre te enseñó Ruso? —me inclino hacia adelante.

—No, me lo enseñó otra persona.

Asiento dejando que continúe. Tal vez fue Leonardo o Hayley, quienes le están enseñando esa lengua. Le envió un mensaje a Zaydaly quien me responde casi de inmediato diciéndome que está en la tienda comprando pañales para Rose. Me envía una foto de ella quien está mordiendo una sonaja.

Es tan hermosa.

Me paso gran parte de la mañana observando a Ian, quien ahora está dibujando y me giro cuando escucho voces desde la entrada principal de la casa. Es Hayley, quien trae puesto un traje de baño y tiene uno colgando de su mano.

—Te estaba buscando, esto es para ti. —me tiende las prendas. —Pasaremos un rato en la piscina.

—Yo no creo…

Me mira suplicante.

—Solo un rato, en lo que vuelve mi hermano.

Acepto porque no quiero que se sienta mal y camino escaleras arriba hasta la habitación de Hunter, me coloco el bikini en color rojo de dos piezas y me cubro con una de las camisas que encuentro en la maleta al lado de la mía.

Hayley me está esperando abajo con Ian a su lado, quien tiene un bañador puesto y me dejo guiar por la morena hacia la enorme alberca que tiene unas sillas frente a ella. Su esposo está recostado en una de ellas y la hermana de Hunter me anima a quitarme la camisa.

Ian insiste en entrar y lo hago sintiendo que el calor se apaga cuando siento como el agua me cubre. Meto el cuerpo entero alisándome el cabello hacia atrás y tomo la mano del pequeño. Siento que su timidez no es por mí ni por su tía, sino por el hombre que está recostado en el camastro.

Lo animo a que nade un rato y lo hace mientras yo lo observo en la orilla. Hayley sale trayendo un par de bebidas, me ofrece una insistiendo que no contiene alcohol y la acepto dándole un trago.

—¿Hace mucho que eres maestra, Nathalie? —inquiere.

Niego.

—No, este año es el primero. —respondo. —Acepté el trabajo hace casi un mes y estoy muy contenta.

—Me alegra, se ve que te gustan los niños.

—Si, la verdad es que sí.

Pasamos un buen rato en la piscina, le pongo bloqueador a Ian y le pido a una de las empleadas que le traiga algo para que coma. Hayley me saca platica y yo a ella dándome cuenta de la increíble persona que es. London le roba besos a cada nada y ella le responde con el mismo entusiasmo.

Cuarto para la una le digo a Hayley que iré adentro y ella asiente agradeciendo el tiempo que pase con ella.

Al mismo tiempo que me adentro y camino hacia las escaleras, por la puerta principal entran

Hunter, Leonardo, Maxwell y Enzo. Los últimos tres pasan de largo hasta la barra y cuando veo al primero me acerco de inmediato al ver que tiene sangre en el labio.

—¿Qué te pasó? —me acerco reparando el golpe. No tiene más, solo en ese lugar. —¿Estás bien?

—Estoy bien, me pegué con la puerta del auto.

No sé por qué, pero no le creo nada.

Me observa y es que tengo el bikini puesto, el cabello suelta y las gotas de agua caen por el centro de mis pechos.

—¿Y ese bikini?

Me encojo de hombros.

—Hayley me invitó a pasar un tiempo en la piscina con ella.

—¿Estaba London allí? —inquiere.

Frunzo el ceño.

—¿En serio me estás haciendo una escena de celos?

—Solo hice una pregunta.

Ruedo los ojos y le beso la mejilla, dejando que me lleve con él escaleras arriba hasta la habitación.

—Espera aquí. —le pido sentándolo en la orilla de la cama. Camino hasta el baño, empapo una toalla con agua y vuelvo con él. —Déjame...

Tomo su barbilla quitando la sangre seca debajo de su labio izquierdo y después hago presión sobre la herida buscando limpiar mejor.

—Saldremos en 3 horas. —me dice. —Probablemente lleguemos en la tarde a Nueva York.

—Si, está bien. —dejo la toalla de lado y le acaricio la mejilla. —¿Te duele?

—No, estoy bien. —niega. —Me encanta ese bikini.

Entrecierro los ojos.

—Y hace apenas unos instantes no estabas muy contento.

Se encoge de hombros y yo dejo un beso en un lado de su boca, para evitar lastimarlo, pero no se conforma, ya que me toma de la nuca profundizando hasta que su lengua danza con la mía.

—Vístete, te llevaré a conocer un lugar.

No protesto, simplemente hago lo que me pide dejándome llevar hasta donde quiera. En el piso de abajo, él llama a Ian en latín y Abel sale con nosotros. Los tres nos subimos a una camioneta que es conducida por el guardaespaldas.

Ian no dice nada y yo tampoco, mirando por la ventanilla los árboles pasar, nos adentramos a una propiedad y me doy cuenta que es un hipódromo, las letras HM relucen en color oro siendo la entrada de la puerta principal.

La camioneta se estaciona y los tres bajamos. Un hombre con un sombrero se acerca a Hunter dándole la mano.

—*Patron, es un gusto tenerlo por aquí.* —le habla en español dándole la mano.

No entiendo.

—¿Cómo están mis animales? —Hunter observa el lugar. —Quiero mi pura sangre listo para montar.

—Claro señor. —el hombre llama a un chico diciéndole algo y este sale corriendo. —Todo ha estado bien, no hemos perdido sementales hasta ahora, todo marcha viento en popa.

—Excelente.

Se gira para ver al guardaespaldas.

—Lleva a Ian a ver a su caballo, si quiere montar déjalo y vigilalo. —le ordena.

—Si, señor.

Le doy un beso a Ian en lo alto de la cabeza y lo veo marcharse con Abel, quien lo carga en la espalda cuando él se lo pide.

Hunter me jala por un lado de la entrada y caminamos directo a un establo demasiado grande. Las rejas dónde están los caballos parecen de oro y en todas reluce la HM en ellas. Los caballos son hermosos, unos blancos, otros cafés y los negros no pueden faltar.

El mismo hombre sale con un caballo negro, con una trenza tejida a un lado y con la montura color plata. Le entrega las riendas y Hunter le acaricia la cabeza.

—Vamos. —me señala arriba.

Niego dando un paso atrás.

—Nunca he montado en caballo y no quiero que hoy sea mi primera vez.

—No lo harás sola, yo subiré contigo. —espera mi mano.

Dudo, pero tampoco me quiero quedar con las ganas. Acepto dejando que me tome de la cintura empujándome hacia arriba. Caigo de piernas abiertas y suelto un grito cuando el animal se mueve poniéndome muy nerviosa.

—Apúrate. —le digo.

Sonríe poniendo su pie en el estribo y sube quedando pegado detrás de mí. Él se encarga de las riendas y el corazón se me acelera cuando lo siento cerca.

El caballo comienza a andar saliendo por otra de las entradas que dan a un enorme sendero lleno de árboles alrededor. El sol no está tan caliente y el viento fresco me golpea la cara cuando Hunter acelera el ritmo.

—¿Te gusta? —me pregunta pegando su boca a mi oído.

Me giro un poco para verlo a los ojos. No me canso de verlo a los ojos.

—Me encanta.

Dejo un casto beso sobre sus labios.

Continuamos con el paseo saliendo del sendero hasta un pueblo cercano, dónde las casas son pequeñas, las personas pasean tranquilamente y hay niños jugando en un pequeño parque que solo tiene dos columpios.

Con una sola mano toma las riendas y con la otra me rodea el estómago pegándome más a su pecho. Me gusta estar así. Apoyo mi cabeza en su hombro y de vez en cuando me giro para besarle la boca mientras él deja besos a lo largo de mi cuello.

—¿Quieres intentarlo? —me pregunta luego de un rato cabalgando.

—¿El qué? —lo miro con el ceño fruncido.

No me responde, solo me besa la mejilla antes de tomar mis manos y dejarlas sobre las riendas. Me pongo nerviosa negándome, pero él me susurra que no pasará nada, así que me tranquilizo.

Suelto a reír cuando el caballo se va hacia un lado y él tira hacia al otro logrando que siga el camino.

Luego de un rato damos la vuelta y regresamos al hipódromo dónde Ian ya nos espera con Abel cerca de la entrada. Hunter me ayuda a bajar y le entrega las riendas del animal al hombre.

—Nos vemos muy pronto. —le dice y él asiente.

Volvemos a la camioneta hasta llegar a la casa y en la entrada de la mansión está mi maleta, otra más pequeña y un maletín que cuida un empleado. Hunter se acerca hasta donde está su madre y Leonardo.

Maxwell está recostado en una esquina y Enzo fuma al lado de él.

—Nos vamos ya, me llevo a Ian. —avisa él.

—Está bien, me voy mañana y al parecer Maxwell se va contigo. —le responde su madre.

Max tira la colilla de su cigarrillo y se viene contra Ian adentrándose a la camioneta con él.

—Cuidado, por favor. —le pide su hermano.

Él asiente y le da la señal al hombre para que suba las maletas. Me acerco a Esmeralda algo dudosa.

—Gracias por todo. —digo. —Espero volver a verla.

—No lo dudo, Nathalie.

Me sonríe de medio lado. Desvío la vista hasta Enzo, quien se lleva la mano a la frente en un saludo militar y yo solo agito mi mano en respuesta.

Ian se sienta en medio de Hunter y yo y Max está enfrente.

—¿Qué tal te pareció México, Nathalie? —me pregunta el castaño.

Miro a Hunter un momento antes de soltar un suspiro

—Creo que me enamoré.

De México.

Trato de ocultar una sonrisa desviando la mirada hacia la ventanilla, pero de reojo logro ver los ojos azules de Hunter recorrerme el rostro.

Capítulo 23

Nathalie Parson.

Llegamos antes de que el sol se ponga en Nueva York. Aterrizamos en la misma pista, dónde Hunter habla con él piloto mientras Maxwell, Ian y yo bajamos del Jet. Abel se encarga de las maletas y Max me abre la puerta invitándome a subir.

Ian quiere entrar, pero Max lo detiene.

—Tú y yo nos vamos en otra camioneta, Hombrecito. —le dice.

—¿Por qué? —pregunto frunciendo el ceño.

—Es que Hunter te irá a dejar a tu casa e Ian tiene que cenar en la suya. —contesta dando un paso atrás cuando Hunter se acerca. — Me lo llevo, nos vemos en un rato. Un placer conocerte, Nathalie

—Igualmente.

Le hago una señal a Ian para que se acerque a la puerta de la camioneta y lo hace sin dudar. Le aparto los mechones de pelo de la frente y le beso lo alto de su cabeza.

—Te veo mañana en clases, ¿Si?

—Si, *Magister bonus* —responde en Latín.

Su tío se lo lleva y Hunter cierra mi puerta para después rodear hasta subir él. El motor arranca y en menos de un segundo una ventanilla completamente negra sube de entremedio de los asientos para dar privacidad a la parte trasera.

Me giro a verlo y de repente me toma de la nuca pegando mi boca a la suya sin darme tiempo de asimilarlo. Le correspondo el beso moviéndome más hacia él, en serio me vuelven loca sus besos y su cercanía.

Y ese maldito perfume que usa.

Hunde sus dedos en la carne de mi mandíbula ladeando mi cabeza hacia un lado para tomar mi cuello. Cierro los ojos ante la sensación placentera que me comienza desde el centro del vientre hasta el pecho.

—¿Puedo continuar? —susurra sobre mi piel dejando besos húmedos ahora en mi hombro.

—Hunter, no estamos solos...—trato de que mis ganas tampoco me delaten, pero es imposible.

—No te preocupes por eso, nadie verá nada.

Yo misma me echo un poco para atrás y levanto mi blusa dejando que él se encargue de lo demás. Su mirada se oscurece y cuando pienso que me bajará las copas del sostén primero, baja su mano por el centro de mi pecho hasta el botón de mi vaqueros.

Dios.

Sé que ya estoy mojada con solo ese roce, pero quiero que siga y lo compruebe. Trato de no hacer ningún ruido, pero será imposible con el roce de su piel.

Me baja un poco el pantalón, solo hasta que tiene el acceso dentro de mis bragas. Sus dedos rozan mi piel y cuando llega justo al punto más débil, abro más las piernas.

—Hunter...

Sube lentamente su boca por mi cuello hasta que llega a mis pechos, dónde con la otra mano baja las copas del sostén prendiéndose de mi pecho izquierdo provocando que me remueva mordiendo mi labio. Es lento, lo hace tan lento que es una agonía cuando con el mero hecho de sentirlo me puedo correr. Le ofrezco el derecho mientras que mi mano toca la suya que tiene sobre mi sexo y le doy indicios de que la mueva.

Sonríe de medio lado mirando como me tiene y en menos de un segundo mueve sus dedos a un ritmo más elevado. Quiero gritar, porque se siente tan malditamente bien que me voy a dejar ir en cualquier momento.

Lo atraigo a mi boca queriendo acallar mis jadeos, pero no puedo, así que me aferro a él cuando los sentidos se me ponen alerta. Hundo las uñas en el cuero del asiento y tiemblo en sus brazos cuando el orgasmo me toma.

No quiero dejar de sentir esa rica sensación que me nubla los sentidos, quiero seguir, quiero más.

—Más. —le pido con la respiración entrecortada.

No sé qué es lo que piensa de mí o qué imagen le doy, pero sinceramente ahora no me importa, porque quiero sentirlo cerca, así como sé que él quiere lo mismo.

—Aquí no. —sentencia dejando un beso sobre mi boca.

Me abrocho el pantalón y me acomodo el sostén junto a la blusa sintiendo mis pezones arder. No digo nada, porque en serio no sé qué me está pasando.

¿En serio quería tener sexo en la parte trasera de una camioneta y con dos hombres a menos de medio metro de distancia? ¡Soy una maestra! ¡Él es el padre de uno de mis alumnos! Y la verdad no se si esto sea éticamente profesional.

—Señor. —la ventanilla se baja dejando ver a los dos guardaespaldas. —Alguien nos está siguiendo.

Hunter mira hacia atrás rápidamente a lo que yo hago la mismo, pero veo más de cinco coches y no sé cuál es el que según ellos, nos sigue.

—*Verlier es,* Fabio— habla en otro idioma. —*Jetzt*

«Piérdelo, Fabio. Ahora»

No entiendo lo que dice, pero solo sé que es Alemán.

—*Es sind drei Autos, Sir. Ich habe den anderen Männern bereits eine Nachricht zur Unterstützung geschickt.* — habla el tal Fabio.

«Son tres autos, señor. Ya envié un mensaje a los otros hombres en apoyo»

De repente algo impacta contra el vidrio de atrás, pero no lo rompe, dándome cuenta que nos están disparando. Otro impacto llega y suelto un grito.

—Agachate. — me ordena Hunter, es él quien me cubre con su cuerpo y no sé qué rayos está pasando. —*Schnell, weg von ihnen!* —Le grita al chófer.

«Rápido, alejanos de ellos»

La camioneta acelera su paso y trato de no llorar, porque eso no va ayudar en nada. Tengo miedo. Nos están disparando y ni siquiera sé por qué. Hunter no deja que me levante echando un par de miradas por el vidrio de la parte trasera.

—¿Por qué nos disparan? —pregunto aferrándome a su mano.

—No te levantes.

El chirrido de las llantas hace que se me vengan a la cabeza todo tipo de escenarios. Los disparos continúan y el tal Fabio se gira dándole algo a Hunter que logro ver muy bien.

Un arma.

Él la toma en su mano derecha y se gira bajando la ventanilla del auto.

—No, no, ¿Qué haces? —me altero. —¡Hunter vuelve aquí!

No me hace caso y no puedo incorporarme porque su brazo me lo impide. Logro ver qué el otro hombre también baja su ventana y asoma la cabeza hacia afuera como si lo ocurriera fuera algo digno de ver.

La camioneta frena y yo decido cerrar los ojos porque si veo lo que pasa será peor. Escucho más disparos y sigo aferrada a la tela de la camiseta de Hunter sintiéndolo cerca. *No lo quiero soltar.*

No sé exactamente qué pasa, pero cuando él vuelve adentro ya no se escuchan disparos y la camioneta va a una velocidad menos rápida.

Me incorporo, lo veo y las lágrimas me brotan obligándome a desviar la mirada.

—Ey, ¿Estás herida? —pregunta tratando de que lo vea, pero me niego. —Nathalie...

—Estoy bien, quiero irme a casa.

Muevo mi pierna de arriba abajo nerviosa y me abstengo de hacer preguntas de las cuales presiento no voy a obtener una respuesta. Viene a mi cabeza el artículo que leí, pero me niego a creerlo.

No, no puede ser verdad eso, lo habría notado desde hace mucho, además está Ian y...

No.

En cuanto la camioneta se estaciona frente a mi edificio, soy rápida a la hora de bajar y no me importa no traer mi maleta conmigo, simplemente apuro el paso hasta atravesar las puertas de la entrada y justo cuando estoy por subir los escalones, me toman de la muñeca jalándome hacia atrás.

Hunter.

Me lleva directo a la pared y me niego a verlo a la cara porque tengo la mía empapada en lágrimas. *Me siento muy asustada.* Él me acaricia las mejillas apartando el agua salada de mi rostro.

—Hablame, Nathalie ¿Qué pasa? — insiste obligándome a que lo mire.

Tomo aire antes de soltar la pregunta.

—¿Eres un delincuente? ¿Un Mafioso? —suelto la pregunta que daba vueltas en mi cabeza. —Si es así, dímelo ahora y…

Suelta a reír como si le hubiera contado un chiste.

No es gracioso.

—¿Por qué cree que soy un Mafioso, Maestra? —inquiere con cierto tono que me pone mal.

—¡Es que no entiendo que es todo esto! ¿Qué fue lo que pasó allá afuera? ¡Te dispararon! —exclamo. —Saliste como si fueras un experto en armas y yo no sé...yo sé que pensar…

Me paso las manos por el pelo apoyando mi espalda contra la pared.

—Escuchame. —esconde un cabello detrás de mi oreja. —Se utilizar un arma porque nunca se sabe cuándo la puedes necesitar. —habla. — No soy un experto, pero si tengo que usar una para protegerte lo voy hacer ¿Bueno?

Niego esquivando su cuerpo caminando lejos de él.

—Es que no lo entiendo, ¿Quiénes eran? ¿Qué querían? ¿Por qué siento que me estas mintiendo?

Respira hondo antes de responder.

—¿Yo que voy a saber? No te preocupes ya por eso, yo me voy a encargar.

Me giro a verlo.

—¿Cuándo dices que te vas a encargar, te refieres a ir con la policía, cierto? Puedo pedirle a Nick el número de su amigo el Detective, creo que se llama Ethan Vega. —le digo. —¿No sospechas quién pudo ser o por qué?

Niega.

—Ya deja de pensar en eso, estamos bien y sí, yo me encargo de ir con la policía. —me toma de nuevo atrayéndome a su pecho. —Lo que me importa ahora es saber si estás bien, si no estás herida.

Su cercanía no me hace pensar con claridad, pero no me quiero alejar y no sé qué me está pasando, pero...

—Estoy bien, solo me asusté porque...en fin, olvídalo. —sacudo la cabeza.

—Vamos, dilo. —susurra sobre mis labios.

Me rindo, porque no tiene caso mentirle.

—Temí que te pasará algo ¿Bueno? Se que no me debería de preocuparme porque ni siquiera sé a dónde va esto o si ira a un lado algún dia, pero yo…solo me preocupo por ti, Hunter.

Pega sus labios sobre los míos comiéndome la boca en una fracción de segundo. Me es inevitable no echarle los brazos al cuello pegándome más a su pecho y los martillazos de mi corazón hacen eco en mis oídos, disparando todos mis sentidos.

Su perfume me embriaga y debo parar o después no voy a querer hacerlo. Echo la cabeza hacía atrás respirando por la nariz.

—Dime que es lo quieres. —habla mordisqueando mi mandíbula. —Que te hace falta para que confíes en mí.

Comprobar, sacarme de la cabeza los caminos que juegan con desviar lo bueno. Los pensamientos me van a traicionar de un momento a otro y es mejor aclarar todo antes de que las cosas pasen a más.

—Quiero saber exactamente a qué te dedicas, quiero conocer tu lugar de trabajo, solo...ver y sacarme estas dudas de la cabeza.

Me besa los labios ofreciéndome una sonrisa.

—De acuerdo. —asiente. —Vendré por ti el miércoles después de que salgas del Colegio ¿Si?

—Bien.

Se gira sin decir nada más, pero quiero que se detenga y me diga que se cuidará y al ver que no lo hace...

—Cuidate. —digo deteniendo su paso.

Mi maleta ya está a los pies de la escalera y soy yo la que me giro. Escucho sus pasos y el corazón se me vuelve a acelerar cuando siento su presencia detrás de mí.

—Lo haré. —dice dejando un beso en mi cabeza.

Ya no me volteo, porque sé que está vez si se va a marchar. Escucho la puerta cerrarse y subo hasta mi piso adentrándome en mi departamento.

El silencio reina y no sé si es porque Danielle está dormida o salió. Dejo las llaves en la mesita de la entrada y sigo hasta la habitación de mi amiga. No está.

Sigo a la mía dejando la maleta a un lado de la cama y me tumbo en ella abrazando la almohada. Quiero pensar que extrañé mi cama, pero la verdad es que no. Al lado de Hunter siento que son pocas cosas las que extraño.

El fin de semana que pase ha sido el mejor en toda mi vida. La boda, Hunter llevándome a pasear a caballo, pasar tiempo con Ian, conocer a Hayley, charlar con Maxwell.

Juro que no me imaginaba que el primer día de clases conocería a ese niño del que me estoy encariñando, ni muchos que conocería a su padre. No me arrepiento de conocer a Hunter, es demasiado atento, paciente y no sé qué parte no me ha mostrado aún, pero espero que no sea mala.

Tomo una larga bocanada de aire y cierro los ojos al sentir la pesadez sobre mis hombros quedándome profundamente dormida.

...

Cuando abro los ojos mi mirada va directo al reloj digital que tengo en la mesita de noche, el cual marca las 11:33 P.M. No me quiero levantar, pero tengo que hacerlo porque me voy a duchar y después comer algo.

Salgo de la cama descalza hasta el pasillo. Daniella aún no vuelve y por ello busco mi teléfono para llamarla.

No responde y lo vuelvo a intentar cuando ya estoy en la cocina.

—*¿Si?*

No es la voz de Danielle, pero sé perfectamente de quién es.

—¿Damon? —dudo, pero sé que es él.

Tardan en contestar un par de segundos.

—*Eh, sí, yo...Danielle olvidó su celular.*

—¿Cómo que lo olvidó? ¿Estaba contigo? —pregunto sacando el jamón y el queso del refrigerador.

— *Si es que ella y yo...*

—¡NATHALIE PARSON, ME ACOSTÉ CON DAMON! ¡NATH! —grita Danielle desde la entrada.

—*Bueno, ya lo sabes. Adiós.*

Damon cuelga y yo me quedo con la boca abierta cuando veo a mi mejor amiga entrar a la cocina con una sonrisa de oreja a oreja en el rostro.

—¡AAAAAAAHHHHHHH! —vuelve a gritar sacudiendo mis hombros. —¿Escuchaste? Me acosté con Damon.

Está tan feliz que me jala del brazo sacándome del departamento y toca la puerta de nuestras vecinas. *Qué vergüenza.*

La mujer sale atando los cordones de su bata.

—¡Señora Mils, me acosté con el amor de mi vida! —le dice dándole dos besos en la mejilla.

Me echo a reír cuando la señora Mils no sabe qué decir.

—Niña, son casi las 12 de la noche.

—No me importa, yo estoy feliz. —sacude el cabello de la pobre mujer. —Es que si le hubiera visto el…

La señora Mils se sonroja y tira de su mano.

—Entren, tengo sobras de la cena que tuve con Trudy.

La señora Mils y su hermana Trudy viven juntas desde que la señora Mils quedó viuda. Ambas son ancianas y poco salen, más de una vez Danielle o yo les subimos la correspondencia. Son muy buenas personas.

El departamento es igual al nuestro, pero los muebles son diferentes y el enorme sofá que hay en medio de la pequeña sala está tapizado con una cobija de girasoles.

—A pero no soy la única que tuvo acción, señora Mils. —dice Danielle de repente. —Aquí mi mejor amiga se fue de viaje a México con el padre millonario de uno de sus alumnos.

—¡Danielle!

Se gira con una pieza de pan en la mano.

—¿Qué? La señora Mils tiene derecho a saber.

—Tomen asiento, ya llamo a Trudy para que nos haga compañía.

Ella toma camino por el pasillo llamando el nombre de su hermana y Danielle rebusca las sobras que le dijo en el refrigerador. Me pasa un tenedor y ambas picamos la comida.

—Olvidaste tu teléfono en casa de Damon. —informo. —Te llamé y él respondió.

—¿Te dijo? —se inclina hacia adelante. —¿Que te dijo?

Sacudo la cabeza.

—Nada, cuando estaba por hacerlo tú entraste gritando y colgó. —me encojo de hombros. —Hace unas semanas no querías acostarte con Damon y ahora estás feliz, ¿Pasó algo que no me contaste?

Suelta un suspiro.

Siento que después de esto las cosas no irán bien.

Cuando está por hablar las hermanas Mils entran tomadas de la mano y ambas toman asiento en el sofá. Yo me siento en medio de ellas mientras que Danielle se pasea enfrente con el tazón de comida en sus manos.

—Bueno, todo comenzó porque mi hermano Andre, me llamó para que le llevará unos papeles de casa de mi padre, hasta la alcaldía. —inicia. —le dije que sí porque no tenía nada más que hacer, así que fui por los papeles y llegué a la alcaldía donde me tope con Damon.

—¿Quién es Damon? —me pregunta Trudy.

—El amor de su vida.

—Awww.

Le sonrío y le indico con un ademán a Danielle para que continúe.

—Le entregué los papeles a mi hermano y solo lo saludé rápido porque se tenía que ir. Cómo yo había ido en Taxi, pues Damon se ofreció a traerme al departamento, al principio no quería, porque él, pues no me miraba de esa manera que yo quería que lo hiciera. —se encoge de hombros. —Entonces, no quería salir herida, nadie quiere eso ¿Cierto? —las tres asentimos. —Bueno, al final acepté y de la nada se me salió decirle "Y si mejor vamos a tu departamento"

La exclamación por parte de la señora Mils y Trudy me hace voltear a verlas.

—Si, justo así me miró él, señora Mils. —la señala la rubia. —En fin. Fuimos a su departamento y una cosa llevó a la otra que terminé encima de él. —sonríe. —Fue muy lindo, la verdad es que sí. Después yo me asusté, él se quedó dormido, típico de los hombres y yo salí corriendo porque no sabía cómo verlo a la cara y heme aquí.

Come más lasaña fría y me ofrece el Topper con el resto.

—¿Y tú linda? — Trudy tira de mi brazo. —¿También tuviste coito este fin de semana?

Me sonrojo.

—¡Pero si a Nath la delatan las mejillas como un tómate! —me señala Danielle. —Danos detalles, Nath.

—La pasamos bonito en México, conocí a su hermana, pase tiempo con su hijo y...—suelto un suspiro.

La señora Mils acaricia mi brazo.

—Cuidado niña, que esos ojitos parecen querer enamorarse. —dice en susurro. —Y no digo que esté mal, pero hay que tener cuidado, solo eso.

Muevo mi cabeza.

—Solo somos...creo que somos amigos, pero por ahora no pasará a mayores. —confieso —En fin, la pasé bien.

No digo nada sobre lo que pasó después, porque no tiene caso y no quiero preocupar a Danielle. Yo aún sigo sin asimilarlo.

—Bueno niñas, mi consejo es nada más decirles que se cuiden si no quieren un embarazo no deseado. —habla la señora Mils. —Trudy y yo decidimos no tener hijos, pero no nos privamos nunca de nada.

Trudy asiente.

—Exacto y tuvimos muchas "amistades" —ella hace comillas — Que nos decían "Pues si no quieren un embarazo no deseado, deberían tener más cuidado" nosotros nos dimos la vuelta y nunca más permitimos la entrada de personas que solo hablan porque tienen boca.

—¡Esooo Trudy! —Danielle choca los cinco con ella y después lo hago yo. —No, por eso ahora no hay que preocuparnos. —le resta importancia. —Tenemos el implante en el brazo y aún nos falta ¿Cuánto?

Me mira esperando la respuesta.

—Creo que 5 meses, igual hay que confirmarlo con el ginecólogo.

Fuimos juntas a ponernos el implante, porque siendo sinceras, empezamos nuestra vida sexual activa desde los 17 y aunque mayormente Danielle solo tenía sexo con mujeres, yo lo tenía con hombres y no deseábamos un embarazo.

El mundo avanzará cuando nos demos cuenta que cada quien puede tomar sus propias decisiones sobre su vida.

Terminamos la charla con las hermanas Mils y ambas regresamos al departamento. Danielle se trajo el resto de la lasaña y dos piezas de pan que le dio Trudy.

—Sabes que tienes que ir por tu teléfono. —le digo cuando llegamos a la cocina.

—Sabes que me puedo comprar otro. —se encoge de hombros.

Eso es cierto.

—Bueno, yo iré por él y lo tomaré para mí. —la señalo. Giro a la nevera de dónde saco una botella de agua. —¿En serio estás tranquila con lo que pasó?

Suelta un suspiro apoyando su trasero en la barra.

—Si, es solo que...bueno, no esperaba que en serio fuera tan bueno. —hace sonar sus uñas en el borde. —Ambos lo quisimos y estoy consciente de que probablemente esto no cambie nada, así que solo actuaré normal y ya.

—Dani...

—No, en serio. Estoy bien. — sonríe. —Se que si quiero hablar de algo te tengo a ti.

—Siempre me tendrás a mí. —le abro los brazos. —Ven aquí que te extrañé.

Se ríe y se acerca dejando que le dé un abrazo.

—Oye, ¿No tienes ganas de pintarte el cabello de morado? —digo aún sin soltarla.

Ríe de nuevo.

—¿Qué? ¡No! —se aparta mirándome a los ojos. —¿Por qué haría eso?

—Olvidalo.

Si la había extrañado, muchísimo y es que ¿Quién no extraña a su mejor amiga?

Recogemos la cocina, ella lava el plato de la señora Mils y ambas nos despedimos entrando en nuestras respectivas habitaciones, ya que yo tengo que madrugar y ella tiene que recuperar el sueño perdido.

Me doy una ducha rápida metiéndome en la cama con solo una camiseta puesta y sin sostén. No puedo evitar pasarme la mano por los pechos mientras cierro los ojos y recuerdo la boca de Hunter sobre ellos.

¿Qué me está pasando contigo, Hunter Meyer?

Capítulo 24

Hunter Meyer

Observo a Ian desde mi posición, el cómo Abel se encarga de ayudarle con el arco. Guía sus manos a los bordes de la flecha y lo deja solo cuando dispara dando en el blanco.

Me termino el trago poniéndome de pie cuando lo veo dejar el arma de lado.

—¿Qué haces? —llego a su lado.

—Me duelen las manos. —contesta.

Niego tomando de nuevo el arco y se lo paso

—Cinco flechas más y te vas. —sentencio. —No tardes más de un minuto en tomar otra flecha ¿De acuerdo? Necesitas ser rápido.

El guardaespaldas le coloca el carcaj de cuero negro en la espalda. Doy un paso atrás observando cómo se mueve hasta el siguiente punto. Es rápido y ágil al momento de sacar las flechas, las cinco dan en el centro del tiro provocando que choque los cinco con Abel para después venir a mí con la intención de entregarme el arco.

Me agacho apartando los mechones color carbón de su frente.

—Es tuyo, tiene tus iniciales y el símbolo de la familia. —le digo. —Quiero que todas las tardes entrenes con el ¿De acuerdo? Abel te traerá después de clases aquí.

—Si, papá. —asiente.

Se marcha con su cuidador y yo tomo una de las armas que hay sobre la mesa. Reviso el recargue, la paso hacia mi mano izquierda y disparo a los blancos dando justo donde quiero.

Recargo de nuevo y vuelvo a descargar hasta que la lanzo lejos pasándome las manos por la cabeza.

Fabio llega con lo que le pedí y le arrebato la carpeta observando lo que contiene dentro.

—Los demás hombres de seguridad también vieron lo mismo, señor. —me informa. —Todos pertenecían a la mafia Roja, uno de ellos fue capturado, pero bajo tortura solo dijo "Traidor" y "Hermano"

Lo mismo que dijo el tipo que torturó mi madre antes.

¿Qué carajos significa eso? ¿Algún hermano del Boss lo está traicionando?

—Dile a Enzo que investigue por su cuenta lo que pueda sobre esas dos palabras, si tanto las repiten, es porque deben tener algún valor. —ordeno. —Busca entre los mejores informantes también y no te límites, sabes lo que tienes que hacer.

Asiente y se marcha. Saco el teléfono marcando el número del mayor de los Calvers.

—*¿A qué le debo el gusto, señor Meyer?* —responde Isabella Calvers.

—Necesito informes sobre los Ivanovich, ¿Alguna novedad? Me atacaron ayer por el medio día y no pienso quedarme de brazos cruzados.

—¿Y sospecha de su propia gente?

—Yo sospecho de todo mundo, Isabella. —dejo claro. —¿Hay algo de lo que yo deba estar enterado?

—Ambos sabemos que Jordan, como líder que es, tiene un gran historial a la hora de saber de él. —habla*. — No es fácil saber nada relacionado con su vida personal, se le vio hace cuatro semanas en uno de los bares a los que suele ir cada tanto, pero la seguridad del Boss de la Mafia rusa es otro nivel y por lo tanto, no nos podemos acercar mucho.* —hace una pausa. *—Uno de los aviones privados salió de Rusia hasta Polonia y en él iba Thiago Ivanovich, el hermano del Boss.*

Thiago Ivanovich. La reputación de ese imbécil se basa solo en mujeres, peleas y asesinatos a diestra y siniestra.

—¿Y ya no lo pudieron seguir? —pregunto sirviendo otro trago.

—No es tan fácil, perdimos su rumbo cuando subió de nuevo al avión. —suspira. *—Tengo a mis mejores mujeres investigando todo, cualquier cosa te mantengo en contacto.*

—No quiero fallas, la familia Calvers jamás las ha tenido.

—Y está generación no será la excepción.

Cuelgo terminando el trago mientras camino de nuevo a la casa. Fabio me espera en la entrada del búnker y en el interior está Enzo quien tiene el teléfono en la mano.

—Hablé con Isabella Calvers, le perdió la pista a Thiago Ivanovich en Polonia, seguro de allí averiguamos algo. —digo y señalo a Elizar. —Quiero el mejor armamento listo, todo el que tengas, también todo aparato de comunicación que no falle.

—¿Averiguamos? —Enzo se me para enfrente.

—Si, si quieres acompañarme adelante y si no, te quedas averiguando por tu cuenta.

Recibo el aparato que me pasa Elizar y lo observo.

—No, no, no. —el castaño vuelve a alcanzarme. —Esto no es de un día para otro...

—Se exactamente cómo funciona, Enzo. —lo esquivo.

—Entonces sabes que no pueden ver al líder de la Mafia Negra en Polonia, cerca del territorio de los Ivanovich ¿O sí? Voy a ir yo, me llevo a Maxwell conmigo si quieres o Leonardo para más confianza. —sentencia. —Puedes alcanzarnos en Alemania en una semana o dos, pero es mejor que operes desde aquí, aquí no eres un flanco fácil.

No me gusta seguir órdenes de nadie, pero tiene razón y yo no puedo simplemente dejar todo aquí por ir a perseguir a un segundón de la Familia Ivanovich.

Me paso las manos por el cabello y me apoyo en la mesa donde están los cuchillos.

—Está bien, lleva a Leonardo, Maxwell se queda. —lo señalo y asiente. —Equipate con lo mejor y quiero mantener el contacto 24/7 ¿Está claro?

—Si, no te preocupes.

Me palmea el hombro antes de que me dirija de nuevo a la puerta. Sigo de largo hasta llegar a la mansión y en mi despacho, me está esperando el mayor de los Russo con un papel en mano.

—¿Me puedes decir por qué compraste un edificio en el sur de Manhattan, lo mandaste a equipar y contratar personal para un día? —lanza el papel en la mesa.

Tomo asiento desabrochando el saco y me recargo en la silla encogiendo mis hombros.

—Porque quiero y puedo.

Chasquea la lengua asintiendo repetidas veces.

—Claro, es por la maestra ¿Cierto? —da por sentado. —¿Sigues mintiéndole? ¿Por qué no le planteas las cosas como son y te dejas de cosas? Cuando te digo que esto no va a terminar bien, es porque tengo razón.

Giro la silla mirando por el enorme ventanal que da al jardín trasero, dónde la seguridad ronda y es la entrada y salida de los empleados.

—Yo sabré cuando le digo o cuando no ¿Está claro? —coloco dos de mis dedos en la sien dando un suave masaje. —Tú no tienes por qué opinar en esto.

—Estoy opinando porque me preocupo por ti idiota, porque sabes perfectamente como terminaron las cosas la última vez, el cómo...

Me giro para que detenga la plática.

—Nathalie no es Aurora, ella sí sabía lo que conllevaba parirle un hijo al líder de la Mafia Negra. —me pongo de pie. —Aurora tomó sus propias decisiones y yo lo respeté, lo que hizo después fue por cuenta propia, lo sabes muy bien.

Se pasa las manos por el cabello y se acerca hasta la barra tomando una botella de Vodka. Se sirve un trago y uno más para mí.

—¿Te gusta? Vamos, Hunter, somos amigos desde hace muchísimo, puedes confiar en mí. —se detiene a mi lado. —No se te caerán los huevos por admitirlo. He visto la conexión que está formando con Ian y si se marcha ahora el que más saldrá afectado será él.

Bajo la mirada al trago que tengo en la mano un momento.

—Es jodidamente sexy, tierna, inocente...—confieso. —la quiero llevar a la cama una y otra vez, pero todo eso solo...

Me quedo en silencio sin poder completar lo que quiero decir.

Esto es una jodida mierda.

—Sabes lo que tienes que hacer ¿No? si no estás dispuesto a decirle la verdad, solo te queda una opción.

Me termino el trago y asiento.

—Si, cortar esto de raíz antes de que mis enemigos se enteren. —camino hasta el escritorio, en donde del cajón de la derecha saco mi arma. —Ambos sabemos que no sería la primera en pagar los platos rotos de alguien ¿Cierto?

No me responde, solo baja la cabeza y salgo con una sola idea en la mente. La camioneta me espera, es Fabio quien me abre la puerta y le digo la dirección a la que voy.

Nathalie Parson está arrasando con lo que no le compete, pero siento que si no detengo esto, en cualquier momento todo se saldrá de mis manos y solo empeorará todo.

Cuando cortas algo de raíz, no hay posibilidad de que retoñe y eso es lo que yo tengo que hacer. No más fallas, no más nada, simplemente dejar claro lo que desde un principio no debió iniciar.

Es lo mejor, para ella y para mí.

Mi mirada cae en el auto que veo frente al edificio y del cual ella baja. El chico pelirrojo de las fotografías le da la mano ayudándola a subir los escalones y ella le sonríe alejándose.

—Detente, Fabio. —ordeno.

Comienzan a charla, ella niega con la cabeza, él asiente y se despiden con un beso en la mejilla. Aprieto los puños, pero espero a que se vaya para respirar mejor.

Me quedo mirando cómo entra en el edificio, la ventana de su apartamento queda de vista a la calle y aunque no logro ver mucho, las cortinas están recogidas.

—Necesito unos binoculares. —digo. —O la lente de un arma larga.

—Claro señor.

Fabio baja y no sé a dónde rayos va, pero vuelve con lo que le pedí. Bajo un poco la ventanilla observando a través de los binoculares como deja un par de libros sobre el escritorio, se soba el cuello cerrando los ojos en el proceso y es que no puede ser más hermosa y atractiva porque sería una maldita maldición.

Bajo lo que tengo en la mano y el móvil me vibra en el bolsillo. Es un mensaje de la Maestra.

Hola, no quiero sonar impaciente, pero…¿A qué hora pasas por mí?

Se suponía que hoy pasaría por ella para mostrarle mi trabajo. Si tan sola supiera que mi trabajo no es como lo imagina. No soy el bueno que se está haciendo un lugar en su cabeza, soy el malo que no puede enterrarse en su corazón.

Ignoro el mensaje y le ordeno a mis hombres seguir.

Hay que cortar de raíz.

Me paso la tarde en uno de los mejores bares de la ciudad, mujeres van y vienen, Fabio recibe noticias de Enzo y Maxwell me alcanza trayendo con él un maletín lleno de dinero que le doy a las chicas que se encargan de atenderme.

Paso la noche bebiendo, tratando de bloquear cuando el recuerdo de un par de ojos azules me jode con una jaqueca. Por la mañana recibo el café que una de las mujeres me trae, paso a casa a ducharme, me comunico con Leonardo quien le sigue la pista a Thiago Ivanovich y al día siguiente viajo a Detroit para reunirme con Alessandro Bramson, líder del clan Bramson.

—¿A qué le debo el placer de tenerlo por aquí, señor Meyer? —me recibe el mayor de la familia.

—Vamos, somos amigos, ¿Tanto te sorprende mi presencia? —me quito los lentes. —Pensé que encontraría una fiesta.

—Estoy de luto desde que Hayley se casó. —sonríe de medio lado y me da un medio abrazo. —Pero, haré una excepción al tener a mi cuñado aquí.

—Supera a mi hermana cabrón.

—Jamás.

Un Meyer deja huella y Hayley no es la excepción, por lo que no dudaría que Alessandro la siga esperando todos los años que le quedan de vida.

La propiedad es grande, en menos de nada el ambiente se forma y el líder del clan me pone al corriente con todo.

—Mira, tengo cubierta esta parte y mis contactos me dicen que ningún ruso que pertenezca a la Mafia Roja ha pisado Estados Unidos. —señala la mitad del país. —Calvers tiene la otra mitad a excepción de Nueva York que te pertenece a ti y a tu gente, Los Russo están cubriendo parte de Italia, porque mira...sé que tú tienes negocios con Joseph, pero en serio que no soy el único que sospecha de su maldita perfección.

Me empino la botella.

—Joseph Icarhov no es mi enemigo por ahora, pero ¿Sabes qué? Creo que esa duda ya me la están sembrando, así que adelante. —muevo el mapa hasta Europa. —Investigalo y lo que averigües envíamelo, que si Joseph intenta meterse con nosotros, le va a ir muy mal.

—Esperemos estar equivocado, porque no estamos para más enemigos.. —se recarga en la silla. —Además de que ya tenemos al Boss, bueno, tú lo conoces mejor que yo.

—Ni me lo recuerdes. —niego bebiendo de nuevo. —Es un hijo de puta, él y toda su jodida familia.

La llamada de Enzo llega casi al atardecer, mucho antes de bajar a cenar con todos los integrantes de la Familia Bramson.

—Habla. —le digo abotonado mi camisa.

—Malas noticias, Thiago llegó a Estados Unidos, no sabemos muy bien dónde, pero el radar lo detectó en cielo estadounidense. —dice provocando que me vista rápido. —Si no estás en Nueva York, sal rápido para allá, porque no sé si debes confiar en la seguridad del Gobernador y del Alcalde cuando de la familia se trata.

Cargo el arma, la navaja la ato en mi tobillo y tomo el saco saliendo del cuarto.

—¿Solo Thiago o viene Jordan con él?

—Solo Thiago, no hemos tenido noticias del Jefe desde lo que te dijo Isabella.

—Entiendo, deja los hombres que confíes vigilando allá y regresen mañana mismo, necesito seguridad aquí.

—Si, estamos en contacto.

Cuelgo guardando el celular en el bolsillo y bajo hasta el comedor donde Alessandro se pone de pie cuando me ve.

—Thiago Ivanovich aterrizó en territorio Estadounidense hoy, volveré a Nueva York, necesito que te pongas en contacto con los Calvers y cualquier cosa, avísame ¿Está claro?

—Si, largo.

En la camioneta ya me está esperando Fabio, al cual le ordeno que conduzca rápido y al llegar a la pista el piloto ya tiene el avión encendido nada más pongo un pie arriba. El vuelo hasta

Nueva York no dura lo que debería, ya que las exigencias de mi parte hacia el piloto lo aceleran. Cuando piso suelo neoyorquino siento como estoy en casa.

Me divido en la seguridad de Ian, la de mi madre y mando personal extra a México para cuidar a Hayley. La maestra no queda fuera y también envió gente para que la cuiden, ya que no quiero cabos sueltos. Me paso toda una semana entera recibiendo noticias tanto de los Bramson, los Calvers, los Russo y todos los aliados que tengo.

—Señor. —Fabio llega agitado.

—¿Qué pasa?

—Ayer por la noche explotó la bodega donde teníamos la mitad de la entrega del armamento que iba directo a Colombia. —informa. —El lugar ya está lleno de policías, pero no fueron ellos, tiene la marca de la Mafia Roja.

—Maldita sea. —arraso con todo lo que tengo en la mesa. —Dices que fue anoche, ¿Por qué carajos no nos habíamos enterado?

—El personal quedó muerto y los chicos que irían hoy a recoger todo, me avisaron.

Yo me tenía que enterar de esto en el segundo después de que pasó, incluso antes y solo una persona...

—Tenemos que salir —digo. —Tu, Abel y dos hombres más vienen conmigo ¿Está claro?

Fabio asiente.

El teléfono me vibra con un mensaje de la Maestra. Quién me envía uno por día con solo dos palabras.

¿Estás bien?

La ignoro y cierro los ojos apretando el móvil antes de entrar en la camioneta. La madrugada está fresca, meto las manos en los bolsillos del abrigo y soy paciente a la hora de llegar a mi destino.

La propiedad del Gobernador queda a la vista, dos de mis hombres se encargan de darle de baja a los de seguridad, Fabio evita que la alarma salte y yo me adentro en la casa tirando en el piso a uno que baja las escaleras con un disparo en la cabeza.

Subo al segundo piso con el arma en mano, conozco la casa por los planos y sé que habitación es la que me interesa. El alto mandatario de Nueva York está recostado con su esposa a un lado, le hago una señal a Abel para que se encargue de la mujer.

La levanta tapándole la boca y yo coloco el cañón en la frente del Gobernador.

—Buenas noches, señor. —lo saludo. Las luces de la alcoba se encienden y desvía la vista hasta donde está su mujer. —¿En serio creyeron usted y el Alcalde que me podían ver la cara de pendejo?

—No, no sé de qué hablas...

La punta del arma impacta contra su boca sacándole sangre.

—¡A mí no me mientas, cabrón! —lo tomo del cuello estrellándolo contra el espejo que tiene en el tocador. —¡A mí se me informa hasta lo que vas a comprar! —lo empujo a la pared encuellándolo. —¿Si entiendes?

—Solo eres un hijo de puta...—escupe.

Asiento sonriendo cínicamente.

—Si, lo soy. —lo pongo de rodillas. —Y este hijo de puta le dejara un mensaje al puto Alcalde y a todo aquel que se quiera pasar de listo.

Palidece cuando Abel saca a la mujer de la habitación e intenta ir tras ella, pero vuelven a dejarlo en el suelo de un golpe.

—A mí nadie me va a ver la cara y ya que quisiste pasarte de listo, llévale un mensaje al diablo. —apunto directo a su cabeza. —Dile que espero que me tenga las puertas abiertas, porque no dudo que lo voy a visitar.

Suelto el disparo que da por terminada su vida. Me persigno antes de salir de la habitación y en el piso de abajo me espera Fabio junto a Abel quien tiene a la viuda, a la cual le dejo un maletín lleno de dinero.

—Si quiere mantener a sus hijos lejos de esta mierda, tome esto y manténgase callada —le digo. —Que aquí comienza su nueva vida.

Le hago una señal a Fabio para que suelte la alarma y regresamos a la Mansión Meyer donde me quedo en el despacho con la televisión encendida toda la noche.

La primera noticia de la mañana es sobre el Gobernador.

—Esta mañana se dio a conocer la triste y lamentablemente noticia y es que el Gobernador, Edward Castrell fue asesinado en su casa la madrugada del sábado 2 de Octubre del presente año. —habla la periodista — Su esposa no ha dado declaraciones, ya que asegura no tener idea de quién se trata el que hizo este acto. Cada uno de los hombres que cuidaban del gobernador también están

muertos y no se tiene ninguna pista sobre qué fue exactamente lo que pasó.

Cambio de canal.

—El Alcalde Harry Prince dio una declaración al respecto de lo que está pasando. —la imagen del señor Prince sale en pantalla. —No estamos seguros de que fue lo que pasó, Edward era mi amigo mucho antes de ser Gobernador y quién haya hecho esto, se los aseguro que no se quedará sin justicia. No hay que alarmarnos, cualquier cosa yo como alcalde se los haré saber al igual que le daré protección a la familia Castrell. En especial a su Esposa, Virginia y a sus dos hijos, Melissa Castrell y Jonas Castrell.

Los siguientes canales solo hablan de lo que pasó y por ello termino apagando el televisor. Esmeralda Meyer entra en el despacho con un cigarrillo entre los dedos.

—¿Fuiste tú? —pregunta caminando directo hasta estar detrás de mí.

—Sabes que sí, ese imbécil quiso pasarse de listo. —apoyo la cabeza sobre el respaldo de la silla.

Se queda en silencio un momento hasta que supongo termina el cigarrillo y coloca sus manos sobre mis hombros.

—¿Pasa algo? Soy tu madre, puedes confiar en mí. —dice dejando un beso en lo alto de mi cabeza. —¿Tiene que ver con la maestra?

Me pongo de pie evitando mirarla y me encamino a la barra tomando otra botella.

—Hunter...

—No quiero hablar de la maestra, esto no tiene que ver con ella. —doy por terminada la conversación.

Camino fuera del despacho, yendo directo hasta las escaleras y una vez en el segundo piso, paso por la habitación de Ian. Mi hijo yace dormido de lado en la enorme cama con sábanas negras. Me adentro quitándome los zapatos y me recuesto a su lado. Tiene el mismo lunar que tenía su madre debajo del labio, tiene sus largas pestañas y tiene mis ojos.

Nunca ha preguntado por ella, porque para él Esmeralda es más que suficiente, pero no le voy a negar nunca saber de la mujer que le dio la vida, porque a pesar de todo, en el embarazo fue feliz.

Aunque no lo fuera conmigo.

Cierro los ojos queriendo descansar un poco, llevo días sin dormir bien y alimentándome solo con alcohol. No puedo seguir así, debo tener cabeza fría para todo lo que se me viene encima.

...

Despierto comprobando que sigo en la habitación de Ian, quien ya no está en la cama y el reloj en la pared marca las 6:34 de la tarde. Esmeralda se tiene que haber hecho cargo de levantarlo y para esta hora debe de estar con Abel entrenando.

Salgo de la habitación masajeándome la sien y sigo de largo hasta mi alcoba, dónde voy directo al baño, abro la regadera, me quito la ropa y me paro bajo el chorro del agua fría queriendo sacarme todo lo que sea que me esté afectando.

No sé qué carajos me pasa.

Cierro los ojos bajando mi mano por el pecho hasta tocarme el miembro buscando un poco de placer, pero tal acto solo me lleva a pensar en el par de Iris azul electrizante de una persona en especial y termino abandonando la idea.

Salgo, me cambio y bajo a la cocina donde la empleada se sorprende al verme y sale sin decir nada. Tomo lo primero que veo, me preparo un café y observo el periódico que está sobre la mesa.

Las noticias sobre el Gobernador siguen.

—Buenas tardes, bello durmiente. —Max entra palmeando mis hombros y besando mi mejilla.

Lo empujo para que se aleje.

—No estoy para tus pendejadas. —advierto. —¿Hay noticias sobre Thiago Ivanovich?

—No, pero... —levanta el dedo índice. —¿Acaso sabes qué le pasó al Gobernador? Lamentable noticia.

Ruedo los ojos terminando el café.

—Si, lo maté.

Bufa.

—Claro, ya sabía yo. — se pasa las manos por el cabello exagerando los actos, como siempre. —¿Me puedes decir exactamente por qué? ¡Lo teníamos cogido por los huevos, Hunter!

—Porque estaba aburrido, ¿Por qué más va hacer? ¡Es obvio que me dio motivos! —espeto hastiado—Me robaron en las narices, dónde sus oficiales tomaron el cargo de la situación y yo no supe nada, alguno de los dos me tendría que haber avisado ¿No crees?

—¿Y por qué no al Alcalde en lugar del Gobernador?

—Porque el Alcalde me sirve mucho más vivo que muerto, en cambio el gobernador solo estorbaba. —digo. —Y lo del Gobernador, me sirve para que el Alcalde se lo piense dos veces si no quiere terminar igual.

Salgo de la cocina con él siguiéndome.

—No te entiendo, juro que no.

Sigo de largo hasta el despacho, donde me siento frente al escritorio, abro la computadora y cuando estoy por teclear, entra Fabio.

—Señor.

Me pellizco el puente de la nariz.

—¿Qué carajos pasa ahora? —pregunto.

—Usted nos pidió seguir vigilando a la maestra y hace como unos veinte minutos salió en brazos de uno de los hijos del Alcalde y creo que llevaba una mano vendada. —informa disparándome el pulso. —Están en el hospital, pero no pudimos averiguar más.

—¿Y qué diablos esperas? ¡Ve averiguar! — grito poniendome de pie. —Quiero que me sigan dos camionetas. ¿En qué hospital está?

—En el NYC Privado.

Abro uno de los cajones, saco las llaves del primer auto que se me viene a la cabeza y salgo de la casa a toda prisa.

Hoy no recibí un mensaje.

Las dos camionetas están listas para seguirme y acelero metiendo el primer cambio dejando atrás la propiedad. Los nudillos se me vuelven blancos debido a la presión que emerge sobre el volante.

Escenarios de todo tipo me ponen a hervir la sangre y no quiero que ninguno cobre sentido. No pueden cobrar sentido.

Evado las señales de advertencias en la autopista, esquivo los autos y llego hasta la puerta del hospital privado de Nueva York. Espero a que Fabio baje de una de las camionetas, le hago una seña para que averigüe y su forma es la misma que la mía.

Con el arma en mano.

—La están atendiendo señor, al parecer tiene una cortada en su brazo derecho, en la cara interna, ahora mismo tiene la compañía de Andre Prince y Danielle Prince.

Me paso las manos por el cabello.

—¿En qué cuarto está? —inquiero.

—478 B del quinto piso.

Asiento.

—Llévate los autos, el mío déjalo en el estacionamiento subterráneo y espera mis órdenes.

—Si, señor.

Me coloco los lentes, hundo las manos en el abrigo y me adentro en el hospital pasando por recepción. Sigo hasta el elevador,

pulso el número cinco y me apoyo en la pared esperando a que las puertas se abran.

Una enfermera entra en el piso 4 y en el 5 me bajo yo dejándola ahí. Las cámaras están a los lados del pasillo y sé que no tengo que ocultarme, pero más vale prevenir, no quiero sorpresa.

Antes de llegar a la puerta de la habitación, está se abre y me giro dándole la espalda.

—Si, Nick, ella está bien. —es Danielle. — Solo es un corte, estábamos en la cocina y ella se distrajo, se cayó al piso un plato de vidrio, Nath se resbaló y se lo encajo, pero todo está bien.

—Iré por cafés, ¿Vamos? —Andre Prince rodea los hombros de su hermana.

—Si.

Ambos se pierden en el pasillo, yo me quito los lentes entrando en el cuarto.

Mis ojos la buscan a ella, encontrando la cama vacía y la puerta del baño abierta.

—Danielle, ¿Puedes pasarme la blusa que está sobre la camilla? Esta está manchada de sangre. —habla desde dicho sitio.

Busco la blusa, la tomo y camino hasta el umbral del baño. Está de espaldas, con solo el sostén puesto, los vaqueros azules le resaltan el trasero redondo que se carga y Joder, mentiría si dijera que no me la imagine muchas veces.

—Danielle...—se gira y sus ojos caen en los míos volviendo aumentar mi pulso. —¿Qué haces aquí?

Le tiendo la blusa y el movimiento brusco de su brazo le hace formar una mueca. Observo el vendaje que tiene y trato de acercarme, pero da un paso atrás. Tiene el cabello atado en una coleta, el flequillo fuera y sus ojos azules más brillantes que antes.

—Te espero.

Le doy la espalda, porque no quiero que se sienta incómoda y no pienso salir del baño. No dice nada, solo escucho que se viste en silencio, abre el grifo, lo cierra, lo vuelve abrir hasta que me giro para ver lo que hace.

Está secando sus manos.

—¿Qué haces aquí, Hunter? ¿Cómo sabías que estaba en el hospital? —pregunta sin darme la cara.

—No importa cómo lo supe...

—¡Ya no me mientas! —exclama. —Me mentiste haciéndome creer que en serio me mostrarías el lugar donde trabajas ¿Y qué fue lo que pasó?

Doy un paso al frente.

—Eso no es así, no...

—Solo vete, por favor.

Trata de evadirme, pero no la dejo logrando que me vea a los ojos. Tiene los suyos queriendo parar las lágrimas que se están acumulando.

—Oye, oye...—tomo su mentón subiendo mis dedos por su mejilla. —Perdoname, te lo voy a explicar todo...

Aparta mi caricia bajando la mirada.

Está temblando.

—He estado tan distraída estas dos semanas. —dice. —Pensando, en las miles de razones que has tenido para no responder mis mensajes, para no enviarme uno explicando que fue lo que pasó. —sorbe por su nariz. —Y todas ellas, solo me llevan a un camino y es que has obtenido lo que querías de mí, lo que la mayoría de ustedes quiere, Sexo.

—No es así.

—Yo tenía claro todo ¿Sabes? Que solo era sexo, solo fue sexo. —asiente. —Pero, me llevaste a tu casa, conocí a tu madre, me hiciste pasar un fin de semana hermoso, me enviaste flores y una idea absurda fue creciendo en mi cabeza. —ahora niega levantando la mirada mientras limpia sus lágrimas. —No te preocupes, esa idea ya fue borrada, así que por favor, vete y no me vuelvas a buscar.

El ardor en las venas me quema queriendo borrar esas palabras cargadas de razón.

No me debería de afectar, no debería, pero lo está haciendo y no puedo detenerlo.

—¿Es lo que quieres? —la miro a los ojos.

Tarda en responder. Su mirada se pasea por mi rostro, la cercanía le vuelve pesada la respiración y todo parece indicar que miente, pero...

—Si, no me vuelvas a buscar. —señala la puerta. —Porque si lo haces me vas terminar jodiendo y no quiero eso, de verdad no lo quiero.

Tiene razón.

Así que no lo pienso dos veces cuando me alejo, salgo de la habitación y una vez en el auto acelero todo lo que puedo queriendo alejar la mierda de persona que me siento.

Nunca debí conocerla.

Capítulo 25

Nathalie Parson.

Cierro el libro dejándolo sobre la cama y me recuesto de lado mirando por la ventana. Hoy está lloviendo y cae una tormenta horrible afuera. Enciendo la televisión en busca de una distracción, pero solo están pasando las noticias del Gobernador. Danielle solo me trajo al departamento y se marchó, ya que su padre junto a toda la familia tienen que asistir al funeral de Edward Castrell.

Mis planes por la mañana eran ir y saludar a Melissa, ya que aunque sea pequeña, puede comprender que su padre ya no estará más. Pero ver a Hunter...

¿Como fui tan tonta como para creer que en serio él querría seguir adelante? Es obvio que sus estándares son demasiado altos y yo no estoy dentro de ellos, posiblemente no lo estaré nunca.

Me levanto de la cama sintiendo una punzada en el brazo. Me dieron casi nueve puntos y Danielle insistió que el mejor cirujano plástico se encargará de no dejarme una horrible cicatriz. Exagera demasiado a veces.

Voy a la cocina, dónde me preparo un chocolate caliente, siento frío y ni siquiera sé por qué ya que la calefacción está encendida. Cuando regreso a la habitación con la bebida en mano, la dejo sobre la mesita de noche y mi mirada recae en la tarjeta que Hunter me envió con las flores, junto a los otros dos ramos que ya se comienzan a marchitar.

Juro que quiero romperlas, tirarlas a la basura y olvidarme de él, pero no puedo. Ojalá fuera tan fácil como respirar, pero solo cierro los ojos y vienen a mi cabeza, la cena en la terraza de aquel edificio, lo que pasó en el Jet, las flores, el viaje a México, el paseo a caballo, Ian.

Dios, Ian.

Ese niño se robó mi corazón y aunque tengo el consuelo de que lo veré en clases, tengo miedo de que algo pase y no vuelva a ver más.

Bebo un poco de chocolate y lo termino dejando de lado cuando las ganas se me esfuman. Me vuelvo a recostar y cierro los ojos quedándome profundamente dormida.

A la mañana siguiente es Domingo, no tengo mucho que hacer, cuando me levanto Danielle sigue dormida, así que preparo el desayuno, llevo varios apuntes a la sala y reviso varias tareas.

Mi mejor amiga entra en la sala con un café en la mano y me sonríe sentándose a mi lado

—Ya se levantó la belleza de la casa. —abre los brazos rodeándome con uno. —Buenos días, compañera.

—Es la 1 de la tarde. —le informo.

—Sí y es Domingo. —se encoge de hombros. —No seas aburrida, a ver dime qué se te antoja hacer hoy.

Suelto un suspiro.

—La verdad nada. —muevo mi cabeza. —No tengo ganas, pero si tú quieres salir hazlo.

Forma un puchero apoyando su cabeza en mi hombro.

—Mi padre se puso estricto con la seguridad después de lo que pasó con el gobernador. —comenta. —Tengo dos gorilas abajo que no saben hacer otra cosa que no sea espiarme.

—Te están cuidando, Danielle. —le digo. —Dejalos, solo hacen su trabajo.

—Uno de ellos es bastante guapo. —susurra. —Se me quedó viendo cuando subía hasta aquí.

Sonrío.

—Bueno, pues mejor para que no te aburras. —la ánimo.

—No te creas, los que se van aburrir serán ellos, porque no soy una chica muy interesante. —contesta. —Bueno, salvo cuando salgo al bar y me beso con la mitad de las chicas que hay ahí.

—Pues no creo que se aburran, ya que ir a un bar no suele serlo.

—¿Será?

Me encojo de hombros.

—No te he preguntado sobre Hunter, pero...¿Quieres contarme algo? —inquiere acariciando las hebras castañas de mi cabello.

Desvío la mirada a los papeles que tengo sobre el regazo.

—No tiene inicio, pero sí un final. —respondo. —Ya no hablamos, todo acabó. No acabo nada en realidad, porque como te digo nunca tuvo un inicio que pueda explicar.

—¿Qué pasó?

Me inclino hacia adelante recogiendo las hojas sobre la mesa.

—Supongo que no soy su tipo de chica, es mejor así. —me trago el nudo que tengo en la garganta. —No quiero hablar de eso.

Asiente observando cómo recojo las cosas y cuando me giro ella me sonríe de medio lado.

—¿Te gustaba, cierto?

Respiro hondo.

—Eso ya no importa. —le restó importancia. —Estoy bien, en serio.

—De acuerdo. —zanja el tema. — ¿Vemos una película, pedimos comida a domicilio y comemos mucho helado?

Es mi mejor amiga y es la única que me puede animar en mis peores momentos.

—Que el helado sea de Oreo.

—Listo.

...

El lunes está cayendo una llovizna horrible y por lo que miré en las noticias, lloverá toda la semana. Me termino de atar el cabello

en una coleta, me pongo un poco de crema en las manos y salgo de la habitación con la mochila colgada en la espalda.

Danielle está dormida y si la despierto seguro me lanza una almohada. Anoche nos desvelamos viendo películas de Marvel y teniendo una profunda conversación sobre quien era mejor, El Capitán América o Iron Man.

Obvio Iron Man.

Ella y yo somos súper fan de Marvel y eso nos llevaba a ver las pelis en los estrenos. Cómo toda Fan.

Salgo del departamento subiéndome la capucha del abrigo y bajo las escaleras preparándome para correr hasta que vea un taxi. La lluvia está fuerte, pero no puedo faltar al colegio, porque los niños si irán o eso espero.

Casi al final de la calle una chica deja un taxi vacío y yo me adentro soltando un suspiro.

—Buenos días.

El chófer asiente y le doy la dirección del colegio. Me peino el flequillo que está empapado y trato de que no se me vea tan mal. No estoy muy mojada, pero si lo suficiente como para que se note.

Espero no enfermarme, ya que al parecer es lo único que me falta.

Cuando bajo la lluvia sigue igual y apresuro el paso hasta estar bajo el techo del edificio, dónde veo a Matt también llegando con el cabello todo mojado.

Sonrío cuando se sacude como si fuera un cachorro.

—Buenos días, Nath. —me saluda. —¿Qué día, no? Se está cayendo el cielo.

—Eso parece, sí.

Me abre la puerta del plantel y ambos entramos. Mi salón está primero que el suyo y se detiene a mi lado.

—¿Te enteraste lo del Gobernador? —inquiere cambiando su mochila de un brazo a otro. —Bastante fuerte el asunto.

Asiento.

—Si, una lamentable noticia. —hundo las manos en los bolsillos del abrigo. —No pude asistir al funeral, pero espero ver a Melissa hoy y al menos darle un abrazo.

—Si, pobre pequeña. —suspira. —Parece que la ciudad cada día está más peligrosa.

—Todo parece indicar que sí.

El timbre suena dando por terminada la charla.

—Te veo más tarde. —se despide.

Entro en el salón dejando las cosas sobre el escritorio, las gotas de la lluvia se hacen presentes chocando contra el vidrio de la ventana y trato de ignorar el sonido para concentrarme en lo importante.

La herida en el brazo me duele, pero no es algo que no pueda soportar.

La maestra que siempre trae los niños se asegura de que todos estén dentro y el último es Ian, quien lleva un abrigo negro y

con el cuello alzado sobre el uniforme.. Tiene un estiló único y comienzo a creer que todo su armario es negro.

Melissa llama mi atención cuando se sienta al lado de Ian. Lleva el cabello rizado suelto, la falda a cuadros y una sudadera negra con una M en ella.

—Buenos días a todos. — saludo escuchando su contestación. —¿Cómo están hoy?

Esteban levanta la mano.

—Bien maestra, el sábado fui a patinar. —cuenta feliz.

—Me alegra mucho, pequeño. —le sonrío. —Bien, anotemos fecha y día en la libreta ¿De acuerdo?

Todos asienten menos los dos de atrás, ya que Melissa tiene la cabeza en el hombro de Ian y él escribe tranquilo en el cuaderno negro. Me acerco hasta ellos poniéndome de cuclillas al lado de Melissa. Ian me mira un momento, pero no dice nada.

—Hola cariño, ¿Cómo te sientes hoy? —le pregunto despacio.

Se encoge de hombros.

—Mami llora mucho, mi hermano grita y a papi lo metieron bajo tierra. —responde en un susurro. —No sé qué pasa, pero mami dice que papi ya no saldrá en televisión y que ahora estará en el cielo.

Los ojos se me encharcan y le acaricio el cabello.

—No te preocupes por eso ¿Bueno? Seguro tu papi te cuida desde allí y todo estará bien.

El niño de ojos azules, se gira para verla tomando su mano.

—El cielo es bonito. —le susurra él llamando su atención.

—¿Me lo juras?

Ian asiente.

—Te lo juro.

Miro sus manos entrelazadas y solo ruego que el cariño que se están comenzando a tener no se esfume nunca.

Continúo con la clase, trato de que todos participen, Melissa se anima y viene al frente a leer un poco, después vuelve a su lugar y le sigue Esteban, quien puedo notar, le tiene un poco de problema a Ian, ya que no habla.

Cuando salta el primer receso todos salen y yo me quedo en el salón para revisar las actividades que realizaron. Cada viernes envío un correo a la directora con la puntuación que considero que tiene cada uno.

Y hablando de ella, aparece tocando mi puerta. Me pongo de pie en cuanto la veo. Es una mujer bajita, con el cabello castaño y se quita los lentes acercándose.

—Buenos días, Directora. —la saludo moviéndome de lugar.

—Maestra, ¿Que le paso? —señala mi brazo y es que no me acordaba que me había quitado el abrigo.

Bajo la mirada y la vuelvo a subir negando.

—Esto, no es nada, un pequeño accidente. —le restó importancia. —¿Le puedo ayudar en algo?

Se pasea por los lugares observando cada uno de los asientos sin decir nada por un rato.

—Estuve leyendo todos los reportes que me envía cada viernes sobre cada alumno. —comienza. —Creo que está haciendo un excelente trabajo al 99.9%.

Frunzo el ceño.

—No entiendo...

Se gira.

—Ian Meyer, nunca menciona participación de él en clase. —continúa. —¿Tal vez no se siente cómodo con usted? ¿O no le da la oportunidad de participar?

—No, no es eso. —doy un paso al frente. —Ian es un niño muy inteligente, sé que el participar en clase es...es importante, pero él no es de muchas palabras, de hecho le gusta más escribirlas que decirlas. —digo segura. —No me gusta presionar a mis alumnos y quiero que se sientan cómodos...

Ella se cruza de brazos.

—Se que es así, maestra. —asiente. —Pero, ¿No se ha preguntado cuál es el problema del niño al no querer participar en clase? Digo, porque la mayoría de los niños responden a preguntas o hacen amigos.

—Él tiene una amiga, Melissa. —defiendo.

—Ella acaba de perder a su padre, fue asesinado en realidad.

—Disculpe, directora, no sé a qué se debe esto. —soy sincera. —¿Qué es lo que pasa en realidad?

Encoge sus hombros.

—Quiero que tenga una reunión con el padre de Ian Meyer, le hable sobre el comportamiento del niño. —dice. —Llevo casi 15 años al frente de este colegio y ningún niño se ha quedado a mitad de su educación, necesito que Ian Meyer no sea el primero, porque lo único que busca este plantel, es el bienestar del niño.

—Lo sé, pero... Creo que es mejor que hable usted con él ¿No? Yo puedo estar presente, pero la directora es usted, con todo respeto.

Se lo piensa y yo solo ruego porque diga que sí. No quiero estar a solas con Hunter de nuevo. No puedo.

No vas a mezclar lo personal con lo profesional.

—De acuerdo, convocaré a una reunión. —accede —Mañana mismo al terminar la última clase pasa por mi oficina.

—Si, señora.

Antes de salir dice algo más.

—Me gusta cómo trabaja, Maestra. —me mira. —Le gusta lo que hace y se dedica en ello, es por eso por lo que no quiero que se tome esto personal, no tengo nada contra usted.

—No se preocupe, todo está bien.

Sale dejándome en medio del salón pensando una sola cosa.

Tengo que ver a Hunter mañana.

Suelto un suspiro y me aparto todas esas ideas que se forman en mi mente recordando que no voy a mezclar nada, porque ya no hay nada personal entre nosotros.

...

Arrojo las llaves en el tazón que está a un lado de la puerta y me encamino por el pasillo del departamento encontrando a Danielle con un traje color gris puesto. El cabello lo tiene peinado hacia un lado (ya lo tiene un poco más largo) y lleva un solo arete puesto. Muy su estilo.

—Que guapa, ¿Tienes una cita? —le pregunto tomando su mano para hacerla girar.

Forma una mueca.

—Si, pero no de las que me gustaría. —tuerce la boca. —Andre quiere que vaya a presentarme en la fundación de mamá, tengo que firmar algo y dar la cara como la mujer que sigue en la generación de los Prince.

Formo un puchero.

—Lo siento. —acaricio su brazo. —Pero piensa que estarás ayudando a muchas personas, ya que si tú le haces frente a la fundación, está no será cerrada ni se quedará sin fondos.

—Lo sé. —suspira. —Me hubiera gustado hacer esto con mamá por primera vez, pero pues...

—¿Quieres que te acompañe? —sugiero. — Sé que no soy tu madre, pero soy tu mejor amiga y quiero apoyarte.

—¿Quieres? —me sonríe.

—Si, espera deja solo me lavo los dientes y me cambio la blusa.

Asiente y paso de largo hasta mi habitación. Me cambio de blusa, me pongo otros zapatos y me lavo los dientes. No tardó más de diez minutos en dejarme el cabello suelto y salir.

—Lista. —le aviso cuando estoy fuera.

—Lo más seguro es que Andre y Damon nos alcancen allá. —dice ella, una vez que caminamos fuera del departamento—No lo he visto desde que tuvimos sexo, no es que tenga tantas ganas, porque hará preguntas, yo haré preguntas y...—suspira. —Y la verdad no quiero estresarme ahora.

—No te preocupes por eso ahora, lo importante es que te hagas cargo de la fundación y ya lo demás lo vas viendo poco a poco ¿De acuerdo? —la abrazo. —Estoy aquí para ti, siempre.

—Lo sé, gracias Nathalie.

El chófer nos está esperando en la entrada del edificio y en todo el camino no paro de pensar que los minutos pasan, por lo cual no podré retrasar el tiempo para que no llegue el momento de ver a Hunter.

Mi subconsciente me pregunta.

¿Usarías una máquina del tiempo si la tuvieras?

Y mi respuesta sincera es un rotundo *No*.

No la usaría, ya que aunque no quiera verlo, tampoco quiero evitar a toda costa que las cosas sucedan.

Estoy hecha un lío.

Capítulo 26

Nathalie Parson.

Danielle es de las personas que no profundiza un tema, aunque sea importante, siempre dice que si eso va a doler o tiende a ser dañino emocionalmente lo dejemos por encima y ya está.

¿Yo?

Yo no sé si pueda hacer lo mismo que ella, ya que llevo toda la mañana pensando qué rayos voy hacer cuando vuelva a ver a Hunter. Cosa que no debería de causar estrés, ya que no es un encuentro en el que estaremos a solas, pero aun así...

El claxon de los autos que vienen detrás me sacan de mis pensamientos. El taxista mueve la cabeza y acelera cuando el semáforo está en verde.

Me pinté las uñas de color negro, inconscientemente, porque según yo me las pintaría de rojo. Pero de tanto que las raspo unas con otras, la pintura ya va por la mitad como si me hubieran crecido en segundos.

Me paso la mano por la cabeza y con la pantalla de mi teléfono veo el flequillo que deje libre ya que me he recogido el cabello. Traigo puestos unos pantalones negros de mezclilla, la camiseta del colegio y unas zapatillas blancas.

Me digo una y otra vez que entre más rápido pase el tiempo, mucho mejor, dentro de unas horas estaré en casa, mirando la

televisión junto a Danielle y esto quedará en el olvido.

El taxi se detiene frente al colegio y me bajo después de pagarle. Me subo el tirante de la mochila al hombre antes de echar el paso dentro de la propiedad. El edificio tiene la misma fachada de siempre (no sé porque pienso que todo lo que me encuentre hoy será diferente) el guardia en la entrada me saluda con un asentimiento de cabeza y yo subo los escalones en silencio.

No tardan en llegar los niños y quiero tener todo listo en el salón. Entro dejando la puerta abierta, saco la carpeta con las hojas que tengo dentro y me pongo en la tarea de dejar una en cada banco. Coloco la fecha de hoy y a mitad del título llega la maestra con los alumnos.

La saludo como siempre y cierro la puerta cuando el último entra.

—Buenos días. —los saludo. —¿Listos para comenzar el día?

Asienten y yo procedo a dar indicaciones sobre lo que hay que hacer. Las rutinas son diferentes, un día vemos español, otro día Matemáticas, después Historia, Geografía, y así sucesivamente. Cosas pequeñas y no muy complicadas que puedan absorber.

Hoy es día de Matemáticas.

El primer receso llega tres horas después, dónde los observo salir menos a Ian, quien está buscando algo dentro de su mochila. Me acerco a él poniéndome de cuclillas

—¿Qué pasa? ¿Has perdido algo? —inquiero observando sus manos que se mueven dentro de la mochila negra.

—Mi reloj, creo que se me cayó.

—Tal vez lo dejaste en casa, ve a comer que seguro aparecerá después. —le digo acariciando su cabello.

Asiente dejando la mochila de lado y lo veo salir mientras yo me giro para caminar de nuevo al escritorio, pero está se cae haciéndome voltear. Está abierta y varias cosas se salieron, así que me agacho para recogerlas. Dos cuadernos, un lápiz y debajo de la tercera libreta, está un pedazo de papel con letras en latín.

No sé qué dice, pero la curiosidad me gana que termino tomándole una foto con el teléfono. Dejo la mochila en su lugar y me siento en mi escritorio buscando la traducción en Google.

Familia semper coniungenda est

La familia debe estar siempre unida.

Esa frase se repite en mi cabeza una y otra vez pensando una sola cosa y es que los Meyer son una familia unida. Lo comprobé el día de la boda, ya que no se separaban y al parecer la familia de Landon no se llevaba bien con ellos, bueno, esa fue la impresión que me dio.

Suelto un suspiro apoyando la cabeza entre mis manos. No he comido nada y no tengo nada de hambre tampoco, por lo que me paso todo el receso pensando hasta que el timbre suena y los niños vuelven.

Las siguientes horas se pasan lento, Esteban, Carlo y Natasha pasan al frente para resolver un problema, les ayudo en todo lo que puedo, pero son niños con mucho empeño porque no me necesitan tanto.

Ian resuelve todo desde su cuaderno y me trae la hoja evitando así que no le pida que participe. Me gustaría que lo hiciera,

también le quiero decir que si lo hace no le pasará nada, nadie lo va a juzgar si se equivoca, nadie le dirá nada.

Solo tiene que ser él mismo.

El timbre de salida suena, la maestra espera en la puerta a los niños y yo me despido de ellos con la mano. No me demoro mucho en recoger mis cosas, colgar mi mochila en el hombro y salir directo a dirección hacia la reunión que me espera.

La secretaria de la directora me indica que pase y cuando lo hago solo está la mujer de ayer sentada detrás del escritorio.

—Tome asiento maestra, el señor Meyer no tarda en llegar. —indica señalando la silla frente a ella.

El espacio es grande, hay diplomas colgados en un lado de la pared, del lado izquierdo está un estante de libros y el escritorio ubicado en el centro, ambas sillas están muy juntas y cuando trato de empujar la que tengo al lado, la puerta se abre.

Cierro los ojos buscando la calma de mis nervios cuando siento su presencia detrás de mí.

Siento como el ambiente se pone pesado.

—Buenas tardes, lamento el retraso. —habla a mí espalda y solo su voz me causa un sin fin de sensaciones que no puedo explicar.

—Tome asiento señor Meyer. —le indica ella. —Gracias por venir.

No lo volteo a ver, porque solo quiero que esto acabe para irme a casa y no saber nada más por el resto del día.

—Ella es Nathalie Parson, la maestra a cargo del grupo donde está su hijo. — me presenta. *Si supiera que ya nos conocemos y muy bien.* —Maestra, él es el padre de Ian.

Asiento sin moverme y ruego que la directora hable rápido.

—Bien. —ella apoya los brazos sobre el escritorio quitándose las gafas. —Primero que nada, quiero decirle que Ian es un niño muy inteligente, la educación se ve que la ha tenido desde casa, la maestra me comenta que es muy atento, cumple con las tareas e incluso sabe leer mejor que cualquier otro niño de su edad.

—Entiendo.

Hunter tiene la mano izquierda estirada hacia abajo, su dedo índice y el pulgar se rozan con frecuencia dejando ver el anillo completamente negro que tiene grabado una H y una M en el con letras color plata.

No lo había visto antes.

—Pero, me causa llamamiento, que él no participe en clase como los otros niños. —hace un ademán con la mano. —Cada semana le pido un reporte a la maestra y en ninguno menciona la participación de Ian en clase, cosa que no debería de ser así. Todos los niños participan, así sea una vez por semana o cada dos, pero lo hacen y ya llevamos casi un mes y medio de clases...

—¿Él cumple con todo? ¿Le ha faltado el respeto a alguien? ¿No pone atención? —la directora niega. —Entonces la participación está de más, mi hijo es bastante inteligente, la inteligencia viene de familia y los hijos suelen superar a los padres, Ian no será la excepción.

Ella sacude la cabeza.

—Lo entiendo, señor Meyer, pero si Ian participa o se llevará mejor con sus compañeros le ayudaría a crear vínculos, progresar mejor para que en un futuro...

Hunter se inclina hacia adelante, la mano donde tiene el anillo la vuelve puño y muevo rápido la mía tomándola antes de que la levante. Busco entrelazarla y la aprieto evitando que cometa algo de lo que se pueda arrepentir.

Desde donde está ella no mira nuestras manos, cosa que agradezco.

—No voy a obligar a mi hijo a participar si no quiere hacerlo, no lo voy a obligar a nada ¿De acuerdo? —deja claro y se gira para verme. —Maestra...¿A usted le molesta la poca participación de Ian? Dígame y lo saco de aquí ahora mismo.

Sus ojos azules recorren los míos y solo quiero acercarme más para susurrarle que a mí no me importa en lo más mínimo nada, que Ian es perfecto tal como es, que...

Me obligo a volver a la realidad.

—No, yo no tengo problema con nada. —desvío la mirada hacia la directora. —Creo que el niño está en todo su derecho si quiere hacer amigos o no, es su vida y nosotros no vamos a mandar en ella, así que con todo respeto directora, pero el que no hable, no le resta en nada en su educación.

Ella mira de él a mí sin saber que decir por un rato, hasta que al final asiente y cuando se pone de pie, suelto la mano de Hunter removiéndome en la silla.

—De acuerdo. —camina. —Esto no era un reclamo señor Meyer, solo quiero el bienestar de los niños en este colegio y si

necesitan ayuda con algo, este plantel cuenta con medidas de ayuda de todo tipo.

Hunter se pone de pie asintiendo.

—No lo dudo, pero con todo respeto, de mi hijo y de su bienestar, me encargo yo ¿Queda claro?

—Si.

No sé porque piensa que la reunión se da por terminada, pero abre la puerta y espera a que yo salga primero para salir él.

Quiero buscar una excusa para quedarme más tiempo dentro y que se marche él primero, pero no la tengo, entonces veo a Matt salir de uno de los salones, un rayo de esperanza.

Apresuro el paso, lo veo colgarse la mochila al hombro y...

Me toman de la cintura llevándome por el siguiente pasillo sin soltarme. Es Hunter, no dice nada, yo trato de hablar, pero estoy tan absorta que no pronuncio palabra. Baja los escalones conmigo, me abre la puerta de la camioneta esperando que suba y no me muevo.

—Me voy, gracias por asistir a la reunión señor Meyer. —le digo girando, pero me toma de la muñeca llevándome contra su pecho. —Suéltame, me tengo que ir.

Es más alto que yo, no mucho, pero lo es y el que sus ojos me miren como lo hacen solo me aumenta todo lo que no puedo explicar.

—Te llevo a tu casa. —dice.

Niego.

—No, gracias, pero yo me iré por otro lado, tengo cosas que hacer.

Me aprieta más fuerte contra él.

—¿Ah, sí? ¿Con quién? ¿Con el estúpido pelirrojo? —increpa con rabia.

No puedo creer lo que está diciendo.

—¿Acaso te importa? —devuelvo. —Suéltame, Hunter. Te dije que me dejaras en paz.

—Súbete y hablamos dentro, pero no me voy a mover de aquí hasta que no entres. —sentencia y no sé por qué, pero le creo.

No protesto más y entro dejando que sea él quien cierre la puerta, mientras rodea la parte delantera del auto para subir por el otro lado. Lleva solo una camisa negra y un pantalón de mezclilla, se puede decir que se ve informal, pero la verdad es que se ve jodidamente sexy.

La camioneta arranca y yo coloco mi mochila sobre mi regazo sin ganas de decir algo. Me miro las uñas, después entrelazo mis manos y las cambio de posición sin encontrar una cómoda.

De repente siento ganas de vomitar, pero sé perfectamente que son los nervios que él me provoca. No debería de estar aquí.

—¿Cómo estás? —pregunta luego de un rato.

No respondo, porque temo no poder tragarme el nudo que tengo en la garganta. Solo miro por la ventanilla sin decir nada.

«Le pedí que se alejará, eso es lo que tiene que hacer»

—Se que no quieres verme, pero...

Lo interrumpo.

—Solo quiero que me lleves a casa, por favor y que me dejes en paz.

Cierro los ojos cuando siento una punzada en mi cabeza y me masajeo la sien tratando de detener el dolor. No dice nada más y lo agradezco porque no me estoy sintiendo nada bien.

Y es por su culpa.

El colegio no está tan separado de mi departamento, así que no tarda mucho la camioneta en estacionarse frente a este. Me bajo sin decir nada y camino rápido subiendo los escalones.

Cierro los ojos al sentir otra punzada, mi mano viaja al filo de la puerta para empujarla, pero el mareo que me abarca me lleva al suelo, dónde me quedo viendo el cielo nublado hasta que mis ojos se vuelven a cerrar sumiéndome en una oscuridad.

...

Escucho ruido a lo lejos.

Mis oídos zumban, no logro alinear las voces que oigo, solo son murmullos sin sentido. Siento la boca seca, los párpados pesados y mi mano busca rascar la picazón que siento en la oreja izquierda, pero no puedo.

Me remuevo en la cama en la que estoy, no es la mía, pero es demasiado cómoda, tengo una almohada tan suave debajo de mi nuca que solo busco moverme un poco para acomodarme mejor.

Tengo sueño.

De repente siento como alguien me aparta el cabello que tengo a un lado de la cara provocando que abra los ojos. Parpadeo un par de veces hasta aclarar mi vista, encontrando la mirada azul de Ian frente a mí.

¿Qué...?

Sigue acariciando mi cabeza como si fuera lo más normal del mundo. Me sonríe un poco y acerca sus labios a mi frente dejando un beso en ella. Paseo la vista por la habitación, no es difícil deducir dónde estoy y con quién estaba antes de bajar de la camioneta.

Estoy en casa de Hunter.

Me incorporo un poco, Ian se apresura a tomar una de las almohadas que están en los pies y me la coloca atrás haciéndome una señal para que me apoye en ella. Tengo una vía conectada en mi brazo izquierdo, también hay un monitor que al parecer se encarga de leer mis latidos.

—¿Quieres agua o jugo? —me pregunta él llamando mi atención. —Papá dijo que si despertabas, te ofreciera algo de beber.

No tengo idea de por qué, pero los ojos se me humedecen con lo lindo que es. Acaricio su mejilla mientras asiento.

—Agua, cariño. —contesto.

Se baja de la cama rápido caminando hacia una pequeña mesa donde está una jarra de agua, sirve un poco en un vaso de vidrio y me lo trae.

—Gracias. —susurro dándole un trago. —¿Dónde está tu padre?

—Regresa en diez minutos. —responde. —Mi tío Max le pidió que saliera.

El trago de agua me revuelve el estómago y decido ya no beber más, por lo que dejo el vaso a un lado en la mesita de noche. La habitación es grande, tiene un balcón, las cortinas color caoba están recogidas, las sábanas de la cama son grises y hay otra puerta la cual supongo es el baño.

—Ven. —le pido extendiendo mi mano. Me hace caso subiéndose a la cama. —¿Me viste llegar aquí?

—Si, papá te trajo en brazos, un doctor llegó y te sacó sangre. —explica. —La abuela Esmeralda también estuvo aquí y el tío Enzo afuera.

Vaya, llame la atención de toda una familia.

—Estoy bien, tranquilo.

Eso espero.

Él se encarga de encender el enorme televisor que está colgado de la pared, busca algo que ver y deja una película que no entiendo porque ya está empezada.

Tengo que irme, pero no tengo el valor de quitarme la vía. La sangre me causa cierta incomodidad. Pienso en llevarme la bolsa de

suero, pero seguro voy a parecer una loca por la calle con una bolsa colgando.

La puerta se abre dejando ver a Hunter. Mira a su hijo quien está a mi lado y se acerca rodeando la cama.

—¿Cómo te sientes? —pregunta tomando mi mano. —¿Te duele algo?

—No, estoy bien. —respondo en un susurro. —¿Por qué me trajiste aquí?

Se sienta.

—Te desmayaste en la puerta de tu edificio, no pensarás que te iba a dejar tirada. —murmura. —El médico dijo que enviaría los resultados de los exámenes mañana, pero todo parecía indicar que no habías comido ¿es cierto?

Suelto un suspiro.

—Anoche no cené y hoy no probé un bocado en todo el día, pero me siento bien, ya me puedo ir a casa. —digo. —Solo quítame esto. —señalo la vía.

Se levanta sin responder nada, sale dejándome con Ian y no tarda en volver.

—No te vas a ir de aquí hasta que no comas algo.

Niego.

—No tengo hambre, comeré algo en casa. —hablo. —Quítame esto por favor, necesito ir al baño.

Duda, pero al final revisa la bolsa, solo le resta un poco de líquido, aparto la mirada cuando toma un algodón. Sus dedos fríos rozan mi piel, hasta que siento la aguja fuera.

Cierro el brazo haciendo presión donde estaba el punto y me pongo de pie. Camino al baño, trato de cerrar la puerta, pero el pie que veo me dice que no lo voy a lograr. Me detengo frente al espejo, tengo la coleta mal hecha, así que me la hago de nuevo peinando con mis dedos las hebras rebeldes. Cuando estiro los brazos siento una punzada debajo del ombligo que me encoge, pero se me pasa rápido, así que la ignoro.

Me lavo la cara, las manos y me seco con una de las toallas que encuentro en la repisa. Salgo encontrando a Hunter a un lado de la puerta.

—¿Qué quieres comer? —inquiere. —Te dejaré ir si comes algo.

Sus ojos al igual que el color del cielo azul, me llevan a pensar un millón de cosas, pero la que me abarca ahora es *«Se preocupa por mi»*

¿Por qué? No lo sé.

Aparto esos pensamientos que solo me llevan a hacerme ilusiones con algo que no es.

—Lo que sea. —lo miro. —Que sea poco, no tengo mucha hambre.

—De acuerdo. —asiente levantando su mano hasta tocar mi cabello.

Evito a toda costa su mirada, *No voy a caer de nuevo y no voy a hacerme ilusiones con algo que no es.*

—¿Dónde están mis cosas? Quiero mi teléfono. —formo una mueca al sentir de nuevo la punzada.

Hunter me toma de la cintura y su mano vieja a mis mejillas, las cuales toca causando escalofríos en mi cuerpo.

—Tienes fiebre. —comenta. —¿Qué te duele?

Me remuevo cerrando los ojos un momento. Su brazo me sostiene y no quiero abrir la boca porque siento que voy a vomitar. Tomo una respiración profunda tratando de ahuyentar las ganas.

—Estoy...

La oleada de vómito que me abarca no me deja responder, porque me muevo hacia el baño rápido sacando todo. Hunter me sostiene rodeando mi estómago y yo saco más cuando la punzada que sentía debajo del ombligo se pasa hacia el costado derecho del vientre.

—De acuerdo, es todo, nos vamos al hospital. —demanda tomándome en brazos cuando termino de vomitar.

La vista la tengo medio borrosa, logro escuchar como le dice algo a Ian y el dolor que me recorre el estómago me saca un grito.

¿Qué me está pasando?

Estoy sudando, siento el cuerpo caliente y el vómito me vuelve alcanzar que rápido giro la cabeza, Hunter se percata de lo que voy hacer bajándome con cuidado y yo dejo salir los jugos gástricos que me queman la garganta.

—¡Fabio, quiero una camioneta ya! —escucho que ordena. —Tranquila. ¡Rápido!

El auto se estaciona, él sube junto conmigo y yo solo cierro los ojos cuando el dolor se vuelve más intenso. Quiero que pare.

Mis pensamientos van y vienen, el dolor no cesa y las náuseas aumentan en el camino. No sé exactamente cuánto tardamos en llegar al hospital, pero Hunter me baja en brazos, discute con alguien hasta que me dejan en una camilla.

Pataleo presa del ardor, alguien toma mi brazo izquierdo dónde tenía la vía antes y vuelven a conectar una nueva.

El dolor no me deja concentrarme y escucho solo palabras distorsionadas.

Dolor

Infección

Urgente

Cirugía.

Los ojos se me vuelven a cerrar dejando mi mente en blanco.

...

La luz en el techo me ciega por un momento, hay silencio a mi alrededor. Parpadeo tres veces aclarando la vista paseando la mirada por el cuarto donde estoy.

Es blanco con café. Hay una pequeña televisión, un sofá para dos personas, una ventana con las persianas levantadas (afuera es de noche), del lado izquierdo está una silla y en ella observo a Hunter quien tiene la vista en su celular.

Trato de moverme pero el dolor en el mismo lugar que hace rato, me tumba.

—Ey, no te muevas. —el hombre que tengo al lado se pone de pie tomando mi mano. —¿Cómo te sientes?

Arrugo las cejas.

—Cansada. —paso saliva. —¿Dónde estoy? ¿Qué me pasó?

Apoya una mano al lado de mi cara, hundiendo el puño en la almohada.

—Estás en el hospital, te realizaron una cirugía de urgencia.

¿Qué...?

—¿Cirugía? ¿Por qué? —inquiero.

—Apéndice.

Ay dios.

Cierro los ojos un momento, para después tratar de levantar la bata y comprobar por mí misma que es verdad. Tengo una venda en el estómago, no llevo ropa interior debajo, así que rápido me cubro.

—Danielle tiene que estar preocupada, necesito avisarle, ella vendrá y tú te podrás ir. —digo. —¿Me puedes prestar tu celular?

Lo saca de su bolsa tendiéndomelo.

—No me voy a ir, puedes decirle a Danielle que venga, pero aun así no me iré. —habla.

Y le creo, pero aun así quiero avisarle a mi amiga quien tiene que estar preguntándose dónde rayos estoy.

Responde al tercer timbrazo.

—*¿Hola?* —duda al hablar.

—Soy Nathalie...

Suelta un grito.

—*¡Estaba preocupada por ti! ¡No llegaste a la hora de siempre! ¿Qué te paso?* —inquiere preocupada.

Suelto un suspiro.

—Es una larga historia, pero estoy bien. —contesto. —Estoy en el hospital, me...me realizaron una cirugía.

—*¿Qué? ¿Como así?* —exclama—*Voy para allá, ¿Fuiste tú sola al hospital?*

Miro de reojo a Hunter, quien ahora echa una mirada por la ventana con una de sus manos hundida en su pantalón de mezclilla.

—No exactamente, no. —me muerdo la uña del dedo pulgar —Hunter me... él, habló conmigo en la escuela y...me trajo aquí.

Otro grito.

—¿Ya volvieron? ¡Qué bueno, porque ya les estaba formando el ship! —comenta. *—Yo supongo que estás en buenas manos, pero si quieres que vaya para allá, voy ¿De acuerdo?*

—No, no es necesario Dani. —niego. —Supongo que me darán el alta mañana y ya me voy a casa...

Hunter me arrebata el teléfono en un dos por tres sin permitirme decir algo más.

—¿Danielle? —habla pegándose el aparato en la oreja. —Soy Hunter, si... Ajá si, ella está en buenas manos. —se ríe *¡Se está riendo con Danielle!* —Claro, puedes pasar a verla mañana en mi casa, le diré que te envíe la dirección. —asiente. —Claro, no te preocupes, adiós.

Cuelga y yo lo miro mal.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué me lo quitas? —estoy molesta y no sé por qué. —Mañana me iré a mi departamento, no a tu casa. —dejo claro.

Se guarda el teléfono en la bolsa del pantalón acercándose.

—¿Quieres comer algo? — mira la hora en su reloj. —Son casi las diez, ¿Tal vez una gelatina?

Como se nota que nunca ha tenido una cirugía.

—¿Por qué haces esto? —lo corto mirándolo a los ojos. —¿Que te ganas con ser amable con alguien si al final todo termina antes de empezar? Te dije que me dejaras en paz, ¿No puedes hacer eso?

Mi pregunta lo deja desconcertado un momento. Da un paso atrás pasándose la mano por la cabeza y no me responde.

—Quiero dormir, ¿Puedes bajar la luz? —le pido cerrando los ojos cuando una punzada me llega a la herida. —Quédate si quieres, pero no te voy a detener si te quieres marchar.

No responde y ya me estoy comenzando acostumbrar a su silencio. Así que me muevo lo poco que puedo en la camilla rogando que el sueño me venza pronto.

Capítulo 27

Hunter Meyer.

Sigue dormida cuando una enfermera llega a revisarle la herida por la mañana. Es pequeña, pero al menos debe tener una semana de reposo absoluto, tomar los medicamentos y descansar.

Tiene la vía conectada en el brazo izquierdo, se remueve levantando la mano, pero soy rápido a la hora de detenerla evitando que se lastime. Sus dedos están fríos, tiene la pintura en sus uñas color negro y sonrío al ver que la mitad está en blanco.

Me hace imaginarla nerviosa horas antes de mi llegada al colegio.

Me recargo en la silla extendiendo mis piernas. No sé qué carajos me está pasando, pero mi cabeza no para de pensar en ella, las preguntas que hace en serio tienen una respuesta, pero no me atrevo a decirla.

No por ahora al menos.

Poco a poco va despertando, aclara su vista y cuando me mira cierra los ojos un momento

—¿Cómo te sientes? —le pregunto apartándole los mechones que tiene a un lado de la cara. Se relame los labios gruesos soltando un suspiro. —¿Necesitas algo?

—Estoy bien. —responde, baja la mirada a nuestras manos, pero no la aparta. —Tengo hambre.

—Ahora mismo pido que te traigan algo, el doctor me dio una dieta que tienes que seguir al pie de la letra y Grace se hará cargo de ella.

Frunce el ceño.

—¿Grace? ¿Quién es Grace? —inquiere con cierto tono que me gusta.

Reprimo la sonrisa.

—La cocinera de la mansión.

—Ah.

Se mira la vía, forma una mueca y yo me encargo de pedirle a una de las enfermeras que le prepare algo de comer.

—Necesito ir al baño. —dice mirando la puerta. —¿Me ayudas?

Le quito la sábana que le cubre las piernas, bajo la bata que se le había subido, tomo la bolsa con el suero y le paso un brazo por la espalda sosteniendo su peso al ponerse de pie.

Los pasos son lentos, se apoya en mí y no la dejo sola ayudándola a sostener la tela cuando se sienta en el retrete.

—Cierra los ojos, me da pena. —susurra avergonzada.

Suelto una risa al notar lo ridículo que suena eso después de todo lo que hemos pasado. Pero aun así le hago caso esperando que termine de orinar, hasta que de nuevo se apoya en mí. Se sienta en

la orilla de la cama, arrodillándome frente a ella para quitarle las pantuflas y cuando me levanto, quedo cerca de su rostro.

Sus labios son tan apetitosos, que no quiero perder la oportunidad de probarlos de nuevo, pero...

—Tengo hambre. —repite apartando la mirada.

—Claro, seguro no tardan en traerte algo. —digo ayudándola para que se recueste. —Tienes que llamar al colegio y decirles que no podrás dar clases hasta el próximo lunes o hasta que te quiten los puntos.

Niega.

—No puedo dejar tanto tiempo sin clases a los niños. —protesta haciéndome soltar un bufido.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo piensas ir? No puedes montarte en un taxi, no puedes hacer esfuerzos, no me obligues a atarte a la pata de la cama, porque lo voy a hacer.

Me enoja su terquedad.

—¿Quién te creés, Hunter? Soy dueña de mis propias decisiones, puedo cuidarme sola.

Sacudo la cabeza.

—¿Y con cuidarte te refieres a ir a dar clases dentro de dos días? ¿Así te cuidas? —exclamo. —Vaya manera de hacerlo.

—No me puedes...

Se calla cuando la puerta se abre dejando entrar a una enfermera, quien trae la bandeja con la comida y después entra el

doctor.

—Buenos días, señora Meyer ¿Cómo se siente? — le pregunta y creo que no es eso lo que la vuelve pálida, si no el nombre que usó para referirse a ella. —Déjeme echarle un vistazo a esa herida.

Asiente dejando que el médico la examine, me paro al lado observando sus movimientos y cuando termina la enfermera le acerca el plato con lo que puede comer.

—La herida está bien, no hay puntos saltados ni parece que haya enrojecimiento, así que la dejaremos en observación un par de horas y si todo marcha bien, procederemos a darle el alta. —la mira. —Cualquier cosa que sienta, avise a una de las enfermeras.

Asiente y sin decir nada más el médico se marcha dejándonos a solas. Ella come en silencio, me siento en el sofá al lado con el teléfono en mano mientras termina de comer.

Recibo noticias de Isabella, quien me informa que Jordan no ha salido de Rusia, Thiago volvió a su país natal, pero eso aún me tiene inquieto. Estoy seguro de que Jordan está detrás de los viajes de su hermano.

No quiero sorpresas, por ese motivo la seguridad sigue igual, Ian tiene a Abel y a Fabio cuidándolo 24/7 y Hayley aceptó redoblar sus hombres cuando retirara los míos.

Eso me deja más tranquilo.

Me pongo de pie acercándome a la ventana cuando me entra una llamada de Alessandro Bramson.

—*Tengo malas noticias*. — dice en cuanto descuelgo. — *Perdimos Chicago*.

El enojo me toma.

—¿Cómo pasó eso? —pregunto apoyando una mano en la pared. —Se supone que se tenía cubierto ya.

—Lo sé, pero hubo traidores y el territorio está invadido de Rusos. — suelta una maldición. *—Podemos recuperarlo, pero sabes qué significa una guerra, tanto para la Mafia roja, como para el gobierno.*

Salgo de la habitación porque no puedo decir nada aquí dentro. Me apresuro al pasillo que está desierto para volver a hablar.

—Claro que lo vamos a recuperar, a mí nadie me va a quitar nada, los Ivanovich no van a ser los primeros. —dejo claro. —Quiero una reunión con todos los clanes que estén dispuestos a ayudarnos, vamos a recuperar lo que nos pertenece y vamos adueñarnos del suyo.

—Rusia es el foco. —murmura. *—Si Jordan está ahí…*

—No estoy hablando de Rusia, hablo de Polonia. Entre más cerca tengamos al enemigo, mejor. —digo. —Hay algo que no me cuadra sobre Thiago y Jordan, pero lo voy a averiguar.

—Los clanes polacos no nos van a ceder el lugar…

Sonrío.

—¿Y quién dijo que se los íbamos a pedir? —digo. —Vamos a demostrar una vez más, quien manda y quien tiene el poder de destruir cuando se le pegue la gana.

—Está bien, sabes que estoy a tus órdenes.—cede. *—Convocaré la reunión, ¿Dónde siempre?*

—No, tiene que ser aquí en Nueva York. —aviso. —No puedo salir de la ciudad ahora.

—*De acuerdo*.

Cuelgo guardando el teléfono dentro del pantalón. Vuelvo dentro de la habitación, dónde encuentro a Nathalie limpiando su boca con la servilleta que tiene cerca.

Me encamino para quitarle el carro que tiene la bandeja encima, no me dice nada, solo me mira y el silencio es estúpido cuando ya hemos hablado antes.

Me siento un idiota adolescente que espera el perdón de su novia. Soy un hombre hecho y derecho que un montón de veces a lidiado con situaciones peores que esta, pero por alguna razón, con ella se me complica.

Se acomoda en la cama, sube el brazo en una de las almohadas y pierde la mirada en la ventana. Afuera está lloviendo y el clima empeora al pasar los días.

—¿Necesitas algo? — vuelvo a preguntar.

Niega y no sé por qué, pero me enoja su actitud.

¿Así es con el estúpido pelirrojo?

—Pareces una niña. —la acuso.

Rueda los ojos.

—Y tú eres un empalagoso. —devuelve. —Te dije que me dejarás en paz, ¿Qué haces aquí? ¿Qué pretendes, que te abra las piernas de nuevo?

Río sin gracia.

—No hables de lo que no sabes y mejor descansa.

No tarda en quedarse dormida. Las siguientes horas las paso enviando mensajes a Maxwell, quien me mantiene informado sobre los movimientos en Chicago.

Jordan sabe que es una ciudad esencial para mí, como lo es Nueva York y si llega aquí no voy a parar hasta verlo muerto, en esta guerra se gana y se pierde, pero a mí no me gusta perder.

Debió haber muerto hace mucho tiempo. Ella nunca se debió fijar en alguien como él, ella sabía la mitad de las cosas, tanto de él como mías y al final eso la terminó matando.

Creo firmemente que fue él quien asesinó a la madre de mi hijo y es algo que no voy a perdonar.

El alta de la maestra llega antes de las siete de la noche. Ordeno a Fabio que le traiga ropa nueva, quien llega con las bolsas y es ella quien escoge la que se quiere poner.

La ayudo en todo, no quiere una silla de ruedas, por lo que la termino cargando hasta la camioneta. Forma una mueca cuando la dejo sobre el asiento, pero sigue sin decirme nada.

Si supiera que si hablo, no le gustará lo que digo.

Esmeralda me observa desde el balcón de su habitación cuando bajo con Nathalie en brazos, pero la ignoro porque no estoy para sermones ahora. Subo hasta el segundo piso llevándola directo a mi alcoba.

Dormirá conmigo.

Ian toca la puerta cuando estoy dejándola en la cama y ella sonríe de oreja a oreja en cuanto lo ve.

— Ey, ven aquí. —lo llama.

Él corre, pero lo detengo antes de que se deje caer sobre el colchón.

—Con cuidado, está lastimada. —le digo en el oído. —Vigilala por mí, ¿Si?

—Si. —responde.

Los dejo a solas saliendo del cuarto. Camino al despacho donde ya me están esperando.

Esmeralda está sentada en el sofá de cuero negro con un cigarrillo entre sus dedos, Maxwell aún lado de ella con un trago en la mano, Enzo de pie y mi hermano en una de las sillas frente al escritorio.

—El asunto de la maestra es mío, no quiero preguntas sobre eso, no quiero caras ni nada por el estilo. —dejo claro. —Mis decisiones nadie las cuestiona y mucho menos mi vida personal, ¿Queda claro?

Nadie responde, lo que para mí es la respuesta perfecta. Me siento en mi lugar antes de hablar de nuevo.

—Perdimos Chicago, pero no nos vamos a quedar con los brazos cruzados. Jordan sabe el enemigo que tiene encima, sabe perfectamente que la Mafia Negra no se queda sentada esperando la caída. —apoyo los brazos sobre la mesa. —El sábado nos reuniremos con la cabeza de los clanes, Los Russo. —miro a Maxwell. —Los

Calvers, Los Bramson, El resto de los Meyer y los dos cárteles de México.

Esmeralda se pone de pie.

—Guerra quieren, pues guerra les vamos a dar. —habla. —No fuimos los primeros en meternos en territorio ajeno, pero si seremos los primeros en dejar claro cómo funcionan las cosas. —se coloca a mi derecha. —Un Meyer no agacha la cabeza, un Meyer no baja la mirada y un miembro de la Mafia Negra no se deja vencer ante nada.

Los tres se ponen de pie.

—Enzo, quiero recuento de armas y de hombres para el jueves. —ordeno. —Maxwell, quiero 20 millones sobre la mesa para cualquier información que nos puedan dar sobre Thiago Ivanovich y Leonardo, quiero que te encargues de la seguridad, no quiero sorpresas.

—Cuenta con ello.

Salen dejándome con mi madre, quién por un rato se mantiene callada, pero se lo que quiere decir y ese algo tiene que ver con la persona que duerme en mi cama ahora.

—No voy a cuestionar tus decisiones. —comienza. —Pero sabes muy bien lo que significa si alguien se entera de la mujer que tienes al lado. El enemigo tiene ojos en todas partes, como lo tenemos nosotros y esto…

Me rasco la barbilla.

—Lo sé.

Se pone frente a mí.

—Un paso a la vez, siempre ha sido así, pero ahora parece que das cinco en lugar de uno y eso solo te traerá problemas. —murmura. —Problemas qué como madre estoy dispuesta ayudarte a resolver o ponerles fin, cualquier decisión que tomes, me tienes aquí para darte mi apoyo.

Me pongo de pie rodeando el escritorio.

—Mi palabra se sostiene, el único miembro que debemos mantener con vida es Ian. —digo. —La prioridad es él, siempre ha sido él y siempre será él. El heredero del imperio y el apellido debe mantenerse por ese niño al cual le voy a quitar las piedras del camino hasta que no quede ninguna.

Me toma de la nuca obligándome a qué la vea a los ojos.

—Y la prioridad para mí son ustedes cuatro, Hayley, Leonardo, Ian y Tú. —suspira. —Daría mi vida por cualquiera, le pondría el pecho a la bala si eso impide perderlos. Son mi sangre y me duelen. —besa mi mejilla. —Un Meyer nunca abandona a otro Meyer, recuerda eso.

Sale del despacho dejándome a solas.

Es verdad, un Meyer nunca abandona a otro Meyer, pase lo que pase, la familia siempre estará ahí para protegerte, para cuidarte, para ayudarte a salir del hoyo.

Eso siempre va a ser así.

Término lo que tengo pendiente en menos de una hora, paso por la cocina para comer algo y regreso a la habitación, dónde me detengo al escuchar la voz de Nathalie.

—¿Como así? ¿Quieres ser un león con alas? —pregunta con cierto tono de felicidad.

—Me gustan los leones, pero también los halcones, quiero una combinación de ambos. —responde mi hijo sacándome una sonrisa de medio lado.

Ella ríe.

—Estoy segura de que podemos resolver eso.

Espero un par de segundos antes de entrar. Ella me mira, pero no dice nada. La televisión está encendida, tiene una bandeja con el resto de la cena, lo cual me indica que la cocinera siguió mis instrucciones.

Me quito la chaqueta, desabrocho los botones de mi camisa y me saco los zapatos quedando en calcetines.

—¿Ya cenaste? —veo a Ian, quien niega. —Seguro tu abuela te está esperando, ve con ella.

—Si. —asiente.

Nathalie le besa la cabeza antes de que se baje de la cama. Sale del cuarto sin correr y yo prosigo a quitarme la camisa quedando desnudo de la cintura para arriba.

—Quiero darme una ducha, creo que puedo hacerlo sola, solo necesito ropa, ¿Me puedes prestar algo? —inquiere con la voz baja.

Tomo el teléfono.

—Si, para mañana mismo te consigo todo lo que necesites, ¿Qué talla eres? —la miro.

—S. —responde. —Pero no es necesario, yo tengo ropa en mi departamento, le puedo pedir a Danielle que me traiga algo…

—Si es necesario.

Envío un mensaje de texto a Fabio.

«Necesito ropa de mujer, talla S, de todas las marcas reconocidas, al igual que zapatos, Pijamas y de todo»

—Ahora te presto algo mío, mañana tienes todo lo que necesites. —digo caminando al armario.

—En serio no es necesario, le puedo pedir a Danielle que me traiga algo cuando venga. —insiste de nuevo.

Sacudo la cabeza mientras saco un pantalón de pijama, una camiseta gris y unos bóxer.

—Tendrás todo lo que necesites aquí, deja esa terquedad ya. —sentencio dejando la ropa sobre la cama. —Te ayudo.

Duda, pero al final acepta que le aparte las sábanas, la tomo en brazos y camino con ella hasta el baño, dónde en cuanto abro la puerta las luces se encienden, la bajo dejándola de pie a un lado de la regadera, mientras abro la llave dando paso al agua tibia.

—Puedo llamar ahora mismo a una enfermera que te ayude con esto si te hace sentir incómoda. —digo sin quitarle nada aún. —Solo dilo.

Estamos frente a frente, puedo escuchar el ritmo de su corazón acelerado, al igual que ella siente mis ganas de querer tomarla, besarla y hacerla mía de nuevo.

Se relame los labios mirándome a los ojos.

—No es nada que no hayas visto antes ¿No? —susurra. —Hazlo.

Levanto con cuidado su blusa, mis dedos rozan su piel tibia, tan suave que las ganas de pasar mis labios por ella amenazan con tomarme. Evito que haga esfuerzo al levantar los brazos y termino sacándole la prenda por la cabeza.

Queda desnuda de la cintura para arriba, el cabello le cae cubriéndole los pechos y lo agradezco, ya que será muy difícil concentrarme al tenerla cerca de esta manera.

Me agacho tirando del listón que abrocha el pans azul y lo bajo junto a la ropa interior dejándola sin nada. Trago grueso y me concentro en ayudarla para que se ponga debajo de la regadera.

El agua cae en lluvia mojándole el pelo. La herida está cubierta con un parche especial y no afecta en nada.

—¿Está bien el agua así? —le pregunto. —¿Te gusta?

—Si, está bien. —asiente. —Te estás mojando. —señala el pantalón que ahora está empapado.

—No importa.

Tomo el shampoo, echo un poco en la palma de mi mano y la llevo directo a su cabello, el cual le aparto de los hombros hundiendo mis dedos en él. Masajeo las hebras negras haciéndole a un lado el flequillo y ella cierra los ojos evitando que le entre jabón.

Hace su cabeza hacia atrás para que la espuma se limpie y abre los ojos cuando ya no hay peligro. El tono azul me causa

jaqueca, es tan hermoso que mataría a cientos con tal de que ese color no se apague.

No se apague nunca.

Tomo jabón para el cuerpo dejando caer unas gotas sobre sus hombros y unas más sobre su espalda. Mis manos lavan su cuello, después su espalda, sigo bajando por su estómago plano hasta el vientre dónde el suspiro que suelta me endurece la hombría.

Me encargo de sus piernas hasta los pies, vuelvo a quedar a su altura estirando el brazo para tomar la ducha de mano. Enjuago su cuerpo con el agua tibia, evitando que la herida se moje mucho.

Con las yemas de los dedos acaricio su zona mojada tanto por el agua, como por otra cosa. Me limito con los movimientos recordando que acaba de salir de una cirugía y no puede hacer esfuerzos.

Pero la mirada que me encuentro cuando la veo a los ojos, no me ayuda, mucho menos que sus manos busquen mi bragueta peleando por abrirla sin apartar la vista.

—Nathalie...—susurro ladeando la cabeza. —No puedes...

—Déjame...

Me encargo de quedar desnudo bajo el chorro de la ducha y el que sienta su mano alrededor de mi miembro me nubla el juicio.

Apoyo una mano en la pared cerrando los ojos cuando comienza a masturbarme mejor que cualquiera antes. No es comparación, es ella, es pensar en que es ella a la que tengo enfrente, la que me tiene en un nivel alto de ganas que me aumentan a cada segundo.

Los movimientos de su mano son precisos, lentos y a la vez rápidos que me hace echar la cabeza hacia atrás. Escucho como le aumenta la respiración, mi ritmo cardíaco se acelera y el líquido tibio sale de la punta de mi miembro manchándole los dedos.

Me recompongo enjuagándome el cuerpo y me baño frente a ella rápidamente. Me enredo una toalla alrededor de la cintura, toma una de las batas ayudándola a secarse y la saco del baño llevándola a la habitación.

Mete las manos en la camiseta, las piernas en el bóxer y después en la pijama la cual subo lentamente evitando que le apriete en la herida. A la cual le cambio el parche, limpio alrededor asegurándome de que no haya enrojecimiento y cubro después de revisar los puntos.

Se recuesta en la cama, mientras yo vuelvo al baño para cambiarme, lavarme los dientes y asegurarme de que la llave esté bien cerrada.

La cama es grande, igual que la habitación. Me paso la mano por el cabello y me recuesto a su lado dejando el brazo debajo de mi cabeza. La pantalla está encendida, no sé qué es lo que pasan, pero ella me tiende el control.

—Pon lo que quieras. —me dice. —Supongo que tienes un programa favorito.

—¿Supones? —inquiero mirándola de reojo. —¿Alguna idea?

Se encoge de hombros haciendo un mohín.

—No lo sé, te veo cara de NatGeo...

Frunzo el ceño apoyando la cabeza en la almohada, quedando a su altura cuando gira su rostro para verme.

Es preciosa.

—¿NatGeo? ¿En serio? —levanto una ceja. —Mmm...no estás cerca.

—¿Ah no? —rasca su nariz. —Dame una pista, soy buena adivinando...

Finjo pensar un par de segundos, cosa que le saca una sonrisa divina la cual arruga sus mejillas y achica sus ojos.

—Comienza con P

Rueda los ojos.

—¿Y termina con una O? ¡Que puerco! —me acusa arrugando los labios.

Me río.

—¿Esa es la imagen que tienes de mí? Que mala, maestra. La creía diferente.

Entrecierra los ojos.

—Sorpréndame, señor Meyer.

Espera ansiosa mi respuesta.

—Paleontología.

Se me queda viendo, queriendo reír, pero no puede y se agarra el estómago formando una mueca en medio de una sonrisa.

—¿Te gustan los dinosaurios? —indaga con curiosidad.

Asiento.

—Si, ¿A quién no? —frunzo el ceño. —Son los putos animales más fantásticos del mundo.

Sonríe.

—Ya... —mueve la cabeza. —Supongo que fuiste al parque temático de Jurassic World.

—No, como creés.

—Obvio no, cómo paso a creer eso, un hombre de negocios como tú no lo haría ¿Cierto?

Niego y me quita el control para buscar el título de una película en específico.

—Ahora me dio curiosidad, creo que un maratón de Jurassic World no nos vendría mal ¿O sí? —me mira.

Me encojo de hombros.

—Si insistes.

Sus ojos se pierden en los míos por un momento y es que cada que la veo, no importa cómo, cuándo o dónde, la quiero besar, la quiero besar como lo quiero hacer ahora.

Levanto mi mano guardando un mechón de su cabello detrás de su oreja, bajo uno de mis dedos por su mejilla volviendo a subir hasta su nuca.

—¿Recuerdas lo que te dije antes de salir de Nueva York? —pregunto rozando mi nariz con la de ella. —Trato de ser considerado, trato de alejarme, pero es tan difícil, es algo que no quiero hacer…

Pasa saliva.

—Lo recuerdo y lo mío sigue, no temo averiguarlo, sólo necesitas dejarme hacerlo. Hunter, no tienes que dar un paso adelante si vas a retroceder tres. —habla sobre mis labios. —Solo tienes que dejarme verte, solo eso, quiero conocerte…

Cierro los ojos ante su caricia en mi mejilla.

—Me vas a odiar...

—No, no podría hacerlo aunque quisiera. —susurra. —¿Por qué lo haría? ¿Qué es eso que ocultas?

Una mierda.

—Nathalie...

—No tienes que hablarlo ahora, pero cuando quieras hacerlo, yo estaré aquí ¿De acuerdo? Solo necesito creer que un día hablaras conmigo…

Medio sonrío.

—¿Quieres continuar con esto? —le pregunto.

Di que sí, necesito que digas que sí...

—Sí, sí quiero ¿Tú lo quieres?

Me acerco a ella besándole la frente, bajando a sus mejillas y después a su nariz.

—Carajo, claro que sí. —respondo provocando que sonría.

Evito que haga un movimiento que la pueda lastimar y soy yo quien se acerca hasta tocar su boca. Sus labios me reciben con las mismas ganas que sentía yo hace apenas un par de segundos.

—Te extrañé. — confiesa en medio del beso.

Le acaricio la mejilla dejando que se recueste sin saber cómo responder a eso, ya que esas dos palabras me provocan una punzada en el pecho.

Punzada que no dudo en que vaya aumentar con más palabras y acciones de su parte.

Capítulo 28

Nathalie Parson

No sé cuánto tiempo llevo despierta, pero el sol aún no sale, la televisión sigue encendida y el hombre que tengo al lado duerme boca abajo en un sueño profundo.

Tiene el cabello revuelto, la mejilla contra la almohada, su mano está tocando mi muslo por encima de la sábana y la otra extendida hacia arriba. No me canso de verlo y cada día le temo más a esa punzada en el pecho que crece al pasar tiempo a su lado.

No está listo para hablar y por más vueltas que le doy en mi cabeza siento que está exagerando, ¿Qué es lo que me puede estar ocultando? Si tan solo dejara el miedo de lado, las cosas serían mucho más fáciles.

Solo espero que cuando al final se decida, no sea demasiado tarde.

Mi teléfono está en la mesita al lado de la cama y sin moverme mucho, lo tomo volviendo la vista para comprobar que no se ha despertado.

Quiero una fotografía de él en mi teléfono, suena tonto, pero quiero tener algo que ver cuándo no lo tenga cerca.

Abro la cámara trasera, me trago el leve dolor que me recorre el vientre y poso mi mano sobre su cabello capturando la foto, después la quito y vuelvo a tomar otra

Sonrío mirándolas y coloco una de fondo de pantalla, me arrepiento al minuto siguiente, porque no sabría qué explicación darle a Zaydaly si me pregunta quién es...

Estoy a punto de quitarla cuando...

—¿Tan mal me veo? —su voz ronca me eriza la piel.

Cancelo lo que hago dejando el teléfono sobre mi estómago para verlo a él.

—Si, la verdad es que no me convences como dueño de mi fondo de pantalla. —bromeo. —Seguiré teniendo a Andrew Garfield.

Arruga las cejas.

—Bueno, yo seguiré teniendo a Sandra Bullock. —contraataca.

Formo una mueca con los labios.

—Bueno, ella es una diosa, no me molestaría para nada. —miento, (*porque si me molesta, lo cual es estúpido)*

Ríe por la nariz ocultando su cara en su almohada, permanece unos segundos en esa posición hasta que se mueve para acariciar mi mejilla.

—¿Cómo te sientes? —pregunta bajando la mano por mi estómago. —¿Te duele mucho?

Niego con la cabeza.

—No, cuando desperté me tomé el medicamento que me tocaba, pero todo bien.

—De acuerdo. —se inclina hacia adelante con una sonrisa torcida en la boca —Ahora quiero darte los buenos días.

Sonrío sin poder evitarlo y lo tomo del mentón acercándolo a mí. Su mano izquierda se pierde en mi cabello y con la derecha apoya el peso de su cuerpo para evitar caer sobre mí. Sus labios son tan suaves, pequeños, pero tan apetitosos, que solo quiero besarlo cada vez que lo tengo cerca. Lo atraigo más a mi queriendo profundizar, pero es él quien lo para.

—No quiero lastimarte. —susurra dejando otro sobre mis labios. —El doctor dijo que puedes levantarte y caminar unos minutos, pero evita bajar las escaleras ¿De acuerdo?

—Si, lo sé, no te preocupes.

Se levanta no sin antes dejar un beso sobre mi frente y lo observo caminar hasta la puerta que da al armario, en donde la mayoría de sus prendas son trajes completos, ropa negra y blanca, entre otras.

Le eché un vistazo cuando pasé al baño y la puerta estaba abierta.

Se saca la camiseta dándome una vista espectacular de su espalda tonificada, tiene un par de cicatrices, parecen cortes, pero evito preguntar ya que sospecho que no me va a responder.

Con cuidado me subo un poco más colocando una almohada tras mi espalda y me peino el cabello con los dedos frente a la pantalla del teléfono, la cual se enciende con una videollamada de Zay.

Dudo en responder o no, pero tengo casi dos días sin hablar con ella, así que lo mejor es contestarle para que no se preocupe.

—Ey, sé que es temprano, pero quería agarrarte antes de que partieras al colegio. —habla. Tiene una bata de seda rosa puesta y lleva el cabello en un moño. *—¿Cómo estás? ¿Estás desayunando?*

Paso saliva mirando como Hunter entra en el baño, no hablo hasta que escucho que cierra la puerta.

—No, no exactamente...—me paso un mechón de pelo tras la oreja. —No estoy en el departamento...Yo... conocí a alguien, él, estoy con él ahora.

Entrecierra los ojos dejando el móvil a un lado mientras mezcla las leches de Rose.

No dice nada por un rato sin quitar el ceño fruncido.

—¿Pasaste la noche con él? ¿Lo conoces hace mucho? — inquiere con cierto tono curioso en su voz. — *No te voy a juzgar ni nada ¿Vale? Solo te digo que te asegures de que es un chico confiable.*

Suelto un suspiro. No debí de hacerlo, ya que tal acto me arrebata un gemido de dolor.

—No, él es una buena persona. —asiento. —Lo conozco hace tiempo, él...es el padre de uno de mis alumnos. —suelto en voz baja. —Se llama Hunter.

Ella sonríe agitando la mamila.

—Se llama Hunter, sonaste como adolescente a la cual le gusta su maestro de química. —se ríe y yo desvío la mirada a la puerta del baño para comprobar que no venga. *—¿Y se pasaron de copas anoche o qué?*

—Estoy...estaba enfadada con él, por ciertas cosas, pero total, una cosa llevó a la otra que terminé mirándolo de nuevo en la escuela. —explico. —Me desmayé cuando me llevaba de vuelta al apartamento, me trajo a su casa y después me volví a sentir mal, hasta que desperté en el hospital con la noticia de que me habían sacado el Apéndice.

—¿Qué? ¡Porque no me avisaste, Nath! —exclama preocupada. *—¡Soy tu hermana! Pude ir a verte, de hecho, creo que iré a verte este mismo día, si, le pediré a Antony que cuide de Rose...*

La interrumpo.

—Estoy bien, todo salió bien y ya te dije que estoy en su casa. —la calmo. —En serio todo está bien, él me cuida y me siento cómoda aquí... En serio.

Se queda quieta pasándose las manos por la cabeza. No somos muy parecidas, ella tiene el rostro perfilado y yo un poco más redondo. Nuestros ojos son de diferente color, los míos azules y los de ella un poco más claros.

—¿Me lo juras? —levanta el meñique.

Sonrío.

—Te lo juro. —prometo. —¿Rose cómo está?

—Ella está...super bien. —sonríe orgullosa. *—No tienes idea de cuánto la amo, es una niña preciosa. Esos ojos verdes estoy segura de que serán la perdición de alguien en un futuro.*

—No lo dudo.

El llanto de la nombrada se escucha y ella suelta un suspiro formando un puchero.

—*Pero ahora tengo que ayudarla a crecer.* —dice. —*Te llamo luego, cuídate, te amo*.

—Yo también te amo. —le lanzo un beso.

Cuelgo bajando el teléfono para buscar el número de la dirección del colegio. Tengo que enviar un mensaje, no, mejor enviaré un correo y adjuntaré la receta médica del doctor.

Hunter sale del baño cuando voy a la mitad del escrito y el que se cambie delante de mí no le ayuda a mis pensamientos ni mucho menos a mi estado, ya que no puedo hacer un movimiento sin que el dolor recaiga en la herida.

Trato de concentrarme en redactar el final, pero se está abrochando la corbata frente al enorme espejo que tiene a un lado de las puertas del balcón. Termina con ello y toma uno de los sacos que quita de un gancho dejándolo sobre la cama mientras se acerca al otro lado para tomar su celular.

—¿Todo bien? —pregunta sin levantar la vista.

—Mjum.

Con dificultad, pero logro terminar el correo el cual envío con todo lo que se necesita dejando el móvil a un lado.

—¡Porque nunca hay una botella de Chardonnay que me reciba en la puerta! —grita alguien afuera. —¡Mi nieto me va a escuchar ahora mismo!

Frunzo el ceño mirando a Hunter.

—¿Qué pasa?

Él cierra los ojos moviendo la cabeza y cuando se mueve para ir a la puerta, está se abre de un golpe que me sobresalta.

—Aquí estás, ¿Dónde está mi botella de Chardonnay? ¡¿Dónde?! —exclama el hombre de mayor edad que se planta en el mural, con un aspecto entre enojado y feliz.

—Alex, supongo que no puedo decir nada hasta que no tengas tu Chardonnay ¿No? —Hunter camina hacia él.

El señor me mira esquivando a Hunter y viene hasta mí con paso decidido. Es bastante alto, tiene un par de kilos de más, lleva traje negro con un suéter de cuello de tortuga debajo y un reloj de oro resalta en su muñeca derecha.

Tiene el cabello canoso, arrugas en su cara, pero aun así puedo notar la belleza que se deterioró con los años, no tanto, porque para su edad, da ese aire llamativo. Sus ojos azules resaltan demasiado bajo los párpados arrugados.

—Dime tu nombre querida. —pide cuando llega a mi lado.

Miro a Hunter quien se pasa una mano por el cabello soltando un suspiro.

—Nathalie Parson, señor. —me presento. —Yo...que vergüenza que me encuentre en cama, pero...

El hombre detrás de él se acerca.

—Acaba de tener una cirugía, Alex. —le dice Hunter. —Vamos a conversar fuera de aquí…

Ignora de nuevo a su nieto.

—Alex Meyer. —se presenta. —Así que eres la novia de mi nieto, mira que para aguantar a este pedazo de idiota...bueno, supongo que sabes lo que significa…

Sonrío al ver el enojo de Hunter por lo que acaba de decir su abuelo.

—Es suficiente, ella tiene que descansar. —lo corta Hunter. —Vámonos que hay que hablar.

Alex se gira para ver a Hunter, a quien le susurra algo en el oído y se separa.

—No estoy de acuerdo con lo que dices, pero lo respeto. —le dice volviendo su atención a mí. —Entonces linda, ¿A qué te dedicas?

No sé por qué, pero me cae bien y siento que es esa persona con la que te pondrías a charlar por horas sin aburrirte.

—Soy maestra, de hecho soy la maestra de Ian, su bisnieto. —informo. —¿Y usted?

Se sienta a un lado de la cama ignorando las miradas que le lanza Hunter.

—Yo me dedico a lo mismo que ese idiota que miras ahí. —señala con la barbilla a su nieto, provocando que yo sonría y él ruede los ojos.

—¿Empresario? —inquiero.

—Si, se podría decir que sí. —se encoge de hombros. —Negocios, tratados, e incluso a veces podemos estar en peligro.

Asiento comprendiendo lo que dice.

—Si, eso lo sé. —me acomodo un poco hacia arriba. —Hace unas semanas Hunter y yo tuvimos un atentado. —suelto un suspiro recordando. —Fue horrible, nos dispararon, agradezco que Ian no estuviera con nosotros.

Él me mira atento.

—Bueno, estoy seguro de que mi nieto no se quedó de brazos cruzados ¿O me equivoco? —ladea la cabeza.

Niego.

—No, él cuidó de mí.

—Claro, como todos los hombres de esta familia. —comenta. —Bueno, ¿Y dónde está el hombrecito de la casa?

Imagino que se refiere a Ian, quien para estas horas debería de ir camino al colegio, cuando estoy por responderle, el pequeño entra empujando la puerta y con paso apresurado se aproxima hasta donde estoy.

Su abuela entra detrás de él y alcanzo a ver a Enzo antes de desviar mi atención a Ian.

—Ey, ¿Qué pasó? —pregunto cuando se para al lado. —¿No deberías estar de camino a la escuela ahora?

Esmeralda se acerca.

—Dice que no quiere ir y tiene ojeras, por lo cual supongo que tuvo pesadillas.

—¿De nuevo? —miro a Hunter cuando intenta que no me abrace. —Dejalo.

Sus manos están temblando como el otro día, tiene los ojos llorosos y le abro los brazos dejando que estrelle su cuerpo contra el mío. Me trago el dolor que me provoca tal golpe y no lo suelto.

—Te va a lastimar. —protesta Hunter.

—Shhh, estoy bien. —susurro. —Sube a la cama, vamos.

Su padre se encarga de quitarle los zapatos y el bisabuelo se quita haciéndole espacio, mientras yo le acomodo las sábanas como puedo dejando que busque apoyar su cabeza contra mi pecho.

Su cuerpo está pesado, pero no me importa, quiero que se calme ya que está temblando.

—No puede ir al colegio así. —dirijo mi atención a Hunter. —Dejalo, necesita descansar. Estoy bien. —digo en voz baja y asiente no muy convencido.

Esmeralda es la primera en salir, después Alex quien me guiña un ojo y al final Hunter quien se lleva a Enzo.

Bajo la mirada comprobando que tiene los ojos abiertos, tiene un brazo sobre mi estómago y no parece querer soltarme.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Soñaste algo malo? —le acaricio la mejilla. —¿Quieres hablarlo o prefieres escribirlo?

Se toma su tiempo para responder, pero no me suelta.

—No le tengo miedo al sueño, no fue una pesadilla. —murmura. —Es una mujer, atada y con un palo de madera en su boca, creo que ella estaba sufriendo…

Junto mis cejas procesando lo que dijo.

—Entiendo...¿Conoces a esa mujer?

Niega.

—No, pero la veo perfecta. —cuenta. —Tiene el cabello largo, negro y sus ojos son oscuros. —un escalofrío le recorre el cuerpo. —Gritaba mucho, está sufriendo.

—¿Cada cuánto tienes estos sueños? —busco su mano besando el dorso de ella.

Se encoge de hombros.

—Seguido.

Nos quedamos en silencio un rato, hasta que él se pega más a mi dejando que bese lo alto de su cabeza.

—Cariño...—hablo despacio. — Existen personas, profesionales, con las que puedes hablar y contarles estos...estos sueños, yo te puedo acompañar...

—No, no quiero hablar con nadie, quiero hablar contigo. — dice rápidamente.

—De acuerdo, si, entonces hablarás conmigo todo el tiempo que quieras ¿Sale?

Asiente.

—¿Puedo dormir aquí?

—Claro que sí.

Lo cubro con la cobija hasta los hombros y acaricio su cabello hasta que se queda dormido, yo junto con él ya que el sueño me vence al segundo después.

...

Cuando despierto tengo a Ian aún al lado de mí, solo que ya no está sobre mi cuerpo. Las cortinas del balcón están recogidas y las puertas cerradas. Con cuidado de no despertarlo me levanto despacio, me muerdo el labio cuando me llega una punzada de dolor en el costado, pero me aseguro de cubrir a Ian para evitar que tenga frío.

Camino al baño dando pasos pequeños, no quiero aferrarme a la cama. Caminar es bueno, eso mismo decía la receta médica. Me adentro cuando las luces se encienden hasta llegar al espejo frente al lavabo.

Respiro hondo antes abrir el grifo y lavar mi cara, después los dientes hasta terminar tomando una toalla para secarme. Levanto mi blusa, me bajo un poco el pantalón de pijama y quito el parche con unas pocas gotas de sangre.

—Diablos.

No hay ningún punto saltado, pero el esfuerzo que hice con Ian me lastimó sacándome sangre, así que me armo de valor para quitarme el resto del parche y buscar el botiquín que está en una de las repisas.

Saco otro parche, algodón y alcohol.

Cuando mojo el algodón la puerta del baño se abre sobresaltándome, pero me tranquilizo al ver a Esmeralda Meyer entrar con un cigarrillo en mano.

Lo apaga cuando me mira, se lava las manos con jabón y me quita lo que tengo en las mías.

—Estoy bien. —siento la necesidad de aclararlo. —Ian no me lastimó.

Pasa con cuidado el algodón por el borde de la herida sin tocar los puntos, después seca con una gasa limpia y abre el parche.

—Si lo hizo... —dice sería.

—Pero no fue su intención. —me apresuro a decir. —Necesitaba descansar.

—No, claro que no fue su intención. —habla también —Pero valoro el hecho de que no te muestres débil frente a él, para no hacerlo sentir mal.

Termina de cubrir la herida y yo me bajo la camiseta sin problema. Ella se lava las manos y después espera a que salga yo primero.

—No le comente a su hijo sobre esto, quiero tener a Ian aquí. —digo mirando al niño sobre la cama. —Me preocupa las pesadillas que tiene.

No me responde, solo asiente.

Tocan la puerta y es ella quien da el pase. Me quedo estancada en mi lugar cuando veo entrar a más de cinco hombres

guiados por Fabio, quienes cargan cinco bolsas cada uno dejándolas todas al pie de la cama.

—Señora, señorita. —nos saluda el escolta. —El señor me pidió que dejara esto aquí, es para usted. — me mira.

Los sellos se ven en las bolsas.

Dolce & Gabbana

Gucci

Balenciaga

Nike

Prada

Chanel

Dior

Armani

¿Qué...?

—No, creo que se equivocaron de habitación...¿Son de usted? —miro a Esmeralda, quien niega. —Esto...

Ellos se retiran cuando la mujer que tengo al lado se los ordena y yo aún no puedo moverme de la impresión.

Estás marcas, esto es...muy costoso.

—Necesito hablar con Hunter y decirle...

—¿Quiero decirle que le estás rechazando el regalo? —inquiere con cierto tono, Esmeralda. —Si ahora están saliendo, porque supongo que es así, tienes que acostumbrarte a esto... Mi hijo no es de cosas pequeñas ni mucho menos baratas.

Vaya cosas.

—Es solo que...

—Acostumbrate Nathalie, créeme que se te hará la vida más fácil.

Sale de la habitación dejándome con más de treinta bolsas. Suelto un suspiro acercándome a una de ellas, la cual tomo con cuidado ya que no está tan liviana como creía y la dejo sobre la cama.

Es Gucci.

Y cuando la abro, trae dentro una blusa de dos colores, negro y blanco, de manga 3/4 y con un escote V. También un pantalón de mezclilla hasta la cintura, rasgado.

En las demás hay conjuntos de sudadera con pants, jersey, camisetas, pijamas, ropa interior, lentes, zapatos, pantuflas, tenis, pantalones, perfumes, y en una que tomo al final, está una cadena de oro con mi inicial en ella.

Me siento con cuidado en la cama con ella en la mano, observándola.

Esto es más de un detalle, creo que no es solo eso, es él, es pensar en él pidiendo todo esto para mí. Lo dije antes y lo recalco ahora, sea lo que sea que él cargue, quiero saber, quiero....quiero que se abra para mí sin miedo.

Cuando lo conocí nunca pensé llegar a esto y ahora no puedo imaginar que las cosas puedan llegar más lejos. Pero una cosa sí tengo clara y es que me gusta, él me gusta.

«Me gusta»

Creo que eso es bastante obvio, aparte de que es un hombre atractivo, (bastante para ser honesta) me gusta su agarre en mi mano, su forma de verme, de cuidarme, de hablarme. Verlo con Ian aumenta todo eso y mentiría si dijera que no quiero averiguar lo que sigue.

Quiero seguir con esto, quiero seguir averiguando cosas de él.

Tocan a la puerta de nuevo sacándome de los pensamientos, digo que pase en voz alta y es un mujer con el cabello atado en una trenza, se ve mucho más mayor que Esmeralda y trae con ella una bandeja de comida.

—Buenos días señorita. —saluda pasando de largo hasta dejar la bandeja en la mesita que tengo al lado de la cama. —Le traigo el desayuno, si no le apetece esto, me dice y le preparo algo más, aunque el señor Hunter me pidió que siguiera las indicaciones de su médico.

Guardo el collar en su estuche para desviar toda mi atención a ella.

—Si, no se preocupe. —me pongo de pie con cuidado. —Lo que sea está bien, gracias.

Asiente mirando la ropa sobre la cama y las bolsas en el piso.

—¿Le gustaría que le ayude con eso? —señala las prendas.

—No, no quiero molestar...yo puedo...

Ella me interrumpe

—No se preocupe, que yo se cuidar la ropa de marca...— se apresura a decir.

Niego rápidamente.

—No, no es eso. —me pongo de pie con cuidado. —Créame que a mí la marca de la ropa no me parece importante, pero bueno, no hay que negar que es bonita y...

Ella sonríe.

—Exacto, por eso es mejor tenerla guardada en el closet que tirada en la cama ¿Me permite? —vuelve a mirar de la ropa hacia mí.

—Okey.

Ella abre la puerta que da al armario y se adentra sacando un par de ganchos negros en los cuales cuelga prenda por prenda.

—Con cuidado, pero mire. —me toma del brazo para ayudarme a caminar hacia el closet. —En su mayoría está lleno de ropa del señor, pero puedo recorrerla y acomodar la de usted, solo dígame qué lado prefiere y el orden.

Es literalmente mi cuarto dentro de otro, es demasiado espacioso. Hay un enorme espejo en el medio, un sofá en forma de círculo, el suelo es de alfombra gris. Del lado izquierdo hay en su mayoría cajones de cristal, ya que se pueden ver las corbatas, los relojes y cinturones dentro.

Las puertas de otro armario están abiertas y dejan ver las prendas de ropa, después los abrigos, los chalecos y la ropa casual en otra área que admito, tiene un gran gusto por ese lado.

—¿Señorita? —la mujer llama mi atención.

Tengo que apoyarme en la pared y tocarme la cara para comprobar que no estoy soñando.

—Si, si...ah, ¿Sabe? Cualquier lado está bien, yo no me quedaré mucho tiempo y está ropa se quedará aquí, así que cualquier lado está perfecto. —digo pasando saliva. —¿Cuál es su nombre?

—Grace. —sonríe —Usted vaya a desayunar, yo me encargo de todo esto.

Asiento saliendo del armario y me acerco a la cama del lado donde está la bandeja con la fruta, el pan tostado y el jugo de naranja. Ian se remueve a mi lado y me giro con cuidado para comprobar que esté bien, solo se movió de lugar y continúa dormido.

Desayuno mientras observo a Grace organizar las prendas, colgarlas en los ganchos, llevar perfumes, doblar lo demás y me pone enfrente lo que quiera ponerme hoy.

—Me quedo eso. —señalo un conjunto de pants color celeste y una sudadera del mismo color, pero con una raya negra a los lados. —Muchas gracias.

—De nada señorita

Tarda unos momentos más en terminar de acomodar todo y yo me acabo el desayuno para después tomarme el medicamento que me toca.

—Cocina muy rico. —le digo. —¿Desde hace cuánto trabaja con los Meyer?

Ella toma la bandeja para después mirarme.

—Hablame de tu, no tiene por qué hablarme de usted. —dice. —Trabajo con ellos desde que Esmeralda se casó con el padre de Hunter.

Asiento.

—Oh, entiendo. —acomodo unas de las almohadas detrás de Ian. —Y pues si quieres que ya no te hable de usted, tú tampoco lo hagas ¿De acuerdo? Soy Nathalie, solo Nathalie.

Duda, pero termina moviendo la cabeza en señal de asentimiento que me hace sonreír.

— Me retiro, cualquier cosa llámeme. —comenta y yo la miro con los ojos entrecerrados. —Llamame —se corrige

Sale de la habitación dejándome con Ian durmiendo y con el collar que vuelvo a tomar dudosa. Necesito hablar con Hunter y saber que significa todo esto.

Ya puedo moverme un poco, ya que los analgésicos me calman el dolor y no quiero estar esperando en cama siempre. Así que tomo la ropa levantándome de la cama para caminar al armario a paso lento. Me quedo quieta mirando la maravilla de closet que dejó Grace en menos de una hora. La mitad tiene ropa de Hunter y la otra mitad está la ropa que se supone es mía.

Me paseo por los cajones, abriendo uno despacio dónde encuentro conjuntos de ropa interior, van de bragas cómodas hasta

tangas de hilo y de encaje. Los brasieres son de colores opacos y unos cuantos son de un azul rey demasiado hermoso.

Los perfumes están en una repisa, los zapatos en otra, organizados primero los tenis, después los tacones, botas, zapatillas.

Esto es demasiado.

Tomo un par de bragas y sostén ya que si sigo aquí dentro, lo único que haré será seguir pensando en que no debo aceptarlo.

Y es que ¿Por qué debería? Nosotros solo...solo nos estamos conociendo.

Voy directo al baño, el cual también es más que un simple baño. Ya que hay una regadera con la pared de piedra negra, la ducha cae en forma de lluvia, la división es de Cristal, en medio está el retrete, un lavabo demasiado hermoso y del lado izquierdo, un enorme jacuzzi dónde fácilmente caben tres personas.

Me quito las pantuflas para comenzar a quitarme la ropa. Se me complica un poquito, pero logro hacerlo quedando desnuda y con el parche puesto el cual evita que le entre agua a la herida.

Giro la llave dejando que el calor llene la habitación y me meto debajo del chorro empapándome el cabello primero. Cierro los ojos disfrutando de la calidez del agua tibia.

Alguien toca suavemente la puerta.

—Nathalie, soy yo ¿Está todo bien?

Es Hunter.

—Si, solo estoy tomando una ducha. Estoy bien. —contesto.

Se queda callado un momento sin decir nada.

—¿No necesitas ayuda? —vuelve a preguntar.

Termino de enjuagar el cabello dejándolo sobre mi espalda para después lavarme la cara y el resto del cuerpo, me pongo la bata de baño y dejo el cabello hacia un lado.

Se que no se irá de la puerta, así que hablo:

—Pasa.

No tarda ni un segundo en entrar. Cierra la puerta tras su espalda y se queda apoyado en ella mientras me observa.

—Eres hermosa. —dice. —Demasiado hermosa y no sabes las veces que te he imaginado…

La humedad en mi entrepierna no tarda en aparecer con solo imaginarme a él entre mis piernas regalándome el placer que me da cada que lo tengo cerca.

—Hunter...

—Nathalie...

Va impecable que no quiero que se arruine, así que me seco un poco el cabello dejándolo sobre mi espalda.

—¿Qué significan todas esas cosas? La ropa, los perfumes, todo. —voy directo al grano.

Se encoge de hombros.

—Es un regalo. —responde con simpleza.

—Lo sé, pero...es demasiado, no tenías por qué hacerlo.

—No voy a dar explicaciones de eso, lo hice y ya está. —sentencia. —Lo importante es saber si te gustó.

Sonrío dando un paso a él con la bata alrededor del cuerpo. Mi mano queda en su pecho mientras lo miro a los ojos.

—Claro que me gustó. —inclino la cabeza esperando que baje un poco para poder besarlo. —Gracias.

Deja que lo bese más de dos veces hasta que soy yo quien se aparta porque el cabello está escurriendo.

—Sal, me voy a cambiar.

Rueda los ojos.

—Como si no la conociera ya, maestra. —me besa la frente. —Si necesitas algo llámame, Ian sigue dormido.

—Si, lo haré. —asiento. —déjalo dormir.

Sale dejándome con la vista clavada en la puerta por un par segundos preguntándome una sola cosa

Y eso es...

¿A dónde va todo esto? ¿Llegaremos muy lejos?

Suelto un suspiro y me concentro en cambiarme. Dejo flojo el elástico del pants porque no quiero que me moleste con la herida. Me desenredo el cabello y lo dejo suelto sobre mi espalda con el flequillo en mi frente.

Lista salgo del baño, encontrando a Ian despierto y con el control de la televisión en la mano.

—Hola. —lo saludo. —¿Qué tal estás? ¿Descansaste?

—Si, un poco.

Me siento con cuidado en la cama y me acerco a él, que tiene la espalda apoyada en el respaldo, le acaricio la mejilla apartando los mechones de cabello sobre su frente. Sé que es un niño demasiado callado y por eso lo comprendo muchísimo porque no quiero que todo el avance que hemos tenido se vaya a la basura simplemente por un impulso mío.

—¿Te parece si vemos algo en la televisión? —le pregunto. — Pero antes tienes que comer algo, déjame ir afuera para ver si está Abel.

Camino hacia la puerta, la cual abro con cuidado y si, en un lado está el guardaespaldas quien al parecer se toma muy en serio su papel.

—Hola, Abel. —lo saludo. — ¿Crees que puedas pedirle a Grace que prepare algo de comer para Ian? Es que ya ha despertado.

—Si, señorita.

—Nathalie, soy solo Nathalie.

No dice nada, solo asiente y apresura el paso hasta las escaleras que están alejadas de la puerta. El pasillo es grande y espacioso, rodea gran parte del lado derecho, dónde se ve una entrada que no sé lo que sea, pero me causa curiosidad.

Le echo un vistazo a Ian quien está entretenido viendo la televisión y dejo la puerta abierta para escucharlo si me habla.

No sé escucha ningún ruido a excepción del que hago con mi respiración. Camino lentamente como puedo pasando por más de cinco puertas cerradas hasta encontrar la entrada que no tiene puerta, es ancha y hay otro pequeño pasillo.

Echo un vistazo hacia atrás antes de adentrarme. Las paredes están pintadas de gris, escucho música y puedo reconocer que es *Radioactive de Imagine Dragons*

No está tan alta, pero sí lo suficiente como para que mis pasos no se escuchen. Me adentro más dándome cuenta que es un gimnasio. Hay máquinas profesionales del lado derecho, también área de pesas y a como mi vista va cambiando me encuentro a un hombre de espaldas, con un shorts deportivo, sin camiseta y golpeando un saco de boxeo.

Es Enzo.

Siento que estoy viendo algo que no debería, así que mi intención es irme, pero la música se detiene y él se gira.

No soy de las personas que niega el atractivo de un hombre o mujer, nunca lo hago. Y él está guapo, al parecer todos los hombres de esta familia lo están.

—Ey ¿Cómo sigue esa herida? — pregunta cómo si nos conociéramos de toda la vida.

Está siendo amable, Nathalie.

Me reclama mi subconsciente.

—Bien, todo marcha muy bien. —evito su mirada desviando la atención al ventanal que muestra la parte trasera de la casa. El día está nublado. —Perdón, no quería interrumpir, solo estaba...

—Buscando a Hunter, supongo. —dice mientras se quita los guantes. —Tranquila, no interrumpes ya terminé.

—Vale, de todas formas me voy, Ian está solo en la habitación.

Pienso que no hablara más, pero me termina sorprendiendo cuando lo hace.

—Se nota que se te dan muy bien los niños, ¿Desde siempre habías pensado en estudiar para maestra? —inquiere con interés.

Sonrío ante su pregunta moviéndome hacia la ventana.

—La verdad es que si, tuve maestros muy buenos conmigo y siempre me dije que yo quería ser igual. —respondo. —Es un trabajo que adoro.

Camina llegando a mi lado mientras se quita las vendas de las manos.

—Tienes suerte, no todos adoran su trabajo.

—Lo sé, imagino que lo dices porque no es fácil el mundo de los negocios. —le digo y sacude la cabeza. —¿Trabajas con Hunter?

Se queda callado un momento dándome la espalda y en esa misma posición habla.

—Lo siento, me tengo que ir.

Asiento con el ceño fruncido.

—Claro, nos vemos después.

Cuando regreso a la habitación Abel está con Ian, quien come dándole la mitad de todo al guardaespaldas, el cual se pone de pie cuando me mira.

—No tienes que hacer eso, Abel. —aclaro. —Yo no tengo problema con que estés aquí, recuerda que está no es mi casa.

—Claro, señorita. —fija su atención en Ian. —Nos vemos más tarde en la clase, hombrecito.

—¿Qué clase? —inquiero con curiosidad.

—Estoy aprendiendo arquería.

—Oh, eso es genial.

Abel se marcha dejándonos a solas y yo me acomodo en la cama para descansar. Cuando tomo el teléfono tengo un mensaje de Danielle.

«No puedo ir hoy, pero mañana me tienes ahí »

Se va a morir cuando le muestre el closet y cuando conozca a los hombres de esta casa, incluyendo a Alex Meyer.

Le respondo que no hay ningún problema y me concentro en ver lo que pasa en televisión mientras Ian termina de comer.

Capítulo 29

Nathalie Parson

Ian está a mi lado cuando despierto, su padre al contrario, ya no está en cama. Son casi las seis de la mañana, me gustaría que Ian fuera al colegio, ya que anoche durmió bien y si no va la directora pensará que tiene razón en lo que dijo el otro día.

Lo muevo suavemente logrando que se remueva queriendo dormir más.

—Buenos días. —lo saludo cuando me mira.

Sus ojos son de un azul muy especial, no son del mismo tono de su padre y no sé qué color tenía su madre, pero los de él parecen celestes como las nubes después de una tormenta.

Y los de Hunter son antes de una tormenta.

Raro, pero interesante.

—Tienes que ir al colegio. —acaricio su cabeza. —No puedes faltar otro día.

Asiente. Es un niño muy obediente y jamás lo he visto faltarle el respeto a su padre o a su abuela.

—¿Nathalie? —me llama.

Nunca me había llamado por mi nombre.

—¿Si? —lo veo.

—No le digas a papá sobre mis sueños, no quiero que vea que soy débil.

Se sienta a un lado de mí y yo extiendo mi brazo para acariciarle la mejilla.

—Tu padre no pensaría eso jamás, pero tranquilo, que no le diré nada.

Me sonríe viniendo a mi para abrazarme. Lo recibo con ganas y le lleno la cara de besos.

—¿Puedo preguntar algo? —inquiere cuando se separa.

—Claro.

—¿Cuál es tu animal favorito?

Sonrío por la pregunta y finjo pensar durante un par de segundos.

—Las mariposas.

—¿En serio? —asiento. —¿Qué color?

—Todas, pero mis favoritas son las azules.

Asiente repetidas veces y cuando está a punto de decir algo, su padre entra seguido de su abuela. Hunter va de ropa casual, unos Jeans negros, camiseta de cuello V gris y se ha rasurado la barba.

Esmeralda rodea la cama indicando a Ian que se mueva y me despido de él agitando la mano cuando sale con su abuela.

—¿Cómo estás hoy? —pregunta tomándose el tiempo para levantar mi blusa y ver el mismo la herida. —los puntos te los quitan en unos días.

—Lo sé, todo va bien. —dejo que siga con lo que hace, hasta que termina dejando un beso sobre mi boca. —¿Vas a salir?

Asiente dando un paso atrás para buscar algo en el cajón de al lado. Reparo su rostro, tiene una expresión confundida, como si estuviera pensando en algo que no recuerda. El cuello de la playera es delgado y deja ver las líneas del tatuaje que tiene en el pecho, el cual las pocas veces que lo he mirado, me parece que hay un significado muy grande detrás de él.

—Si necesitas algo, pídelo a Grace o a uno de los hombres que veas por el pasillo. —comenta. —Todos trabajan para mí, así que pide lo que quieras.

Asiento subiéndome hasta apoyar bien la espalda en el respaldo.

—Solo, necesito saber si Danielle puede venir, me dijo que vendría hoy, pero tengo que enviarle la dirección y no sé...

—Puede venir, pero mejor dile que alguien pasará por ella, es mejor para que no se pierda. —dice. —La propiedad está alejada de la ciudad y es complicada de encontrar.

—De acuerdo.

Encuentra lo que estaba buscando, no logro ver bien lo que es ya que está en una pequeña caja, pero se acerca a buscar un abrigo para después venir de nuevo a mi lado.

—Te veo en la noche. —se despide besándome de nuevo antes de irse.

Al verlo salir solo me pone a pensar en algo y es en que ese *"Te veo en la noche"* sonó a cómo si yo fuera su mujer y él mi marido.

Sacudo la cabeza quitando esas ideas de mi mente y me pongo de pie despacio. La herida me duele, pero no es un dolor fuerte, si no uno que puedo soportar. Así que paso al baño, hago mis necesidades, me lavo la cara, cepillo mi cabello dejándolo suelto, me acomodo el flequillo y me veo una última vez en el espejo antes de salir.

La habitación es enorme, ya lo había dicho antes, tiene una mini sala con tres sofás de cuero negro, la puerta que da al armario, la cama es bastante grande, las paredes están pintadas de negro y las puertas del balcón están cerradas

Son casi las siete cuando veo el teléfono, no tengo mensajes ni llamadas. Al ver la hora me digo que tengo tiempo para despedirme de Ian, así que salgo de la alcoba. Recuerdo dónde está su cuarto y cuando llego a la puerta está se abre dejando ver a Alex con un palillo entre los dientes y en pijama a cuadros azules.

—Buenos días. — lo saludo con una sonrisa.

Él también corresponde con una sonrisa sin dejar caer el palillo.

—Buenos días Maestra. —asiente. —Disculpe las fachas, pero sin mi Chardonnay no funcionó bien. —se acerca a la baranda que está a dos metros y se asoma hacia abajo. —¡Grace, quiero mi copa en mi habitación! —grita y se vuelve hacia mí como si no pasara nada. —¿Cómo amaneció?

—Muy bien, gracias ¿Y usted? —inquiero mirando por momentos la puerta de Ian.

Se encoge de hombros.

—Mmm...más o menos. Llámame Alex, casi somos de la misma edad. —eso me hace sonreír con ganas — Estoy acostumbrado a despertar con dos chicas al lado y que por la mañana YA TENGA MI CHARDONNAY. —lo último lo dice más alto, supongo, que con la intención de que Grace escuche. —Pero bueno, se vienen tiempos peores.

Frunzo el ceño.

—¿A qué se refiere? ¿Tienen problemas en la empresa? —pregunto dudosa.

La verdad es que ni Hunter me ha confirmado que se trate de una empresa donde trabaja, tal vez es socio o algo más.

—No, es algo peor, pero no hablaremos de eso ahora. —le resta importancia dando un aplauso. —No te quito más el tiempo, ¿Vienes a ver al hombrecito? Casi se va a la escuela.

—Si, un momento.

Asiente.

—Nos vemos más tarde, Nathalie. —se marcha directo a una de las puertas, por la que unos segundos después veo a Grace entrar.

Empujo la puerta de la habitación de Ian, dónde encuentro al guardaespaldas esperando a un lado y a él metiendo cosas en la mochila. Lleva puesto unas botas negras con el uniforme y una

sudadera con la capucha sobre su cabeza. Me acerco a paso lento llamando su atención.

—Cuando llegues, comemos juntos ¿Si? —le acaricio el cabello negro. —Solo son un par de días en los que no iré, pero nada más me recupere te veré en clase ¿De acuerdo?

—No tardes mucho.

Niego.

—Por supuesto que no. —le beso la frente teniéndole la mochila a Abel. —Cuidalo mucho.

—Claro que si Señorita. —asiente.

Salen ambos de la habitación y yo trato de estirar la sábana que está arrugada sobre la cama. Doblo una de las toallas dejándola sobre el sofá y cuando estoy por agacharme, golpes en la puerta evitan que lo haga.

—No debes agacharte. —me recuerda Esmeralda. —Se te puede saltar un punto.

—Lo sé, solo estaba... —señalo la nada. —En fin, buenos días.

Asiente pasando hasta ver las fotografías que tiene Ian sobre uno de los muebles. Toma una con la cual camina hacia mí.

—Aquí era un bebé, tenía solo una semana de nacido. —habla mostrándome la foto, dónde está un bebé precioso con los ojos azules abiertos. —Pesó 3.800 kg, el doctor dijo que sería un niño muy sano y si, lo es.

Sonríe mirando junto conmigo la fotografía de su nieto y es que tiene razón, Ian es un niño precioso.

—Es muy inteligente y un buen niño. —digo

Vuelve a dejarla en su lugar, se gira y apoya su trasero en el mueble mientras se cruza de brazos. Es una mujer con autoridad, se le nota de lejos, no necesitas cruzar palabra con ella para saber eso y el porte que tiene es una mezcla entre elegante y ruda.

Tiene los ojos cafés, el cabello le cae en ondas por encima de los hombros, no tiene una sola arruga a excepción de cuando sonríe. También lleva trajes o pantalones acampanados de vestir que le dan ese toque de mujer de negocios.

La he visto vestir así los días que he estado aquí.

—¿Lo quieres? —pregunta de repente.

Parpadeo un par de veces.

—¿Cómo?

Menea la cabeza descruzando los brazos y apoyándolos en el borde.

—Si, te estoy preguntando si quieres a Ian.

Me muevo hasta llegar a su lado, dónde están las fotografías del pequeño de la familia. Tomo una en donde está con su padre, admirándolos a los dos.

—Si, mentiría si dijera que no. —la miro. —No sé qué me pasó con él, pero lo quiero mucho y espero que...si pasa algo entre Hunter y yo, no afecte mi relación con Ian.

—Es el primer Meyer que quieres...*por ahora*. —susurra. —Pero lo único que tengo para decirte, es que cuando se quiere a un Meyer, se quiere para siempre, sea como sea es una atadura.

Sea como sea.

Creo que entiendo a lo que se refiere.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dudo, pero quiero hacerlo. Asiente. —¿Usted ya amó a un Meyer, no? Imagino que al padre de Hunter.

Sé que es una pregunta muy personal y posiblemente no me responda, pero quiero estar segura de que esto en un futuro, no sé vuelva malo.

—Mi relación con mi difunto marido, fue muy...complicada. —contesta. —Pero me estás preguntando que si lo amé, si, a mi manera lo hice.

—¿Nunca tuvo dudas?

Saca un estuche dónde tiene tres cigarrillos apilados, toma uno y lo coloca entre sus labios acercando el mechero con el que lo enciende.

—Las tuve, es normal. Pero, me casé por un montón de razones que en su momento espero decirte. —aclara. —Yo tuve razones fuertes, pero cada una de ellas ahora no son arrepiento, porque así como perdí, también gané.

También gané.

—No lo entiendo.

—Ya lo harás.

Fuma a mi lado durante un rato hasta que uno de los hombres viene por ella y se va sin decirme nada más. Yo salgo de la habitación caminando a la de Hunter, dónde tomo el medicamento que me toca y me recuesto en cama con la intención de dormir otro rato.

Quiero descansar un poco antes de que llegue Danielle, conociéndola estoy segura de que andará de aquí para allá revisando el cuarto.

...

Cuando estoy por terminar de peinarme el flequillo, escucho cómo la puerta se abre, logrando que salga encontrándome con mi mejor amiga, quien trae unos lentes sobre su cabeza, una botella de champagne y un montón de papas fritas que lanza a la cama.

—¡Holaaa! —exclama viniendo hacia mí. Me quejo cuando me aprieta fuerte. —Perdón, perdón, es que en serio te extrañé.

Le sonrío cuando me alejo.

—Yo también te extrañé, Dani. —dejo que me abrace de nuevo, pero ahora tiene más cuidado. —¿Cómo estás?

Camino a la cama, dónde ella se deja caer primero quitándose los zapatos y arrojando los lentes lejos. Me acomodo sobre el colchón procurando una posición cómoda y extiendo mi mano para tomar la bolsa de patatas fritas.

—Estoy muy bien. —suspira quitándome la bolsa. —Mi padre me trae de allá para acá con la fundación, Damon me está ignorando al igual que yo a él, Nicholas se fue del país a no sé dónde y Andre se hace cargo de muchas cosas que últimamente hasta se le cae el cabello.

Pobre del señor Seriedad.

—Wow, son muchas cosas en poco tiempo. —digo recibiendo de nuevo la bolsa. —Hablemos de Damon y tú ¿Qué pasa ahí? ¿Por qué se ignoran?

Se encoge de hombros.

—Estaba tan...ansiosa por tener sexo con él que, creo que ya no siento lo mismo, no lo sé, Nath. —se mete una papa en la boca. —Ahora es distinto para ambos. —desvía la mirada a las puertas del balcón. —Supongo que la magia se acabó.

—Decías que lo querías...

—Creo que decir que lo quería solo era para darle un disfraz a las ganas que tenía de acostarme con él...—me mira. —Estoy confundida, lo único que tengo claro es que enserio me gustan las chicas y mucho, por ahora no quiero saber nada de hombres.

Sonríe.

—Bueno, tú sabes que eso no tiene nada de malo, así que solo busca ser feliz, Danielle. —extiendo mi mano para que la tome. —Yo voy a estar aquí siempre.

—Lo mismo digo. —entrelaza nuestros dedos. —De acuerdo, ahora me voy a beber está botella mientras me echas chismecito sobre lo que está pasando aquí. —mira a su alrededor. —¡Estás en casa de tu novio!

Río un poco por la expresión que tiene.

—No es mi novio, es... complicado. — recargo la cabeza en la almohada.

Bufa.

—Puf, lo mío es complicado, lo tuyo es sencillo. —destapa la champagne. —Eres su novia, le importas o si no fuera así, no te tendría aquí, bajo su techo, en su cama, te cuidara...

—Y no solo eso...—susurro tratando de ocultar una sonrisa.

—¿Qué pasa? —entrecierra los ojos. —¿Me estás ocultando algo? ¡Nathalie Parson!

Relamo mis labios.

—Esa puerta de ahí es un armario, echa un vistazo a la ropa que hay dentro.

Se levanta en menos de un segundo, abre la puerta y entra dejando salir un grito que me hace reír.

—¡Maldita perra! —exclama señalándome. —¡No pude conseguir esta bolsa porque estaba agotada y tú la tienes! —me la muestra.

—No tengo idea de qué bolsa es. —digo. —Él...en serio se pasó con todo esto, Danielle. No sé qué está pasando y qué es lo que yo...

Se acerca volviendo a la cama.

—¿Lo que estás sintiendo?

Asiento soltando un suspiro.

—Es que yo, es muy poco tiempo, Dani. —miro mis manos. —Él y yo siento que no sé, tal vez no somos iguales Y otras veces lo veo y...—desvío la mirada a la mesita de al lado, dónde tengo aún la caja con el collar.

—¿Y qué? —inquiere la rubia.

—Y siento que si puede funcionar, nosotros podemos funcionar. —termino. —Solo necesitamos conocernos más, además...

La puerta de la habitación se abre de golpe dejando entrar a Ian, quien arroja su mochila, se detiene un momento al ver a Danielle, pero sigue rodeando la cama para abrazarme.

—Ey, ¿Acabas de llegar del colegio? —le pregunto acariciando su cabello. — ¿Cómo te fue?

Mira a mi amiga sin querer responder y ella le sonríe.

—Ella es Danielle, mi mejor amiga, puedes confiar en ella. — la señalo. —¿Por qué no la saludas?

—Abel decía en el camino que quería una novia, ella es bonita. —comenta haciéndome reír.

Danielle se lleva una mano al pecho en un modo exagerado.

—¿Ah sí? ¿Y dónde está ese Abel? —le sigue el juego. — Preséntamelo.

Me río

—Danielle. —la reprendo. —Abel es el guardaespaldas de este hombrecito, pero él no será cupido ¿Verdad que no cariño?

Niega cuando le hago una señal con la cabeza. Le beso la frente y le aparto los mechones.

—¿Ya comiste? —interrogo. —Busca a Abel para que te lleve a la cocina, debes tener hambre.

Asiente y con una señal me pide permiso para decirme algo en la oreja.

—¿Puedo dormir aquí otra vez?

—Si.

Sonríe dejando que lo vuelva a besar y sale corriendo sin cerrar la puerta. No puedo borrar la sonrisa del rostro, porque ese niño me hace muy feliz.

—Te queda bien...

—¿Qué?

—El papel de mamá. —dice. —En su momento, serás una gran mamá.

Sacudo la cabeza.

—Es que ese niño me roba el corazón cada día.

—Y el padre también. —mueve sus hombros. —Nathalie, disfruta tu vida, si estás bien queriendo tener algo con Hunter, adelante, nadie puede decirte que hagas lo contrario.

Tiene razón.

Me siento bien con él, con ellos, incluso con la mezcla de seriedad y felicidad que tiene Esmeralda, ahora con Alex quien es un hombre muy amable.

Las cosas duran hasta el momento en que las cuides, en cuanto las quieras y la verdad es que no me molestaría estar al lado de Ian y Hunter todo el tiempo. El iris azul de ambos, se está volviendo parte de mi día a día

Y quiero que siga así.

Capítulo 30

Nathalie Parson

Grace se ofreció a traernos comida a la habitación, le pregunté por Ian y dijo que se encontraba comiendo con Abel en la cocina ya que Esmeralda había salido y los demás igual.

En esta familia todos trabajan.

—¿Sabes? —Danielle picotea la lechuga. —Esta casa es enorme, vas a necesitar más de una empleada para que te ayude a decorar y cosas así.

—¿De qué hablas? —me hace reír. —No me quedaré aquí para siempre, voy a volver al departamento en un par de días.

Arruga las cejas.

—Bueno, mira que si no quieres volver buscaré una nueva compañera que no me cambie por un guapetón que tiene un hijo súper lindo.

Le lanzo una patata.

—Hazlo y les digo a todos lo que pasó en Manhattan. —amenazo.

Me saca el dedo medio.

—Ese tema está zanjado. —advierte. —En fin, me gustaría recorrer la propiedad, pero como solo soy una visita y tú estás en cama. —forma una mueca.

—Lo sé, lo siento. —sonrío de medio lado. —Pero prometo llevarte a comer después ¿Vale?

—Si, si no te preocupes.

Tocan a la puerta a mitad de nuestra conversación y es Alex, quien entra con su botella de lo que parece ser Chardonnay.

—No sabía que tenías visita, Nathalie. —dice en cuanto entra. —Alex Meyer.

Danielle se pone de pie limpiando su boca con el dorso de su mano y extiende la otra.

—Danielle Prince. —se presenta ella.

Él se queda viéndola durante un rato, en silencio, tanto que mi amiga me mira en busca de ayuda.

—¿Eres algo de Ava Prince?

Danielle asiente.

—Si, era mi madre. —responde dejando su mano en un costado. —¿Usted la conoció?

Hasta yo tengo curiosidad y es que no es ninguna sorpresa que Danielle se parezca muchísimo a la señora Prince, ya que he visto fotografías y están iguales. Pero, ¿Un miembro de esta familia la conoció?

—Por televisión, fue una gran mujer, la fundación que ella misma creó ha ayudado a mucha gente. —comenta. —En su momento yo también done algo de dinero.

—Oh, entiendo. —la rubia vuelve a sentarse. —Ahora se supone que la que tiene que sacar adelante la fundación, soy yo, solo espero ser tan buena como mamá.

Alex le da un trago a su botella y la mira atento.

—Tengo entendido que es una fundación de familia y si tu madre pudo, tú también, estoy seguro de que ella te heredó esa inteligencia y esa bondad que se cargaba.

Danielle suelta un suspiro.

—Si, bueno, mi madre era especial. —habla. —Ella lo podía todo y yo solo espero un día poderlo todo como ella.

Extiendo mi mano para que la tome, lo hace permitiendo que la apriete dándole mi apoyo.

—Tú ya lo puedes todo. —le digo.

Ella ríe.

—No todo, recuerda que aún no sé jugar ajedrez. —me señala soltando a reír.

Alex nos mira atento y le sonríe.

—Yo te enseño, rubia. —deja su botella en uno de los sillones. —Soy experto en jugar ajedrez y debes aprenderlo porque un...—se caya de golpe. —Porque una mujer inteligente, debe saberlo.

Danielle asiente poniéndose de pie.

—Acepto ¿Cada cuándo serán las clases? —lo mira entusiasmada.

Él aplaude.

—Ahora mismo empezamos una si quieres. —la anima. —¿Qué dices?

—Digo que acepto señor Meyer.

—Dime Alex.

Vaya.

—Alex.

La puerta se abre de nuevo y esta vez es Hunter, quien me hace fruncir el ceño, ya que me dijo que volvería en la noche y aún no es de noche.

—Danielle, supongo. —mira a mi amiga. —Soy Hunter.

—Bueno ya sabes mi nombre, así que están demás las presentaciones. —arruga la nariz y se acerca a darle un abrazo. —Linda casa y te luciste con ese guardarropa, los vestidos no son de mis favoritos, pero lo son para esa castaña.

Muevo la cabeza con una sonrisa.

Hunter le guiña un ojo cuando se separan.

—Seguí unos consejos. —mira a su abuelo. —¿De qué estaban hablando?

—Alex me dará clases para aprender a jugar ajedrez.

Hunter parece sorprendida por lo que la rubia le comenta.

—¿Ah, sí? Vaya Alex, ni a mí me quisiste enseñar, tuve que aprender solo jugando partidas falsas con Enzo. —reclama. —Tenle su botella de Chardonnay cerca o se va a irritar el viejo.

Danielle ríe tomando el brazo que le ofrece Alex.

—Gracias por el consejo. —le responde ella. —Nos vemos en un rato. —me dice.

—Si, ve.

No sé qué es lo que Alex le dice, pero ella suelta a reír escuchándola hasta que Hunter cierra la puerta.

—Creí que volverías en la noche. —le digo mirándolo. —¿Está todo bien?

—Si, terminé temprano y volví. —contesta quitándose el abrigo. —¿Cómo te sientes?

—Bien, ya no me duele tanto, pero si me molesta cuando camino mucho.

Asiente atento, mientras se saca la camisa y la vista que me regala solo me aumenta la respiración que no es buena señal, ya que los movimientos que mi mente quiere hacer, el cuerpo me lo impide.

—Eres hermosa. —susurra cuando lo tengo cerca mío. Su mano izquierda busca el dobladillo de mi blusa. —Nathalie, no puedo verte aquí a diario y no querer...

—Hunter...

Comienza besándome el abdomen, aún lado de donde tengo el parche con la herida, después sube hasta ocultar su cabeza dentro de la camiseta quedándose ahí durante un rato, hasta me hace reír con las cosquillas que me causa su respiración.

—Sal de ahí. —saca la cabeza y lo atraigo a mi lado. —Yo también quiero que se pasen rápido los días, quiero volver a clases.

Frunce el ceño.

—Vaya, creí que era porque querías tener sexo conmigo. —se enoja. —Pero ya veo que quieres volver a ese colegio con el estúpido pelirrojo.

Se levanta dejándome con la boca abierta por lo que acaba de decir.

—Ey, ¿Es en serio? Estás celoso de Matt. —me pongo de pie con cuidado. —No le digas estúpido, es una falta de respeto hacia una persona que no conoces. —lo molesto más.

No responde, sacude la camisa y se la vuelve a poner peleando con los botones que no entran en la ranura. Me acerco para que me dé la cara, mientras me aguanto una sonrisa.

—Oye, te estoy hablando.

Se queda quieto cuando soy yo quien toma la tela buscando abotonar la camisa. Se pasa una mano por el cabello y su mirada me dice que si está enojado.

—Yo no estoy celoso de un estúpido maestro, que además es pelirrojo. —contesta. —¿Por qué lo estaría?

—Exacto, porque lo estarías. —me acerca besando su tórax, justo donde tiene el tatuaje. —Si yo ahora mismo estoy aquí contigo.

—Y él no es tan guapo como yo ¿Cierto? —me pega con cuidado más a él y yo niego. —¿Que pensarías si te digo que no me gusta que tengas contacto con ese tal Matt?

Frunzo el ceño.

—Pensaría que no debes prohibirme esas cosas, tampoco debes de estar celoso, él y yo solo somos amigos.

—Confío en ti, pero en ese tipo no. —susurra. —¿Te gusta?

Suelto una risa.

—Ni un poco.

Sus manos buscando levantar mi camiseta y lo dejo, mis mejillas enrojecen y solo su tacto contra mi piel me estremece el cuerpo entero.

—Solo necesito tocarte...

Asiento permitiendo que me quite la blusa, baje las tiras del sostén y deje al descubierto mis pechos, los cuales mira durante un momento, hasta que comienza a tocarlos lentamente primero, después lleva mi pezón izquierdo a su boca el cual magrea durante un rato provocando que eche la cabeza hacia atrás.

No entiendo la fascinación de los hombres por los pechos.

—Besame. —le pido en medio de un jadeo.

No tarda en hacerlo, me pega a su boca con cuidado de no lastimarme y ahora es cuando lamento no poder hacer movimientos

bruscos, porque deseo rodear sus caderas con mis piernas y que me lleve a la cama.

Vuelve a bajar por mi cuello y sé que quiere satisfacerse, así que dejo que me tome en brazos llevándome a la cama. Dónde se quita el pantalón volviendo a recostarse a mi lado, se deja la camisa abierta dejando al descubierto su pecho.

Lanzo el sostén a un lado y con mi mano bajo por su pecho hasta el elástico de su bóxer, queriendo liberar lo que quiero tocar ansiosa. Sonríe percatándose de lo que quiero y me lo facilita dejando que mi mano se cierre sobre su miembro erecto el cual con una caricia de mi parte se vuelve más duro y grande.

Subo y bajo a un ritmo que me permite disfrutar de la sensación en lo que él se prende de mis pechos mientras que cierro los ojos imaginando cosas que no son decentes.

Continúo acercándome para besarlo de nuevo hasta que siento como se tensa buscando más placer, pero lo obtiene cuando acelero el ritmo de los movimientos de mi mano hasta que se libera sobre mis dedos echando la cabeza hacia atrás.

—¿Lo hice bien? —pregunto apoyando la cabeza en la almohada.

—Perfectamente. —me besa. —Ahora me toca a mí.

Se pone el bóxer, deja la camisa abierta y busca el elástico de mi pantalón de pijama quitando el nudo.

—No harás ningún esfuerzo y no te muevas mucho. —dice —Sólo relájate.

—Hunter...

—La puerta tiene seguro. —calma mi duda. —Solo relájese maestra.

Levanto un poco el trasero para que me quite el pantalón junto con las bragas y no sé porque ahora me siento demasiado expuesta y avergonzada, si antes ya me había visto desnuda.

¡Incluso me bañó!

Trato de no moverme, pero sentir su boca sobre mi muslo derecho y el cómo me va recorriendo la piel con besos, no me lo vuelve fácil. Suelto un jadeo cuando se acerca a mi parte más sensible y también a dónde sin necesidad de nada más, ya que me tiene lo bastante mojada, como para penetrarme sin problema.

No abro mucho las piernas ya que la herida no me permite hacer ese movimiento, pero no parece problema para él, porque se acomoda de tal modo que me permite verlo a los ojos cuando levanta la cabeza.

Besa, lame y muerde mis labios mientras se abre paso regalándome un enorme placer.

—Hunter...

Estiro el brazo hasta tomar el borde la sábana y la atraigo a mi cara en busca de morder algo para no soltar un grito.

¡Estoy en su casa! y alguien puede estar escuchando del otro lado de la puerta

La sensación que ya conozco crece dentro de mí a tal punto que me hace apretar la sábana contra mi cara y bajar mi mano buscando tocar su cabeza. El cabello se siente en mi mano y hundo mis dedos dándole señales de que no se detenga.

Cuento mentalmente los segundos que me faltan para alcanzar el orgasmo.

1...

2...

3...

Exploto mientras él sigue, sube dejando besos en mi estómago, mis pechos y me aparta las sábanas de la cara dejando al descubierto mi rostro sonrojado.

Aparta un mechón de cabello de mi rostro y me besa la boca permitiendo que su lengua juegue con la mía durante un par de segundos en los que no quiero separarme, pero tengo la necesidad de respirar.

—Eso fue increíble. —le digo cuándo me cubre con la sábana. —Gracias.

—Nunca tienes que agradecer por nada, cariño.

Vuelve a guiñarme un ojo y se pone de pie. Lo observo con una estúpida sonrisa en el rostro y es que nunca me había dicho cariño.

Para él soy Nathalie o Maestra, pero cariño, eso suena bien. Me hace sentir bien. Se coloca los pantalones y yo me incorporo con cuidado tomando las bragas y después el pantalón de pijama, para después ponerme la blusa.

—¿Qué fue eso? —pregunto, queriendo en serio saber porque me llamó así. —Hunter.

—Tengo que atender unos asuntos en el despacho, pero te veo en un rato ¿De acuerdo? —desvía el tema. —La habitación de Alex está a dos puertas de aquí, por si quieres buscar a Danielle.

—Está bien, pero Hunter…

Me da un beso en la frente y sale sin más dejándome con la duda de porque me llamó así.

Cariño.

...

Danielle no ha vuelto a la habitación y según ella venía a verme a mí. Quedó encantada con Alex y ya no la dejó volver. Me ato el cabello en una trenza, tuve tiempo para tomar una ducha, cambiar el parche en mi herida y responder mensajes de Zay junto con uno de Nicholas.

Quién está fuera de la ciudad, al parecer, tiene una exposición en Alemania que no puede esperar.

La última vez, Danielle y yo fuimos a una de sus exposiciones y la verdad es que son grandiosas, él es muy bueno en lo que hace. Me dijo que tiene una aquí en Nueva York para fin de año y a esa si quiero asistir.

Salgo de la habitación buscando la tercera puerta del lado derecho, ya que es donde me indico Hunter, también está al lado de la de Ian.

Antes de tocar, escucho pasos proveniente de las escaleras y cuando veo es Enzo quien viene con un maletín en su mano.

—Ey, Nathalie. —sonríe. —Hola.

Sonrío de vuelta.

—Hola, ¿Cómo estás? —pregunto amable.

Me cae muy bien.

—Bien, trabajando. —levanta el maletín. —¿Tu qué tal estás?

—Muy bien, en unos días se irán los puntos. —informo. —¿Esta es la habitación de Alex?

—Esa, justo esa. —señala la que tengo detrás. —Te dejo, nos vemos después.

Asiento observando cómo se marcha.

Sacudo la cabeza girándome para tocar la puerta de Alex, el cual grita del otro lado que pase y cuando lo hago los encuentro sentados uno contra otro con el tablero de ajedrez, dos copas y unos aperitivos al lado.

—Parece que se la están pasando muy bien. —digo en cuanto entro. —¿Qué tal lo está haciendo? —dirijo mi atención a Alex.

—La rubia ya se está convirtiendo en toda una profesional. —responde gustoso. —Nooo...

—¡Siiii! ¡Gané de nuevo! —Danielle levanta los brazos y arroja las piezas fuera para subir a la mesa. —¡Soy toda una profesional!

Trato de no reírme mucho, pero es imposible con todo lo que hace. Baila encima moviendo los pies y la mesa es lo suficientemente grande para que Alex se suba.

Y lo hace.

—Mueve esas caderas oxidadas, Alex. —lo palmea. —Vamos.

—Amo mucho a esta chica, iremos de fiesta juntos. —me dice y yo levanto los pulgares.

No lo conozco para nada, no sé cómo sea su actitud en realidad, pero conectó a la primera con Danielle desde que le dijo que su madre era Ava Prince. Supongo que como le ayudó con la fundación, fueron amigos y ella se la recuerda.

Pero aun así, tengo dudas, ya que ahora mismo la abraza mientras ríe y la mira como si fuera parte de su familia.

—Ya le conté que tengo un bar y quiere que vayamos juntos. —ella baja de la mesa y él la ayuda. —Iremos cuando estés recuperada, puedes invitar a Hunter.

—Claro.

Alex bebe de su copa y mira su reloj.

—Vaya, el tiempo pasa volando.

Danielle también comprueba la hora en su teléfono y forma una mueca.

—Tengo que volver al departamento, papá pasará por mi para llevarme a cenar y...me tengo que ir.

—Está bien, cuídate mucho. —la abrazo. —Por favor no discutas con tu padre y no le hagas caso a Kendra, sabes cómo es.

—Si, una perra trepadora.

—Danielle...

—Es la verdad, en fin. —sacude la cabeza. —Te enviaré un mensaje y a ti también. —mira a Alex. —Gracias por esas partidas.

—De nada Rubia.

La acompaño a las escaleras y cuando está por bajar, Alex la llama.

—Yo te acompaño, es tarde y la propiedad está lejos. —se ofrece. —Vuelvo en un rato.

—Si, gracias.

Le lanzo un beso a Danielle y ambos bajan las escaleras hasta llegar al primer piso. Cuando estoy por girarme, escucho risas, no son en el piso de arriba, así que miro hacia abajo, dónde veo a Ian montado en los hombros de su tío.

Leonardo sube con él topándose conmigo.

—Hola, Nathalie. —me mira. —¿Cómo estás?

—Bien ¿Y tú?

Baja a Ian, quien viene a mi lado para abrazarme.

—Muy bien, con trabajo. Últimamente hay mucho trabajo.

—En la empresa, supongo.

Se queda en silencio un momento y después asiente.

—Si, claro. —sacude los hombros. —Bueno, nos vemos después. —mira a Ian. —Te veo luego, Hombrecito.

Vuelve a bajar y yo me quedo con Ian, quien toma mi mano guiándome a su habitación. Las luces se encienden, tiene un estilo único en cada cosa que veo y me agrada que se sienta cómodo trayéndome aquí.

—¿Ya cenaste? —inquiero cuando me siento en el borde del colchón.

—*Ita.*

Eso es un Sí.

—¿Qué pasa? —lo veo cuando toma su cuaderno negro. —¿Qué tienes ahí?

—¿Te puedo enseñar algo? —pregunta. —Pero no le digas a nadie.

—Claro.

Abre el cuaderno con la pasta Negra, pasa un par de páginas y después me muestra un dibujo. Un dibujo de una mujer, con el cabello negro, los ojos igual, lleva una trenza, tiene lo que parece ser un vestido rojo y el fondo es bastante detallado.

Unas escaleras, con la estructura muy bien planteada, que más que un dibujo, parece una fotografía.

—¿Quién es ella, pequeño?

Suspira.

—Es la mujer con la que sueño, es muy bonita. —responde mirando de nuevo el dibujo. —No entiendo mis sueños, pero ella aparece y me dice que todo estará bien.

—Entiendo...

Miro de nuevo el cuaderno, detallando todo y es que si es muy bonita, pero lo que más me sorprende es que Ian la haya dibujado a la perfección, no hay errores, no hay garabatos, es un dibujo precioso.

—¿Es bonita, verdad?

Lo miro acariciando su mejilla.

—Si, mucho.

Sonríe de medio lado quitándome el cuaderno, lo observa durante un par de segundos y después lo guarda sin decir nada más.

No tiene televisión en su cuarto y al preguntarle, me dice que no le llaman mucho la atención, le gusta más dibujar, leer o escuchar música. Así que juntos pasamos el tiempo leyendo, escuchando música en el tocadiscos, hasta que se queda dormido.

Lo cubro con el edredón y beso su frente admirando lo hermoso que es.

Me levanto con cuidado de no despertarlo y cuando estoy guardando el libro en el librero, la puerta se abre dejando ver a Hunter, quien también se acerca a la cama dándole un beso antes de venir a mí.

—Cargalo y llévalo a la habitación, en la tarde me pidió dormir a mi lado.—le pido. —No quiero que por la mañana piense que no quise hacerlo o tenga una pesadilla entre la noche y no esté ahí.

—Está bien.

Me hace caso. Ambos caminamos de nuevo a la habitación y en lo que él deja a Ian sobre la cama, yo busco el baño. Ya es noche, más de las diez creo. Busco mi cepillo de dientes, pongo un poco de pasta en él y me paro frente al lavabo para lavarme.

Él también entra haciendo exactamente lo mismo, quedando detrás de mí. Es mucho más alto, tiene el cabello un poco largo y la barba ya está comenzando a crecer.

Me gusta su barba.

Coloca una mano en mi cintura cuando se inclina hacia adelante para escupir la pasta. Se lava y sale hasta que yo hago lo mismo.

Quiero preguntarle sobre su exmujer.

Sobre la madre de Ian.

Es en ella cuando pienso en el dibujo que él hizo. ¿Quién más puede ser? Es obvio que sueña a su madre y son muy detallados y constantes como para que sea alguien más.

Él ya está en la cama, con el teléfono en mano, me quito el suéter dejándome sola con la blusa y me siento sobre el colchón para poco a poco hasta recostarme. Ian queda en medio de ambos, profundamente dormido.

—¿Te pasa algo? —inquiere cuando dejó caer mi cabeza en la almohada. Giro para verlo. —No has dicho nada en un rato.

Lo miro a los ojos, siempre digo que sus ojos son como el color del cielo cuando se acerca una tormenta, no gris, si no el azul que se pone cuando apenas comienzan aparecer las nubes.

Justo ese azul.

—Quiero dejar algo claro, Hunter.

Me mira fijamente.

—De acuerdo.

Espera paciente a que hable.
—Si algo malo llega a pasar entre los dos, quiero que tengas claro que siempre he querido a Ian y siempre lo voy a querer.

—Eso lo sé, no tienes que aclararlo, ¿Por qué lo dices?

Suelto un suspiro acariciando el cabello color carbón del pequeño que duerme entre ambos.

—Porque sé que hay muchas que no sabemos el uno del otro y no tenemos idea de si eso va a afectar esto que estamos formando ahora.

Se queda callado un momento y asiente.

—Supongo que hay algo más.

Me armo de valor antes de hablar.

—¿Qué le pasó a la madre de Ian? —pregunto en un susurro.

Deja de verme. Coloca su brazo debajo de su cabeza y se queda sin decir nada un buen rato.

No debí preguntar.

—Ella no está, se marchó...

—¿Murió?

Suspira pesadamente.

—Si. —Susurra. —No me gusta hablar de eso, mi hijo me tiene a mí y eso es suficiente.

Ya no digo más, porque está claro que no quiere hablar y yo no lo voy a forzar. Cierro los ojos buscando el sueño, el cual no llega al instante, ya que por mi mente se fórmula una pregunta.

¿La amaba?

Capítulo 31

Narrador Omnisciente

Alessandro Bramson es el primero en llegar a la propiedad, bajando de su camioneta junto con sus dos hermanos y su propia seguridad. Tira el puro al suelo observando el lugar a su alrededor, dónde tenía más de un año sin poner un pie. Un hombre al cual no le teme a nada, pero si al ver a la mujer de quién estaba enamorado, paseando con otro.

Hayley Meyer.

Los siguientes en abordar la mansión Meyer, son los Russo, el líder del clan, Gregorio Russo, padre de Maxwell Russo, a quien acompañan sus hermanos, Issac y Jaime Russo.

El líder del clan Bramson lo reconoce al instante y camina hacia él extendiendo la mano.

—Gregorio, los años te están pasando factura. —lo molesta. —Encantado de verte, viejo.

Gregorio recibe el medio abrazo que le da.

—Alessandro, creí que llegarías con tu larga fila de mujeres, pero ya veo que me equivoqué.

—Soy un hombre renovado.

Ambos hermanos Russo se acercan.

—Pues yo no celebro eso. —comenta Jaime. —Esta reunión pinta a qué será aburrida sin mujeres por aquí, pero ya que andamos en Nueva York, debemos de pasarnos por los mejores bares de la ciudad.

—Deja de pensar en coños y concéntrate animal. —Issac le da un zape. —¿Qué tal, Alessandro?

Este le da la mano y asiente en respuesta.

Todos entran a la casa, dónde ya están Enzo Meyer y Alex Meyer, quienes los reciben como los amigos y aliados de la Mafia Negra. Más tarde llegan los dos líderes de los clanes de México y después los Calvers.

Isabella Calvers, la hija mayor, baja de una de las camionetas, luciendo un vestido negro ajustado, el cual le deja al descubierto la pierna derecha, dónde se logra ver un arma atada al muslo, resaltando la belleza de su piel.
Ella nunca va sin una.

De Isabella, sigue Reyna quien es la hija del medio y después la más pequeña de las tres, Arely. Su padre las engendró en diferentes vientres, pero todas portan su sangre. Cada una tiene una madre distinta, pero tienen el mismo padre que les enseñó de todo para sobrevivir y siempre obtener lo que quieran, sin necesidad de pedirlo.

Su seguridad son puras mujeres, arqueras, francotiradores, estrategas y hackers que le facilitan el trabajo a la Mafia Negra de vez en cuando.

Tanto a ellos, como a los demás Clanes.

Mientras todos entraban a la sala principal donde sería la reunión, se saludaban y pedían un par de tragos…

En México, cinco horas antes, Hayley toma una de las armas que tiene en su despacho, cuando los disparos afuera de la casa se hacen presentes. El corazón se le acelera sin saber a dónde mirar, revisa el cargador, toma un par de balas metiéndolas en su bolsillo y su único propósito es buscar a su esposo, el cual había salido para llevarle una taza de café a la oficina.

La balacera no termina y no puede quedarse ahí todo el tiempo sin hacer nada. Así que respira hondo, abre la puerta y con el arma en mano sale comprobando que no haya nadie en el pasillo.

Los disparos se siguen escuchando fuera, ellos estaban solos en casa, es Sábado y le habían dado el día libre a los empleados quedando solo con la seguridad que ella misma contrató, así que no tenía idea de lo que estaba pasando.

—¡Protejan a la señorita Meyer! —grita alguien cuando la puerta principal se abre dejando escuchar los disparos más cerca.

Tiene que bajar, así que no lo piensa más y corre escaleras abajo en busca de la cocina, pero alguien la toma por detrás ocultándola debajo de las escaleras cuando tres hombres entran.

Al ver quién es, se relaja. Es uno de los hombres de seguridad.

—Señorita, tiene que salir de aquí. —le pide—Hay una moto detrás de la casa, siga el camino y la llevará lejos, después tome un vuelo a Nueva York, su hermano la protegerá.

—No me voy a ir de aquí sin mi esposo. —sentencia ella. —Está en la cocina, tenemos que ir por él.

El hombre la empuja cuando las balas caen cerca y él se encarga de tumbar al hombre que las descargó. Le limpia el camino para que llegue a la cocina, dónde Landon está oculto detrás de la barra de mármol.

Hayley corre hacia él y lo toma de la cara mirándolo a los ojos.

—¿Estás bien? ¿Estás herido? —pregunta desesperada.

—No, estoy bien ¿Tú?

—Yo estoy bien, pero tenemos que salir de aquí. —mira a la puerta, dónde las sombras que observa, le ponen todos los sentidos alerta. —Vamos, corre.

Se levantan abriendo una de las puertas donde guardan la comida, metiéndose dentro. Le pide que haga silencio con una señal y ella mira por una abertura como un hombre entra. Viste de negro, pero lleva un listón rojo en su brazo izquierdo. Por más que ruega estar equivocada, sabe que no es así. Cierra los ojos pensando en algo, pero la única opción es huir y buscar ayuda con la persona que los puede proteger.

Su hermano.

Aprieta el arma en su mano, mira de nuevo por la abertura y cuenta mentalmente hasta tres antes de salir. Se va contra el hombre escalando por su pecho, sube sus piernas a sus hombros, provocando que él la estampe contra la pared, pero no antes de que le agujere la cabeza con un balazo.

Landon se queda estático por lo que acaba de ver, pero ella no le da tiempo a que lo piense, simplemente lo empuja dentro cuando otro hombre entra y ella se oculta tras la puerta, la cual deja pasar las balas y la obliga a retroceder un momento. Saca la mitad

del cuerpo enterrándole dos tiros al tipo, observando cómo cae el piso y sabe que no hay tiempo que perder. Rápido busca comprobar lo que ya sabe, así que descubre el pecho de uno de ellos dando con el tatuaje que los identifica como miembros de la Mafia Rusa.

Pero hay uno más, una T del lado derecho envuelta en púas. Comprueba si el otro hombre también tiene el mismo y si, lo tiene.

Les toma una fotografía guardando el móvil de nuevo en el bolsillo de su pantalón y se gira tomando una de las armas que ellos traían. Son nuevas y no parecen de las que fabrica su hermano, ni los Russo, si no más letales.

—¿Qué está pasando? —London le exige una respuesta. —¿Cómo es que sabes disparar un arma, Hayley?

—Amor, ahora no hay tiempo de explicarte nada, hay que irnos.

—¿A dónde? ¡Esta es nuestra casa! ¡Hay que llamar a la policía! —se altera.

Ella niega desesperada.

—¡No, London! ¡La policía no puede con ellos! —lo toma del cuello. —Hay que salir de aquí, te lo explicaré todo luego, pero vámonos.

Él la besa y asiente tomando su mano. Hayley abre la puerta que da al patio de al lado, pero se detiene al ver a dos hombres esperándola afuera. Uno de ellos lleva una máscara que sólo deja ver un par de mechones rojizos. Rápido la cierra retrocediendo y lista para disparar.

—La puerta no durará mucho, vamos. —le dice ella. —Vámonos.

Corren fuera de la cocina, buscando las demás salidas, pero están rodeados, la única opción es hacerles frente, pero son dos contra más de 30 y ya no tienen seguridad de su parte.

—Vete. —el moreno la mira. —Tienes que irte amor.

—No, no me voy a ir. No te voy a dejar.

Niega con lágrimas en los ojos, pero sin soltar el arma.

—Hayley, escúchame, no sé qué es lo que quieren, pero es contigo amor y no voy a dejar que te toquen un pelo. —le acaricia el cabello. —Vete, yo los voy a detener aquí, pero vete.

Vuelve a negar.

—¡No! ¡No te voy a abandonar! No me pidas eso, por favor, London…— se aferra a él.

London la acerca a él besándola. La ama demasiado, el futuro que se tenía planteado junto a ella, era el futuro perfecto en la vida de cualquier hombre. Quería un hogar, hijos, ver a su esposa en casa, llevarla de viaje, pero eso parecía estar muy lejos ahora.

Hayley quería lo mismo. Estar con él el resto de su vida, pero cuando el hombre con el que juró amar y proteger la empuja fuera de la puerta de cristal y la cierra con seguro, le comprueba lo maldita que es la vida al arrebatarle al amor que tenía y el que probablemente nunca volverá a recuperar.

—¡ABRE ESA MALDITA PUERTA, LONDON! —le grita golpeando el cristal blindado. —¡NO ME HAGA ESTO, ABRE!

No sé percató del momento en que le quitó el arma larga, pero ahora la tiene él y ella tiene la corta. La cual no duda en utilizar

descargando el cargador contra el cristal que no se rompe.

Te amo.

Le susurra él antes de tomar torpemente el arma larga, la cual supone que con solo poner el dedo el gatillo será suficiente para defenderse, pero no quiere que ella lo vea morir.

No quiere.

Sin embargo, no logró llegar fuera de su vista, ya que el mismo hombre con la máscara se acerca a él. Dispara, pero no atina y él le tumba el arma sin esfuerzo alguno. Hayley da un paso atrás buscando el valor que ahora mismo parece no tener, lo único que la abarca es el dolor que siente y el cual se va a multiplicar en un par de segundos.

Ya que observa cómo toman a London, lo ponen de rodillas y el hombre de la máscara, mirándola a los ojos, le truena el cuello dejando caer el cuerpo sin vida de su esposo.

Murió.

Las lágrimas le nublan la vista, el corazón le duele, le arde y parece que se lo están arrancando pedazo por pedazo, pero no le va a dar el gusto de matarla a ella

No, no lo hará, no después de que él dio su vida por ella.

Corre recordando lo que le dijo el hombre de seguridad, encuentra la moto, se monta en ella y sale dejando atrás el hogar donde se suponía tenía toda una vida por delante.

Ahora solo tiene un objetivo.

Buscar a su gente, buscar venganza, buscar apoyo.

Buscar a su familia.

...

Nathalie recibe la comida que Grace le da, junto con la de Ian. Quien al parecer no tiene ánimos de salir de la cama, así que juntos cambian de Canal y disfrutan de ver televisión.

—¿Está bien ahí? —le pregunta ella cuando la película comienza.

—*Ita.*

Hunter no estaba cuando ella se despertó, pero cuando se asomó al balcón, había un par de camionetas y hombres de traje entrando y saliendo de la casa. Se dijo que tal vez eran personas de seguridad o trabajo, pero aun así las dudas crecían, desde anoche cuando se quedó con ganas de saber más sobre la madre del pequeño que tiene al lado.

Se repetía una y otra vez que a ella no le incumbe ese tema, no por ahora al menos, pero su preocupación por Ian la rebasa y no le gusta la forma en que el pequeño tiene pesadillas por una mujer que al parecer él no conoce.

Sacude la cabeza en busca de concentrarse en lo que pasa en la habitación. La película pasa las escenas, pero por más que quiere comprender lo que dicen, no puede y deja de verla desviando la vista al balcón que tiene las puertas abiertas.

Necesita hablar con Hunter y comentarle su preocupación por Ian.

...

Mientras la maestra se debatía entre si hablar con Hunter o no, él se sentaba en la cabeza de la mesa. A su lado derecho estaba Maxwell Russo y a su izquierda, Alex Meyer, el mayor de la familia.

—Creo que como todos sabemos, hemos perdido Chicago. —comienza. —Pero solo temporalmente, porque lo vamos a recuperar, la Mafia Roja no se va apoderar de nuestros territorios. —apoya los brazos sobre la madera. —Aquí se adueña quien puede, no quien quiere y ellos no pueden contra nosotros. Esto es una guerra y se vienen tiempos peores, porque sabemos que si atacamos, ellos atacarán, así que no quiero cobardes, quiero personas dispuestas a dejar en alto el apellido que los representa.

Se pone de pie.

—Sabemos que el que está en Chicago no es Jordan, sino Thiago y él será el mensaje que le enviaremos a su hermano por haberse metido en territorio ajeno. —se ajusta las mangas del traje. —Necesito saber con quién cuento para continuar con esta reunión, o si no...

La puerta del salón se abre dejando ver a una Hayley llena de sangre, con el cabello vuelto un desastre y temblando. Alessandro es el primero de todos en ponerse de pie, al igual que el resto de la familia Meyer. Esmeralda se apresura a llegar a su lugar, pero ella la esquiva yendo directo a su hermano.

—Yo me uno. —habla. —No me metí con nadie, pero el apellido es una atadura, uno que llevo y nunca me voy a poder quitar. Pertenezco a la Mafia Negra y quiero lo mismo que cualquier miembro, quiero un lugar que me dé entrada para vengar la muerte de mi esposo. —lanza el teléfono sobre la mesa, el cual toma Hunter. —¡Quiero la cabeza de quién mató a mi marido! —grita. — Quiero venganza, quiero sangre, quiero tronar el cuello a cada miembro de esa organización, hasta que no quede ninguno.

Las lágrimas las aparta con firmeza de sus mejillas, no puede rendirse, sin embargo ahora siente que necesita más de un respiro para aclarar lo que tiene que hacer. Su hermano mayor observa la fotografía, el pecho de los hombres con el símbolo de la bratva, pero también con una T envuelta en púas el cual parece otro símbolo. Otra organización.

El mayor de los Bramson camina hasta llegar al lado de la menor de los Meyer, mira también la fotografía y deja el teléfono cuando observa de reojo como Hayley está a punto de caer.

Se desmayó.

—La tengo, la tengo. —se apresura a decir. —Déjame llevarla a su habitación.

Hunter asiente y Esmeralda los sigue de cerca. El líder de la Mafia Negra le lanza el aparato a Isabella Calvers, quien lo detiene en su lugar.

—Quiero saber si cuento contigo. —la mira. —La guerra comenzó.

Las tres hermanas se ponen de pie.

—Cuenta con el apellido Calvers en tu mesa.

Gregorio y sus hijos también se ponen de pie.

—Cuenta con el apellido Russo.

Le siguen los hermanos de Alessandro.

—Cuenta con el apellido Bramson.

Asiente agradecido.

—Lo primero es que Isabella encuentre el origen de esa organización, es nueva, porque primero estaba el tatuaje de Bratva, no ese. —señala el aparato. —Necesito saber todo sobre ello, no quiero sorpresas.

—Claro, mis chicas se pondrán en la tarea. —responde el padre de las chicas.

—Te quiero a ti al frente, también.

—Así será.

Mira a los líderes de los carteles de México.

—Envíen gente a la casa de mi hermana y recuperen el cuerpo de su esposo, también necesito huellas, cualquier cosa que me pueda ayudar a identificar quienes eran. —ordena. —Enzo irá con ustedes.

Asienten atentos.

—Gregorio, necesito tu gente aquí, necesito asegurar Estados Unidos y si es necesario tomar de los huevos al mismísimo presidente, lo voy hacer.

—Claro que sí, muchacho. Cuenta con ello.

Se pasa las manos por la cabeza.

—Necesito al Clan Bramson rodeando Chicago, cualquier movimiento me lo informan y si necesitan alianzas, las van a tener. — los señala. —Leonardo se hará cargo de llevar la gente que se necesiten para hacer un ataque pequeño, pero con indicios de que se viene uno más grande. Se metieron con mi familia y no nos vamos a quedar con los brazos cruzados.

Abandona el salón, todos salen directo a dónde cada uno tiene la tarea y Hunter sube las escaleras a toda prisa en busca de la habitación de su hermana. Abre la puerta y la encuentra en cama, con Alessandro a su lado, Esmeralda de pie y Alex quien llega junto con él.

—¿Cómo está? —inquiere. —¿Está herida?

—No, la sangre no es de ella. —responde Esmeralda. —Solo se desmayó, sí se apresuró a llegar aquí, es porque la venían siguiendo, así que hay que redoblar la seguridad.

—No creo, no hubiera venido si fuera así, ella jamás atraería a alguien aquí sabiendo de Ian. —responde Alex. —Sea lo que sea que haya pasado, lo sabremos cuando despierte.

Alessandro acerca una de las sillas, mientras que Esmeralda ordena que busquen un médico y Alex sale detrás de ella.

—No me voy a mover de aquí y lo sabes. —se le adelanta al líder. —Ella me importa y no me voy a ir hasta que no me cuente todo, porque la voy ayudar en lo que sea.

—No te voy a pedir que te vayas, porque sé que no lo harás, pero necesito que guíes a tu gente y cuando ella despierte y diga lo

que tenga que decir. —la mira. —Te la vas a llevar, la vas a cuidar y le vas a cumplir lo que quiere, venganza.

Asiente dejando que Hunter le dé una palmada en el hombro antes de salir de la habitación.

…

En Chicago, un helicóptero aterriza en la cima del edificio Patter de dónde baja Thiago Ivanovich, a su lado dos hombres más quienes le abren la puerta para entrar en el Pent-house.

—Quiero suficientes hombres en las entradas y salidas, quiero informes sobre cualquier movimiento alrededor de Illinois ¿Está claro? —los mira. —¡Ni una palabra a mi hermano!

—Si, señor.

Deja caer la máscara, sonríe recordando la imagen de Hayley Meyer mientras le torcía el cuello a su maridito. Si su hermano no lo hace, lo hará él, pero nadie que lleve el apellido Meyer quedará con vida sobre la faz de la tierra. Nadie. Ya acabó con uno, la siguiente es ella, la pequeña de los Meyer.

—Bueno, ya estoy aquí.

Thiago se gira cuando su primo entra en la habitación. El pelirrojo lanza la mochila sobre el sofá y le da un medio abrazo a su familiar.

—Que gusto verte, ¿Qué tal la vida en Nueva York? —interroga. —¿Te pagan bien en ese colegio de mierda?

—Lo suficiente para mantener el perfil bajo. —responde el profesor. —¿Te ayudó en algo la información que te di?

Thiago asiente, caminando al pizarrón donde tiene las fotografías de cada uno de los miembros de la Mafia Negra. Desde el más pequeño hasta el más grande.

—Si, ella escapó. —señala a Hayley. —Pero no por mucho, si tanto le dolió la muerte de su maridito, va a buscar venganza y estaré encantado en no dársela.

Matt Ivanovich brinda con él, a la vez que observa la fotografía del líder de la Mafia.

Hunter Meyer.

El padre de Ian Meyer, el cual está a su alcance. Si la primera vez se escapó por ayuda de Nathalie, no habrá una segunda, ya que desde adentro las cosas son más fáciles y él lo sabe.

—Necesito que te muevas con el niño y si esa maestra se interpone de nuevo, mátala. —deja claro. —No quiero otra falla, Matt, aquí las fallas quitan puntos, no importa si eres familia.

—No es tan fácil, ella no ha ido al Colegio en una semana y el niño trae el doble de seguridad. —contesta. —Si intento algo, moriré antes de poner un pie fuera de la ciudad, no olvides que Nueva York es territorio de Hunter.

—Y tú no olvides que a veces tenemos que hacer sacrificios.

Chista con la lengua mirando al frente.

Las fotos de Alex, Hunter, Esmeralda, Hayley, Leonardo, Maxwell, Enzo e Ian están detalladas. Con una sonrisa en el rostro, dibuja una cruz sobre la fotografía de la boda de Hayley y London.

—Uno menos.

Bebe de su vaso jurando tachar todos, así como Braulio Meyer le arrebató la vida a su madre sin pensar en los hijos que dejaba a cargo de un padre, el cual no le importa otra cosa que no sea la riqueza en la que se rodea.

Así él le va arrebatar a Hunter el imperio que se ha creado y el hijo que decidió tener.

...

En Italia la noticia de que la Mafia Roja entró a Chicago, llega tarde, pero no tanto como para que Joseph Icarhov, no pueda aprovecharse de la situación e intentar mover sus cartas.

Deja la copa de vino tinto sobre la mesilla, antes de dar un par pasos hacia la mujer de cabello negro, el cual lo trae atado en una coleta alta. Lleva una blusa de tirantes, dejando al descubierto la piel blanca de sus hombros.

—Tu momento ha llegado, hermosa criatura. —le acaricia el brazo. —Subirás a un avión e irás a Nueva York.

—Creí que nuestro objetivo estaba en Rusia.

Él niega subiendo y bajando la caricia.

—No, ya no. Ahora primero irás por él. —le muestra una fotografía. —Aprendete bien el nombre. Hunter Meyer.

La pelinegra toma la foto entre sus dedos, observando al hombre en ella. Lo ha estudiado, es el líder de la Mafia Negra, el tipo al que tiene que dejar en el suelo, para que la persona que tiene atrás, suba hasta el último escalón.

—¿Y Jordan Ivanovich? —se gira.

Joseph da un paso atrás hundiendo las manos en su pantalón de vestir.

—De él nos vamos a encargar después. —contesta. —Una cosa a la vez, criatura.

Ella camina abriendo un armario lleno de armas, comenzando por su preferida. Una Glock 19, a la que enfunda atando a su muslo, le siguen dos navajas debajo del pantalón atadas a su tobillo, otras dos armas que ata a su cintura y se coloca el abrigo sacando la cola de cabello mientras se acomoda el cuello.

—No necesitas recordarme nada, yo mato para la Mafia Italiana y ya está. —da un paso al frente. —Nos vemos, Joseph.

El líder de la Mafia Italiana tiene clara una sola cosa y es que cuando hay oportunidades, no se pueden desperdiciar, hasta ahora Hunter Meyer no es su enemigo, pero no descarta que en un futuro pueda llegar a serlo, sin embargo sí puede intentar acabarlo, lo hará.

…

Nathalie se pone de pie, Ian se ha quedado dormido al terminar la película y ella se encarga de recoger la bandeja con el resto de la comida. No ha visto a Hunter ni a nadie de la familia en todo el día y ya está por anochecer.

Deja la bandeja sobre un mueble al lado de la puerta y la abre echando un vistazo al pasillo. Escucha voces, después ve a Alex entrar a una de las habitaciones y cuando la puerta se cierra ella sale.

Enzo está subiendo las escaleras a toda prisa.

—Oye, ¿Pasa algo? —le pregunta. —¿Has visto a Hunter?

Él se detiene observándola.
—No, creo que está resolviendo unos asuntos, ¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

Ella niega con una mano sobre el estómago.

—No, estoy bien, tranquilo. —le sonríe. —Si miras a Hunter le dices por favor que lo estoy buscando.

—Si, no te preocupes—responde. —Vuelve con Ian.

Ella siente que la conversación que han tenido fue muy apresurada y eso la lleva a pensar en que algo no está bien.

¿Qué está pasando?

Algo dentro de ella le dice que lo que pasa, no es bueno.

Suelta un suspiro adentrándose en la habitación, toma el control remoto y cambia a las noticias, en dónde están pasando una entrevista a Harry Prince.

—¿Que se sabe sobre la muerte del gobernador, señor Alcalde? —le preguntan.

—Se está trabajando en ello, se siguen los hilos, pero no es fácil ya que vivimos en una ciudad dónde el crimen se ha multiplicado y queremos justicia para todos. —responde. —La familia del Gobernador está bajo protección y lo seguirá estando hasta no encontrar al culpable, esté donde esté no se saldrá con la suya.

Nathalie apaga el televisor, ya que pensar en Melissa también le duele. Perdió a su padre a una edad muy temprana y lo difícil que ha de ser para su madre sacarlos adelante.

La noche llega, no hay señales de Hunter aún. Se mete al baño para darse una ducha, cambia el parche de la herida, la cual ya no duele tanto, pero aún tiene los puntos. Se pone ropa limpia e Ian está absorto en su cuaderno sin ganas de hablar.

Grace entra con una bandeja nueva, pero esta vez es de la cena.

— Grace, ¿Has visto a Hunter? No lo he sabido de él en todo el día.

—No, señorita.

Asiente sin ánimos de probar bocado, pero picotea la comida para que Ian se termine todo su plato. El pequeño de ojos azules termina de cenar y vuelve su atención al cuaderno.

La maestra toma su teléfono para enviarle un mensaje al dueño de la habitación.

Hola, ¿Está todo bien? No te he visto en todo el día.

Espera la respuesta durante un par de minutos, pero no llega.

Hunter, me estoy comenzando a preocupar, solo dime si estás bien.

Tampoco obtiene nada, así que deja el teléfono de lado y se mete bajo las sábanas mirando a Ian, quien dibuja sobre el cuaderno durante un rato más, antes de meterse también bajo el edredón y buscar el calor de Nathalie, quien lo abraza y besa su frente antes de que ambos se quedan profundamente dormidos.

...

Hunter se termina la botella de Vodka y busca una más, pero Max lo detiene cuando sabe sus intenciones.

—Bebiendo no vas a resolver nada. —le dice. —Vete a dormir, mañana tenemos mucho por hacer.

—Ya di mis órdenes, cualquiera que esté detrás de esa nueva organización la va a pagar…

Russo asiente.

—Si, pero ahora debes tener la cabeza libre de alcohol para afrontar lo que se viene.

—Solo necesito un momento, jodieron a Hayley, Maxwell. — se suelta del agarre. —Mataron a London delante de ella, ¿Con qué cara la veo? Este apellido solo le ha traído desgracias, si ella...

—A ella no le pasó nada y no vamos a permitir que le pase nada. —deja claro el mayor de los Russo. —Tienes que pensar con la cabeza fría.

No, no era posible eso que él le pedía, porque por su cabeza solo corría la amenaza. La amenaza que obtiene cualquier persona cercana a su apellido.

Y esa amenaza estaba cerca.

Hunter camina fuera del despacho, se quita el saco antes de abrir la puerta de su habitación, donde encuentra a su hijo y a la Maestra profundamente dormidos.

Se acerca despacio hasta donde está ella. Nathalie siente su mano sobre su rostro despertando. Lo mira, después a Ian y se levanta llevándolo al baño para que su conversación no despierte al pequeño.

—¿Qué pasa? —ella lo ayuda a qué se apoye contra el lavabo. —¿Has estado bebiendo?

Niega.

—Apenas y me tomé una botella, estoy bien. —contesta él.

—No pareces bien, dime qué pasa. —lo toma de las mejillas. —Hunter, soy yo...

Apoya su frente contra la suya respirando hondo. Son tantas cosas las que le gustaría decirle, pero teme que la forma en que lo mira, cambie.

—¿Te gusta estar aquí? —sube su mano por su cintura. —Si te dijera algo malo sobre mi ¿Te irías? Quiero que seas honesta.

La maestra se queda en silencio y es que sabe a lo que se refiere, le está preguntando si lo que sea que salga de su boca, ella

lo aceptará, ¿Podría aceptarlo? Así sea algo muy malo, ¿Podría con ello?

El nudo en el estómago de Nathalie se hace presenta, mientras detalla el rostro del hombre que tiene enfrente y es que le gusta estar con él, no quiere volver a sentir lo que sintió cuando él la dejó en el hospital aquel día o cuando no llegó por ella aquel miércoles en dónde lo estuvo esperando durante horas.

No quiere sentir esa decepción de nuevo.

Solo una cosa sí tiene claro y es que está comenzando a sentir algo por él, algo que al pasar los días se vuelve más fuerte y al final será muy difícil dejarlo atrás, será muy difícil borrarlo.

—No puedo saber eso, pero no necesitas ocultarme nada, sea lo que sea, es mejor decirlo a tiempo o si no será tarde, así que dímelo, Hunter…

—¿Y si al decirlo, te pongo en riesgo? —le aparta el flequillo hundiendo su mirada en la de ella. Ese par de ojos azul electrizante le están comenzando a afectar muchísimo. —No quiero que estés en riesgo, no me lo perdonaría.

—Entonces con mayor razón debes de decirlo, para que sea yo la que decida, si corro el riesgo o no.

Roza su nariz con la de ella, cerrando los ojos, repitiendo en su cabeza una y otra vez lo que acaba de decir.

No la quiere dejar ir.

Eso es lo único que tiene claro, no quiere volverla a alejar de su lado, no quiere verla llorar de nuevo, no quiere nada que la puede afectar, pero...

¿Si es él quien puede causarle todo eso y mucho más? ¿Si por él, ella ahora tiene un faro ante sus enemigos?

¿Cómo se va a perdonar?

¿Cómo?

Capítulo 32

Nathalie Parson

—Ya está listo tu desayuno de regreso a clases. —avisa Danielle asomando la cabeza por la puerta. —Apúrate.

—Ya voy.

Por fin regreso al colegio. La herida está completamente curada, no me duele nada, claro, tengo que seguirme cuidando, pero al pasar los días ya sería menos.

Me quitaron los puntos hace tres días y le pedí a Hunter que me trajera al departamento, ya no quería dejar más tiempo sola a Danielle. Al principio no quería, pero al final aceptó, con la condición de que lo llamara todos los días y le respondiera los mensajes.

Me informó que Hayley estaba de visita, la quise saludar, pero no la alcancé porque salió con un hombre que no era London, supongo que vino sola, ya que a él no lo ví y Hunter evitó el tema.

Termino de peinarme el flequillo, tomo la mochila y salgo del cuarto directo a la cocina, dónde ya me espera un exquisito desayuno. El cual consiste en huevos revueltos, jamón a un lado y jugo de naranja.

Se ve delicioso.

—Se ve muy rico, Danielle. —me siento. —Gracias.

Ella hace una reverencia exagerada provocando que ría.

—De nada, trato de ser buena en todo como lo era mamá. —contesta tomando asiento también. —¿Quieres que te lleve?

—¿Tienes tiempo? ¿No llegas tarde a la fundación? —frunzo el ceño picando el jamón.

Sacude la cabeza.

—No, bueno, si llego tarde solo será un reclamo más de papá, lo cual no es nada. —le resta importancia. —Me encanta hacerlo enojar.

—¿Verás a Damon o...?

Baja la mirada soltando un bufido.

—No lo sé, él y yo seguimos sin dirigirnos la palabra. —se encoge de hombros. —Siento que últimamente no está de humor.

—Si no estás cómoda con esa situación, déjala de lado ¿Okey? No dejes que nada te estrese, disfruta tu vida como a ti te gusta.

—Si, lo sé... hablando de eso. —se le ilumina la mirada. —¿Qué tal si vamos de fiesta?

Vuelvo a reír.

—Apenas regresé a clases, Danielle...

—¿Y eso qué? No vas a dar clases todo el día, vamos, cumple ese deseo a tu mejor amiga porque estuviste con tu novio muchos días.

Sonrío.

—Hunter no es mi novio, solo somos...

Ella rueda los ojos.

—No digas que amigos, porque los amigos no se ven como lo hacen ustedes. —bebe de su jugo. — Guillermo del 5B de primaria, él era mi amigo y no creo que ahora me lleve a su casa, me cuide y me compre un guardarropa completo, Dah. —saca la lengua.

Me hace reír.

Ella siempre me hace reír.

—Si, bueno. Lo que sea que seamos, espero que de un buen resultado. —suspiro. —Me gusta estar con él.

—Oh, hablas de...—forma un círculo sobre su panza.

—¿Qué? ¡No, eso no! —niego. —Me refiero a que las cosas sean buenas para nosotros.

—Si, claro...

Salimos del departamento juntas yendo directo a las escaleras.

—En serio, o sea, es que él...me está ocultando algo. —digo. —No sé qué sea, pero piensa que no lo aceptaré...

Me abre la puerta para salir fuera.

—Puede que esté exagerando y lo que te esté ocultando sea que es estéril o algo así.

—No creo y si es así, yo lo voy aceptar. —soy sincera.

Él ya tiene un hijo, el cual es Ian y yo lo amo demasiado.

Bajamos los escalones y Danielle me detiene antes de cruzar la calle.

—Mira mi bebé. —dice señalando al frente. —Mi padre me dijo "Compórtate como una Prince" y los Prince se compran un auto nuevo a cada nada, así que va a estar orgulloso cuando vea el descuento en su tarjeta de más de un millón y medio de dólares.

Es blanco, con una franja en color negro.

—¿Este auto te costó eso? —pregunto boca abierta.

—Nooo… costó más, pero yo puse el resto ya que no quise ser tan mala con papá. —se encoge de hombros. —Es un BMW M4 ¿Crees que es barato?

No, no lo creo.

—¿Lo elegiste porque te gustó o por el precio? —la miro con una ceja en alto.

—¿Qué más da? Me estoy comportando como una Prince y si no fuera así, también gastaría el dinero, porque así era mi madre, así serán mis hijos, los hijos de Andre...—le pica a la llave y el auto emite una alarma para desbloquear las puertas. —Así serán los hijos de Nick, todos los que llevamos la sangre de Harry y Ava Prince.

No puedo ni imaginarme a mi sobrina disfrutando de todo esto. Los Prince no solo le deben su fortuna a la política, sino

también al montón de empresas y petroleras que tienen y dónde invierten. Es una fortuna grande, a la que si un día se sabe la verdad, Rose tendrá derecho.

Rose Prince.

En el momento en que Harry Prince, Andre, Danielle y Nicholas se enteren de que ella lleva su sangre, la vida de mi sobrina va a cambiar, pero también conozco el alcance de su poder.

Nick le puede guardar rencor a Zaydaly por no decirle y tratar de quitársela. No sé lo voy a permitir, haría hasta lo imposible porque Rose no se separe de Zay, quien da su vida por ella sin dudarlo e imagino que tiene sus razones para ocultar la verdad.

—Ya veo. —digo abrochando mi cintura.

Todo por dentro es completamente nuevo, recordándome a cuando me subí al auto de Nick, quién no dudo que traiga otro diferente cuando lo vuelva a ver.

—Pero así como gastamos, también ayudamos, Nath y lo sabes. —arranca el coche. —Lo pensé y pondré mucho más de mi parte para ayudar en la fundación, parte de las ganancias del bar se irán al fondo de la fundación y estoy abriendo una cuenta a parte para alguien...

Frunzo el ceño.

—¿Puedo saber de quién?

—Melissa Castrell. —contesta. —Es tan linda esa niña, muy inteligente, estuve platicando con ella cuando fuimos al funeral del gobernador y tiene un futuro muy brillante.

Si que lo tiene.

—Eso es muy lindo de tu parte, Danielle.

Se detiene en un semáforo soltando un suspiro.

—El gobernador no era de mis personas favoritas, más de una vez se escuchó el rumor de que golpeaba a su esposa, pero en cualquier reunión que llevaba a sus hijos, los trataba muy bien. —cuenta. —Creo que si les hubiera hecho daño a ellos, su madre se los hubiera llevado lejos. Yo discuto mucho con papá y él a veces era malo con mamá, pero conmigo nunca fue así, lo amo como no tienes una idea, Nathalie. Es mi padre y lo quiero porque siempre ha estado ahí para mí y sé que siempre lo estará.

—Lo entiendo Danielle, Melissa es una niña ahora, pero con el tiempo le irá echando menos a su padre, solo espero que cuando crezca no se llene de odio. —suspiro. —Lo asesinaron, los periódicos y las noticias no van a ser borrados y si no encuentran al asesino, ella junto a su hermano puede que no estén tranquilos nunca.

—Tengo fe en papá, se está moviendo con eso. —estaciona frente al colegio. —Tiene a Ethan, el amigo de Andre, en esa investigación junto a todo el departamento de policía.

—Esperemos que lo encuentren. —me desabrocho el cinturón. —Nos vemos más tarde.

—Si, cuídate.

Me despido con un beso en la mejilla y bajo del auto levantando mi mano un momento en lo que observo como se adentra al tráfico. El guardia me pide el gafete para poder entrar y me da el pase cuando comprueba que soy maestra de este plantel.

Subo la tira de la mochila en mi hombro mientras camino hacia los escalones, sigo de largo encontrando alumnos ir y venir a

excepción de los pequeños, los cuáles aún no llegan. Entro en el salón de clases dejando mis cosas sobre el escritorio. Debo admitir que sí extrañé esto, me gusta mucho estar aquí y disfrutar de mi tiempo con los niños.

—Hola. —hablan en la puerta, me giro a ver y es Matt. —Volviste, me alegra que estés mejor.

Le sonrío acercándome para recibir el abrazo que me da.

—Si, ya estoy mejor. —respondo. —Me alegra volver, ya extrañaba a los niños.

Sonríe.

—Si, me imagino. —asiente. —De hecho ya vienen, nos vemos después.

—Si, claro.

Se marcha y yo me concentro en poner la fecha sobre el pizarrón cuando el último niño entra al salón. Todos están sentados, Ian está junto con Melissa, la cual trae el cabello suelto y lleva un mechón pintado de azul.

Frunzo el ceño, ya que nunca la había visto con ese mechón.

—Buenos días. —saludo.

Melissa levanta la mano.

—Maestra, ¿Por qué no había venido a clases? —pregunta. —¿Se aburrió de nosotros?

Me río.

—No, linda. —niego con la cabeza. —Estaba enferma, pero ya estoy aquí y todo volverá a la normalidad.

—Ok.

Ian levanta un poco su mano y yo también lo hago antes de que la baje. Él continuó viniendo a clases los días que yo no vine, pero según lo que me contó, la maestra sustituta que me cubrió durante este tiempo, le pedía que participara y él no quería.

Solo espero que las quejas no hayan llegado a los oídos de la directora, porque eso llamaría más su atención.

Comienzo la clase, respondo preguntas, resuelvo dudas, doy opinión sobre el color de margen que Melissa quiere poner y me río con las ocurrencias de Esteban al querer ser como su abuelo, ya que según me cuenta, solo bebe chocolate y ve televisión.

Realmente extrañé estar aquí.

Es mi segundo hogar, el primero está afuera, con las personas que son parte de mi vida.

Las horas pasan, en el almuerzo me quedo en el salón a revisar notas, cuando vuelven el resto de las clases continúa hasta que el timbre de salida suena y todos se levantan para marcharse.

Ian es el último como siempre, le digo adiós con la mano y sale. Yo hago lo mismo colgando la mochila en mi hombro y cuando estoy por atravesar la puerta, Matt se me atraviesa.

—Ey, ¿Quieres que vayamos a tomar un café? —pregunta sonriendo.

—Ay, me asustaste. —me llevo una mano al pecho.

—Discúlpame...

Se sonroja. Es muy amable.

—No pasa nada, tranquilo. —le restó importancia caminando fuera del salón. —¿Conoces algún lugar?

—Si, de hecho sí. En la avenida Queens hay un lugar muy bueno, está algo retirado, pero vale la pena.

Me abre la puerta y salgo primero bajando los escalones con él a mi lado.

—Matt, yo no quiero que tú...

—No, descuida. Solo busco una amistad, Nathalie, nada más. —aclara.

La verdad es que eso me alegra, porque no quisiera que malinterpretara lo amable que soy con él.

—Vale, pues entonces si quieres...

Su sonrisa se desvanece cuando ve por encima de mi hombro, logrando que yo también me gire observando a Hunter caminar hacia mí, con Abel y Fabio detrás de él.

Sé que no debería de sonreír como lo estoy haciendo ahora, pero es que se ve demasiado atractivo, con los lentes negros ocultando sus ojos azules, su pantalón de mezclilla y su playera gris con un abrigo encima.

Realmente se ve guapo.

—Hola. —saluda dirigiendo su mirada a mí. —¿Me permite un momento, Maestra?—pregunta ignorando por completo a Matt.

—Yo...

Me giro para sonreír apenada a Matt, pero él simplemente asiente y se va directo a su auto. Me dejo llevar por el hombre que me toma de la mano y me guía hasta la camioneta dónde me subo viendo a Ian con el cuaderno en sus manos.

—Hola. —lo saludo.

Me sonríe volviendo la vista al cuaderno. Hunter entra por el otro lado mirando su teléfono, escribe algo y lo guarda para después verme.

—¿Qué fue eso? —le pregunto en voz baja, ya que los guardaespaldas están enfrente. —Ni siquiera saludaste a Matt...

—No tenía tiempo. —contesta tajante. —¿Cómo estás?

Se inclina hacia mí para darme un beso en la boca que trata de profundizar, pero no lo permito, ya que Ian está entre nosotros. Me sonríe antes de volver la vista al aparato y no sé qué es lo que lo hace fruncir el ceño a cada nada, pero me gustaría saberlo.

—¿A dónde me llevas? —inquiero jugando con las tiras de mi mochila. —Sea que lo que sea que tengamos...

—Te quiero enseñar un lugar. —se adelanta. —Y sí, sé que no tengo porque interrumpir tus planes, pero en serio no soporto ese tipo, te juro que no lo hago.

Me hace sonreír ante su argumento.

—Vale, está bien. —busco su mano. —Olvidémonos de eso y llévame a dónde me tengas que llevar.

Besa el dorso de mi mano y no me suelta durante todo el camino. Ian está concentrado dibujando un paisaje, yo veo por la ventanilla a ratos y veo que nos estamos adentrando al oeste de Manhattan.

Justo a West Village, nunca había venido aquí, pero si había visto fotografías sobre el barrio, dónde los edificios en su mayoría eran antiguos y con fachadas hermosas de color caoba o ladrillo. La camioneta se adentra en una calle donde los autos están apilados a los lados, los árboles comenzaban a mudar las hojas y el silencio se perpetúa nada más se apaga el ruido del motor.

—¿Qué hacemos aquí? —mi mirada viaja de la ventanilla a su cara. —¿Visitamos a alguien?

—No exactamente. —niega. —Abel, lleva a Ian a casa, Fabio te quedas con nosotros. —ordena dándole un beso al pequeño.

—Si, señor.

Baja del auto, yo me despido de Ian con un beso en su cabeza y tomo la mochila cuando Hunter me abre la puerta esperando que salga. No me había dado cuenta que una camioneta más nos seguía, ya que es a dónde Fabio sube.

Su seguridad me sorprende, creo que no me acostumbraré a ella, pero siempre ha dicho que no se detiene cuando de proteger a su familia se trata y después de lo que nos pasó hace unas semanas, no dudo de eso.

Me toma de la mano invitándome a subir los escalones, las viviendas están pegadas, pero es un buen lugar para vivir. Si no me equivoco, los edificios son todos de tres pisos, o sea, tres apartamentos, en algunos casos, todo el edificio es del dueño y lo remodela a su gusto convirtiéndolo en una residencia.

Abre la puerta dejándome entrar primero, él lo hace después cerrando tras su espalda y lo primero que observo es un pasillo, las paredes están pintadas de un amarillo ocre, no hay nada colgando en ellas y nuestros pasos siguen hasta subir las escaleras.

—¿Es tuyo? —no puedo evitar preguntar, ya que la curiosidad de que es lo que hacemos aquí, me carcome. —Hunter...

Me desespera el que no me responda, pero no insisto más y sigo con él hasta el segundo piso. Dónde están dos pasillos de no más de dos metros cada uno, con dos puertas en cada lado y las escaleras al tercer piso se ven al comienzo de las primeras, justo por la misma línea.

Las paredes están pintadas del mismo color de arriba a excepción de las puertas, ya que son de madera. Me guía por una de ellas, encontrando la recamara principal, tiene una cama matrimonial, una ventana que da al frente, un armario, un buró y un mueble para colocar alguna televisión.

Me saca de ahí llevándome a la siguiente, es más pequeña, tiene una cama individual, un armario, un par de repisas a un lado de la ventana y está misma da una salida por las escaleras de incendios.

La que continúa es un cuarto pequeño, hay armarios con puertas de acordeón, las cuales están abiertas ya que detrás no ocultan nada, la última es un baño más sencillo que el que tiene en la mansión dónde vive.

Es por eso por lo que dudo que este lugar sea de él o de su familia.

No me suelta cuando me muestra todo y su agarre se vuelve más fuerte cuando subimos al tercer piso, dónde encuentro un recibidor grande, hay un par de sillones y el ventanal da vista un

pequeño patio trasero dónde un árbol de jacaranda está tumbando sus hojas.

Hay una puerta que está cerrada, tiene un candado negro.

—Escucha, este lugar no es mío. —habla sacando un par de llaves de su bolsillo. —Es tuyo, tuyo y de Ian.

Doy un paso atrás demasiado confundida.

—No entiendo, ¿De qué hablas? ¿Cómo que mío? —muevo la cabeza dejando caer la mochila por mi hombro. —Explicate, porque te juro que no entiendo nada.

—No es tan difícil de entender, este lugar es para ustedes dos y ya está. —sentencia dejando las llaves en la palma de mi mano. —Solo necesito que...

—No, lo único que tu necesitas es decirme la verdad —señalo. —Estamos hablando de un edificio completo, ¿Como porque sería mío y de Ian y no tuyo y de él? ¿Qué está pasando?

Se pasa una mano por el cabello caminando hacia el ventanal, se apoya en el marco mirando hacia afuera sin decir nada durante un rato.

—Es un lugar seguro, su lugar seguro. —murmura. —Nadie debe saber sobre esto, no le digas a nadie, ni siquiera a Danielle, solo lo tienes que saber tú…

—¿Te estás escuchando? Solo dime que está pasando.— le pido —Estas actuando muy raro y en serio quiero que me expliques porqué, Hunter... Solo tienes que decirlo y ya.

—No es tan fácil.

—Si lo es, solo dilo.

Se gira dando tres pasos hasta tomarme de la nuca estampando sus labios contra los míos. Sus manos se hunde en la tela de mi suéter atrayéndome más a su pecho, dónde su calor me recibe, dónde su cercanía me calma y me hace latir el corazón a un ritmo que no puedo controlar.

—Me gustas, me gustas demasiado Nathalie... —pega su frente a la mía. —Estoy comenzando a sentir cosas que nunca creí sentir, cosas, sensaciones, que para mí son distracciones, pero estoy dispuesto a aceptarlas porque se tratan de ti y cada cosa que viene de ti me vuelve loco desde que te conocí...

—Hunter... —susurro.

—Déjame terminar. —pide. Asiento. —Tengo miedo, lo cual es absurdo porque le temo algo que físicamente no me daña, no le temo a otra cosa que no sea a lo que ahora mismo pasa por mi cabeza, es por eso por lo que te pido que confíes en mí. —su mirada se clava en la mía. —¿Puedes hacer eso por mí? Solo tienes que confiar, no importa que pase, debes tener clara una cosa y es que pase lo que pase, siempre me vas a tener detrás de ti para cuidarte, protegerte y buscarte ¿De acuerdo?

Asiento repetidas veces atrayéndolo a mi boca, besándolo con el peso de todo eso que acaba de decir, ya que no es el único que se siente así, no es el único que siente eso.

Me levanta dejando que enrede mis piernas en su cintura mientras camina al sofá, dónde toma asiento conmigo sobre su regazo. Apoyo mi mano sobre su pecho y lo vuelvo a ver a los ojos.

—Lo sé, lo sé porque yo también estoy sintiendo lo mismo. —confieso. —Tal vez ahora no somos capaces de ponerle nombre a ese sentimiento, pero lo importante es que está ahí, vivo, latiendo

dentro de nuestro ser y sentirlo contigo es la cosa más bonita que me puede pasar, pero…

Me atrae de nuevo hacia su boca evitando que diga algo más y sellando lo que hemos dicho con un beso. Ese beso que carga con ese sentimiento que espero poder decir en voz alta pronto.

Sus manos me quitan el suéter que cae al suelo, mientras él desabrocha los primeros botones de mi camiseta, yo sigo besando su boca queriendo más de él. Nos miramos una vez más a los ojos antes de sacarme la camiseta por la cabeza dejándola a un lado. Vuelvo a pegar mi frente con la de él mientras que el aumento de la respiración de ambos no se hace esperar.

Sus dedos buscan el broche de mi sostén, logrando soltarlo dejando caer las tiras por mis hombros hasta que la prenda sale fuera dejándome desnuda de la cintura para arriba.

Sus brazos me rodean, me levanta y gira conmigo recostándome sobre la alfombra del suelo, esperando hasta que se quita la camisa, siguiendo con los pantalones y yo me encargo del resto de mi ropa ya que estoy ansiosa por sentirlo cerca de nuevo.

Siempre lo quiero cerca.

Lo tomo del cuello atrayéndolo a mi pecho, mis manos se concentran en su espalda y abro mis piernas buscando espacio para que se ubique entre ellas. Hunde sus dedos en la carne de mi muslo levantando mi pierna provocando que cierre los ojos cuando me penetra de golpe.

El ritmo es rápido, los jadeos son de parte de ambos y me cuelgo de su cuello buscando su boca. Nuestros pechos chocan, el calor aumenta, me giro quedando encima de él y no paro de besarlo, no paro de pasar mis manos sobre su pecho, sentir el corazón acelerado al compás del mío. El orgasmo está tocándome la

piel logrando que me arquee cuando me toma junto con él, quien hunde sus dedos en mis caderas.

Cansada me recuesto encima de él sintiendo como sus dedos recorren la piel de mi espalda.

—Confío en ti, Hunter. —digo. —Lo hice desde que tus brazos me sostuvieron aquel día en dónde no tenía idea de lo que hacía.

—Desde ese día yo te confíe la vida de mi hijo sin que tú lo supieras, Nathalie.

Beso su pecho acariciando el halcón que se extiende sobre su tórax y cierro los ojos deseando que este momento no se termine, no quiero volver fuera dónde paso horas sin sentir su calor.

Cuando estoy a punto de besarlo de nuevo, el sonido que emite el reloj en su mano me interrumpe, él lo mira y el color de su cara cambia con lo que ve.

—¿Qué pasa? —pregunto cuando se pone de pie.

—Es Ian.

Solo eso es suficiente para que el cuerpo me comience a temblar y rápidamente me visto corriendo escaleras abajo dónde ya está la camioneta con las puertas abiertas, esperándonos.

Capítulo 33

Hunter Meyer

La segunda camioneta está a mi encuentro cuando llegamos a la dirección indicada. Enzo y Leonardo bajan de está misma, mientras yo hago lo mismo sacando a Nathalie

—Llevala a la casa y déjala con mi madre. —le ordeno a Enzo. —Leonardo, te necesito aquí junto con Maxwell.

Tomo de la mano a la maestra acercándola al auto, al cual le abro la puerta y le indico que entre.

—¿Qué está pasando, Hunter? ¿Dónde está Ian? —le tiembla la barbilla aguantando las lágrimas.

—Él va a estar bien, pero necesito que te vayas con Enzo y me esperes en casa ¿De acuerdo?

Niega.

—Me estás asustando...

—Tranquila, solo recuerda lo que te dije ¿Si? Confía en mí.

Me toma del cuello besándome la boca y le correspondo con el mismo deseo ya que en serio quiero tenerla a mi lado a cada paso que doy.

Cierro la puerta girando, escucho cómo la camioneta se marcha y yo recibo el arma cargada que me pasa Fabio una vez dentro del auto.

—¿Qué carajos pasó? ¿Por qué Abel no activó la alarma? —interrogo desesperado. —¡Necesito respuestas!

—El rastreador que tenía la camioneta se apagó de repente, Señor. El que tiene Abel no responde y Ian llevaba días sin su reloj porque lo perdió.

Me paso una mano por el pelo sin saber qué pensar.

—Llevame al lugar donde tuvieron la última señal de la camioneta, necesitamos saber si sigue ahí o fue el último lugar donde estuvo.

—Si, señor.

A mí cabeza viene el recuerdo de la primera vez que lo sostuve en brazos, la idea era que Aurora fuera la primera en sostenerlo, ya que el médico días antes nos había dicho que el calor de la madre le hacía bien, pero ella estaba cansada y se quedó dormida.

A lo que yo lo cargué. Aún no abría los ojos, pero sus pequeños deditos rodearon mi dedo anular y sonríe como un idiota porque solo ese pequeño gesto de su parte, me llenó de amor.

Juré protegerlo, juré que nadie le tocaría un pelo, juré que me pondría enfrente si era necesario para salvarlo. Es mi hijo, desde el momento en que Aurora me dijo que el anticonceptivo había fallado, algo dentro de mi pecho se infló con la idea de tener a un ser que llevara mi sangre, que tuviera esa parte de mi la cual no le mostraba a cualquiera.

Y no voy a perderlo. No voy a perder a mi hijo.

—Lo vamos a encontrar. —Max apoya su mano en mi hombro. —Ese hombrecito va a estar con nosotros.

La verdad es que me voy a creer esas palabras cuando lo tenga conmigo, antes no.

—¡Rápido! —demando ansiando llegar.

El arma en mi mano sube y baja debido a que no puedo controlar el movimiento de mi rodilla. La cabeza me comienza a doler de tanto pensar cosas que no van a pasar. Cosas que no voy a permitir que pasen.

En cuanto el auto se estaciona, salgo disparado encontrando la camioneta en la que venía Ian, no hay nadie dentro, los vidrios están rotos, me giro pasándome las manos por el cabello sin saber qué hacer.

El paso que doy, me lleva a pisar un charco de sangre que me frena en seco. Está fresca, sigo por dónde la sangre dejo el rastro perdiéndola más adelante, justo debajo del puente de Brooklyn.

Saco el teléfono de inmediato alejándome un par de pasos y el alcalde responde al otro lado de la línea.

—*¿Qué es…*?

—No me importa que es lo que tienes que hacer, pero quiero a tu mejor criminólogo en la dirección que te voy a enviar. —ordeno. —Necesito la disponibilidad de las cámaras de la ciudad, todo lo que te pida lo necesito, ¿Está claro?

—*No eres quien para darme órdenes...*

—Lo soy, claro que lo soy imbécil de mierda. —pellizco el puente de mi nariz. —Soy el tipo que está dejando que tus hijos respiren, así que mueve ese trasero porque si no vas a ir a visitar al gobernador.

Cuelgo enviando la dirección de dónde estoy.

—Sea quien sea que haya hecho esto, es obvio que nos estaba vigilando. —se acerca Leonardo. —Estamos expuestos aquí, necesitamos pensar con la cabeza fría...

—i¿Cómo quieres que piense con la cabeza fría si es mi hijo quien está desaparecido, Leonardo?! ¡No puedo tener mi puta cabeza fría si lo único que ronda por ella es que puede estar muerto!

Le doy la espalda caminando de nuevo hacia el rastro de sangre. No es mucha, pero aun así la persona que está herida no puede que no resista mucho, si es él, probablemente en un par de horas haya perdido demasiado que...

Abel sabe que hacer, no sé dejaría vencer tan fácil, daría su vida por protegerlo.

Sigo de largo hasta el callejón, dónde no hay cámaras de seguridad, no hay nada que me pueda dar una pista sobre...

Me detengo al ver el cuaderno de Ian tirado, está cerca de un charco de agua. Lo tomo rápido secándolo con mi abrigo, lo abro encontrando sus dibujos, pero al final está anotada una matrícula.

No es la letra de Ian.

LRY-21270

Le tomo una foto enviándola a Isabella antes de subir a la camioneta. Maxwell se acerca a la ventanilla, observando mis movimientos.

—Abel anotó la placa del auto donde supongo se los han llevado. —le muestro el cuaderno. —Moviliza tu gente, quédate aquí a esperar la gente del Alcalde, yo seguiré está pista.

—Leonardo se quedará aquí, yo iré contigo porque no pienso dejarte solo. —declara. —Fabio, quédate con Leo, ustedes dos con nosotros.

No digo nada, dejo a Fabio con mi hermano y me aseguro de enviarle más gente que lo respalde, no puedo descuidar a ningún miembro de esta familia.

No debí descuidar a mi hijo.

Maxwell hunde el pie en el acelerador y yo llamo a Isabella.

—Necesito información ya. —exijo. —Ahora, Isabella.

—*Estoy haciendo lo que puedo, te estoy rastreando a ti también y el auto salió por la avenida Atlantic, Hunter.* —informa y pongo el teléfono en altavoz para que Max escuche. —*Sigue derecho, justo hasta finalizar en la 278, la cámara en la que estoy, me indica que el auto está ahí, pero parece vacío.*

Preparo el arma, me quito el abrigo y presiono a Max para que acelere. Necesito llegar ya, cada segundo lejos de él solo me nubla de ira. Los neumáticos chillan cuando detiene en una esquina cerca de las instrucciones que dio Isabella por teléfono, me bajo dejando la puerta abierta y me acerco al auto.

Es una furgoneta color blanco y efectivamente está vacía. Hay más sangre sobre la alfombra de está misma, está fresca, así

que no dudo que hayan cambiado de auto.

—¡Hijos de puta! —suelto una tanda de tiros a las llantas. —¡Me la van a pagar todos si le tocan un pelo!

—Escúchame, hay que irnos, necesitan muestras de sangre para saber si la que estaba en la calle es de Ian. —Russo me espera al lado de la camioneta. —Vamos, no podemos perder tiempo.

Me monto de nuevo en el coche, mientras él se pone al volante.

Una llamada entra, es de Isabella.

—Hago lo que puedo, mis chicas están en las calles, comprando bocas, nos estamos movilizando. —habla. *—Seguiré las pistas que me den las cámaras y te aviso cualquier cosa ¿De acuerdo?*

—Si.

Cuelgo de nuevo apoyando mi cabeza contra el respaldo mientras cierro los ojos.

Cuando llegamos al primer lugar, ya está lleno tanto de mi gente, como de parte del Alcalde. Una chica se acerca a paso dudoso con una aguja y un tubo, así que no pierdo el tiempo, me apoyo en la camioneta quitándome la camisa para dejar el brazo fuera.

Lo extiendo dejando que amarre la liga en la parte superior, traga saliva mirando el tatuaje en mi pecho, pero se concentra en lo que tiene que hacer. Saca dos tubos de sangre, me vuelvo a poner la camisa y me acerco a mi hermano.

—¿Has sabido algo? —pregunto.

—Aun nada, todo parece un puto desierto. —da un paso atrás.

Enzo llega con gente también, abre un mapa sobre el capo del auto y marca las avenidas que supongo también le envío Isabella.

—Tengo cubierta cualquier salida al aeropuerto, tengo dos pistas clandestinas que están al oeste, como también las salidas terrestres de la ciudad. No van a salir de aquí. —habla. —Mi sugerencia es que te pongas en contacto con Jordan, así descartas que él está detrás de eso.

—¿Y quién más puede estar detrás de esto? ¡Es obvio que es él! —me altero.

—Es por eso por lo que tienes que llamar. —insiste. —Hunter, Ian es hijo de ella... Y no estoy muy convencido de que haya sido él el que se lo llevó, algo me dice que no es así. Utiliza esa carta, el nombre de ella para averiguar qué es lo que realmente paso…

Me paso las manos por la cabeza con el arma en mano, sin saber qué carajos pensar. No tengo más que hacer aquí, le ordeno a todos que nos larguemos y subo a la camioneta con Maxwell al volante.

—Tiene razón, trágate el coraje y llámalo. —dice. —Si algo en él te da indicios de que lo tiene, yo mismo te acompaño a Rusia y le planto una bomba a cada ser que lleve su apellido, pero a mi sobrino no me lo van arrebatar.

No quiero, no quiero carajo.

Cierro los ojos en todo el camino, la lluvia comienza a caer, llamo a Alessandro dándole la orden de regresar con mi hermana

ahora mismo y movilizar su gente. La propiedad queda a la vista, la tormenta se hace más fuerte y cuando pongo un pie fuera de la camioneta, la veo.

Nathalie está sentada bajo la lluvia, con la mochila aún en su espalda, tiene los brazos rodeando sus rodillas y me apresuro al sitio tomándola para que se ponga de pie.

—Cariño, ¿Qué demonios haces aquí afuera? —acuno su rostro con el cabello empapado.

Tiene los ojos rojos, está temblando y cuando me mira algo me avasalla por dentro.

—Esperaba a que llegarás, ¿Dónde está Ian? —mira la camioneta de dónde baje. —Hunter, ¿Dónde está? ¿Está bien? — le tiembla la voz. —Respondeme, si, ¿Dónde está?

Trago grueso queriendo no demostrar lo mucho que me afecta todo esto.

No soy un débil, no soy un cobarde.

—Lo secuestraron. —respondo.

—No, no puede ser…—niega una y otra vez

Soy rápido a la hora de tomarla en brazos cuando cae inconsciente sobre mí. La levanto llevándola adentro, mi madre me sigue cuando subo las escaleras hasta mi habitación, dónde le quito la mochila, los zapatos, la blusa y el pantalón tapándola con el edredón para que entre en calor.

Está helada.

—¿Qué le pasó? —pregunta a mi espalda.

—Se ha desmayado.

Voy directo al armario tomando ropa limpia para mí, me cambio en el baño, saco mi arma personal con el nombre de la Mafia Negra y el símbolo del Halcón en ella.

Todos los miembros de la Familia Meyer tienen una igual, en color negro, a excepción de mi madre, la de ella es blanca, ya que fue la mujer del líder y las mujeres del líder tienen el color blanco como símbolo de que si un día se necesita la Paz, solo ellas tiene el derecho de otorgarla.

Dejo un beso sobre la frente de la maestra antes de salir de la habitación seguido de Esmeralda, quien me toma del hombro para que detenga mi paso.

Es una mujer fuerte, nunca la he visto llorar, ni siquiera con la muerte de mi padre, siempre la ves como esa mujer que no importa cuántas veces intenten tirarla, ella no permite que lo hagan. Pero ahora, aunque trata de ocultar el rojo en sus ojos, no lo logra del todo, ya que puedo notar que ha estado derramando algunas lágrimas.

Lágrimas por su único nieto.

Y por el miembro más importante de esta familia.

—¿Tienes algo? Tengo gente también, contactos, puedo abrirme paso con el vicepresidente, lo que sea, solo necesito que me respondas una pregunta, una que solo tú puedes responder. —se acerca poniendo su mano sobre mi corazón. —¿Sigue con vida? Lo sientes, aún sientes que la sangre palpita por sus venas, solo dime lo que tú corazón te grita.

Coloco la mía sobre la suya cerrando los ojos un momento y...

—Si, es un Meyer. —asiento. —Y los Meyer no nos rendimos tan fácil, está vivo, lo siento dentro de mi corazón. —susurro. —Pero tengo que encontrarlo, lo voy a encontrar.

—Lo vamos a encontrar, amor.

Me besa la frente dejándome continuar mi camino hasta el despacho. Voy a la barra, me sirvo un trago, me siento frente a mi escritorio, abro el cajón de la izquierda sacando el teléfono satelital y por último volteo el reloj de arena que me indica el tiempo que tengo.

Marco girándome hacia el ventanal que me muestra la llovizna que está cayendo fuera.

—*Meyer...*. —responde al otro lado.

—Ivanovich...

Le doy un trago al vodka con dos hielos que me serví.

—*¿A qué debo tu llamada?* —pregunta cómo si nada. —*Tú y yo no somos amigos, no somos socios, no tenemos nada en común, no me provoques que no se me ha olvidado nada...*

—Ya me quedó claro, ¿En serio eres tan mierda como para cobrarlas con mi hijo? —aprieto el aparato. —Creí que cumplirías tu palabra y dejarías a Ian en paz, creí que al menos lo respetarías dejando que crezca y pueda dar pelea.

—*Tu hijo es el único miembro de tu familia al que le tengo respeto.* —contesta disparándome la ira.

—¡No me mientas, hijo de puta! —grito estrellando el vaso contra la pared. —Tú lo has mandado secuestrar, así que vale más que no le toques un pelo...

—*Estas muy equivocado, Hunter.* —responde. —*Yo no soy el único enemigo que tienes, seré el más fuerte, pero no soy un cobarde como para meterme con tu hijo. Agradece que lleva su sangre, porque si no tendríamos una conversación muy distinta.* —murmura. —*Tu lista de enemigos es larga, cada uno de ellos, será padre o madre de alguien más, así que deberías de ir haciendo limpieza si no quieres dejarle problemas a tu hijo, o los demás que pienses tener.*

—No te creo nada...

—*Ese es tu problema, no él mío.* —aclara. —*No le deseo nada malo a tu primogénito, créeme que no me gustaría estar en tu lugar un día, pero si una cosa tengo clara, es que deberías comenzar por las personas que te rodean, siempre hay una rata traidora cerca, más cerca de lo que imaginas.*

Cuelga justo cuando el último grano de arena cae. Sus palabras rondan en mi cabeza y sé que no debería de creerle, pero...

El teléfono suena sobre la mesa, lo tomo llevándolo a mi oreja rápidamente.

—*Tengo los resultados de los análisis de sangre.* —habla el Alcalde. —*Hay 99.9% de compatibilidad con las muestras que te tomaron.*

Cierro los ojos bajando la cabeza un momento. Tomo un respiro, me pongo de pie, camino hasta la barra para tomar la botella de nuevo, pero la mano me tiembla que termino estrellándola contra el suelo.

—Mi hijo fue secuestrado, quiero que pongas a cada policía a buscar en cada rincón de la ciudad, quiero vigilancia en las entradas y salidas de Nueva York ¿Está claro? Créeme que es mejor colaborar por las buenas, que por las malas, hazlo.

—*Envíame una fotografía de tu hijo.*

Lo hago finalizando la llamada.

Está herido, no sé cuánto tiempo es el que lleva perdiendo sangre, una herida en la cabeza es mortal, pero no había tanta y el rastro era de gotas, no de chorro, así que descarto esa idea.

En el brazo, la sangre brota, pero no a montones y se puede parar con un torniquete, no dudo que Abel le haya puesto uno, pero aun así me hace dudar que le hayan disparado en el brazo.

El abdomen tiene muchos órganos vitales, así que también descarto eso, ya que si estuviera muerto, lo hubieran dejado. La herida es en el hombro o piernas, pero aun así, necesita un médico, cirugía para sacar la bala, medicina para el dolor...

El dolor de cabeza ya no me deja pensar más y termino saliendo del despacho. La noche cae, con ella el vacío en la casa. Cuando entro a la habitación de nuevo, la maestra está hecha un ovillo en la cama, los sollozos se escuchan en la entrada y me acerco a ella hundiendo la mitad del cuerpo en el colchón.

—Es solo un niño, solo un niño...— llora. —¿Por qué? ¿Qué les hizo?

Le aparto las hebras castañas de la cara y acaricio su mejilla.

—Escuchame, lo voy a traer de vuelta ¿Si? —la miro a los ojos. —Lo voy a recuperar...

—Lo quiero aquí. —pide entre sollozos. —Lo quiero abrazar.

—Lo voy a traer, lo vas a tener aquí contigo ¿Ok? Pero necesito que te tranquilices y que me prometas que vas a estar bien.

Me toma del cuello buscando mis labios y le doy lo que tanto quiere, lo que necesitamos ambos. La beso apoyando el peso de mi cuerpo en mis brazos.

—Lo traeré, te lo prometo.

Asiente dejándome ir.

Maxwell está esperándome al final de las escaleras, él junto con tres hombres quienes nos siguen de cerca, el armamento está en las camionetas, Elizar está con un maletín en mano esperando al lado de la puerta.

—Granadas, señor. —me lo entrega. —Todas mejoradas, mis armas también lo están y en serio espero que encuentre a Ian, señor.

Asiento palmeando su hombro y desde el escalón veo a más de 30 hombres (son solo los que están aquí ahora) esperando instrucciones.

—Vamos a barrer las calles de esta ciudad, cada sitio, cada barrio, cada edificio que nos indique cualquier sospecha lo vamos a tomar ¿Está claro?—asienten. —No quiero fallas, no quiero problemas con la policía, está noche ellos están de nuestro lado, así que necesito resultados antes del amanecer.

Se dispersan al igual que lo hago yo junto con Maxwell, Leonardo y Enzo, quienes abordan las camionetas. El primero viene conmigo y mi hermano se va con Enzo en otro auto saliendo todos de la propiedad.

—La sangre es de Ian. —hablo, siento que tengo que hablar con alguien. —Está herido, no sé dónde está, pero está herido...

—Es un hombrecito fuerte...

—No, es solo un niño. —suspiro. —Y quien sea que le haya hecho daño, me la va a pagar, lo voy a descuartizar.

Se queda callado un momento, antes de volver a hablar.

—¿Hablaste con Jordan? —asiento. —¿Y qué te dijo? ¿Sientes que él tiene algo que ver?

—No lo sé, no le creo una palabra, pero...algo me dice que él no lo tiene.

—¿Pero qué te dijo? —insiste.

Las palabras de Jordan se repiten en mi cabeza.

Siempre hay una rata traidora cerca, más cerca de lo que imaginas.

Maldito bastardo, solo quiere meterme mentiras en la cabeza.

—Dijo que debería de comenzar a sospechar de los que tengo cerca, que siempre hay una rata traidora. —digo estudiando su rostro, pero no me refleja nada.

—Pues yo creo que tiene razón, desde que pasó lo de la bodega, tengo mis sospechas, pero mejor me las guardo porque no te van a gustar.

No le pido que me lo diga, porque ahora no tengo tiempo para preocuparme de eso. Pasamos horas recorriendo callejones,

barrios, vuelvo al lugar en donde estaba la sangre y no sé qué carajos pensar.

Isabella me llama a las tres de la madrugada.

—Escucha, una cámara cerca de Bronx, por la avenida Colden y Neill captó a Ian, solo fue un momento, te envío la imagen y la dirección exacta. Solo pasaron, no están ahí, sigo rastreando, pero no hay nada concreto.

—Solo sigue buscando.

La dirección llega enviándola al GPS para que el chófer la siga y seguido de eso, llega la fotografía.

Es él.

Ian asoma la cabeza, tiene una mano queriendo salir del carro, pero no parece lograrlo y en esa misma hay sangre, tiene la mano llena de sangre. El auto es blanco, pero no logro ver otra cosa, así que termino pasándole el teléfono a Maxwell para que vea.

—Está vivo. —me lo tiende de vuelta.

—Está herido.

—Pero está vivo, eso es lo importante. Concentrémonos en eso.

No es suficiente, necesito que esté bien.

La camioneta se adentra en la avenida Colden hasta la esquina con Neill, la calle está vacía, autos aparcados en la orilla izquierda y le pido al chófer que se detenga. Me bajo con el arma en mano, observo los edificios, hay dos cámaras en contra esquina y supongo que es la que captó a Ian.

—¡Hunter, cuidado! —grita Max a mi espalda.

Me giro rápido, pero no logro evitar que la bota de alguien se estampe contra mi mano tumbándome el arma, otro golpe me lanza hacia atrás y reacciono enseguida consiguiendo parar el siguiente golpe moviéndome hasta quedar contra la pared.

El cuerpo es liviano, es una mujer.

Tiene pañoleta y va de negro, la tomo del cuello dejándola contra el muro, mi mano viaja a su cuello buscando el inicio del pasamontañas para quitárselo, pero no lo logro, ya que su rodilla golpea mi estómago.

Le tuerzo la mano poniéndola de frente contra la pared, pero es ágil a la hora de escalar por esta misma y quedar en mis hombros dándome un golpe en la cabeza que me manda al suelo.

El disparo que Max le lanza lo logra esquivar cuando huye, pero yo lo hago detrás de ella, sigo corriendo hasta cruzar la calle, los autos vienen, los esquivo como puedo, pero no la pierdo de vista. Se detiene más adelante dónde está una motocicleta, acelero el paso atropellándola contra el suelo antes de que suba, tomo sus manos con una de las mías sobre su cabeza y esta vez sí logro quitarle el pasamontañas.

El cabello negro le cae sobre el piso, bajo hasta sus cejas pobladas, sus ojos negros y es que no me puedo creer lo que estoy viendo.

—¿Aurora? —abro y cierro mi boca desconcertado. —No...

Me patea logrando que la suelte, se sube encima de mí estrellando su puño contra mi cara una y otra vez y es que no puedo mover...

No puedo...

—¿Cómo es que sabes mi nombre, imbécil? —habla poniéndose de pie mientras saca su arma.

—Porque te conozco...

La oleada de balas detiene la suya en mi dirección y esta vez sí corre lejos sin darme tiempo a ir detrás de ella.

—¡No disparen! —ordeno poniéndome de pie.

Max llega parándose a mi lado, me mira, después hacia donde la mujer se fue y habla:

—¿Quién es? ¿Por qué no quieres que disparemos? —inquiere

Me limpio la sangre de la nariz escupiendo la que tengo en la boca.

—Porque no le voy a disparar a la madre de mi hijo.

Capítulo 34

Jordan Ivanovich

En Rusia tenemos un dicho, un proverbio y es «Las lágrimas que caen son amargas, pero aún lo son más las que no caen»

No lo entendí, hasta el día en que no dejé caer las mías. Las cuales iban destinadas a una mujer, una en particular que le parió un hijo al que se supone es mi enemigo, hijo que en lugar de admirar y respetar, debería odiar.

Pero no puedo odiar nada que venga de ella.

—Jefe, la avioneta está lista. —avisa uno de mis hombres de confianza.

Asiento dejando que la mujer que trae mi abrigo se acerque, meto mis brazos en él y salgo seguido por los mismos cuatro hombres que siempre me acompañan. Los Krassnyy

Subo hasta el helipuerto que está ubicado en la esquina oeste de la mansión. El piloto está en su posición, las aspas sobrevuelan y mi mano derecha, está al lado esperando para tenderme una carpeta.

—Thiago está en Chicago, ahí está toda la información. —habla. —Mis hombres y yo le vamos a hacer frente al ataque que envió Joseph hacia el sur, el territorio está en riesgo y no podemos quedarnos de manos cruzadas. —murmura. —Está confirmado que

tú hermano fundó una pequeña organización con hombres de esta misma, cada uno de ellos se considera un traidor a partir de ahora.

—Que la producción no pare, volveré en dos días. —advierto subiendo.

El aeronave emprende el vuelo mientras que abro la carpeta. Mi hermano ahora mismo está demostrando no ser parte de la familia a la que pertenece, por más lazos de sangre que podamos tener, cuando una persona no aporta nada válido o concreto a la organización, es expulsada y él se está buscando eso.

Si mis sospechas son ciertas y él secuestró al hijo de Hunter, tendré que entregárselo en bandeja de plata. Dos cosas no me van a importar, así como esas dos razones lo llevaron a buscar lo que le espera.

Uno, no me va importar que sea mi hermano, porque cuando de mi boca sale una orden, la cumplen, en especial cuando son familia. Pero él no lo quiso así, sigue siendo ese niño que perdió a su madre y no puede entender que en una guerra se gana y se pierda. Así como perdimos nosotros, también pierden otros.

Y dos, no me va importar el odio de mis hermanas, no me va importar que el resto de los Ivanovich me miren como un ser sin sentimientos, porque desde hace mucho lo soy, solo que no lo han querido ver.

Me han jodido, de muchas maneras, muchas veces, pero ya sea tarde o temprano, siempre termino cobrando cada cosa que a mí afecta o afecta a las personas que me importan

La organización no me respetó o me aceptó por ser hijo de mi padre, el antiguo líder antes de serlo yo. Las cosas no son así cuando de la Mafia Roja se trata. Aquí las cosas son muy diferentes

a las otras Mafias, aquí si te joden y llevas un secreto, no importa a quién maten delante de ti para que lo sueltes, no lo haces.

No debes dejar salir ese secreto.

Me gané el puesto que tengo, el respeto de todos, cuando hice lo que me correspondía y lo demostré delante de las personas que me iban a cuidar la espalda siempre.

Enciendo el puro mientras dejo Moscú atrás para impartir el vuelo hacia San Petersburgo, allí tengo el avión que me está esperando y que me llevará directo a Chicago, dónde le tengo que hacer frente a los asuntos familiares y recuperar con vida al ser que me importa.

...

Thiago Ivanovich

Me adentro en el cuarto donde me está esperando lo que mandé pedir. La lámpara que cuelga del techo regala un poco de luz y aunque no es mucha, para mí es suficiente dejándome ver lo que tanto ansiaba.

En una esquina está el hijo del líder de la Mafia Negra, Ian Meyer, junto a su guardaespaldas, quien se pone de pie

atravesándose entre el niño y yo.

Ladeo la cabeza con una sonrisa en el rostro al ver el charco de sangre que le tiene el pantalón empapado, su cuidador le puso un torniquete con un pedazo de saco, pero aunque sea poco, sigue sangrando.

—¿Qué tenemos aquí? ¿Así se ve el futuro, líder? —me muevo siguiendo de reojo los movimientos del guardaespaldas. —Tenía entendido que los líderes no lloraban, pero mírate…un cachorro asustado.

El odio con el que me mira le da la fuerza para ponerse de pie y quedarse quieto al lado de su seguridad.

—Un Meyer no agacha la cabeza. —responde. —Y yo soy un Meyer.

Suelto a reír con las estupideces que dice.

—Un Meyer no agacha la cabeza, muy bien. —asiento quitándome el saco. —Vamos a ver cuánto aguanta este Meyer. ¡Mauricio! —uno de mis hombres más fieles, se adentra. —Tráeme el kit más pesado que tengas.

El guardaespaldas mueve al niño a su lado.

—Atrévete a hacerle algo más y te va a pesar.

Niego.

—No, al contrario, todo va a depender de él. —me traen lo que pedí. Dejo el maletín sobre la mesa y le hago una señal a Mauricio para que se encargue de inmovilizar al guardaespaldas. —El juego es este, si veo que mientras te esté sacando las uñas suelta una lágrima, yo voy a hacer que suelte dos.

Me acerco al mocoso tomándolo del cuello y poniéndolo al lado de su amigo. No refuta y no me pierde la vista.

—¿Estás listo?

La mano del imbécil que lo cuida queda frente a mí y comienzo a sacarle la primera uña, sonrío mientras que el hijo de Meyer ni siquiera se inmuta por los gritos que suelta su cuidador. Saco otra y otra hasta que siento como se me viene proporcionándome un golpe en la espinilla que me hace reaccionar dándole con la mano cerrada en la cara.

—¡Mira, engendro del demonio, aquí las cosas se hacen a mi manera! ¡Y si yo quiero jugar un juego, lo vamos a jugar! —lo tomo del cabello. —¡Desde ahora te vas dando cuenta lo que duele que lastimen a alguien que quieres!

Me voy contra él dándole golpes contra el estómago y pisando la herida que tiene en la pierna. Grita debido al dolor que siente, pero no me detengo, odio a cada ser de esa maldita familia, odio que gracias a ellos mi madre está muerta, odio que se crean mejor que todos, odio que mi hermano me prohíba tocar este engendro solo por ser hijo de esa perra que tanto ama.

—¡Déjalo! —grita el guardaespaldas. —¡Mátame a mí, pero déjalo! ¡Maldito cobarde de mierda!

Me giro contra él y le doy con las pinzas una y otra vez en el rostro hasta sacarle sangre y dejarlo tirado en el suelo para salir de la habitación.

Fuera arraso con todo lo que tengo frente a mí y me paso las manos llenas de sangre por la cara pensando en lo siguiente que quiero hacer y es deshacerme de una vez por todas de este maldito problema.

—Señor, el Boss ya sabe que gente de la organización lo traicionó y activó el protocolo de búsqueda, le dará de baja a todo el que esté a su lado. —hablan a mi espalda. —¿Qué procede?

Respiro hondo hastiado de todo.

—Mañana mismo nos largamos de aquí, pero antes tengo que dejar el camino libre de ratas.

Me sirvo un trago y espero paciente la llamada de mi peleador estrella.

—*¿Para qué necesitas mi ayuda?* —pregunta en cuanto descuelgo.

—Cuidado de cómo me hablas, que no se te olvide que tú recurriste a mí por tu propio pie. —advierto. —Necesito que me habrás camino para salir de Chicago, tengo problemas.

—*Yo solo soy un peleador, no uno de tus criados.*

Suelto a reír.

—De acuerdo, entonces le pediré a uno de mis criados que vaya y me traiga a tu hermosa novia, tengo ganas de una mujer como ella.

—*Atrévete a tocarle un pelo…*

—De nuevo olvidando tu lugar, ya sabes lo que tienes que hacer si no quieres que a ella le pase nada. —cuelgo.

Antes del amanecer voy de nuevo al cuarto donde están las visitas y a pesar de que el guardaespaldas está muy mal, me hace

frente para que no dañe al niño, quien duerme hecho bolita a un lado de él.

Me giro tomando una de las cubetas y la lleno de agua completamente fría volteando rápido para echársela encima, logrando que se levante asustado y temblando de frío.

—¡Aquí no se duerme! —le grito. —Bueno, si vas a dormir, pero no aún.

No suelta ni una lágrima y me acerco clavándole una patada al cuidador para tumbarlo lejos y poder tomar del mentón al niño.

—¿Aún sigues siendo un Meyer que no agacha la cabeza?

—Si. —responde sin apartar la mirada.

Le echo mano a el arma que tengo en la espalda y le suelto el tiro que le atraviesa el brazo logrando así que se retuerza de dolor. Estoy por soltar otro, cuando los disparos que se escuchan afuera me ponen en alerta.

Salgo del cuarto y al intentar llegar a la salida principal de la bodega, el impacto del explosivo me lanza hacia atrás dejándome quieto un par de segundos, hasta que me jalan ayudándome a ponerme de pie.

—¡Es su hermano, señor! —dicen. —¡Hay que irnos ya!

—¡No, tengo que matarlo!

—¡No hay tiempo!

Me dejo arrastrar fuera, dónde encuentro a Matt en una de las camionetas disparando hacia los hombres de mi hermano, quien como siempre tiene que arruinar mis planes.

Esto no se va a quedar así.

Ambos me la van a pagar.

Hayley Meyer

No he tenido tiempo para llorar desde que Alessandro Bramson me acogió en su casa por órdenes de mi hermano, es verdad de que si estuviera sola, hace mucho que no sabría de mí misma, pero también me da dolores de cabeza que a cada rato me están cuidando como si fuera una niña pequeña.

Me la paso entrenando con él y más de una vez nos hemos ido a la cama demostrando que soy una zorra la cual no le guarda luto a su esposo. Y como hace un rato tuvimos sexo de nuevo, trata de hablar conmigo sobre lo que paso, pero yo no quiero hacerlo.

Lo encuentro esperándome fuera del cuarto.

—Quiero hablar. —dice poniéndose de pie.

—Yo no.

Trato de pasarlo, pero me toma del brazo y cuando está a punto de hablar, su teléfono timbra obligándolo a que me suelte.

—Vamos para allá. —cuelga.

Frunzo el ceño al ver la preocupación en su rostro.

—¿Quién era?

—Tu hermano, Ian fue secuestrado.

La noticia me cae como un balde de agua fría trayendo recuerdos de ese niño en nanosegundos.

—¿Cómo? ¿Cuándo? —inquiero desesperada.

—No lo sé, pero hay que ir a Nueva York.

No necesito nada, solo compruebo que mi teléfono esté en el bolsillo de mi pantalón y salgo detrás del líder del clan Bramson hasta llegar a la camioneta que ya está lista.

No necesitamos tanta seguridad ya que la necesaria nos espera en Nueva York. Me paso las manos por el cabello plantada en el asiento de atrás.

—Ya envié gente adelante, si es necesario poner a todos mis hombres a buscar debajo de las piedras lo voy hacer. —habla con el amago de tranquilizarme, pero no lo logra. —Tengo contactos, hombres que me deben favor, haré uso de ellos para recolectar cualquier información que nos ayude con su búsqueda.

Asiento mirando por la ventanilla sin decir nada.

Poco fue lo que conviví con Aurora, era una buena chica, mucho más joven que Hunter. Tenía 18 cuando lo conoció, él llegó a la casa con ella, dijo que era una amiga, lo cual nos pareció raro, porque él no tenía amigas.

Pero resultó que ella en realidad sí lo era.

Hasta que una tarde, con todos cenando y con el puesto de líder sobre sus hombros, la noticia llegó. Aurora estaba esperando

un hijo de mi hermano, yo la felicité, mamá se quedó sin palabras, Leonardo no dijo nada en diez segundos y Max palmeó el hombro de Hunter, ya que él lucía feliz.

En serio lo fue y lo sigue siendo cuando de Ian se trata, es por eso por lo que no puedo imaginarme el cómo debe estar ahora que no lo tiene con él.

Si yo siento que algo oprime mi pecho pensando en el hombre de la máscara, en que si fue él quien se lo llevó, de seguro lo que siente mi hermano ahora es mucho peor.

La camioneta se abre paso por el oeste de Detroit, en la pista clandestina dónde aterricé cuando vine aquí. Está nevando, el frío me cala hasta los huesos debido a que solo tengo una sudadera delgada que no me da calor.

Nada me da calor desde que perdí a London.

Alessandro espera que aborde primero la aeronave y lo hago sentándome en uno de los sillones, alzo los pies, me subo la capucha y hundo las manos en las bolsas cerrando los ojos.

Siento la presencia de Bramson a mi lado, pero trato de ignorarlo dejando que mi mente descanse aunque sea por un par de horas, lo que tardaremos en llegar a Nueva York.

...

Mi madre tiene un cigarrillo en la mano cuando llegamos a casa. Está a los pies de la escalera y lo primero que hago es ir a

darle un abrazo. Es una mujer dura, no demuestra fácil sus sentimientos, pero ahora necesito un abrazo de ella.

Fue lo primero que necesité cuando London fue asesinado.

—¿Dónde está Hunter? —pregunto.

—Salió a buscarlo, se llevó a todos. —informa besando la mejilla de Alessandro.

—Me adelantaré, necesita ayuda y tengo contactos en la ciudad que me pueden dar información. —avisa mirándome.

—Voy contigo. —me encamino, pero se detiene.

—No, quédate con tu madre, necesitan seguridad aquí.

Se larga sin más y me paso las manos por la cabeza sentándome en los escalones. Mi madre tira el cigarrillo a un lado y me acompaña.

—El contacto en México dijo que el cuerpo de London está listo para traerlo. —me dice. —Cuando todo se arregle, le haremos un funeral digno de un Meyer, porque era tú esposo y lo vamos a tratar como la familia que era.

Asiento sin responder. Siento que no estoy lista para eso, toda la vida me imaginé un futuro distinto a este, es por eso por lo que decidí largarme a México, allá conocí a London y me llevé tan bien con él que parecía una adolescente imaginando el nombre de nuestros hijos.

Quería muchas cosas.

La mano de mamá busca la mía y dejo que la tome dándome apoyo. No hablamos durante más de una hora, solo cierro los ojos

apoyando mi cabeza en su hombro hasta que la puerta se abre dando paso a Hunter seguido de Maxwell.

No trae buena cara.

—¿Qué pasó? ¿Encontraron algo? —me pongo de pie junto con Esmeralda.

Hunter pasa de largo, se detiene a mitad de la escalera, gira, pero no dice nada, solo vuelve a subir y nosotras detrás de él. Me sorprende ver a la Maestra de Ian, quien se asoma por la puerta de la habitación de mi hermano, lo mira pasar y sale detrás de él también.

—Hunter, ¿Lo encontraron? ¿La policía te dijo algo? —le pregunta cuando llega a la puerta del despacho.

—Quiero estar solo. —pide caminando hacia la barra donde tiene los licores.

Nathalie lo ignora acercándose a él, tiene el rostro medio golpeado, pero presiento que lo que está ocultando es grave.

—Habla conmigo...—susurra ella. —¿Puedo ayudar en algo? Tal vez pueda...

—¡Dije que quiero estar solo! ¿Por qué no pueden entender eso? —grita señalando la puerta.

La maestra da un paso atrás sorprendida por la forma en que le habló. Creo que ella nunca lo había visto enojado, así que la tomo de los hombros sacándola de la habitación antes de que se lleve otra decepción.

—Quiero irme a casa. —me mira cuando pasamos por la escalera. —Mi compañera seguro está preocupada...

—Es de madrugada, descansa y mañana temprano alguno de los choferes te llevará. —la guío al cuarto. —No le hagas caso, ahora está muy estresado y preocupado por Ian, como todos nosotros.

Le tiembla la barbilla.

No sé por qué, pero creo que siente algo por Hunter, algo más allá de lo que sus acciones quieren revelar. Está preocupada por Ian, ninguna mujer que no sienta algo por mi hermano, estaría temblando de miedo por lo que le pueda pasar a mi sobrino.

No me corresponde a mi revelarle la verdad sobre lo que hace Hunter, sobre quién es en realidad, pero cuando eso salga a la luz, presiento que lo de ellos se terminará.

Y solo espero que ahora ella no esté bajo el foco de los mismos tipos que secuestraron a Ian.

—Lo quiero. —susurra cuando se sienta en la cama. —Quiero muchísimo a ese niño, desde el primer día en que lo ví, me alegró en seguida... Yo, yo enserio lo quiero mucho.

Me siento a su lado.

—Lo sé, te creo. —asiento. —Todo estará bien, pronto lo tendremos de nuevo aquí.

Se limpia las lágrimas tratando de no derramar más.

—No he visto a London, ¿Discutieron y por eso estás aquí? — inquiere. —No quiero sonar chismosa ni nada, solo...no lo sé, cuando te ví el otro día tampoco lo miré a él y siento que me están ocultando muchas cosas…

Me pongo de pie tratando de ignorar el pinchazo que me provocan sus palabras.

—No, él... él murió.

No lo había dicho en voz alta desde el primer día que llegué aquí.

Nathalie se pone de pie sorprendida, me mira sin saber que decir y lo que hace es abrirme los brazos para darme un abrazo que en serio aprecio.

—Lo siento tanto, Hayley.

Le correspondo el gesto y es que no tuve hermanas, de pequeños éramos Leonardo, Hunter y yo. Yo era la más pequeña y el que jugaba conmigo siempre era Leo, ya que le encantaba cortarle el pelo a mis muñecas. Pero ahora siento que de haber tenido una hermana con quién compartir una charla de medianoche no me hubiera caído nada mal.

Nathalie no me suelta durante un rato y lo agradezco, porque es lo que necesito, un abrazo e imaginarme que es mi hermana quien me susurra que todo estará bien.

—Estoy agradecida con el tiempo que pase a su lado... —hablo cuando me separo. —Solo..., Lo importante ahora es encontrar a Ian.

Medio sonríe, pero asiente.

—Lo vamos a encontrar, estoy segura de eso.

La dejo en la habitación cuando la veo aguantar las ganas de querer llorar, pero no lo hace porque estoy aquí «Le afectó la forma en que Hunter le hablo»

La puerta del despacho está cerrada y a mí no me importa cuánto me grite, así que entro encontrándolo con la vista fija en la ventana, tiene una botella en su mano izquierda.

—¿En serio te vas a emborrachar ahora? —llego a su lado. —Creí que al menos tendrías los pies en la tierra.

—Vete, necesito pensar.

—¿A quién viste? —le arrebato la botella dándole un trago yo. —Parece que viste un fantasma.

Cierra los ojos inclinándose hacia adelante y apoyando su cabeza en sus manos.

—Ruego porque sea así, pero no lo creo. —suspira. —Vi a Aurora...ella...ella me atacó.

¿Qué?

—¿Aurora está viva? ¿Cómo? —me pasa un mechón de cabello detrás de la oreja. —Ella...

—A ella la dejamos de buscar y la dimos por muerta, la dejamos sola...—se pone de pie. —Algo le pasó, no es la misma, está...creo que perdió la memoria.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no me reconoció, me vio a los ojos y no me reconoció...

Le doy otro trago a la botella pensando una sola cosa y es que si la madre de mi sobrino está viva...

Si ella está viva...

—¿Él lo sabe?

Hunter se pasa las manos por el cabello para después negar.

—No y no sé lo pienso decir. —suelta. —Si quiere saberlo, pues que lo averigüe él, aún no estoy completamente seguro de que Jordan no tuvo nada que ver en esto.

—Hunter...

Sale del despacho sin darme tiempo a decir algo más y es que todo esto es un caos, está familia es un caos.

Aurora está viva.